



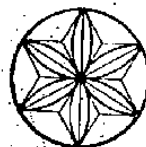
CeDIn

pensamiento
crítico

INDICE

Discurso en el Seminario sobre el Congreso Cultural de La Habana	3	<i>Oswaldo Dorticós</i>
El problema "teoría económica-período de transición"	22	<i>Angel Hernández y Jorge Gómez</i>
Economía de dos mundos	40	<i>Paul Baran y M. Sweezy</i>
Sistema, estructura y contradicción en "El Capital", de Marx	62	<i>Maurice Godelier</i>
Imperialismo surafricano	99	<i>Z. Nkosi</i>
Ben Barka por la revolución	117	<i>Armando Entralgo</i>
Programa para la revolución	129	<i>Rosa Luxemburgo</i>
Documentos	158	
Capitalismo y subdesarrollo	182	<i>Sebastián Elizondo</i>
Libros publicados	186	
Los autores	188	
Índice general año 1967	189	

No. 11. Diciembre de 1967. Año del Viet Nam Heroico



Explicación de Saludo

Una ideología política exige, a través de un sistema de mediaciones muy específico y complejo con lo real, un grado determinado de coherencia interna. Independientemente de las contradicciones, aparentes y reales, que una apreciación carente de la necesaria distancia, histórica y teórica, pueda observar; este grado de coherencia necesaria se impone al conjunto. Así, por ejemplo, a una posición reformista en el plano político corresponde, y la contradicción es sólo aparente, una concepción estrecha y limitante, dogmática, del desarrollo cultural. Así también una política de principios, como la de la Revolución cubana, supone la apreciación de todos los planos bajo este prisma, de ahí la concepción que nuestra Revolución va cada vez más perfilando sobre el desarrollo de la cultura.

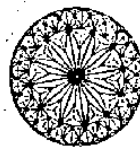
La tesis propuesta por el compañero Fidel en el discurso de Guane sobre los problemas de la propiedad intelectual resulta del desarrollo, en el plano de la cultura, de la política revolucionaria de la revolución cubana. Responde a una necesidad y a una ética. Necesidad de apropiarnos de los logros técnicos, científicos, literarios y artísticos creados por la humanidad a lo largo de siglos, como escalón imprescindible para continuar el desarrollo acelerado de nuestra economía, única forma de superar el subdesarrollo. Moral del que sabe que este subdesarrollo que padece, y sus secuelas de atraso técnico y científico, fueron históricamente condición del desarrollo de otros, moral del que sabe que esa técnica y esa ciencia y ese arte fueron también creados por él, por el subdesarrollo, y que en rigor le pertenecen.

Esta política tiene consecuencias, internas y externas, de gran trascendencia en el plano ideológico, que van a resultar confirmación y desarrollo de otras tesis de la Revolución en otros planos, abonando así la idea de la coherencia necesaria a toda ideología política, y definiendo cada vez más la especificidad de la de nuestra Revolución y nuestro mundo. En el plano interno supone la crisis de las concepciones existentes sobre la propiedad intelectual y los derechos de autor, en correspondencia directa con las decisiones tomadas, esto es, poner a disposición de todo el mundo, sin condición alguna, nuestros logros en la ciencia, la técnica y el arte. Ahora bien, y he aquí otra vez la coherencia necesaria, la abolición de los derechos de autor, la reformulación consecuente de las ideas sobre la propiedad intelectual, y el establecimiento de nuevas relaciones entre el estado revolucionario y los intelectuales resulta, por otro lado, una confirmación y un desarrollo de la política económica general de la Revolución. La renuncia por parte de nuestro país a construir la nueva sociedad con las armas melladas que nos legó el capitalismo: el estímulo material y el interés individual como palancas fundamentales; la supresión de las relaciones mercantiles interestatales y otras medidas, concuerdan de modo exacto con la negativa a considerar los productos de la creación intelectual como mercancías, con la negativa a considerar el logro de mayores derechos de autor como estímulo al proceso de creación, y con su consecuencia directa, la valoración del resultado de la creación por el valor de la obra «en sí» y por el aporte al proceso de desarrollo, material y espiritual, del país y de la humanidad.

En el plano internacional supone, como tantas otras medidas de la Revolución, el valor del ejemplo y el precedente para todo un mundo que como nuestro país lucha por alcanzar niveles humanos de existencia. Es así como la decisión de poner a disposición de todo el mundo, sin condición alguna, nuestros logros en la ciencia, la técnica y el arte, concuerda con la política de principios desarrollada por la Revolución cubana de poner a disposición de todo el mundo, sin condición alguna, nuestras experiencias y nuestras fuerzas en el plano de la educación y de la salud pública, pero sobre todo, nuestras experiencias en el plano de la lucha insurreccional, en el plano de la defensa del país, en el plano de la construcción económica, y nuestras fuerzas, de todo tipo, en la tarea vital de nuestra época: la lucha contra el imperialismo en todas sus formas.

Reuniones como la Conferencia Tricontinental y sobre toda la de O.L.A.S., posibilitaron, en el plano político, la confrontación e internacionalización de experiencias y puntos de vista alrededor de esta tarea.

Pensamiento Crítico saluda el desarrollo del Congreso Cultural de La Habana como una jornada, un esfuerzo de los intelectuales de todo el mundo para discutir, cambiar, desarrollar, fijar, su posición y sus responsabilidades con relación a Asia, África y América Latina; la parte del mundo donde germina, de modo cada vez más visible, esa posibilidad mejor de vida que acostumbramos a llamar futuro.



Discurso en el Seminario sobre el Congreso Cultural de la Habana

OSVALDO DORTICOS

Compañeras y compañeros:

En el día de hoy he sido informado del desarrollo del Seminario que concluye esta noche, organizado como acto preparatorio del Congreso Cultural que habrá de celebrarse con categoría mundial en el mes de enero del año próximo en esta capital.

Hemos conocido el desenvolvimiento y contenido de este Seminario, los temas y tópicos fundamentales que instaron la atención de ustedes durante estos días, de faena fecunda y revolucionaria. Conocemos, pues, la significación de este evento y podemos proclamar esa significación sin reservas de ninguna clase.

Cada día de quehacer revolucionario en nuestra patria nos depara siempre oportunidades trascendentales en orden al desarrollo y progreso futuro de nuestra revolución. Hace sólo pocos días asistíamos, en la provincia de Oriente, a un acto en que la emotividad que lo informara no opacaba, sin embargo —además de la utilidad práctica inmediata que la organización de una brigada de mecanización agrícola entraña—, el síntoma que aquel acto implicaba como expresión genuina del desarrollo técnico del país.

Y en la noche de hoy clausuramos un evento que, al igual que aquél, celebrado en los campos donde se desenvuelve una ingente y tensa tarea de desarrollo agropecuario, forma parte de una evidencia innegable, cual es la del desarrollo cultural de nuestro país, emergente, precisamente, de nuestra grandeza revolucionaria.

Es bueno llamar la atención que aquella reunión en la zona agropecuaria del Cauto, cuyo público estaba integrado por campesinos trabajadores, hombres y mujeres del campo, y este acto cuyo auditorio lo forman científicos, técnicos, profesores, economistas, escritores y artistas, son ambos genuina expresión de un verdadero y trascendente desarrollo cultural.

Y hoy, en esta noche capitalina, nos reunimos con hombres representativos de la cultura, en tanto en cuanto son dueños de herramientas intelectuales, de conocimientos técnicos, de cultura literaria y artística, como nos reuníamos ayer con trabajadores y campesinos que también sin alcanzar los niveles de desarrollo intelectual de cada uno de ustedes, era, sin embargo, con su presencia y con su incorporación a aquella tarea que es también expresión del desarrollo de la cultura de un pueblo, cual es el impulso agropecuario del país bajo la égida de la técnica y de la ciencia, una reunión también con hombres cultos.

Y es que opera en todo esto el milagro, para el cual sólo es capaz una genuina revolución de transformar a un pueblo, hambriento, subdesarrollado, iletrado y parcialmente analfabeto, en un pueblo que gana los accesos a la cultura mediante la incorporación de sus voluntades y de su comprensión intelectual a los objetivos fundamentales de una revolución.

Uno y otro acto, el de aquellos hombres de camisa sudada y sombrero campesino, y éste en que nos reunimos con intelectuales, no son actos con hombres distintos, sino, para nosotros, con hombres procedentes de una misma raza revolucionaria, de un mismo pueblo revolucionario, herederos de una misma tradición de rebeldía revolucionaria y de sentido internacionalista de esa rebeldía.

Todo esto explica —a nuestro modo de ver— algunas de las virtudes que han acompañado, según mis noticias, el desenvolvimiento de este Seminario. Entre otras, un hecho que tiene, a nuestro juicio, especial relieve, y es por primera vez la reunión y el intercambio humano e intelectual entre científicos, técnicos, economistas, profesores, de una parte; y de otra, escritores y artistas.

Y digo que el hecho tiene un relieve especial, porque expresa en **sí mismo el inicio de una transformación radical en la estructura y en el contenido del desarrollo cultural de un país.**

Si pasamos revista a la situación cultural del llamado Tercer Mundo, inclusive si lo hacemos sólo respecto a los países cercanos de América Latina, podemos constatar de inmediato cómo el mismo subdesarrollo económico y, por consiguiente, científico y técnico, sin perjuicio, claro está, de que en algunos países en que ciertas ramas y sectores industriales han alcanzado un nivel relativo de desarrollo, sin perjuicio —repito— de esas características que de manera excepcional ofrecen algunos países de América Latina no obstante la deformación estructural de su economía y la penetración creciente del imperialismo en la misma, es lo cierto que la historia, la pobre historia de la cultura en estos países subdesarrollados, la han podido escribir solamente un puñado de escritores y artistas, sin que a ello hayan podido incorporarse generaciones de científicos y técnicos.

Y esto ha conducido a veces a una desnaturalización del concepto de la cultura e inclusive a un uso inadecuado, unilateral y restringido del término «intelectuales», hasta el punto de que ha sido hábito entre nuestros pueblos —y entre nosotros mismos— de calificar de «intelectuales» única y exclusivamente a los hombres dados a la tarea de la creación artística o literaria.

Pero cuando, como en nuestro país, el proceso de una revolución radical y profunda tiene lugar y los objetivos fundamentales de esa revolución están estrechamente vinculados a escapar del subdesarrollo con ímpetus y ambiciones que determinan eso que la terminología al uso ha dado en llamar el «desarrollo acelerado», tiene lugar, casi como por arte de magia, a partir de los valores potenciales de un pueblo y de sus infinitas capacidades creadoras, junto al despegue —y precediéndolo a veces— del desarrollo económico, el despegue científico y técnico. Y los hombres de la ciencia y de la técnica, y los formadores de científicos y técnicos, pasan a ganar categoría y jerarquía en el campo de la cultura, hasta ser acreedores —junto a escritores y artistas— de ese calificativo de intelectuales, que antes sólo reservábamos, en nuestra terminología al uso, para los escritores y los artistas.

Y es por esta razón y estas circunstancias objetivas y la interrelación entrañable que existe en el mundo intelectual entre quienes tienen a su cargo la tarea de la creación literaria y artística, que se explica un evento

como éste, en que han trabajado juntos científicos, técnicos, escritores y artistas, revisando los problemas actuales de la Revolución en nuestro país, en nuestro continente y en el mundo, en su relación con el desarrollo cultural, los problemas del subdesarrollo cultural y el planteamiento de las misiones y funciones del intelectual revolucionario en este mundo de hoy.

Y este hecho se ha efectuado acompañado, también de otras virtudes, de las cuales nosotros hemos tenido satisfechas noticias. Y es que este evento, enmarcado dentro de una amplitud absoluta y de una participación libérrima de todos sus integrantes, se ha desenvuelto en un espíritu de camaradería, mediante una intercomunicación humana profunda, limpia y sana, y han quedado al margen de la faena de estos días —que ustedes han protagonizado— querellas pequeñas, caprichos de grupo, egoísmos y reservas.

Es que también se trata de un evento de revolucionarios. Y si se reúnen revolucionarios, sólo puede estar presente la limpieza y la honestidad, so pena de que el título de tal no pueda aspirarse por quienes se incorporen a cualquier trabajo de esta índole.

Nosotros celebramos estos hechos y estas virtudes; celebramos, sobre todo, que los debates y las preocupaciones de ustedes hayan estado fundamentalmente vocados por la gran preocupación revolucionaria, por el destino de los pueblos del mundo subdesarrollado y por el destino cultural de nuestro pueblo. Que haya presidido las sesiones de trabajo, plenarias o de comisiones, esa seriedad intelectual y revolucionaria que ha sido capaz de aunar criterios, voluntades y decisiones en torno a algunas cuestiones fundamentales de la cultura, que han de reunir la atención de científicos, técnicos, escritores y artistas de los distintos parajes del mundo en nuestra capital en el próximo mes de enero.

Es interesante también que en un instante en que los problemas de la libertad de expresión literaria y artística suscitan polémicas, demandan definiciones y generan confusiones, éste, el tema de la libertad de expresión literaria y artística concebida dentro de un espíritu revolucionario, no haya sido una cuestión de vigencia polémica en esta reunión en que han participado los escritores y artistas de Cuba.

Y lo más importante es que esto ha ocurrido así no porque hayan operado mecanismos de coacción limitativos de la libérrima expresión de estos problemas; ni tampoco porque el clima cultural de nuestro país haya

sido propicio a una desorientación ideológica o revolucionaria de nuestros escritores y artistas, sino porque se ha logrado producir en estos años de definiciones —muchas veces definiciones de hecho, definiciones factuales más que definiciones conceptuales y verbales— una conciliación entrañable y excepcional entre los conceptos de libertad y expresión artística y los conceptos del deber revolucionario de escritores y artistas.

Es el hecho, compañeros, de que ni una sola voz haya tenido que alzarse para reclamar esa libertad de expresión literaria o artística, no obstante la incorporación integral de los escritores y artistas al quehacer revolucionario, a la ideología y a nuestra concepción revolucionaria. Es el hecho excepcional —repito de que de veras estamos entrando en el reino de la libertad, que es aquel que crea un proceso revolucionario mediante la comprensión de las necesidades de un instante histórico, y la entrega de los hombres que les ha tocado en suerte protagonizar ese instante histórico a esos requerimientos y a esos deberes. Es el milagro que sólo puede lograrse cuando están presentes en la obra hombres y mujeres revolucionarios de veras, comunistas de veras.

Esto nos satisface; que esto no sea tema polémico en nuestro país. Y que no lo sea sin deformaciones ideológicas, yo creo que a nadie se le oculta que constituye para nuestra Revolución un triunfo más que ha podido lograrse sin prorrogar «sine die», sin límites y hasta el infinito, polémicas teóricas y debates verbales. Es que el esfuerzo de una revolución es tan tenso y tan tenaz y la limpieza de una revolución es tan omnipotente, que los hechos mismos de la construcción revolucionaria obvian por sí solos estos lujos académicos, donde sólo se impone una aspiración común a todo un pueblo, y donde sólo preside la tarea de cada cual en cada frente de trabajo una noble ambición y una decisión de sacrificio.

Y precisamente entrañado con esa noble ambición y con su diaria materialización, es que se logra por los intelectuales la expresión integral de sus personalidades, el desenvolvimiento cabal de su capacidad de creación. Y en ese desenvolvimiento integral y en esa capacidad para realizarse a sí mismos como hombres y como intelectuales, es donde se protagoniza esa libertad genuina, que es la libertad de expresión dentro de un espíritu, dentro de una ideología, dentro de una concepción de clase, dentro de una concepción integralmente revolucionaria, y conviviendo en un pueblo que cada día habita un país con una atmósfera humana, ideológica, revolucionaria, más limpia, más sana, más dotada de valores

morales, de energías morales y revolucionarias, más motivados todos por esos valores morales y revolucionarios.

En un clima donde se respira esta atmósfera de sanidad revolucionaria, sólo en un clima así, es que estos temas dejan de ser polémicos, es que esta polémica es marginada por los hechos.

Mucho se ha hablado en los últimos tiempos de subdesarrollo. Y cuanto se ha dicho al respecto no sólo ha tenido por escenario los pueblos en revolución, sino que también en el mismo escenario imperialista, y desde luego en el de las organizaciones internacionales, el tema del subdesarrollo —eufemismo verbal de la dominación imperialista, del colonialismo y del neocolonialismo, de la opresión de los pueblos, y por ende eufemismo de un indicador universal de la lucha de clases—, el tema del subdesarrollo tiene una vigencia internacional. Y teorías de una y otra clase se formulan por economistas y por teóricos respecto a cómo emergen del subdesarrollo.

Es claro que para nosotros esta cuestión no admite duda. Desde luego que proclamaremos siempre —terminología al margen— que el problema es para todos los pueblos del Tercer Mundo: hacer o no hacer la revolución. Estamos conscientes de esto, nuestra historia ha demostrado esto. No se trata de algo sobre lo que tengamos que hablar ampliamente, pero sí es importante destacar que somos testigos excepcionales de lo dolorosa, de lo difícil y compleja que es esta etapa en que comienza el despegue del desarrollo, después de la toma del poder revolucionario. Y si bien es cierto que estas dificultades están a diario generadas por la insuficiencia de recursos materiales, de estructuras industriales, de desarrollo intensivo de la agricultura, no es menos cierto que, en todos los casos, está presente, como denominador común y condicionante, el problema específico del subdesarrollo cultural del subdesarrollo científico y técnico, y que ningún país que entre en un proceso de construcción revolucionaria puede olvidar la verdad abrumadora de que para lograr el desarrollo económico, social y político de una nación, de un pueblo, es imprescindible apurar e impulsar, con mayor celeridad si se quiere, el desarrollo cultural de ese pueblo, su desarrollo científico y técnico.

Quienes todos los días nos vemos obligados a encarar tareas del desarrollo económico, nos encontramos que la mayor de las dificultades y el esfuerzo más difícil hay que hacerlo en razón de la insuficiencia de cuadros científicos y técnicos en la nación, es decir, ante su insuficiencia

cultural. Es por eso el empeño puesto en práctica por nuestra revolución consciente de esta verdad, de impulsar ese desarrollo.

Y estas verdades podemos proclamarlas en la reunión de enero porque hemos sudado bastante esta limitación en nuestro esfuerzo, y poco es cuanto se haga al respecto. No obstante ello, también a esa reunión de enero podremos concurrir mostrando los avances en este campo y los milagros que una revolución puede operar en el campo del desarrollo cultural de un pueblo; un desarrollo cultural que no puede estar dependiendo ya, como en la etapa prerrevolucionaria, del subdesarrollo, de la iniciativa audaz de un puñado de intelectuales, ni de la formación autodidacta de los cuadros que a veces, en hazañas realmente excepcionales, han tenido acceso a las cumbres culturales, a la sabiduría técnica o la sabiduría literaria o a la sensibilidad artística, sino que tiene que depender del desenvolvimiento organizado, sistemático y dirigido de la enseñanza, de la educación, de su sistema, de su organización.

La formación docente de los cuadros, implicada en la docencia, en la educación revolucionaria, es el único camino para ganar la batalla al tiempo en este impulso ambicioso del desarrollo acelerado de la cultura.

Y claro es que bastaría con acudir a las cifras estadísticas de nuestra educación para poder sentirnos satisfechos, si no definitivamente, sí por lo menos satisfechos de haber hecho algo importante en estas tareas en estos años de revolución. Hoy mismo nos enseñaban algunas cifras actuales que por sí mismas muestran nuestro porvenir.

Si examinamos la pirámide de nuestra educación con una ancha base en la enseñanza primaria, contemplamos en ella cuál ha de ser nuestro futuro cultural; un futuro cultural en el que estarán presente no sólo una minoría intelectual, sino contingentes masivos que poco a poco se irán incorporando al trabajo cultural en todas sus múltiples manifestaciones. Si recordamos que en el curso escolar, por ejemplo, de 1958 a 1959, nuestra enseñanza primaria sólo mostraba una cifra de matrícula de 717 mil alumnos —y habría que agregar a esto la deserción escolar que en realidad descubriría una verdad estadística aún más raquítica— y advertimos que en este curso, sin ese peligro de deserción escolar masiva, hay una matrícula de estudiantes de enseñanza primaria que alcanza la cifra respetable en un país que aún, por lo menos en sus estadísticas oficiales, no llega a 8 millones de habitantes, de 1 millón 380 mil alumnos.

Y si pasamos al nivel universitario, que forma todavía un contingente relativamente ínfimo en orden a nuestras necesidades, pero que en términos absolutos y comparativos con cifras de la etapa prerrevolucionaria acusa ya un crecimiento respetable comprobamos que cerca de 40 mil alumnos universitarios participan hoy en la docencia de nuestras tres universidades nacionales.

Y a este respecto hay un dato de sumo interés. Estamos conscientes de lo que hace unos minutos afirmábamos, acerca del déficit de científicos y técnicos, de intelectuales, en nuestro país. No creemos, desde luego, que ese déficit no sólo en orden al grado de desarrollo económico que hoy exhibimos, sino al que esperamos, aspiramos y construimos para los años inmediatos venideros, pueda ser superado.

Es necesario que arriben a la enseñanza media y luego a la superior y también a la tecnológica esta multitud enorme de muchachos que hoy participan en la matrícula de la enseñanza primaria. Pero, no obstante eso, como una cifra muy expresiva de lo que es el subdesarrollo y de lo que es una revolución, es bueno advertir lo siguiente: que si computamos los graduados universitarios sólo en tecnología, es decir, Ingeniería, tanto en las universidades nacionales como en centros superiores extranjeros —pero en minoría estos últimos—, en el período que va desde este año 1967 a 1970 inclusive, se graduarán en el país más de 2 mil Ingenieros, que es una cifra superior a todos los Ingenieros graduados en Cuba en la etapa prerrevolucionaria, es decir en 50 años de República.

Y esta cifra de graduados tiene que ver con una cifra de matrícula universitaria de los años anteriores inferior a esta de 40 mil, y no tiene que ver ni tendrá que ver con una cifra de 40 mil, sino de un múltiplo de 40 mil estudiantes universitarios, los ingenieros, técnicos, médicos, que habrán de graduarse en nuestras universidades, así como también en sus escuelas de Humanidades en los años del período subsiguiente a 1970, en que arribarán a los niveles superiores de enseñanza una multitud de alumnos que hoy cursan estudios en las aulas de enseñanza media y, más tarde, los que forman hoy esa amplia base de la pirámide educacional de nuestro país en la enseñanza primaria.

Ese es el porvenir esplendoroso del desarrollo de nuestra cultura en su expresión cuantitativa.

Pero a nosotros esto no nos basta. No sólo aspiramos a ese triunfo cuantitativo, no sólo creemos que es necesario ese triunfo cuantitativo, sino

que estamos plenamente convencidos de que a ello habrá que unir la calidad de ese desarrollo de intelectuales, la calidad técnica, la calidad literaria y artística. Pero que, además, para que este hecho tenga una significación revolucionaria y forme parte de la historia de nuestra revolución, aspiramos, creemos y esperamos que de las aulas de nuestro sistema de enseñanza, de nuestras aulas universitarias, no sólo habrán de graduarse en el futuro muchos miles más de intelectuales, sino mejores intelectuales; y sobre todo, que el título o el diploma acreditativo no sea sólo la expresión y la constancia de haber ganado triunfos académicos, sino también el certificado de que se han graduado revolucionarios, de que de esas aulas han salido no sólo científicos y técnicos, escritores y artistas, economistas o profesores, sino sobre todo hombres, sino sobre todo revolucionarios, ¡sino sobre todo comunistas!

Y por eso, a la par que se crean las condiciones materiales para ese desenvolvimiento cultural, una de cuyas pruebas es la publicación intensiva y seleccionada de libros en una cifra mayor de ocho millones de ejemplares o aproximadamente ocho millones de ejemplares en cada uno de estos dos últimos años, agregar a ello algo que ustedes han debatido en estos días: los problemas de la formación del hombre revolucionario, los problemas de la formación del hombre nuevo; algo que tiene vigencia excepcional entre nosotros, que es preocupación entrañable de nuestra revolución, que es para esta revolución la condición de su triunfo, de su éxito, de su permanencia, de su consistencia ideológica, y la garantía fundamental de su porvenir.

Y es también causa de satisfacción profunda el saber que más de mil intelectuales se han reunido para discutir con seriedad y con pasión los problemas de la formación del hombre nuevo, los problemas de la motivación de la acción creadora del intelectual y los problemas atinentes a la misión y a la función del intelectual en esta sociedad.

Resoluciones han sido adoptadas que esclarecen estos caminos. No es necesario que nos refiramos a ellas. Pero sí es oportuno, sin embargo, que subrayemos la importancia de esta cuestión, que hagamos de esta cuestión el centro de la atención de ustedes.

Esto tiene que ver con algunas cuestiones específicas, con la declaración que ustedes han hecho de adhesión unánime y sin reservas a aquellos principios que Fidel postulara sobre los problemas de la propiedad intelectual, de los derechos de autor, a que se refiere también la declaración final leída esta noche en este acto.

Son importantes estos problemas de la motivación de la acción creadora y de la función de intelectual, como los problemas de la vinculación del intelectual con el pueblo, con las masas.

Es claro que sería largo abordar este tema, profundo y complejo además si es que quisiéramos profundizarlo en todas sus manifestaciones. Pero si nos ceñimos a la cuestión central, al tema central, es fácil, sin embargo, abordarlo, porque es algo que forma parte fundamental, prioritaria, de nuestros principios revolucionarios.

Aun en el mundo subdesarrollado, y aun en el mundo imperialista en que la enajenación del hombre, la esclavitud del hombre trabajador es el síntoma definidor de esa sociedad imperialista, siempre una minoría de intelectuales tienen la posibilidad de realizar una actividad creadora mediante la cual intentan obtener un proceso de liberación personal, de realización cabal de sus personalidades, y escaparse de ese problema de la enajenación humana en el capitalismo, de la cosificación del hombre. Y esto tiene mucho que ver con esa diferencia que a veces se ha planteado entre el trabajo físico como un esfuerzo colmado de sufrimiento, como una necesidad para la subsistencia, pero una necesidad dolorosa, y los actos de creación intelectual, los actos de creación literaria y artística, que se han contemplado como actos de liberación, como actos en que se trasciende el dolor y el sufrimiento del trabajo físico indispensable para la subsistencia.

Y es que muchas veces minorías intelectuales, aun en los países capitalistas, aun en los mismos Estados Unidos, logran por esa vía, en cierta forma, su liberación personal, en tanto en cuanto logran realizar, en lucha heroica contra el medio ambiente capitalista, enajenante y esclavizador, un esfuerzo ingente, limitado muchas veces, frustrado casi siempre, pero ambicioso de liberación creadora y personal. Hasta el punto de que ocurren curiosos mecanismos en virtud de los cuales los propios monopolios imperialistas, sabedores astutos de que en los intelectuales, aun en el medio ambiente de las sociedades imperialistas, opera a veces este fenómeno, este impulso y esta ambición, unen —a la hora de captar como cuadros de su sociedad para su desarrollo imperialista a los intelectuales— al estímulo del bienestar material, ciertas incitaciones que a través de propagandas psicológicamente bien dirigidas hacen promesas respecto a que la incorporación de esos intelectuales al trabajo de esos monopolios ofrece oportunidades de creación, de desarrollo científico, de desarrollo intelectual.

Y justamente en el día de hoy leía un libro curioso, escrito por un especialista en Antropología Social o sociólogo, de la Universidad norteamericana de Columbia, en que se reseñaba este curioso fenómeno que opera aún dentro de la propia sociedad imperialista, la sociedad más enajenante, más desnaturalizadora del hombre, más bárbara y más deshumanizada. Y este autor, profesor de la Universidad de Columbia, muy lejos de una concepción y de una interpretación marxista de los fenómenos sociales, pero investigador sin embargo de alguna excelencia técnica, era capaz de escudriñar con cierta brillantez, en una forma altamente aleccionadora e ilustrativa para nosotros.

En algunas páginas de su obra —y es interesante leer algunos párrafos de la misma— el autor hablaba de cómo los mecanismos de la llamada sociedad opulenta o sociedad de consumo creaba cada vez mayores incentivos materiales, hasta el punto de hacer al hombre prisionero cada día de renovadas y multiplicadas ambiciones egoístas asesinando en los hombres la menor expresión de nobleza humana, de solidaridad y de fraternidad humana.

Y se refería a una página entera publicada hace años por el «New York Times», que según él ejemplifica la preocupación norteamericana por la creación de nuevas necesidades, que no sólo sea o signifique o equivalga a la creación de nuevos mercados para artículos muchas veces innecesarios, sino también la creación de motivaciones materiales enajenantes y homicidas de los residuos de nobleza humana, y recordaba o reseñaba cómo bajo el dibujo de una mano grande, tendida y suplicante, que aparecía en la parte superior de la página del «New York Times», se leía en mayúscula, casi con una pulgada de alto: «El primer mandamiento de la nueva era: cread más deseos». ¡Cread más ambiciones, cread más motivaciones ruines y materiales, cread más factores de la deformación de las genuinas esencias del hombre!

No obstante ello, siempre, aun en estas sociedades dominadas de manera absorbente por la ideología imperialista, permeada integralmente por una campaña, una propaganda y una sistematización ideológica de siglos, como quiera que una minoría —la minoría que cada día crece más, la minoría que ha sido capaz ya de convertirse en un número honorable de personas, de mujeres y de hombres que han sido capaces de enarbolar ante el Pentágono la efigie del Che como gesto de rebeldía—, esa minoría que a veces comienza a formarse, trata de ser no obstante se-

questrada y ganada por la propaganda y las incitaciones de los monopolios imperialistas.

Y citaba algunos casos de demanda de técnicos, de intelectuales, por parte de esos monopolios, tratando no sólo de lograr la adhesión y la incorporación por vías de los estímulos directamente materiales, o sea, de los salarios altos y de las condiciones óptimas de vida material, sino que también acudiendo a esa pequeña porción de ambición creadora que comienza a generarse en estas minorías intelectuales en un país imperialista.

Citaba el caso de la propaganda de la IBM, que dice en estas palabras: «El ingeniero de la IBM confía en su futuro, porque sabe que el desarrollo, diseño y fabricación de computadores digitales es quizás el único campo limitado de la electrónica actual, y que la IBM goza de fama mundial en este campo permanentemente significativo».

Y citaba otro ejemplo de la General Electric, y decía el anuncio de ese monopolio: «Ingenieros, ¿qué atractivos ofrece la General Electric a los hombres de la imaginación? Este Departamento en expansión ofrece la oportunidad de hacer trabajo precursor en la creación y desarrollo de nuevos e importantes proyectos».

«Y a los ingenieros mecánicos, oportunidades para crear nuevo equipo transportado por aire, que habrá de operar bajo tremendas condiciones de shock. A los ingenieros electricistas, proyectos de ficción científica que requieren soñadores racionales que posean un elevado y operante impulso de rotación».

Véase cuáles artificios usan los propios monopolios imperialistas, conscientes de que aún en una sociedad deformada y deshumanizada hay siempre cardinales virtudes y esencias humanas vinculadas al espíritu de creación, y cómo esto trata de explotarse. Claro está que, como el autor agrega literalmente, lo más notable es que estas cosas se ofrezcan como alicientes.

La forma misma de los anuncios constituye un reconocimiento de que en los Estados Unidos la mayoría de los empleos no constituyen un desafío intelectual y que no se desea ni creatividad ni iniciativa.

¿Y qué otro fenómeno ocurre? Que muchos de estos intelectuales incorporados a estos monopolios imperialistas, motivados por esta propaganda, abandonan después estas oportunidades industriales que acarrear

altos salarios, y en virtud de aquella motivación que aún perdura y sobrevive del ansia de creación y de libertad integral, personal y genuina, pasan a la docencia. Y decía este autor, que ha hecho análisis detallados, estadísticos y curiosos, que las cifras indican que más de dos tercios de los científicos que dejaron el trabajo con el Gobierno, la industria privada o una fundación por otro tipo de empleo, ingresaron a instituciones educativas.

«El mayor número de quienes ingresaron en el campo de la educación, procedentes de otro tipo de empleos, provino de la industria privada. El hecho de que las Universidades hayan podido competir con otras clases de patronos por lo que respecta a atraer y conservar científicos, es digno de mención en vista de los bajos niveles de salarios que prevalecen en las instituciones educativas; manifiestan la ventaja del empleo universitario como la de libertad de investigación».

Es decir, que ocurre aún en esta sociedad imperialista deformada y deshumanizada el hecho curioso de que minorías de los intelectuales, no obstante los enormes estímulos materiales que les ofrecen los monopolios, abandonan a veces a esos monopolios para recluirse en las aulas universitarias, de donde muchas veces salen voces excepcionales de protesta y de rebeldía, como hoy contemplamos y observamos, por esa motivación creadora, por esa motivación moral que, aun en estos hombres intelectuales, opera en una sociedad imperialista.

Y si este fenómeno, minoritariamente, sí, pero al fin y al cabo puede darse en una sociedad imperialista, uno se pregunta: ¿cómo es posible a partir de un pensamiento y una actitud revolucionarios, cómo es posible admitir, si se es revolucionario y se es comunista, que no en una sociedad imperialista, sino en una sociedad socialista de construcción revolucionaria, los factores motivadores de la actividad creadora intelectual deben ser los estímulos materiales, si aún en una sociedad imperialista hasta los propios monopolios tratan de lograr motivaciones morales? ¿Cómo vamos a renunciar nosotros a la noble ambición de lograr que nuestros intelectuales, los de hoy y de mañana, se incorporen al proceso de la creación, de la creación revolucionaria en su expresión intelectual sino por factores morales, por factores revolucionarios y no por estímulos materiales?

De ahí que las Resoluciones de ustedes al respecto, confirmatorias de esta aspiración de la Revolución Cubana, constituyan para nosotros y para el pueblo, su anuncio, un motivo de honda satisfacción, de honda y pro-

funda tranquilidad revolucionaria. Y de ahí nuestra confianza, porque esencialmente confiamos en el hombre, porque estamos convencidos que una revolución la protagonizan hombres. Y si creemos en la factibilidad y en el éxito creciente e infinito de una revolución es porque, en última instancia, tenemos fe en el hombre, en los principios morales revolucionarios de los hombres. Creemos que cualquier hazaña de nuestra revolución, no sólo las que se escriben con el rifle en las coyunturas heroicas, sino también las que se escriben en el trabajo cotidiano, esos esfuerzos y esas acciones para que alcancen dimensiones épicas, que son las únicas dimensiones que pueden propiciar el emerger del desarrollo acelerado de que ustedes hablan... porque —dicho sea entre paréntesis— tal vez internacionalmente algunos han creído que algunas cifras de nuestras metas económicas —por ejemplo de nuestras metas agropecuarias— son originadas por un capricho desmedido de realización económica, sin advertir que a un país como el nuestro, atrasado, para tener éxito en su construcción revolucionaria tiene sólo una alternativa: la de realizar en todos los sectores del trabajo creador, por ende en el trabajo económico, hechos de contornos épicos, logros heroicos, hazañas, o la nada, o la derrota o el desastre o la paralización del proceso revolucionario.

No se trata de ambicionar más o menos, se trata de ambicionar más, porque sólo ambicionando y luchando por lo más es que podemos consolidar nuestra revolución e impulsarla hacia el porvenir. Y las hazañas épicas en todo el decurso de la historia de la Humanidad sólo han podido realizarse cuando hondas motivaciones de nobleza humana, de ímpetu creador, las han motivado. Con estímulos materiales se puede alcanzar un poco más, pero un poco más no basta a una Revolución llena de grandeza. A esa grandeza revolucionaria sólo puede acompañarla una motivación moral y revolucionaria: que no sólo sea el impulso generador del esfuerzo de hoy y del triunfo de mañana, sino el factor constante, permanente, de la educación del hombre nuevo la circunstancia ambiental determinante que condicione la formación de las generaciones futuras y la renovación y mejoramiento de la generación contemporánea.

A esta tarea, de una manera excepcional, sincera y además formal, se han incorporado todos ustedes en estos días de discusiones y en los momentos fundamentales de las Resoluciones adoptadas. Es sólo una tarea que comienza.

Hémos hecho mucho, pero es muy poco respecto a todo lo que nos queda por hacer.

Quien quiera ganar y conservar el título de revolucionario en un país como el nuestro, que está inevitablemente instado a hacer cada día esfuerzos mayores como única posibilidad de éxito, de consolidación y de avance revolucionario, tiene que tener presente estas verdades. Y si se es un intelectual genuino, de veras que no es difícil acomodarse en la conducta diaria a estos principios. Porque para un intelectual, científico o técnico, escritor o artista, lo fundamental es el acto recreativo, no el resultado material que a través de él pueda obtenerse. Las condiciones materiales para el desenvolvimiento del desarrollo cultural de cada cual, y para generar las posibilidades sin limitaciones de estos actos de creación, nuestra revolución las está dando dentro de las limitaciones inevitables de esta etapa; limitaciones que a veces son también cuestiones importantes de las cuales todos deben estar enterados. Porque cuando se aspira a tener más libros, más posibilidades de lectura, más información actualizada de la ciencia, de la técnica, de la literatura y del arte; es bueno que se conozca cuánto esfuerzo telúrico, no muy jerarquizado en lo intelectual pero sí tan importante como el trabajo de creación intelectual, hay que hacer para obtener recursos con los cuales importar pulpa para fabricar papel, cuánto esfuerzo diario hay que hacer para obtener piezas de repuesto para mantener nuestras fábricas de papel produciendo, cuánto esfuerzo hay que hacer, cuánto análisis hay que hacer para poder comprar libros en el extranjero. Y no olvidar, tampoco, compañeros, que no son estos fundamentalmente esfuerzos de los planificadores ni de los directores, sino de los obreros que no son intelectuales, que cortan la caña, que producen nuestros frutos y nuestros productos de exportación.

No olvidar, compañeros intelectuales, con humildad, que para que ustedes puedan crear, puedan desarrollarse intelectualmente, es necesario que todos los días se produzcan millones de actos de creación, que protagonizan hombres humildes, con sus camisas sudadas y sus espaldas al sol. No olvidar que esos hombres del trabajo, casi recién salidos del analfabetismo, que no han tenido el privilegio de las aulas universitarias, ni a veces de la capacidad profunda de lectura, ni siquiera los instrumentos rudimentarios para el desarrollo autodidacta que algunos de ustedes tuvieron antes, en la etapa prerrevolucionaria, son ya no hombres enajenados, no hombres esclavizados, sino también creadores; y que cuando se hable de creación y de creadores, recuerden ustedes que no son sólo ustedes los creadores, que son millones de hombres y mujeres, de jóvenes y viejos, los creadores.

Y a este respecto, hablándoles con absoluta sinceridad revolucionaria, diríamos que es necesario que los hombres cultos de nuestro país adquieran cultura. Esto parece una contradicción, y una paradoja, pero yo quiero explicarlo, y es que los problemas de una revolución son los problemas —no en el sentido personal sino en el sentido fundamental a que nos hemos estado refiriendo en nuestras palabras— que ustedes debaten en su mundo intelectual, son los problemas de la cultura, del libro, del arte; pero que los problemas de una revolución no son sólo esos.

Y que si nosotros tenemos el deber de que cada día justamente mediante el esfuerzo de ustedes, que no sólo tienen que ser creadores sino —como postulaba la resolución aquí leída— divulgadores de la cultura, hay que hacer llegar cada día al pueblo los valores de la cultura, del arte, y hay que hacer que el pueblo tenga acceso a esos valores, capacidad de interpretar esos valores, rebajar, no, la calidad de la expresión cultural, sino ascender el nivel de comprensión intelectual del pueblo. Si bien es necesario que el pueblo gane cultura por el esfuerzo de ustedes, yo creo que como una coyuntura o una ayuda a que los intelectuales revolucionarios de nuestro país sean cada día más revolucionarios es indispensable que aunque no se trate de problemas estrictamente culturales en el sentido más estrecho de esta palabra, que aunque no se trate de los problemas de la ciencia y de la técnica en sí, o los problemas de la literatura o del arte en sí, es indispensable que los hombres de intelecto sepan que el mundo revolucionario de nuestro país no está sólo delimitado por esas cuestiones. Que decirse revolucionario y afirmar que se está vinculado con el pueblo no es sólo una actitud teórica, una posición intelectual, sino un entrañamiento esencial de conducta humana, y que ésta tiene que estar informada, presidida por un conocimiento de todos los problemas de una revolución, de una sociedad revolucionaria, de un pueblo en construcción revolucionaria.

Y que esos problemas, que son aquellos que forman parte de la vida diaria del trabajo económico, nuestras dificultades y cómo vencemos esas dificultades, deben ser un material de información para el desarrollo integral de nuestros intelectuales. No sólo los grandes problemas de la cultura en el sentido en que habitualmente se maneja este término, sino los grandes problemas de la cultura en el sentido cabal de esta palabra, que es toda la obra de creación revolucionaria, porque a eso equivale la obra de creación cultural.

Y no es que alguien aspire a que un intelectual sea, además de científico, técnico, escritor y artista; un perito en cuestiones agropecuarias o industriales o un perito en cuestiones económicas. Muy lejos de nuestro criterio tal disparate. Sencillamente que se tenga la información elemental de estos problemas, de las dificultades y de los esfuerzos que se hacen por superar esas dificultades. Y ganar esa vinculación mediante el estudio y mediante el contacto y la cercanía física con nuestro pueblo, porque ello depararía a los intelectuales, a los creadores, no sólo ese material de información, de actualización contemporánea de la vida de un pueblo, sino además un manantial riquísimo para la obra de creación intelectual.

Porque no sólo en esta Capital, en este mundo aparentemente desarrollado de la Capital se protagoniza la vida de un pueblo, ni mucho menos aquí es que se desenvuelve la obra principal de creación revolucionaria de nuestro país.

Y no es que nosotros creamos que una literatura revolucionaria, por ejemplo, ha de ser sólo una literatura de testimonio. Sabemos que es importante y creemos que es importante el testimonio literario del acontecer cotidiano revolucionario y creador de nuestros trabajadores; le damos a esto una categoría y una importancia excepcionales.

Es que creemos que fuera del perímetro de esta capital y del mundo pequeño en que a veces convivimos, existe un mundo más amplio a lo largo y ancho del país; una nueva vida que se genera; nuevos valores que se crean, nuevas vivencias que tienen que formar parte, o por la vía del testimonio creador o por la vía de la creación más pura: en sí misma, tienen que formar parte de la labor de nuestros escritores y de nuestros artistas, so pena de estar creando sólo en una parte, dependiendo de una parte minúscula de un mundo, de un pueblo, que protagoniza todos los días muchos hechos a lo largo y ancho de la nación. El contacto directo con algunas realidades humanas y sociales que no forman parte de la vida individual, personal, familiar, amistosa, de cada uno de nosotros, sino que forman parte a veces de un mundo que se desenvuelve en nuestro país, de una realidad social y humana que se protagoniza en nuestro país y que, sin embargo, nosotros a veces vivimos en este mismo país y la ignoramos.

Porque aun los que por razón de nuestro trabajo y nuestras responsabilidades en la dirección revolucionaria o estatal, y, desde luego, esencialmente por nuestra curiosidad revolucionaria, estamos a diario tratando

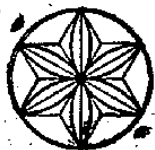
de mantener el más estrecho contacto con el pueblo, a diario descubrimos fenómenos, expresiones revolucionarias, superaciones humanas, que van más allá de nuestras predicciones y más allá, afortunadamente, de nuestras esperanzas, que a veces quedan cortas ante las realidades milagrosas, brillantes y excepcionales de la realización revolucionaria de nuestro pueblo.

Por eso, cuando se habla de la cultura y de las masas, entendemos esto no el sentido en que se entiende por los capitalistas: la cultura para satisfacer a veces las apetencias pseudoestéticas, baratas y poco nobles de las masas en un sentido gregario, en un sentido deshumanizado, sino la cultura cerca de las masas, entendiendo éstas como la suma de fuertes individualidades personales desarrolladas a plenitud en virtud del milagro revolucionario, a consecuencia del hecho revolucionario, a consecuencia de ese proceso de liberación personal, que en cada hombre de nuestro pueblo tiene lugar cuando el trabajo que ayer fue sufrimiento inevitable para la subsistencia, hoy es oportunidad de plena realización personal, y es además la única posibilidad de vida feliz en los hombres que comienzan a interpretar la vida con un nuevo sentido y el trabajo de cada día como una visión, como un deber, como un agradable deber revolucionario. Estas son muchas de las realidades humanas y revolucionarias que se definen por estas características generales, a las cuales hay que acercarse cada día más para beber en esa fuente inagotable de la energía creadora de un pueblo, los motivos, los impulsos para la creación intelectual de cada cual, seguros de que este evento que hoy clausuramos es un paso más de alta significación por esa ruta, por ese sendero revolucionario; seguros de que las palabras y las declaraciones que ustedes han suscrito han de ser realidades sinceras en las mentes y en las voluntades de ustedes; seguros de que el nombre del querido compañero Che Guevara no ha sido aquí mencionado solamente en virtud del recuerdo y del cariño, sino en virtud de la fuerza de su ejemplo; seguros de que ustedes han de ser leales a ese ejemplo de verdadero intelectual revolucionario, hombre de libros, hombre de pensamiento, hombre de nobleza, hombre de sacrificio, revolucionario en fin, comunista en fin. Que, comunista, eso es lo que queremos, eso es lo que ambiciona nuestra revolución como calificativo unánime para todos los intelectuales de hoy y para todos los intelectuales de mañana, de un mañana que cada día habrá de proyectarse más hacia un futuro inacabable en el cual cada hombre, cada mujer,

cada joven o cada anciano sea un trabajador y un intelectual, un hombre íntegro, un hombre dedicado cada día a la creación.

¡Creadores son ya millones de hombres y mujeres en este pueblo, creadores son ustedes!

Y no olvidar, compañeros, que, en resumen, estamos creando todos una nueva sociedad, una sociedad comunista; que esa es la gran obra de creación que ha de permear el sentido de vuestras creaciones individuales. Y que conscientes de esta verdad es que, honrando —répito— la memoria y siendo leales al ejemplo de ese gran intelectual revolucionario que fue el Comandante Ernesto Che Guevara, podamos hoy exclamar, con satisfacción revolucionaria, que la divisa de ustedes como la divisa de todo nuestro pueblo, es la de siempre: ¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!



El problema «teoría económica-periodo de transición»

ANGEL HERNANDEZ Y JORGE GOMEZ

Varias son las razones que han sugerido el presente trabajo. El mismo es producto, en algunos aspectos, de preocupaciones que de una u otra forma tenemos latentes desde hace algún tiempo. Otros aspectos han debido tomar cuerpo de problemas casi al mismo tiempo de escribirlos gracias a una cierta urgencia teórica que reclama, en nuestro país, la confrontación de nuestras experiencias con la teoría económica del período de transición que ha circulado entre nosotros.

La aceptación acrítica-durante un período que, en general, coincidía con el primer acercamiento a la teoría marxista —de una literatura manualista, cuyos rigurosos esquemas contrastan muy ostensiblemente con la falta total de rigurosidad científica, conformó y deformó en no pocos casos la capacidad de situarse ante los problemas reales, mientras el pensamiento se debatía en pseudo problemas existentes sólo en las páginas de tales libros.

La liquidación de algunas verdades eternas del marxismo de manual, inicia una etapa de vacío teórico, al mismo tiempo que una etapa de urgente investigación del pensamiento genuino de los clásicos del marxismo y su inserción en la práctica de nuestra trayectoria económica.

La explicación teórica del período de transición al comunismo no puede partir de las leyes programáticas, que con sello de generalidad y cientificidad se nos han presentado como las leyes del socialismo. No es posible partir de respuestas preconcebidas para la explicación de los hechos, que, testarudamente, se oponen a las explicaciones ofrecidas con el ropaje dialéctico que brinda el lenguaje pseudocientífico.

Que vivimos ya en un nuevo tipo de relaciones sociales, nos lo da el hecho de que la gratuidad de la enseñanza, los libros, los círculos sociales e infantiles, los servicios médicos indispensables, etc., comienzan a engendrar formas de vida y normas de conducta que, en la medida en que se viven, se hacen menos reflexivas y conscientes, constituyendo cada vez más una nueva actitud ante la vida.

Sin embargo, la descripción de los hechos empíricamente reconocibles no puede ser tomada por la explicación científica de los mismos. La supresión de las relaciones mercantiles durante el período de transición al comunismo, por ejemplo, no es un desprendimiento consecuente de la lucha contra el burocratismo, aunque éste es imprescindible para el fin perseguido, ~~sin~~ un cambio formal en los registros contables. Es un fenómeno complejo que transforma factores de muy diversos órdenes en la vida de la sociedad y por ello, en el plano teórico, está totalmente vinculado a la concepción que se tenga del comunismo. Este no puede ser definido como sistema social solamente a través de la abundancia de los bienes materiales, sino además, y fundamentalmente, a través de las nuevas actitudes de los hombres que viven en esas relaciones sociales nuevas.

El período de transición al comunismo habrá, para ello, de tender a la transformación del hombre-creación de la conciencia comunista. Es con la toma del poder político que se inicia esta etapa de transición en que tienen lugar las transformaciones en lo económico, político e ideológico, encaminadas a un cambio total en todos los niveles de la estructura social. En esta etapa, las relaciones de propiedad —entendida como relaciones de los individuos entre sí en lo tocante a medios de producción y productos del trabajo— o, en un sentido más específico, la propiedad privada que caracteriza al modo capitalista de producción, es sustituida por un orden de relaciones sociales de producción diferentes; tanto en lo referente a los medios de producción como a los productos del trabajo. Este orden de relaciones sociales logradas —en su trayectoria temporal— a

partir de un proceso de nacionalización de las empresas privadas existentes, ha creado de hecho una nueva realidad social.

DEL METODO

Toda labor científica posee una forma específica de abordar el objeto de su investigación. Esto es, posee un determinado orden de procedimiento.

Este orden de procedimiento —método— permeará toda la investigación, por lo que de su eficacia para apropiarse su objeto dependerá fundamentalmente el resultado de aquella.

En Marx, el método —la idea de la ciencia, el modo de estructurar la teoría para la explicación de su objeto— aparece implícito en El Capital. No existe una propedéutica de su método.

Y es que, en todo caso, el método no puede existir separado y estructurado fuera de la teoría misma. Va unido siempre a ésta. Es la idea de la ciencia implícita en la estructuración de un discurso teórico. Constituyen los elementos o criterios por los cuales una teoría se puede proclamar científica; criterios que son, además de históricos, propios de cada ciencia particular.

Los problemas metodológicos de una teoría de la Economía Política del período de transición han de ser retomados a partir del propio Marx y de la comprensión de que su mérito en lo gnoseológico no consistió en haber elaborado un «método general de las ciencias», sino en haber señalado el condicionamiento histórico de los conocimientos y la mediación de éstos con la existencia de las relaciones sociales, en una estructura social especificable en niveles. Las relaciones entre las categorías y la realidad que ellas explican han de ser comprendidas como que se trata de dos órdenes de naturaleza diferente: el proceso de conocimiento y el proceso histórico (real).

La realidad existe siempre mediatizada por las relaciones sociales establecidas entre los hombres en una estructura social dada, cuyo nivel ideológico —donde a decir de Marx «los hombres toman conciencia de sus problemas y los resuelven»— juega un papel en el proceso cognoscitivo.

El papel del nivel ideológico en el conocimiento es ofrecer a los hombres representaciones sobre sus relaciones con los demás hombres, de su posición en el mundo, etc., de una manera mixtificada.

Es decir; el hombre produce ideas por el hecho de vivir en una sociedad determinada, para la explicación de lo que le es dado como objeto. Estas ideas no dan la explicación científica del fenómeno. El nivel ideológico no establece jerarquizaciones funcionales. Estas las establece la ciencia, que parte de un nivel de generalidad dada por la ciencia precedente, estructura ella misma las preguntas sobre los problemas a los que ella supone va a dar respuesta; pero lo hace al nivel a que los problemas fueron dejados por la práctica científica anterior. Para esto, la ciencia opera con conceptos de naturaleza diferente a los que engendra la simple vida de los hombres en sociedad.

La Economía Política elaborada por Marx, tiene un objeto específico: el modo de producción capitalista. Para la explicación de ese objeto ha elaborado un conjunto de conceptos, estructurados en relación a un método.

Comprender las relaciones entre teoría-método y realidad-teoría, puede ser útil al emprender la teorización del período de transición al comunismo.

En el plano estrictamente teórico, no existe en Marx el estudio del período de transición al comunismo. En algunos trabajos, como «Crítica del Programa Gótha», son esbozados en forma no sistematizada, algunos rasgos sobresalientes de este período.

La Economía Política tiene, como toda ciencia, su forma específica de apropiarse su objeto de conocimiento. Como toda ciencia, al mismo tiempo que acepta y toma conceptos que le brinda la práctica científica anterior; elabora nuevos conceptos, los que estructurados de una manera específica permiten la explicación de su objeto.

En este sentido, las categorías económicas elaboradas por Marx presentan una estructura y organicidad que le son propias, acorde con el objeto de su análisis.

Mediante el uso de conceptos como mercancía, valor de uso, valor de cambio, valor, plusvalía, etc. —y la deducción de sus leyes— es que se explica la estructura de esa totalidad social que funciona como capitalismo y, al mismo tiempo, el método.

Es preciso preguntarse entonces si es posible «aplicar» todo el aparato conceptual, estructurado para el análisis del modo capitalista de producción, a un período que, desde sus inicios, se presenta con características diferentes.

La delimitación, no sólo del nivel de abstracción, sino del dominio histórico de los conceptos, se hace imprescindible para una Economía Política del período de transición:

Esta hipótesis de trabajo no está exenta de las dificultades que plantea la propia definición de algunos conceptos, como el de mercancía —objeto producido para el cambio—, que permite situarlos no sólo en el modo capitalista de producción, sino fuera de éste, es decir, en todo momento desde el surgimiento del intercambio. Es preciso que este problema —presentado tradicionalmente bajo el título de relaciones entre lo lógico y lo histórico— sea planteado en el terreno al que efectivamente corresponde, y que no consiste precisamente en preguntar si hay correspondencia u orden inverso entre los procesos lógicos e históricos, sino en plantearse la forma específica en que la teoría o proceso lógico se apropia del proceso histórico. No es posible confundir un proceso que obra estrictamente en el pensamiento con otro que transcurre en el social.

Dejemos planteado por el momento este problema.

Sucede, cuando tratamos de utilizar conceptos que explican la estructura capitalista para la explicación del funcionamiento de la economía en el período de transición, que comienzan a «resbalar» los conceptos. Y aquí nos metemos de lleno en los problemas: ¿Hay o no hay producción de mercancías en el período de transición? ¿Funciona o no la ley del valor? Las posibles respuestas han tenido un mayor tratamiento en la literatura económica marxista contemporánea, que las propias preguntas, con el agravante de ser, en la mayoría de los casos, un tratamiento viciado por el uso de conceptos «dialécticos». Se comienza por postular que tal concepto tiene en el período de transición un «nuevo contenido». En el mejor de los casos se tratará de explicitar en que consiste este «nuevo contenido». Lo más frecuente es, sin embargo, dar como innecesaria esta explicitación. De cualquier manera, la utilización que se hace de esta terminología pseudocientífica —que se pretende sea considerada fundamento metodológico del marxismo— constituye una traba mental —metodológica— para el conocimiento; a éste, al convertirse en explicación —justificación— de todo fenómeno actual y futuro. Sería interesante, en este sentido, tener presente la observación de Engels sobre «como una nueva concepción sobre cualquier ciencia revolucionaria siempre la terminología técnica en ella empleada. . . La Economía Política se ha contentado, en general, con tomar los términos corrientes en la vida comercial e industrial y operar con ellos tal y como los encontró, sin advertir que de este modo

quedaba encerrada dentro de los estrechos horizontes de las ideas expresadas por aquellas palabras».¹ Lo anteriormente expuesto nos hace reflexionar en dos sentidos:

- 1) La necesidad, para el estudio de una nueva realidad social, de comprobar el instrumental conceptual con el que se pretende trabajar en dicho estudio.
- 2) La no existencia de una Economía Política del período de transición —estructuración sistemática del nuevo instrumental conceptual, acorde con su objeto— por lo menos en un plano estrictamente teórico y los problemas metodológicos que su elaboración implica. Para emprender la elaboración teórica de una Economía Política del período de transición, se ha pretendido partir de su «célula económica fundamental»; «puesto que la célula económica es esencialmente la forma no desarrollada, simple, del tipo de producción social de que se trate, en consecuencia, contiene en germen todos los rasgos y contradicciones fundamentales de ese régimen. Todo eso fue revelado certeramente por Marx al analizar la mercancía como la célula económica del capitalismo».²

Hay que ir de ese modo, a la búsqueda del elemento que actúa como «célula económica fundamental» a partir del cual «se desarrollan, y sobre el que descansan, todos los tipos de relaciones más complejas».³

Tanto la tesis que señala que la relación primaria del modo socialista de producción se encuentra en la **propiedad socialista**, como la que la ubica en **planificación**, se hallan dentro de una misma problemática.

Para situarse ante el verdadero problema, habrá que abandonar el terreno teórico enmarcado por los términos mismos de la discusión, es decir, ¿cuál es la célula económica fundamental del socialismo? Situarse al nivel de esta pregunta, supone la aceptación del campo que ella estructura y limita, así como de todos sus presupuestos, que son, a grandes rasgos:

- a) que la mercancía, a la que Marx denominó efectivamente la célula económica fundamental del capitalismo contiene en germen «todos los rasgos y contradicciones fundamentales del modo de producción dado»,

¹ F. Engels, Prólogo a la Edición inglesa del T. I del El Capital.

² Nicolás Jessin. «El concepto de célula económica y su significación metodológica para la Economía Política del Socialismo». Nuestra Industria Económica No. 9 pág. 50.

³ Obra cit. pág. 46.

Toda vez que sin ser un verdadero convencimiento, sustituye

lo que daría al concepto de ~~una~~ ^{una} mercancía sospechosa similitud con cierta «idea absoluta», contentiva, en germen de todas las «determinaciones concretas».

b) Que existe la posibilidad de aplicación de un modelo teórico (que explica el modo capitalista de producción) a una realidad cuya especificidad no ha sido siquiera formulada teóricamente.

c) Que hay una idea implícita de la ciencia; que se limitaría a buscar cómo el concepto —célula económica— se da en la realidad, práctica ésta que desconoce el mecanismo productor de conocimientos científicos. Lo anterior es válido para las pretensiones de partir de una llamada ley económica fundamental en torno a la cual girarán otras leyes, de tan ineluctable cumplimiento como la anterior, pero cuya significación, en el orden de relaciones que delimita la nueva sociedad, aparece menos ligada a la «esencia» de ésta. Más cuanto que las que generalmente se establecen como leyes económicas en este período no pasan de ser algunos de los objetivos propuestos a alcanzar o la estrategia de una determinada política económica como lo son «la satisfacción de las necesidades crecientes del pueblo», «el desarrollo armónico y proporcional de la economía» o «el desarrollo preferente de la producción de medios de producción».

En lo adelante podrá observarse cómo en la discusión de los problemas económicos del período de transición, los aspectos metodológicos aparecen en primer plano en muchas oportunidades.

¿LA LEY DEL VALOR?

¿Funciona o no funciona la ley del valor en el período de transición al comunismo? Previo a esta pregunta, se hace necesario, al menos dejar establecidas algunas definiciones indispensables, ¿qué es el valor?

El concepto de valor es deducido por Marx en el Primer Capítulo de «El Capital», a partir de la relación de cambio entre dos mercancías. (Ya en ese nivel del análisis de Marx, estamos ante un objeto distinto: la relación de cambio entre dos mercancías, a diferencia del análisis de una mercancía, a partir de la cual fueron deducidos los conceptos de valor de uso y valor de cambio).

El valor tiene como característica la de no manifestarse en esta relación; es algo distinto a la relación misma, pero es imposible llegar al valor sin haber introducido la noción de cambio. En el cambio, solo aparecen las

mercancías como valores de uso, ¿cómo es posible medir dos cosas inconmensurables entre sí?, ¿a través de qué mecanismo se realiza el cambio de mercancías si los valores de uso poseen cualidades diferentes? Es preciso hallar una medida común que posibilite la relación. Y he aquí que aparece el trabajo en sus determinaciones: concreto —creador de valores de uso— y por tanto inservible para establecer alguna relación, y abstracto —creador de valor— sustancia que formará el valor de las mercancías y que expresará ese «algo común» a todas las mercancías y que hace posible la relación de cambio. ¿Cómo se medirá la magnitud de este valor? Por el tiempo socialmente necesario para su producción. La ley del valor expresará de esta manera que el cambio de las mercancías se establece en base al tiempo socialmente necesario para su producción.

Ahora bien, el concepto de valor, en este nivel del análisis es elaborado a un grado de abstracción tal que parece contradecir los hechos empíricamente registrables. El valor ha sido elaborado como concepto para la explicitación del funcionamiento del nivel económico de la formación social capitalista y que tiene como característica la de no manifestarse en el proceso económico.

En este sentido, el conocimiento que brinda el concepto de valor está dado por la explicación de la estructura y el funcionamiento interno de un mecanismo oculto a los ojos de los hombres. «La determinación de la magnitud del valor por el tiempo de trabajo es, por tanto, el secreto que se esconde detrás de las oscilaciones aparentes de los valores relativos de las mercancías».*

La formación de los precios, el origen de la ganancia, la distribución de los recursos, etc., son fenómenos presentes para todo individuo en el modo capitalista de producción. La explicación científica de ellos, no puede darse con el reconocimiento que brinda su evidencia. De aquí la importancia del análisis de este «algo común» que toma cuerpo en la relación de cambio de las mercancías y que parecen contradecirse con los hechos empíricos. La estructuración de la ley del valor, hace explicable el comportamiento económico de una sociedad en que impera la producción mercantil, existe la propiedad privada sobre los medios de producción y en que la clase no poseedora de medios de producción, se ve obligada a vender su fuerza de trabajo. La teoría del valor está ela-

* C. Marx T. I El Capital, Edic. ENC 1962 pág. 42. La Habana.

parte
borada para la explicación del funcionamiento del modo capitalista de producción. Aceptar esto como hipótesis de trabajo científico puede ser el primer paso. Ahora bien, esto no elimina en modo alguno los cambios sufridos, en su desarrollo, por el propio capitalismo y con ellos la sustitución cada vez mayor de la libre competencia y el régimen de propiedad existente; ni los problemas reales que implican la supresión de las relaciones mercantiles en el período de transición al comunismo, y por otra parte existe toda una elaboración seudoteórica que trata de fundamentar la existencia de la ley del valor y la producción mercantil en el período de transición para justificar, en algunos casos, la puesta en marcha de un capitalismo artificialmente creado.

LA PRODUCCION DE MERCANCIAS EN EL PERIODO DE TRANSICION AL COMUNISMO.

La sustitución de un sistema conceptual por otro, radicalmente nuevo, que se deriva del estudio de una realidad radicalmente nueva, no es fácil. Mucho menos lo es la sustitución de la vieja realidad misma por una nueva realidad.

Las transformaciones que se llevan a cabo en el período de transición al comunismo pueden ser estudiados sólo muy al principio a través del sistema conceptual con que se estudia el capitalismo. A partir de que se hace necesaria la eliminación de la propiedad privada y, consecuentemente, el establecimiento de relaciones de producción que tiendan a acercarse al objetivo comunista, las dificultades teóricas son cada vez mayores.

culto
Aquí es donde puede la teoría ser un verdadero freno a la práctica revolucionaria. Las transformaciones revolucionarias del período de transición siendo, como son, conscientes y voluntarias han de estar precedidas de un conocimiento tanto de la realidad social que se vive como de la que se aspira a vivir. Pero el viejo sistema conceptual apenas puede explicar la realidad actual y lógicamente, mucho menos la futura realidad. La teoría se aferra a sus viejos esquemas, a los conceptos, categorías, leyes, cuyos certificados de validez parecen tener sellos de eternidad. La práctica revolucionaria se debate en la alternativa de moverse en el círculo vicioso que impone la teoría o desentenderse de ésta, realizando transformaciones que tienden a resolver los problemas inmediatos pero cuya efectividad mediata sólo puede ser comprendida parcialmente, a

través de un prisma ideológico y, en ocasiones, en forma totalmente especulativa.⁵

Se ha partido de una realidad social en que el intercambio de productos se realiza a través de la comparación de los trabajos invertidos en su producción (reducción de la diversidad de formas de trabajo concreto a trabajo abstracto), por lo que la mercancía aparece como algo inseparable de la división social del trabajo. El valor no parece ser una relación social de producción, sino más bien una cualidad como otra cualquiera de los productos. El dinero y sus diferentes funciones; la transformación de la plusvalía en ganancia, y la consecuente transformación del valor en precio de producción; el desarrollo capitalista hacia el monopolio; que convierte el precio de producción y la ganancia media en precios y ganancias monopolistas y encubre, a través de las asociaciones de propietarios y la práctica de un «capitalismo popular», las relaciones de propiedad que mueven todo el sistema; los complicados sistemas de contabilización, control y planificación de la actividad económica (créditos, finanzas, impuestos, bolsas de valores, balanzas comerciales y de pago, cuentas nacionales, divisas, etc.), son algunos de los factores que dificultan la transformación revolucionaria de las relaciones económicas, sobre todo porque dificultan la comprensión de su caducidad «al mistificar las relaciones sociales reales en que tal andamiaje estructural —y superestructural— toma cuerpo. Es por ello que conceptos como valor, mercancía y propiedad toman la apariencia de conceptos extrahistóricos y toda investigación tiende a moverse dentro de los límites que ellos imponen.

De ahí que los argumentos —lentos de increíbles sutilezas teóricas— que se utilizan para demostrar la existencia de la producción mercantil, la ley del valor, etc., hayan constituido una mayor preocupación para los economistas que las vías para liquidar definitivamente tales supervivencias.⁶

la -
⁵ La teoría puede también marchar tan a la saga de las transformaciones prácticas que no le quede otro remedio que «acceptar» las nuevas realidades. Así, es difícil dudar que en muchos países socialistas funciona realmente la ley del valor, de producción es mercantil y en competencia y los estímulos (son los más efectivos de resortes de la producción. *la. materiales*

⁶ Evidentemente la demostración de la necesidad de estas supervivencias es una razón más para abandonar la búsqueda de nuevos caminos y seguir moviéndose dentro de los límites impuestos por las propias categorías. Sólo podrá llegarse entonces a conclusiones del mismo orden de las que se partió. Este círculo vicioso amenaza con ser eterno.

Así, la producción de mercancías durante el período de transición al comunismo aparece como una necesidad que se fundamenta en muy diversos criterios. Uno de estos criterios es la existencia de distintas formas de propiedad sobre los medios de producción.

La existencia de pequeños productores privados (y cooperativistas) trae consigo la realidad de que una parte de la producción es hecha con los fines del cambio y la obtención de ganancias, por lo que responde a las necesidades sociales sólo aproximadamente en la medida en que responde la producción capitalista, es decir, a través de la posibilidad de realizar toda la producción, única vía por la cual el trabajo de producción individual adquiere rango de trabajo socialmente necesario (o, dicho en otros términos, se manifiesta como trabajo social). Y todo lo que no responde, en este caso, a intereses puramente individuales se obtiene sólo a través de dos posibles factores: el desarrollo de la conciencia logrado a partir de la educación y las transformaciones revolucionarias a las que, de una u otra forma, voluntaria o involuntariamente, están sometidos todos los hombres en este período de transición y/o las limitaciones que impone la dirección económica estatal.

Puede entonces hablarse de producción mercantil en aquella parte de la creación del producto que se efectúa bajo estas formas de propiedad que se enfrentan, en el cambio, a la «propiedad estatal». En esta operación, sin embargo, no puede decirse que se intercambien cantidades iguales de trabajo necesarios, o lo que es lo mismo, que las mercancías en el acto de cambio, revistan las clásicas formas relativa y equivalente del valor y, por tanto, que el dinero que media en la operación sea en modo alguno medida de valor (equivalente universal). Esto sucede, entre otras cosas, en virtud de que los precios de los productos no están ya relacionados con el valor de los mismos sino que son fijados siguiendo orientaciones de la política general de desarrollo económico.

Por supuesto que, aún en este sector privado y cooperativista, la distribución de recursos no puede realizarse a través de los mecanismos espontáneos en que se manifiesta la ley del valor.

Por otra parte el hecho de que una parte de la producción del sector socialista pueda ser destinada al cambio con este sector privado o cooperativista no da derecho a considerar esta producción como mercantil.

Otra esfera en que la producción se realiza con los fines del cambio es aquella en que se producen bienes para el comercio exterior a través de

las cuales se obtienen otros no producidos^{o producidos} en cantidades o calidades deficientes en el país.

Aquí la sociedad aparece como la propietaria que se enfrenta, en el acto de cambio, a otro propietario (extranjero). En esta operación los productos son mercancías en tanto se cambian con arreglo a precios que se forman de acuerdo a los mecanismos espontáneos con que se manifiesta la ley del valor en la actualidad, es decir, a través de las enormes desigualdades que plantea la división en países desarrollados y países sub-desarrollados. Esto, por supuesto, se desprende del funcionamiento del mercado mundial como un gran mercado capitalista.⁷

Los productos llevados a este mercado son, de hecho, mercancías, pero sólo en esa relación de cambio. Su situación, en el marco de la economía nacional, no difiere de la de todo el resto de los productos. Esto último es válido también para los productos adquiridos en el extranjero.

La argumentación utilizada más frecuentemente para explicar el porqué de la existencia de la producción mercantil durante el período de transición al comunismo descansa en el hecho de que el grado, aún deficiente, de desarrollo de las fuerzas productivas no permite la satisfacción plena de las necesidades de los miembros de la sociedad, lo que implica la imposibilidad de dar a cada cual según su necesidad. Por otra parte se concibe al comunismo como la sociedad de la «abundancia» o lo que es lo mismo, la de la satisfacción plena de las necesidades.

Así, el camino del comunismo atraviesa por una etapa en que necesaria la producción mercantil, que será eliminada por un impetuoso desarrollo de las fuerzas productivas que logrará la abundancia, esto es: la satisfacción plena de las necesidades según la fórmula a cada cual según su necesidad. Pero resulta que las necesidades son históricas. Es decir, las necesidades de cada momento son distintas a las de cualquier otro momento anterior, y son, además, crecientes en la medida en que van siendo satisfechas.

Si entendemos que necesidades no son sólo comer, vestir, etc., sino que existen, además de estas llamadas «necesidades materiales», un conjunto

⁷ Aquí se utiliza mercado mundial en su acepción más amplia. Desafortunadamente las relaciones comerciales entre los países socialistas no difieren sustancialmente, a pesar de las repetidas argumentaciones en torno al internacionalismo proletario, en muchas ocasiones de las relaciones comerciales burguesas tradicionales.

imposible de cuantificar de 'necesidades espirituales' y que, por otra parte, en nuestros días resulta imposible, de igual modo, separar unas necesidades de otras⁸ tendremos que el crecimiento de las necesidades están en función —incluso podría decirse que en proporción directa— del avance que en el orden material y cultural alcance una sociedad. Esto es, la insatisfacción de necesidades es lo único que puede reducir las necesidades. Y, no se trata de reducir las necesidades para que la «fórmula comunista» sea válida sino de lograr un hombre nuevo en todos los sentidos, que alcance en el orden cultural todo lo que su tiempo puede ofrecerle y que, al satisfacer cada vez nuevas necesidades, esté sometido a la real multiplicación constante de necesidades.

Esta multiplicación de las necesidades está acompañada de una ampliación imposible de prever de los horizontes individuales. Por ello no sólo se asegura un desarrollo ininterrumpido del hombre como género, sino la reafirmación de la individualidad en el sentido en que puede hablarse de desigualdades entre los elementos individuales del género. De esta suerte, el raro paraíso de la igualdad y la abundancia de alguna concepción del comunismo deja paso a un mundo más terrenal y mucho más humano en que la igualdad sólo existe en la acepción ética del término y la abundancia como una forma de insatisfacción.

De acuerdo con lo anterior, y teniendo en cuenta la argumentación de que la imposibilidad de satisfacer las necesidades es la razón de la supervivencia de las relaciones mercantiles en el período de transición, habría que concluir que la mercancía y todos sus complicados derivados no desaparecerán en el comunismo tampoco. El argumento de la inelasticidad de los consumos no convence de lo contrario, porque no se trata de consumir más bienes y servicios, sino nuevos bienes y servicios. El de las necesidades racionales tampoco, porque hace aún más impreciso el concepto y equivale, en definitiva, a aceptar que las necesidades (sin apellidado) son imposibles de satisfacer.

⁸ Las necesidades materiales humanas se diferencian notablemente de las que pudieran ser consideradas necesidades animales en virtud de la transformación que el hombre ha realizado en sí mismo, a través de la transformación a que ha sometido al mundo. Esto hace que, además de crear los bienes con arreglo a las leyes de la naturaleza, el hombre deba crear con arreglo a otras leyes: las de la belleza, por ejemplo. Las necesidades espirituales, por otra parte, devienen materiales en todo caso porque son señales de la humanización del hombre sin las que no fuera tal, y porque, además, los bienes que las satisfacen no pueden sino ser materiales.

Sin embargo, aún no ha sido demostrado —sino mostrado como un hecho— que la producción mercantil sobrevive en el período de transición por el insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas.

La producción mercantil surge históricamente —y sólo podía surgir— en condiciones en que, precisamente, el desarrollo de las fuerzas productivas permitió la producción de un excedente económico susceptible de ser apropiado en forma privada por quienes de esta forma pueden enfrentarse en el mercado como propietarios de bienes diferentes en que se han plasmado determinadas cantidades de trabajo específico (concreto) que, sólo en este enfrentamiento, y a través de la comparación, deviene trabajo abstracto y su producto mercancía (valor).

No es, entonces, la insuficiencia en el desarrollo de las fuerzas productivas el elemento determinante en la producción mercantil, sino la propiedad privada, el enfrentamiento de propietarios —y propiedades distintas en el acto de cambio (ya que todo acto de cambio es un cambio de propietario para los bienes objetos de la transacción).

De ahí que acordemos que existen relaciones mercantiles en los casos que hemos señalado arriba, y no como el lógico resultado del funcionamiento de la «ley de la obligada correspondencia», que es, después de todo, lo que está detrás de los argumentos que acabamos de analizar. (A un grado determinado de desarrollo debe corresponder un determinado carácter de las relaciones de producción).

Bajo la férrea disciplina de esta ley las relaciones de producción esperarán a que las fuerzas productivas se desarrollen para tener derecho a modificar su carácter. (La producción mercantil permanecerá mientras no se desarrollen las fuerzas productivas).

Se pretende negar de esta forma la autonomía de la dinámica de las relaciones de producción. Realmente esto no pasa de ser una interpretación bastante mecanicista de las relaciones entre los factores que integran el modo de producción, que olvida que, por lo menos en las condiciones del período de transición, existe una dirección consciente que debe encauzar y dirigir el desarrollo hacia fines preterminados, sustituyendo de esta forma la actuación de las llamadas «leyes ciegas» que actuaban en el capitalismo. En otro orden de ideas, no trataremos aquí de refutar la hipótesis que plantea que mientras los productos que adquieren los trabajadores a través de sus salarios son mercancías, la fuerza de trabajo, por la cual los trabajadores reciben ese salario, no es mercancía, que,

* No pretendemos que con esto hemos liquidado la complejidad de esta categoría ni nada parecido. Es tan simplemente reduciendo el estudio a lo que nos interesa que es la función de la fuerza de trabajo, la posibilidad de disfrutar, consumir, disfrutar, explotar los bienes producidos que excluyen a otros, por lo que es una relación social.

por contradictoria, no puede ser tenida en consideración sino como un argumento ideológico.

Hay pues, que empezar por cuestionar el problema mismo del enfrentamiento de propietarios —y propiedades— distintos tanto en el caso de la venta de la fuerza de trabajo como en el de la adquisición por parte de los trabajadores de bienes y servicios a través de sus salarios.

Evidentemente toda «distribución» del producto social que, al menos en forma primaria, se haga partiendo de la «cantidad y calidad del trabajo aportado» constituirá, aunque se diga cualquier otra cosa en cuanto a «nuevos contenidos» y juegos dialécticos similares, un pago de la fuerza de trabajo. Este sólo toma cuerpo en el hecho de que ésta ha sido vendida. Y como todo acto de cambio es un cambio de propietario, puede afirmarse que en tales condiciones un trabajador, propietario privado de su fuerza de trabajo, enfrentado a una propiedad ajena que aparece como una fuerza extraña, y no teniendo seguramente otra cosa suya, se ve precisado a vender su fuerza de trabajo única posibilidad que tiene de recibir bienes y servicios que le permitan su reproducción.

En las condiciones del capitalismo los propietarios que se enfrentan en el acto de venta de la fuerza de trabajo, están perfectamente definidos de acuerdo a la posición que ocupan con relación a los medios de producción (poseedores de medios y desposeídos). Pero sucede que en las nuevas condiciones del período de tránsito al comunismo se nos plantea la cuestión de enfrentar como «propietarios independientes» la sociedad y el individuo.

Este enfrentamiento de la «propiedad social» y la propiedad privada individual sobre la fuerza de trabajo plantea problemas teóricos muy interesantes. Entre ellos el absurdo que significa el tal enfrentamiento si se concibe a la sociedad como el conjunto de relaciones humanas, definibles para un momento y lugar determinado, por lo que difícilmente podría concebirse como algo ajeno a todos y cada uno de los individuos que la integran. Esto es, la propiedad social es la propiedad total de los ^{del} hombres que integran una sociedad.

Claro que partimos de una premisa: la propiedad, en tanto sea concebida como una relación entre hombres —y no vemos como puede ser de otra forma—, supone la no propiedad. Ser propietario es tener, con relación a un objeto, una posición exactamente opuesta a otro individuo al menos (no propietario). Es incuestionable que esta relación se establece

entre una determinada sociedad y todo lo que no es ella misma, pero no queda, ni mucho menos, clara cuando se trata de situar la sociedad en una posición, a sus integrantes (individuos) en la otra. Sin embargo, aún esto no es todo. Se dirá entonces que el problema radica en que hay que distinguir entre esta propiedad social y la propiedad individual que aún tienen los trabajadores sobre su fuerza de trabajo.

Pensamos, ante todo, que si se supone la propiedad social sobre los medios de producción y aún se entiende que existe propiedad individual sobre la fuerza de trabajo, no hay derecho posible a pensar que esta contradicción se elimine, en modo alguno, cualquiera que sea el desarrollo de las fuerzas productivas y la conciencia social. Y esto es así porque, repetimos, tal propiedad individual sólo existe en tanto haya al menos un no-propietario al cual enfrentarse en relación con el objeto. Si existe la propiedad de todos los miembros de una sociedad, ésta no puede enfrentarse, como propiedad, sino a los que están fuera de esa sociedad. Y la fuerza de trabajo, que no se enfrenta, como propiedad, a la propiedad de otro en este acto de «venta de fuerza de trabajo» no puede, en estas condiciones, realmente ser propiedad individual y, por ello, de ningún modo vendida.

Nos parece, una vez más, que la cuestión radica en la propia estructura de los conceptos o categorías que utilizamos en el estudio de la nueva situación. En este sentido nos parece más adecuado no buscar un «nuevo contenido» a la categoría propiedad, sino entender que, posiblemente, en las nuevas condiciones, categorías tales pueden más bien entorpecer el conocimiento de la nueva realidad que ayudar algo. Así, por ejemplo, y siguiendo por los caminos que plantea su utilización, la propia categoría de propiedad social, en el marco de una determinada sociedad, es algo que carece de contenido racional. La propiedad de todos frente a nadie equivaldría a la anulación de la propiedad. La apropiación humana de la naturaleza —en sentido de utilización, disfrute, consumo (productivo e improductivo)— es, en tal caso, no una simple relación social— lo cual no quiere decir que no sea el resultado de nuevas relaciones sociales —sino una relación natural humana cuyo carácter social está implícito en el hecho de que el hombre es el conjunto de sus relaciones sociales. Si bien efectivamente la «distribución» primaria que se realiza en base a la «cantidad y calidad del trabajo» aportado por los trabajadores (salario) constituye de hecho un pago de la fuerza de trabajo, que de este modo es «vendida», esto sucede solamente porque,

en todo caso, no se trata, en modo alguno, de una real propiedad social, sino algo que por ahora es «propiedad estatal»⁹ y no es el caso aquí jugar con términos que tiendan a sustituir el conocimiento con la ficción ideológica, como podría ser el afirmar que este tipo de propiedad es indirectamente social, con la que lógicamente, no se resuelve problema alguno).

En las condiciones en que existe el Estado como administrador, planificador, director de las actividades económicas (y, por supuesto, no económicas) existe, de una u otra forma, la dominación de un grupo sobre el resto de la sociedad.¹⁰ Este grupo puede ser mayor o menor, más o menos efectivo (en algunos países ha llegado a constituir una enorme población de burócratas que dirigen complicadísimos ministerios, que en su «gestión administrativa» han logrado grandes éxitos en el freno del desarrollo de la producción y aún más al de la conciencia de la masa trabajadora), pero, en todo caso, dificulta la identificación de los trabajadores con los medios de producción al estar situado en una posición tal, frente a los trabajadores, con relación a los medios de producción, que le obliga a comportarse como verdadero propietario, lo que viene a significar, de hecho, una no-propiedad por parte del trabajador.

De esta forma el trabajador posee únicamente, frente a esta propiedad extraña, su fuerza de trabajo, de la cual, por supuesto, se considerará,

⁹ Evidentemente esto que hemos llamado propiedad estatal no es tampoco una propiedad en el sentido estricto. No se puede disponer de ella libremente, ni permite el lucro, ni tiene como posibilidad la explotación de plusvalía al apropiarse el trabajo mediante el pago de la fuerza de trabajo, ni representa la propiedad de un grupo de hombres o entidades frente a la masa desposeída, ni puede ser la apropiación «a nombre de toda la sociedad», pero realmente logra que funcione mecanismos muy similares a los que, en otras condiciones, hacía funcionar la propiedad privada.

Así se establecerán relaciones semejantes cuando se paga una cantidad de dinero al trabajador por el uso de su fuerza de trabajo, de la cual el trabajador se siente propietario privado, durante una cantidad determinada de tiempo, y en el cambio de dinero obtenido por ellos como salario por bienes de consumo de los cuales se sentirá nuevamente propietario.

¹⁰ Esta dominación es, por supuesto, necesaria durante una buena parte del período de transición donde la supervivencia de clases antagónicas —y aún de sectores con distintos intereses.

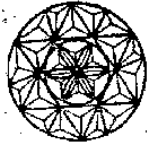
La dictadura revolucionaria es ejercida en todos los niveles de la formación económica social y sobre todos los miembros de la sociedad.

en tales condiciones propietario individual. Y ahora como nunca no vacilará en venderla. Menos cuanto que nadie la explotará.

La reducción de las esferas en que el dinero —y por tanto el salario— juega alguna función,¹¹ la simplificación del «aparato estatal», que incluye la significación de las labores centralizadas estatales, la lucha contra el burocratismo, la desmisticación del «poder estatal», etc., y en fin, la sustitución gradual de este aparato de dominación por una dirección no sólo económica, sino además, y fundamentalmente, ideológica de la vanguardia real de la sociedad (el Partido) —que no es la integración del Partido y el Estado ni, mucho menos la dualidad Partido-Estado— logra en la práctica eficazmente lo que, en la teoría, puede causar dolores de cabezas a más de un economista.

Noviembre de 1967.

¹¹ Sobre este aspecto observar las transformaciones a que se realizan en Cuba actualmente en el orden económico de la prestación de servicios a la población. El dinero tiene cada vez una esfera menor de acción. Sus viejos «superpodres» se ven cada vez más limitados. Los círculos infantiles, el servicio telefónico público, las playas, los servicios médicos indispensables, la educación, los espectáculos deportivos, buena parte de los espectáculos culturales, son algunas de las esferas en que el dinero ha perdido vigencia. Esto «arrinconamiento» del dinero va ligado a una labor educativa del pueblo que trata de acercarlo al objetivo comunista.



ECONOMIA DE DOS MUNDOS

PAUL BARAN Y M. SWEEZY

El interés que ha surgido por la economía matemática y la econometría, y el considerable esfuerzo dedicado últimamente a su desarrollo en los países socialistas ha provocado fuertes reacciones entre los economistas, burgueses y marxistas por igual. Tal vez lo que más se destaca en los dos tipos de reacción es que ambos tienden a interpretar este desarrollo del mismo modo en lo esencial: la «conversión» del campo socialista al método matemático en teoría e investigación económicas se considera como una importantísima concesión y hasta como una rendición de la economía política marxista a su adversario burgués. Esta apreciación nos parece errónea. De un modo no dialéctico, la economía política es tratada como una disciplina aislada del resto de la ciencia social y en cierto modo interesada en una realidad no diferenciada ni histórica. Y sin embargo, como observó acertadamente Engels, «la economía política es esencialmente una ciencia histórica y no puede ser igual para todos los países ni para todas las épocas históricas».¹

¹ Anti-Dühring, Parte II, capítulo I.

Uno de los principales resultados de las labores científicas de Marx fue la demostración de que el capitalismo, después de constituir un enorme avance en el crecimiento de las fuerzas productivas y en la evolución de una sociedad más racional, se vuelve su propio adversario y se convierte en un sistema irracional y retrógrado.

Esta transformación es un proceso prolongado y complejo. No hay ninguna fecha en la cual se pueda pensar que ocurrió el cambio, ni hay ningún aspecto del desarrollo capitalista que pueda ser considerado como un indicador inequívoco. Que haya llegado la fase histórica en que el sistema comienza su cambio cualitativo es algo que sólo se puede determinar considerándolo en conjunto, en sus múltiples manifestaciones y en su impacto global. La concentración en un breve período, en un país o región geográfica, o en una serie de mediciones cuantitativas u observaciones cualitativas es probable que produzca conclusiones desorientadoras y juicios desacertados.

Tales fueron, por ejemplo, las teorías del derrumbamiento expuestas por autores como Rosa Luxemburgo y Henryk Grossman que describían el fin del capitalismo no como un proceso prolongado en que ha de estar envuelto un orden socioeconómico de carácter mundial, sino como un hecho catastrófico por el estilo de un terremoto. Y en el extremo opuesto, pero provenientes de la misma raíz, están las teorías de la estabilización capitalista reiteradamente expuestas por escritores social demócratas que están tan dispuestos a sacar generalizaciones del pasado reciente de sus propios países como a desconocer el hecho de que el capitalismo es un sistema global.

Uno de los principales puntos fuertes del leninismo consiste en que ha evitado consistentemente ambos errores. Pero esto no es todo. Hay otro principio fundamental del leninismo que lo diferencia completamente de otras corrientes contemporáneas del pensamiento marxista o pseudo marxista: que en la actualidad estamos en un mundo donde verdaderamente vivimos en la era de la transición, el período en que el capitalismo está pasando por el proceso de descomposición, retroceso y sustitución por un nuevo orden social y económico que es más racional. La validez de este criterio no es en modo alguno refutada por el innegable hecho de que existe en la actualidad una cantidad de países capitalistas en que las fuerzas productivas se están incrementando a un ritmo bastante rápido: por ejemplo, Alemania Federal, Italia, Francia

y Japón. Porque este incremento no prueba nada por sí mismo; hay que considerarlo en unión de otros muchos detalles; los factores que lo han ocasionado (la vasta destrucción causada por la II Guerra Mundial y, en circunstancias excepcionales, posteriores a ella); el estancamiento de los países capitalistas más avanzados (Estados Unidos y Gran Bretaña); la situación de la inmensa mayoría de los pueblos del mundo capitalista que, lejos de marchar por el camino que conduce al desarrollo económico y social, se quedan rezagados, a veces en comparación con los países avanzados, como es el caso de casi todos los países de las áreas subdesarrolladas, y las más de las veces sin comparación alguna; y por último, aunque no es por cierto el factor menos significativo, está el importantísimo hecho de que hay una gran cantidad de sociedades empeñadas en la construcción del socialismo. Lo que resulta decisivo para la validez de la tesis leninista es que, como sistema mundial, el capitalismo ha dejado de ser un instrumento de progreso y se ha vuelto en cambio el obstáculo principal para el desarrollo de una sociedad internacional más racionalmente integrada, más productiva, más libre de la miseria y las enfermedades.

Igualmente, si tratamos de determinar el papel que en nuestros tiempos desempeña el sistema capitalista en un país determinado es erróneo utilizar como medida la situación de cualesquiera unidades de producción y hasta de ramas completas de la economía. Hay muchos componentes de una economía capitalista —por muy subdesarrollada que ésta sea— que se hacen progresivamente más racionales, más eficientes, y más productivos. Más de una corporación gigante se ha convertido en un centro de producción científicamente organizado, excelentemente administrado y eficientemente operado; y muchas de las funciones técnicas de la economía capitalista ya sea en el campo de las finanzas y los seguros o en la distribución al detalle y los transportes, se han realizado de un modo positivo y eficiente.

Pero de la misma manera que sería un error funesto el juzgar la situación de un país subdesarrollado por la calidad y eficiencia de sus hoteles para turistas, sus casinos de juego y, hasta por sus ferrocarriles, es imposible inferir algo acerca de la racionalidad total de un sistema partiendo del nivel de racionalidad que haya alcanzado cualesquiera de sus partes. Porque una de las características más destacadas del capitalismo, o mejor dicho, uno de sus rasgos distintivos, es que la racionalización de sus partes, que ciertamente ha sido creada por él,

no va acompañada de un incremento en la racionalidad del orden social y económico en general. Como observara Marx refiriéndose a otro tópico, «el modo capitalista de producción, a pesar de su tacañería, es completamente derrochador en lo que concierne al material humano, del mismo modo que, a la inversa, debido a su método de distribución mediante el comercio y a su manera de competencia, es muy derrochador en lo que respecta a los medios materiales, y pierde para la sociedad lo que gana para el capitalista individual».²

Se podría objetar que el mismo hecho que Marx observó (más bien, predijo) este fenómeno hace ya más de cien años, demuestra que no tiene nada de nuevo y que por tanto muy difícilmente puede ser considerado como algo específico de esta época de crisis general del capitalismo. En realidad, lo que expone este hecho es meramente la continuidad del proceso que transforma al capitalismo y hace que deje de ser promotor del progreso para convertirse en su obstáculo. Esta continuidad existe y es importante, pero no se le debe permitir que oscurezca el cambio cualitativo que ha surgido durante el siglo que hace que Marx escribió *El Capital*. Cuando el nivel del desarrollo era tan bajo que la escasez universal era todavía inevitable, y el capitalismo estaba creando, aunque dispendiosa y anárquicamente, las condiciones para un poderoso aumento de las fuerzas productivas, el contraste entre la racionalidad parcial de la empresa y la irracionalidad total del sistema, podía ser considerado aún como uno de los costos necesarios del progreso. Compárese esto con la situación actual en que la ciencia y la tecnología han avanzado hasta el punto en que la escasez y el sufrimiento humano que de ella resultan podrían ser fácilmente eliminados durante el tiempo que vive una generación— si también pudieran eliminarse las piedras que pone el retrógrado sistema capitalista en el camino de la utilización racional de los recursos disponibles y del conocimiento. En el período anterior, cuando la escasez era todavía inevitable, la reacción crítica ante la discrepancia que hay entre el modo de funcionamiento del sistema en general y el funcionamiento de sus partes, era, y en realidad no podía ser de otro modo, un sentimiento de ultraje ante la injusticia del capitalismo. Sólo en tiempos relativamente recientes, en que la abundancia es fácil de alcanzar y su obtención es obstaculizada por la continuación del dominio capitalista, es cuando

² *El Capital*, Vol. III, capítulo 5.

la irracionalidad del sistema va camino a situarse en primer plano del pensamiento crítico.

Pero esto no es todo. El creciente abismo que hay entre la racionalidad de las partes y la racionalidad del conjunto, entre la insensatez y el carácter destructivo del propósito a que se dedica la actividad humana y la eficiencia de esa misma actividad, da por resultado necesariamente un desarrollo deformado de las fuerzas productivas y en particular de la más importante de todas las fuerzas productivas, que es precisamente el hombre. Citemos a Marx otra vez: «Más que cualquier otro modo de producción, el capitalismo despilfarra vidas humanas, o trabajo viviente, y no sólo sangre y carne, sino también nervio y cerebro. Verdaderamente, sólo a través de la más enorme dilapidación del desarrollo individual, se conserva y mantiene el desarrollo de la humanidad en la época de la historia que precede inmediatamente a la reorganización consciente de la sociedad».³ La formidable expansión y el refinamiento de los recursos dedicados al crecimiento del poder destructivo; la dirección de las más grandes habilidades disponibles a tales campos como el derecho, la publicidad, el arte de vender y la manipulación financiera, la desviación de inmensas cantidades de energía y talento de las tareas socialmente vitales hacia lo que resulta lucrativo en un mercado variable, todo esto aporta un testimonio elocuente de la completa asfixia de la racionalidad parcial bajo el peso muerto de la irracionalidad total.

II

Con este antecedente de tensiones en constante crecimiento —dentro de cada parte del sistema y entre todas en conjunto— es necesario considerar el desarrollo de la economía política burguesa en la época actual. Como reflejo de estas tensiones, las obras actuales sobre economía política burguesa se pueden dividir en dos partes. La primera, que ahora se denomina frecuentemente micro-economía, se refiere a las partes del conjunto; la segunda, macro-economía, trata sobre el conjunto. En ambas podemos ver cómo las contradicciones del desarrollo en la propia economía acarrearán contradicciones correspondientes en el campo de la teoría.

³ Ibid.

Parece acertado decir que el trabajo más actualizado en micro-economía tiene el propósito de explorar las condiciones para elevar la eficiencia y mejorar la actuación de la empresa capitalista. Su contenido específico es por tanto determinado por las necesidades de la empresa capitalista y por las normas de eficiencia y actuación según las cuales opera la misma. Estas a su vez dependen de la naturaleza de la propia empresa que, hoy por hoy, es la gigante corporación monopolista u oligopolista.⁴ Estas unidades económicas han evolucionado en todas partes del mundo capitalista durante los últimos siete u ocho decenios y ahora ocupan una posición dominante en todos los países capitalistas más avanzados. Los problemas engendrados por esta clase de empresa difieren notablemente de los asociados con la empresa antecesora de la era del capitalismo competitivo.

Aunque se corra el riesgo de simplificar demasiado, estas diferencias pueden ser descritas del siguiente modo. La firma competitiva era pequeña en relación con la magnitud de la industria de la cual era miembro. Compraba sus medios de producción y vendía su producto normalizado a precios sobre los cuales no tenía control. En estas circunstancias, podía tratar de obtener el máximo de ganancias sin hacer otra cosa que mejorar sus técnicas o su organización, en otras palabras, mediante acciones que estaban necesariamente limitadas a su propio proceso de producción. De este modo, las ganancias máximas y los métodos óptimos iban aparejados.⁵ Luego, el capitalista competitivo ideal

⁴ Oligopolio es un término económico de reciente utilización. Lange lo define como «una situación en que existe cierto número de empresas suficientemente importantes para poder, cada una, dominar el mercado hasta cierto punto, es decir, poder influir sobre el precio de la mercancía vendida o comprada. Es ésta una situación intermedia entre el monopolio puro, donde no hay más que una empresa en un mercado dado, y la libre competencia, donde el número de empresas que actúa en el mercado es tan considerable que ninguna de ellas ejerce apenas influencia sobre el proceso que se desarrolla en el mercado y ninguna es capaz de actuar por sí misma sobre el precio del mercado». (O. Lange, *Economía Política*, tomo I, La Habana, Publicaciones Económicas, 1966 p. 385).

⁵ Huelga decir que el hecho de que la firma individual obtenga la producción óptima no significa una utilización socialmente cabal de los recursos productivos de la sociedad. Por un lado, la situación óptima de la firma depende de los precios relativos de los diversos insumos, incluyendo el trabajo. Pero no hay razón para suponer que en el capitalismo los salarios tienen relación alguna con lo que es socialmente deseable —todo lo contrario, especialmente en las primeras etapas del desarrollo capitalista, cuando la migración forzosa del campesinado, la extrema pobreza y la ignorancia abismal conspiraban para reducir los salarios hasta situarlos a menudo por debajo de un simple mínimo de subsistencia. Y por otra parte, las

ha sido tradicionalmente considerado como un inventor y organizador, siempre interesado en hacer un producto mejor con un costo menor. Si algo estudiaba, los temas de estudio que le atraían eran de naturaleza tecnológica, administrativa y de ingeniería y lo que los alemanes llaman *Betriebswirtschaftslehre*.⁶ Poco era lo que podía esperar del estudio del mundo exterior, a excepción del conocimiento (muy limitado entonces) que podía proporcionarle el estudio de las fluctuaciones generales de los negocios y las altas y bajas del mercado para su propio producto. Dentro de las limitaciones que le imponían el campo relativamente estrecho de sus operaciones y la anarquía de la producción social en conjunto, el capitalista competitivo era inducido a fomentar la racionalidad parcial tanto por el afán de ganancia como por la amenaza de extinción si se quedaba demasiado a la zaga de sus rivales.

Cuando se trata de la corporación monopolista de hoy, la situación es muy diferente. La firma es grande no sólo en relación con la industria de la que se pueda considerar perteneciente, sino también en relación con la economía de la nación o incluso del mundo;⁷ lo que produce está a menudo fuertemente identificado con su nombre, de modo que, según el criterio de los compradores, no existen en el mercado sustitutos que se le asemenen. Como tiene un gran poder monopolista, la corporación gigante confronta los precios a que vende sus productos y compra sus medios de producción no como datos objetivos del mercado sino como magnitudes que dependen de sus propias operaciones y las de un pequeño número de otras empresas similarmente situadas. Como gran empresa no necesariamente identificada con un grupo particular de individuos, sino más bien considerada por sus dueños y administradores como una entidad eterna, trata de llevar al máximo la afluencia de ganancias durante un período planificado mucho más extenso que el que puede ser calculado por un pequeño capitalista competitivo. Su gestión

⁶ Aproximadamente su significado puede traducirse como teoría de la ocupación económica.

⁷ Muchas corporaciones gigantes, o tal vez la mayoría de ellas, forman parte de diferentes industrias que ni siquiera están necesariamente relacionadas.

clases y cantidades de las mercancías producidas, dependen, aun en condiciones competitivas ideales, de la distribución de la renta que es afectada no solamente por los factores que acabamos de mencionar sino también por el sistema de propiedad de los medios de producción.

por obtener las mayores ganancias posibles ya no consiste meramente en encontrar los mejores medios de reducir los costos de producción de cualquier mercancía o grupo de mercancías. Tiene que estudiar incessantemente el problema de cuáles son las mercancías que ha de producir —sus atributos físicos, su apariencia exterior, el nombre registrado, etc. La durabilidad y la calidad tienen que ser determinadas a la luz de las prácticas tradicionales y las otras líneas de producción de la firma, así como de la conducta de otros abastecedores de productos similares o posiblemente similares. Para tomar decisiones, hay que tener en cuenta los costos de publicidad y otros costos de venta; y para fijar las cantidades y los precios de las mercancías que se han de producir hay que tener en cuenta y explorar la conformación de las curvas de todo ingreso marginal y demanda pertinentes. El mundo exterior que el capitalista competitivo tiene que dar por sentado, no sólo influye en el proceso de producción de la corporación monopolista, sino que está sujeto a manipulación deliberada.

Se puede ver claramente, cuando se consideran debidamente todos estos factores —y otros que se relacionan con los impuestos, los derechos aduanales, las tasas de divisas, etc.—,⁸ que la identificación del camino que conduce a la firma a las ganancias máxima exige un esfuerzo de cálculo que es mucho más complejo que el que requiere un pequeño negocio competitivo. Los dictados del sentido común que guiaban al empresario intuitivo de antaño y los artificios que se dieron a conocer en la *Betriebswirtschaftslehre* ya no son capaces de enfrentarse a la tarea que se tiene entre manos. Hay que recurrir a un aparato más poderoso de lo que se ha llegado a llamar «hechura de decisiones»; hay que desarrollar una nueva «ciencia administrativa» que utilice técnicas matemáticas capaces de abarcar un gran número de variantes (y restricciones). Por lo tanto, no es en modo alguno producto del azar ni mero efecto de la evolución immanente del pensamiento puro, el hecho de que los estudios matemáticos avanzados sobre las normas de conducta, la exploración de las propiedades de las innumerables incertidumbres más complejas, el desarrollo de técnicas matemáticas de pro-

⁸ En este sentido se debe observar que en la actualidad las más importantes corporaciones capitalistas operan típicamente en escala mundial. Véase el ensayo escrito por los autores del presente trabajo, *Notes on the Theory of Imperialism, in Problems of Economic Dynamics and Planning, Essays in Honor of Michael Kalecki* (reimpreso en *MONTHLY REVIEW*, marzo de 1966).

gramación y perfección de técnicas de medición estadísticas se hayan situado en el centro del pensamiento micro-económico.

No se debe pensar, sin embargo, que el desarrollo de todos estos métodos complejos y muchas veces genuinamente científicos para guiar la conducta de una corporación monopolista u oligopolista tiene algo en común con la búsqueda de la mejor distribución y la utilización óptima de los recursos productivos de la sociedad, o en todo caso ni siquiera con las normas de racionalidad parcial que eran inherentes al proceso de la producción mercantil en el régimen de empresa competitiva. Ni la naturaleza y el volumen de la producción total, ni la tecnología empleada, ni la inversión comprometida, ni las materias primas usadas, ni los precios fijados, por muy racionales que hayan sido los métodos con que se realizaron, pueden ser considerados como algo que responde a las necesidades de toda la sociedad o refleja siquiera el crecimiento de las fuerzas productivas en una de sus partes componentes. Es como si se pone a trabajar a un mecanógrafo sumamente hábil en una máquina eléctrica perfecta para que mecanografie rápidamente cien cuartillas que tienen que estar listas para ser entregadas a las cuatro de la tarde, revisadas y libres de errores, y se tiene listo al portero para que las traslade al depósito de la basura.

III

Lo que es aplicable a las partes del sistema, es igualmente aplicable, y tal vez más, al conjunto. En este, la irracionalidad prevaleciente es aún más drástica y obvia que la que prevalece dentro de los límites de la empresa individual.

A un nivel de abstracción suficientemente alto, las condiciones para una organización económica racional se evidencian por sí mismas. Dado cierto insumo de trabajo social y cierta producción de bienes y servicios correspondientes al grado de desarrollo de las fuerzas productivas y la productividad del trabajo, la sociedad puede consumir o si no acumular lo que produce. Si suponemos un sistema cerrado, estas dos categorías —consumo y acumulación— agotan obviamente toda la producción actual de la sociedad. Y si prescindimos de la posibilidad de consumir lo que se produjo en un período anterior, está claro que la sociedad tiene que consumir y acumular exactamente lo que produce, ni más ni menos. Si la producción total llega a exceder al deseo combinado

de la sociedad de consumir y acumular, el insumo laboral tiene que ser rebajado y el desempleo aumenta correspondientemente. Si la producción total no alcanza a cubrir el deseo social de consumir y acumular, el insumo laboral tiene que ser aumentado (si ello es posible), o la productividad del trabajo se tiene que elevar (si ello es factible). Si no está abierta ninguna de estas salidas, la única salida posible es una desviación de los recursos del consumo a la inversión con el propósito de aumentar la productividad futura de la sociedad.

Del mismo modo que es necesario distribuir los recursos productivos (el trabajo humano, actuante y congelado) para satisfacer las necesidades actuales de consumo y acumulación, también es indispensable decidir sobre el reparto específico del esfuerzo total para la producción de diferentes artículos que entran respectivamente en el consumo y la inversión. Marx expone la cuestión consisamente: «Dada la producción social, es natural que la distribución del tiempo resulte esencial. Mientras menos tiempo se requiera para producir trigo, ganado, etc., más tiempo se gana para otra producción, material o intelectual. Como en el caso del individuo aislado, la magnitud del desarrollo de la sociedad, de su disfrute, de su actividad depende del ahorro de tiempo. La economía de tiempo: a esto se reduce en última instancia toda la economía. La sociedad tiene que distribuir su tiempo con el propósito de realizar una producción correspondiente a sus necesidades totales, del mismo modo que un individuo tiene que distribuir adecuadamente su tiempo para adquirir conocimiento en proporciones apropiadas o para satisfacer diferentes exigencias de su energía. La economía de tiempo, al igual que la economía planificada del tiempo de trabajo en diferentes ramas de la producción, constituye por tanto la primera ley económica en las condiciones de la producción social.⁹»

Con toda seguridad, esta aseveración plantea un número de importantes preguntas que tienen que ser contestadas si se quiere asegurar la racionalidad de la organización económica de la sociedad. Mencionemos dos solamente: primera, ¿cómo se han de determinar las necesidades y preferencias de los miembros de la sociedad en lo que concierne a las diversas combinaciones posibles de bienes y servicios (incluyendo el descanso)? El viejísimo problema de la relación del individuo con la sociedad es

⁹ Grundrisse der Kritik der Politischen Oekonomie (Rohentwurf), 1857-1858, pág. 89.

obvio que no se resuelve automáticamente mediante la racionalidad total de la organización social. La segunda pregunta se refiere a la distribución del ingreso social: ¿participación igual para todos?, ¿a cada cual según su contribución a la producción social?, ¿o cada cual según sus necesidades? Aunque el problema perderá su actual vigencia cuando el desarrollo y la organización de las fuerzas productivas hayan avanzado hasta el punto en que la escasez sea superada, y cuando la nueva sociedad haya logrado reestructurar radicalmente las necesidades humanas, está destinado a seguir siendo durante muchísimo tiempo una parte importante de la tarea de planificar racionalmente la existencia social. Desde nuestro punto de vista actual, lo que hay que enfatizar es que sólo cuando la «primera ley económica» se haya convertido conscientemente en el principio organizativo de la sociedad, caerá en el campo de lo factible la solución racional de otros problemas. Solamente en esa etapa podrán cumplir su cometido muchas de las ya conocidas invenciones técnicas: plebiscitos y encuestas, elecciones democráticas, y selección libre y genuina realizada por los individuos.

La comparación de los principios elementales de la organización económica racional con el *modus operandi* del sistema capitalista pone abiertamente de manifiesto la irracionalidad de este último. En el capitalismo, ni la cantidad de trabajo realizado ni la producción obtenida se determinan por el nivel existente de la productividad y por las necesidades y exigencias de la sociedad, ni son estas variantes influidas por ninguna escala social de preferencias (como quiera que se haya alcanzado) con respecto al trabajo y el descanso. Uno de los aspectos más notables de la irracionalidad del proceso capitalista es que todas las cosas, que deberían estar tan estrechamente entrecruzadas, están en realidad gobernadas por fuerzas separadas, desconectadas, y a menudo antagónicas que generan la totalidad y la composición de la demanda efectiva. Así la distribución de la renta, determinada en gran parte por el sistema de propiedad de los medios de producción, explica en general la demanda total de bienes de consumo y la totalidad del ahorro individual. Las normas empleadas por las corporaciones monopolistas para llevar al máximo las ganancias deciden la parte de la renta social que va al superávit. Los mismos objetivos de la ganancia exigen desembolsos de inversión cuya magnitud no está relacionada con la del superávit extraído, ni con la cantidad del ahorro individual ni con la necesidad de inversión de la sociedad. Consecuentemente, las fluctuaciones en la can-

tidad de trabajo realizado (empleo regular, trabajo durante una parte del tiempo, trabajo en horas extraordinarias), no están en modo alguno gobernadas por los cambios en el deseo que tiene la sociedad de más o menos producción, y no tienen efecto según un proyecto racional destinado a prestar el mejor servicio a la sociedad en general (como por ejemplo, la prolongación o abreviación de la semana laboral, el adelanto o la posposición de la edad para retirarse, el aumento o disminución del tiempo dedicado a la educación, y así por el estilo). La adaptación de la cantidad total de trabajo social a los cambios de la demanda del mercado tiene lugar más bien a través de cambios en el volumen del desempleo, que apenas afecta a los miembros de la clase capitalista y otras capas privilegiadas pero impone indecibles sufrimientos, inseguridad y degradación a la población inferior que no depende para subsistir más que de su fuerza.¹⁰

La irracionalidad del proceso que determina el nivel de ocupación laboral y el volumen de la producción va acompañada del mismo factor que determina la composición y distribución de lo que se produce. Este no es el lugar adecuado para ofrecer los datos disponibles que evidencian este hecho;¹¹ baste señalar que mientras la miseria y la más aguda privación afectan a más de un tercio de la población de los Estados Unidos, «en 1960, el 5% de los más altos consumidores recibió alrededor del 20% de la renta disponible total, o sea muchísimo más que el 15.5% del ingreso recibido por el 40% de los más bajos consumidores».¹² Al

¹⁰ En la mitad por lo menos de los diecisiete años de prosperidad sin precedentes que siguieron a la II Guerra Mundial en los Estados Unidos, el desempleo declarado por el gobierno anduvo por los alrededores de los 5 millones, y según las fuentes sindicales fue de 6 millones por lo menos. La correspondiente pérdida de producción total durante el período de postguerra ha sido estimada en un mínimo de 500 mil millones de dólares; solamente desde 1958 a 1962, el exceso acumulativo de producción potencial sobre la real ha sido calculado en \$170 mil millones por el Consejo de Asesores Económicos del presidente. (The Economic Report of the President, Enero, 1963, pág. 28).

¹¹ Algunos de ellos aparecen en nuestro libro *Monopoly Capital*, Nueva York, 1966. Michael Harrington ofrece una gran cantidad de material pertinente en *The Other America: Poverty in the United States*, Nueva York, 1962; Gabriel Kolko, en *Wealth and Power in America*; e igualmente se pueden encontrar en otras muchas monografías.

¹² *Poverty and Deprivation in the United States: The Plight of Two-Fifths of a Nation*, de la Conferencia para el Progreso Económico, Washington, D. C., 1962, pág. 4.

mismo tiempo, los recursos de que disponen todos los establecimientos educacionales del país (públicos y privados) son menores que lo gastado en el esfuerzo de venta (publicidad, ventas directas, cambios de modelos de automóviles, etc.).

Esta situación se refleja necesariamente en la economía política burguesa. En tanto que la productividad del trabajo humano era tan baja que hacía inevitable un estado general de escasez, era posible tratar a la miseria y la privación por un lado y a la riqueza y el lujo por otro, como lo hizo la «razón astuta» de Hegel. Puesto que necesitaba de una parte el trabajo duro de los pobres y de la otra proporcionar a los ricos los recursos e incentivos para invertir, el orden económico y social existente podía ser considerado como la estratagema, tortuosa pero triunfante, de la historia para la obtención del progreso general. La evidente irracionalidad del sistema capitalista podía ser presentada como la mera fachada que ocultaba la profunda racionalidad del proceso en general. En estas circunstancias, se consideraba que la tarea de la economía política era enseñar al hombre ignorante de la calle a creer en los beneficiosos designios de la estructura que se ocultaban detrás de la repelente apariencia de la armazón.

Después de la I Guerra Mundial, y particularmente en los años de la Gran Depresión y los que la siguieron, esta tradicional justificación de la irracionalidad cada vez más manifiesta del orden capitalista se hizo cada vez menos aceptable. La mayor parte de los que siguen defendiendo al sistema ya no lo hacen a base de la racionalidad, sino que en lugar de ella apelan a la tradición, la «naturaleza humana», la religión, la razón «verdadera» contra la «falsa», y así por el estilo.¹³ Otros fundamentan su caso en la aseveración de que sólo el capitalismo garantiza la libertad individual —definiéndolo como sinónimo de la preservación de la desigualdad y los privilegios existentes, que, a su vez, son «explicados como emanaciones del orden natural creado por dios».¹⁴

¹³ Véase, por ejemplo, de Friedrich A. Hayek, *Individualism and Economic Order?* Londres, 1949, en particular el primer ensayo, *Individualism: True and false*.

¹⁴ Así, el profesor Milton Friedman atribuye la distribución existente de la riqueza y la renta a una ley del azar tal como la que rige en una lotería, y apela a una eugenesia sumamente discutible y presuntamente responsable de las diferencias en las dotes individuales. Véase su *Capitalism and Freedom*, pp. 163 y siguientes.

Sin embargo, el pensamiento económico predominante ha tomado un curso distinto. Ha aceptado, aunque a regañadientes y de mala gana, el principio primordial de la crítica marxista del orden capitalista: su anarquía y su irracionalidad profundamente arraigada. Al mismo tiempo, la economía política burguesa se niega a sacar las conclusiones lógicas de ese descubrimiento.¹⁵ La estrategia adoptada ha sido más bien la de tratar de silenciar el trueno marxista proyectando planes para hacer que el sistema funcione sin estorbar los rasgos básicos del capitalismo: empresa privada y producción para ganancias máximas. Esta estrategia es lo que ha inspirado al grueso del pensamiento y la investigación en el campo de la macro-economía, y es en las exigencias de esta estrategia donde encontramos gran parte de los motivos que hay para el surgimiento y desarrollo de avanzadas técnicas matemáticas en el razonamiento teórico y el trabajo estadístico.

El foco característico de este esfuerzo intelectual es la elaboración y el refinamiento de una de las invenciones analíticas favoritas de Marx: el modelo bisectorial de reproducción simple y ampliada.¹⁶ Es la obra de Marx, con toda seguridad, este modelo no tenía una posición independiente. Su propósito era más bien ejemplificar la anarquía e irracionalidad del modo capitalista de producción. Mediante la especificación de las condiciones necesarias para la armoniosa expansión de la economía trataba él de demostrar la rigurosidad de los requisitos que habría que llenar,¹⁷ y procuraba exponer cuán exigua era la probabilidad de que tal armonía

¹⁵ Las dos siguientes declaraciones de Keynes son sumamente características de esta actitud: «Cuando el desarrollo del capital de un país se convierte en un subproducto de las actividades de un casino, es probable que se haga mal el trabajo. Y «una socialización un tanto perspicaz de la inversión ha de ser el único medio de asegurar una aproximación al empleo de todos los trabajadores; aunque esto no excluye necesariamente todos los modos de componendas e invenciones mediante los cuales la autoridad pública ha de cooperar con la iniciativa privada». *The General Theory of Employment, Interest and Money*. Nueva York, 1936, pp. 159, 378 (la impresión en negras es nuestra).

¹⁶ Resulta divertido que el ancestro de la construcción del modelo contemporáneo en la economía política burguesa sea tratado como «información estrictamente clasificada», con la sustitución de Marx por Walras (cuyo sistema total tiene poco que ver con el método colectivo empleado) como un antecesor más respetable.

¹⁷ En realidad, como ha aparecido en investigaciones subsiguientes, los requisitos formulados por Marx no eran aún suficientes y necesitan ser suplementados por la disgregación de los dos sectores que fundamentan su modelo, así como por una especificación de las relaciones tecnológicas.

se lograra en el capitalismo. Nunca será excesivo lo que se enfatice que esto es precisamente lo contrario al uso que han dado al modelo de Marx los escritores burgueses que, siguiendo las huellas de Tugan-Baranovsky, ven en ello una prueba de la capacidad del capitalismo para expandirse hasta el infinito.

Para que prevalezca tal armonía y para que la economía se amplíe sobre la base de una utilización plena de los recursos materiales y humanos disponibles, habría que controlar las variantes estratégicas que determinan el modo de funcionamiento de todo el sistema. Puesto que ha fracasado el criterio clásico y neoclásico de que el mecanismo de los precios y la tasa de interés ejercen eficientemente, aunque de un modo indirecto, los controles necesarios, la cuestión de la naturaleza y disponibilidad de otros controles dentro del marco del sistema capitalista avanzado se ha convertido en el tema central que afronta la economía política burguesa. Hasta ahora, sin embargo, ha evitado cuidadosamente afrontar este tema y en lugar de ello ha procurado tratar el problema bajo la hipótesis de que no existe. O bien se supone que las magnitudes y relaciones pertinentes (volumen de las inversiones, proporción de la renta consumida, ritmo del avance tecnológico, etc.) son exactamente un resultado del funcionamiento del mecanismo competitivo —aunque se ha probado ampliamente la incapacidad del mecanismo para producir tal resultado—; o bien se trata a estas variantes como si fueran determinadas por el plan social— aunque la ausencia y, según creemos la imposibilidad, de semejante plan en el capitalismo es una de las características más destacadas del sistema.¹⁸ Mucha es la ingeniosidad que se ha dedicado a la elaboración de estos modelos de crecimiento, pero en vista de su fracaso en la provisión de cualesquiera indicaciones concretas de los procesos que determinan las magnitudes pertinentes y las relaciones funcionales, la significación de los resultados obtenidos es, por lo menos, un poco dudosa.

Esto no es negar el grado en que dichos modelos contribuyen a la clarificación de los requisitos para el mantenimiento de las proporciones correctas y el crecimiento equilibrado en cualquier economía basada en

¹⁸ El planteamiento de todos los problemas que dimanarían de la irracionalidad del proceso capitalista por medio de hipótesis adaptables está bien ilustrado por Nicholas Kaldor y James A. Mirrlees en «A Model of Economic Growth», *The Review of Economic Studies*, Vol. XXIX, No. 3.

la división del trabajo y que entrañe cambio tecnológico, pues los modelos de esta clase son esenciales para el desarrollo de la teoría de la planificación económica. Puesto que conducen a mejorar el conocimiento de las variantes y relaciones que requieren ser controladas para asegurar una utilización racional de los recursos, no sólo pueden ayudar a indicar la naturaleza del material informativo que es esencial para la autoridad planificadora, sino también a identificar las palancas estratégicas que pueden ser empleadas exitosamente para el logro de las metas del plan. Donde estén implicadas las relaciones funcionales, estos modelos pueden hacer que se dirija la atención a la necesidad de estudiar las normas de conducta que previamente se descuidaron. En estos sentidos pueden enriquecer la caja de herramientas necesaria para la administración racional y socialista de los recursos de la sociedad.

Pero la situación se presenta bajo un aspecto muy diferente cuando estas creaciones son contempladas como elementos de una teoría de la realidad capitalista. Entonces tenemos que preguntar cuáles son los aspectos de esa realidad que se toman en cuenta y de cuáles se prescinde. Si, como creemos que es el caso, aquello de que se prescinde incluye las características esenciales del capitalismo, los modelos implicados no solamente dejan de aumentar nuestra comprensión de los principios operativos del sistema sino que en realidad la entorpecen. Porque postulando la existencia de controles adecuados, directos o indirectos, sobre la conducta de las variantes decisivas cuando en realidad no existen, dando por sentada la ausencia del monopolio cuando en realidad es omnipresente y trascendental en sus efectos; suponiendo que a la larga existe la ocupación de todos los trabajadores cuando en realidad es más bien una excepción que una regla, los modelos que actualmente están de moda prescinden no de rasgos secundarios del proceso que tratan de explicar sino de sus características más esenciales. De esta manera sustituyen a la economía capitalista con un sistema racional imaginario que lo único que tiene en común con el capitalismo es el nombre. No hay que decir que el resultado es una defensa apologética del *status quo* —y esto completamente aparte de las intenciones subjetivas de los creadores del modelo.

El papel apologético que desempeña este tipo de teorización no es en modo alguno reducido por la aparente precisión que se logra mediante el uso de las matemáticas. En realidad, ocurre todo lo contrario. Tanto el lenguaje como el razonamiento matemáticos pueden ser extremada-

mente traicioneros en que permiten sacar conclusiones lógicamente impecables de premisas inadecuadas y crean la aparición de un sistema coordinado y coherente cuando en realidad no existe semejante sistema. Del mismo modo que, en el caso microeconómico, la deslumbrante eficiencia de la corporación moderna oculta la vacuidad de su propósito, en el caso macro-económico el esmerado modelo matemático sirve para ocultar la irracionalidad de la organización económica que pretende iluminar.

IV

Las tareas de la economía política marxista son distintas en diferentes órdenes económicos y sociales, en diferentes países y en diferentes períodos históricos. Es un error creer, como lo han creído algunos escritores marxistas, que la economía política, por ser la ciencia del capitalismo por excelencia, se hace superflua en el socialismo.¹⁹ Aunque en el socialismo, tanto el tema como los objetivos de la economía política sufren un cambio profundo, sus responsabilidades aumentan verdaderamente.

Al nivel de la macro-economía, se convierte en el guardián teórico de la racionalidad y la orientación socialista del sistema en general, así como en el instrumento principal para la formulación de las metas económicas de la sociedad y la estrategia general para lograrlas. Al cumplimiento de estas tareas, sólo la economía política marxista aporta la gran tradición intelectual del pensamiento socialista y las lecciones teóricas aprendidas en la experiencia acumulada de la construcción socialista. Sólo ella dispone de los instrumentos teóricos necesarios para el análisis de las instituciones económicas, las posibilidades científicas y las relaciones sociales que son decisivas en la elaboración y realización de los planes económicos de la sociedad.

Pero aunque a nivel macro-económico, sólo la economía política marxista puede servir como guía para una sociedad socialista, no tiene tal «ventaja comparativa» cuando se trata del nivel micro-económico, de los problemas de la racionalidad y eficiencia en los sectores y unidades aislados de una economía socialista. Realmente, la economía política marxista nunca se ha referido a los problemas de llegar a las condiciones

óptimas que surgen en las partes separadas de la economía, ni a la reducción al mínimo de los costos de producción de un producto total dado, ni a llevar al máximo los resultados de una cantidad dada de capital invertido. Dedicada a la totalidad del proceso capitalista y a las tendencias de desarrollo que le son inherentes, la economía política marxista jamás ha tratado de competir con la *Betriebswirtschaftslehre* y sus variantes más modernas, como tampoco ha intentado desarrollar una teoría de elección del consumidor o conducta del inversionista en situaciones de incertidumbre. Se ha contentado con dejar la exploración de las condiciones de mejorar al máximo la posición del capitalista dentro del orden capitalista a la economía burguesa, que como es muy natural, ha respondido a ese reto con presteza y habilidad.

Como resultado, al nivel macro económico, la economía política burguesa ha podido desarrollar un cuerpo de razonamiento teórico y técnicas de observación empíricas que ahora resulta de gran valor para la administración económica de una sociedad socialista. Pero no todos los resultados de la micro-economía burguesa pueden ser incluidos en esta categoría. Por ejemplo, el análisis (frecuentemente muy sutil) de las estrategias de acción mutua que emplean las corporaciones oligopolistas, o el análisis de las relaciones mutuas que hay entre los sistemas de inventario y las fluctuaciones del mercado, está obviamente «computado». Su pertinencia se limita al sistema capitalista. Al mismo tiempo, las técnicas desarrolladas en la solución de estos problemas y otros parecidos pueden muy bien ser utilizables para diferentes propósitos por los planificadores económicos en el socialismo. Lenin señaló concisamente el punto esencial cuando escribió: «Los grandes bancos constituyen el 'aparato estatal' que necesitamos para la realización del socialismo y que tomamos del capitalismo previamente confeccionados. Nuestra tarea consiste solamente en eliminar las perversiones capitalistas de este excelente aparato, hacerlo aun mayor, aun más democrático, aun más comprensivo».²⁰ Y pocos meses más tarde, después de la Revolución, recalco reiteradamente que «si comprendemos correctamente nuestras tareas tenemos que aprender a construir el socialismo con los administradores y organizadores de los consorcios capitalistas». Pudo haber añadido que también hay algo que aprender de los economistas capitalistas.

¹⁹ Véase por ejemplo a N. Bujarin en *Oekonomik der Transformationsperiode*, Hamburgo, 1922, pág. 2.

²⁰ ¿Pueden los bolcheviques mantenerse en el poder? (Octubre de 1917).

Así, desde el punto de vista de la economía política del socialismo, todo está por decir en cuanto a la adopción de la técnica de operación y análisis avanzadas, matemáticas y no matemáticas, que ha desarrollado la economía política burguesa. Siempre que se tenga el cuidado de «eliminar las perversiones capitalistas», en la planificación socialista se puede utilizar eficazmente gran parte de lo que se ha establecido en la economía política burguesa, pero que en el capitalismo constituye una manifestación de racionalismo ingenuo y refúdo con la historia, y se convierte inevitablemente en defensa del *status quo*. Pongamos un ejemplo de los muchos que se pueden exponer: La teoría de la conducta del consumidor conduce en el capitalismo a la falsa noción ideológica de que el consumidor «autónomo» es el supremo regulador de la economía, cuando en realidad es el propio sistema capitalista el que determina la índole de sus necesidades, gustos, normas y hábitos inversionistas, etc. La mismísima teoría de la conducta del consumidor puede no obstante ser empleada (y desarrollada) en el socialismo como un poderoso medio de determinar las carencias y necesidades de los consumidores dentro de un marco social completamente distinto. Esta adopción y adaptación de los elementos de investigación y teorización de la economía política burguesa a las necesidades de la planificación socialista no solamente no constituyen 'concesiones' de la economía política marxista a la economía política burguesa; ni siquiera tienen relación alguna con el objeto de estudio y lo que a éste le interesa.

En el capitalismo, lo mismo en los países avanzados que en los subdesarrollados, la economía política marxista tiene una doble tarea. Una es continuar explorando el *modus operandi* del capitalismo con vista a determinar las formas cambiantes en que se manifiesta la irracionalidad del sistema y apreciar su capacidad para sobrevivir pese al hecho de que ya se ha convertido en un impedimento para el desarrollo ulterior del progreso de la sociedad. En este sentido, la economía política burguesa puede ayudar en algo. Lo que puede ofrecer es primordialmente la técnica analítica para el estudio de los determinantes a corto plazo de la renta y la ocupación desarrollados por Keynes y algunos de sus seguidores. Sin embargo, aun en esto es importante distinguir entre esas contribuciones que realmente aumentan nuestra comprensión del mecanismo capitalista y las que describen al capitalismo como un sistema esencialmente racional que sólo necesita unas cuantas reformas para hacerse viable y beneficioso.

La segunda tarea de la economía política marxista fue acertadamente definida por Engels: «La tarea de la ciencia económica es demostrar que los males recién surgidos en la sociedad son consecuencias necesarias del modo de producción existente, pero que también son indicaciones de su inminente disolución, y revelar, dentro de la estructura económica que se disuelve, los elementos de la nueva organización que el futuro han de tener la producción y la distribución, y que acabará con esos males.²¹ Por razones obvias, la economía política burguesa no sirve de nada en este caso. En realidad, lejos de interesarse en demostrar la relación que hay entre los males sociales prevaletentes y el modo de producción que les sirve de fundamento, se puede decir que la economía política burguesa de nuestros días dedica toda su ingeniosidad a oscurecer esta relación.

La existencia de estos males es innegable. Son demasiado evidentes e incluso han inspirado una extensa literatura popular por el estilo de la de Vance Packard.²² También es imposible pasarlos por alto como algo que no tiene importancia: es probable que jamás haya habido un período en la historia de los Estados Unidos en que los dirigentes responsables de la opinión de la clase dominante hayan expresado con tanta franqueza su alarma por el estado de las costumbres y modales de la nación. Pero lo que ellos no pueden admitir es que estas condiciones son el resultado directo del propio sistema social capitalista. Tienen que atribuir las a algún mal externo o universal, a la debilidad de la «naturaleza humana», al efecto mortal de la «industrialización», a la desenfrenada propensión de las gentes a procrear, a cualquier cosa menos a la naturaleza profundamente irracional e inhumana de un sistema económico basado en la propiedad privada y la explotación. Y el esmerado aparato de la moderna teorización económica es puesto sin reservas al servicio de la precaria defensa del *status quo*.

Los principales economistas de la escuela neoclásica inglesa —comenzando por John Stuart Mill y siguiendo por Marshall y Pigou hasta llegar a Keynes— fueron reformistas declarados, aunque relativamente moderados. Ellos sabían que muchos de los graves males sociales como la extrema pobreza, la mala distribución de la riqueza y la renta, y el des-

²¹ Anti-Dühring, Parte II, Sección I.

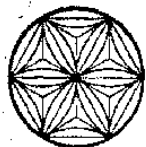
²² Algunos de los libros de Packard son *The Hidden Persuaders*, (1959), *The Status Seekers* (1959), *The Waste Makers*, (1960).

empleo eran directamente causados por los principios operativos del sistema económico, y no vacilaron en proponer reformas reparadoras. En la economía política burguesa de hoy apenas se ve huella alguna de esta honorable tradición: aun la tendencia más «radical», representada por las obras de Galbraith sobre *American Capitalism* y *The Affluent Society*, si la examinamos cuidadosamente, se dedica a la más entusiasta defensa de una sociedad dominada por los Grandes Negocios. Y si la preocupación neoclásica por la reforma ha sido echada por la borda, mucho más completo ha sido el abandono en que se ha echado la pasión de los anteriores economistas clásicos por descubrir en el presente la configuración del futuro y por seleccionar para un intenso análisis todas las fuerzas que parezcan prometer mejores tiempos para el porvenir. Antihistórica hasta la médula, la economía política burguesa de la actualidad desprecia todo esfuerzo por investigar la naturaleza de los cambios que se están produciendo o a dónde nos llevan. La gran cuestión ¿*Quo vadis?*, que preocupó no solamente a Adam Smith, David Ricardo y John Stuart Mill, sino también a nuestro contemporáneo Joseph Schumpeter, ha desaparecido sencillamente del programa de la economía política burguesa, que le ha cedido su lugar de honor a una especie de lo que se ha dado en llamar «investigación de operaciones», que es la búsqueda de medios apropiados para lograr fines predeterminados, sin tener en cuenta la naturaleza ni la significación histórica de los objetivos que se persiguen. De este modo la economía política en la era del capitalismo monopolista se convierte en una especie de instrumento científicamente refinado para oscurecer eficientemente el importantísimo hecho de que por su medio la razón se pone al servicio de la sinrazón. Si antes del advenimiento del capitalismo, la ciencia, para ser aceptada, tenía que hacer el papel de magia, en nuestros días la magia no puede tener aceptación si no hace el papel de ciencia.

Para oponerse a este desarrollo de la economía política burguesa, la economía política marxista tiene que mantener su postura crítica tradicional. Tiene que confrontar infatigablemente la sociedad del capitalismo monopolista y su embellecimiento ideológico con el espejo de la escueta realidad. Tiene que mantenerse en su viejo empeño de tratar a la sociedad en conjunto y poner al desnudo la relación que hay bajo el capitalismo entre la miseria prevaleciente en diferentes aspectos de la existencia humana y la irracionalidad de todo el sistema, una irracionalidad que no se puede pasar por alto, sino que, por el contrario, tiene

que ocupar un lugar preponderante en todo genuino esfuerzo científico. Tomando de la ciencia burguesa todo lo que pueda ser útil para la construcción de una nueva sociedad, tiene que combatir a todo lo que se utiliza para la conservación de lo viejo. Como pudo aseverar una variante de la última tesis de Marx sobre Feuerbach: En la actualidad la ciencia está creando las condiciones para cambiar al mundo; lo que importa, sin embargo, es la naturaleza del cambio para que se use la ciencia.

«Monthly Review», marzo de 1967.



SISTEMA, ESTRUCTURA Y CONTRADICCIÓN EN «EL CAPITAL» DE MARX

MAURICE GODELIER

¿Es posible analizar las relaciones entre acontecimiento y estructura, dar cuenta de la génesis y la evolución de una estructura, sin condenarse a abandonar el punto de vista estructuralista? Ambas cuestiones están al orden del día y algunos se aventuran a responder afirmativamente. Se crea una situación nueva que incluye la reanudación del diálogo entre estructuralismo y marxismo. De lo que no hay por qué asombrarse. Hace más de un siglo Marx describía toda la vida social en términos de «estructuras»; para caracterizar los «tipos» de sociedad sugería, como hipótesis, la existencia de «correspondencias» necesarias entre infraestructuras y superestructuras; y pretendía, finalmente, explicar la «evolución» de dichos tipos de sociedad por la aparición y el desarrollo de «contradicciones» entre sus estructuras.

Parece como si al intervenir el término «contradicción» la reanudación del diálogo hubiera de frustrarse: los «milagros» dialécticos de Hegel y de marxistas más o menos conocidos están en la memoria de todos. Sin embargo, ¿puede darse por zanjado el asunto tan rápidamente?, ¿la dialéctica de Marx es la de Hegel? Las mismas formulaciones de Marx a este respecto son equívocas: con «poner sobre sus pies» a la dialéctica,

de Hegel quedaría convertida en un instrumento «útil para la ciencia», y despojada de todas las mistificaciones que el idealismo hegeliano hubiera podido introducir en ella.

Nuestro propósito es abordar de nuevo el problema volviendo al texto mismo de *El Capital*. Creemos poder demostrar que la dialéctica de Marx no tiene nada que ver, en sus principios fundamentales, con la de Hegel, dado que una y otra no remiten a la misma noción de contradicción. Las exégesis tradicionales de Marx se nos desmoronan y de sus ruinas emerge un Marx ampliamente desconocido de los marxistas, capaz de aportar inesperados y fecundos elementos a la novísima reflexión científica.

I. Del funcionamiento visible del sistema capitalista a su «estructura» interna oculta.

«... toda ciencia estaría de más, si la forma de manifestarse las cosas y la esencia de éstas coincidieran. . .» *El Capital*, T. III, p. 757.

¿Qué es, para Marx, un «sistema económico»? Una determinada combinación de modos específicos de producción, de circulación, de distribución y de consumo de los bienes materiales. El papel dominante, en esa combinación, lo asume el modo de producción. Un modo de producción es la articulación de dos estructuras reciprocamente irreductibles: fuerzas productivas y relaciones de producción. La noción de fuerzas productivas designa el conjunto de los factores de la producción —recursos, instrumentos, hombres— característicos de una sociedad determinada en una época determinada, los cuales es necesario combinar de manera específica para producir los bienes materiales que dicha sociedad necesita. La noción de relaciones de producción designa las funciones que asumen los individuos y los grupos en el proceso de la producción y en el control de los factores de la producción. Las relaciones de producción capitalistas, por ejemplo, son las relaciones entre una clase de individuos que tienen la propiedad privada de las fuerzas productivas y del capital y una clase formada por los que —al no contar con esa propiedad— deben vender a los primeros, a cambio de un salario, el uso de su fuerza de trabajo. Cada clase es complementaria de la otra, supone la otra.

El conocimiento científico del sistema capitalista consiste, según Marx, en descubrir, más allá de su funcionamiento visible, su oculta estructura

interna. Por lo tanto, para él, como para Claude Lévi-Strauss,¹ las «estructuras» no se confunden con las «relaciones sociales» visibles sino que constituyen un nivel de la realidad, invisible pero presente más allá de las relaciones sociales visibles. La lógica de estas últimas y, más generalmente, las leyes de la práctica social, dependen del funcionamiento de aquellas estructuras ocultas, cuyo descubrimiento debe permitir «desentrañar todos los hechos observados».²

Muy a grosso modo resumiremos así la tesis de Marx: en la práctica del sistema capitalista todo sucede como si con el salario se retribuyese el trabajo del obrero y como si el capital tuviera, por sí mismo, la propiedad de acrecentarse automáticamente, de proporcionar una ganancia a su propietario. En la práctica corriente no hay prueba directa alguna de que la ganancia capitalista sea trabajo obrero no pagado, ninguna experiencia inmediata de la explotación del trabajador por el capitalista. Según el análisis de Marx, la ganancia es la fracción del valor de cambio de las mercancías que queda en las manos de su propietario, una vez deducido el precio de coste. El valor de cambio supone una unidad de medida que haga conmensurables a las mercancías. La utilidad de éstas no puede proporcionar tal unidad, puesto que en el plano del valor de uso no hay nada de común entre —por ejemplo— legumbres y estilográficas. . . El valor de cambio de las mercancías sólo puede provenir de aquello que les es común: ser productos del trabajo. Por lo tanto, la sustancia del valor es el trabajo socialmente necesario para la producción de mercancías. La ganancia o beneficio es una fracción —no retribuida en el salario— del valor³ creado por el uso de la fuerza de trabajo de los obreros. En una palabra, la ganancia es trabajo no pagado, trabajo gratuito. Pero en la práctica de los capitalistas y de los obreros todo sucede a primera vista como si el salario retribuyese la totalidad del trabajo suministrado por el obrero (prima, salario a destajo, tarifa de horas suplementarias, etc.) Por consiguiente, el salario comunica al trabajo no retribuido del obrero la apariencia de trabajo retribuido.

¹ C. Lévi-Strauss: «La notion de structure en ethnologie». *Anthropologie structurale*, cap. XV, p. 305.

² *Ibid.*, p. 306.

³ Simplificamos voluntariamente la exposición, puesto que la ganancia puede corresponder o no a la plusvalía realmente producida en una empresa.

«Esta forma del salario, que no expresa más que las falsas apariencias del trabajo asalariado, hace invisible la relación real entre capital y trabajo y muestra precisamente lo contrario; de esas falsas apariencias derivan todas las nociones jurídicas del asalariado y del capitalista, todas las mistificaciones de la producción capitalista».⁴

En efecto, desde el momento que el salario aparece como precio del trabajo, la ganancia no puede aparecer como trabajo no retribuido. Se presenta, necesariamente, como emanación del capital. Parece que cada clase obtiene de la producción la renta a que tiene derecho. No hay explotación visible de una clase por la otra. Las categorías económicas de salarios, beneficio, interés, etc., expresan, pues, las relaciones visibles de la práctica corriente de los negocios, lo que les confiere una utilidad pragmática, pero su valor científico es nulo. Al partir de esas categorías la ciencia económica se limita, de hecho, a «sistematizar y preconizar doctrinalmente las ideas de los agentes de la producción cautivos de las relaciones de producción del régimen burgués. Por eso no debe causarnos asombro el que la economía vulgar se encuentre como el pez en el agua precisamente bajo la forma más extraña de manifestarse las relaciones económicas, en la que éstas aparecen *prima facie* como contradicciones perfectas y absurdas».⁵ La inteligibilidad y la coherencia que esa sistematización introduce en las representaciones corrientes de los miembros de la sociedad no pueden desembocar más que en mitos. «Hablar del precio del trabajo es cosa tan irracional como un logaritmo amarillo». En el caso que estamos considerando el mito consiste en una teoría coherente de las apariencias, de lo que parece suceder en la práctica. De donde se deduce que la representación científica de la realidad social no «surge», por «abstracción», de las representaciones espontáneas o reflejas de los individuos. Debe, por lo contrario, romper la evidencia de dichas representaciones para poner de manifiesto la lógica interna,

⁴ *Le Capital* I, t. II, p. 211. En la 2ª edición del Fondo de Cultura Económica, T. I, p. 452. (Cuando se trata de citas del libro I de *El Capital* hemos considerado preferible traducirlas de la versión francesa de Joseph Roy, en la edición de 1948 de Editions Sociales utilizada por M. Godelier, teniendo en cuenta que esta versión fue revisada por el mismo Marx que introdujo en ella variaciones, a veces significativas, respecto al texto alemán. Al mismo tiempo indicamos el lugar correspondiente en la edición del FCE. Cuando se trata de citas de los libros II y III utilizamos la traducción de W. Roces en esa segunda edición del FCE (Nota del traductor).

⁵ *El Capital*, T. III, p. 756-757.

invisible, de la vida social. Para Marx, por lo tanto, el modelo construido por la ciencia corresponde a una realidad disimulada bajo la realidad visible. Más todavía: según Marx dicha disimulación no resulta de la impotencia de la conciencia para «percibir» la estructura sino que es el producto de la estructura misma. Si el capital no es una cosa sino una relación social, es decir, una realidad no sensible, ésta no puede por menos que desaparecer cuando se presenta bajo la forma sensible de materias primas, instrumentos, dinero, etc. Por lo tanto, no es el sujeto el que se engaña, es la realidad quien lo engaña: las representaciones de los individuos se originan en las apariencias que disimulan la estructura del proceso de producción capitalista. A una estructura determinada de lo real corresponde —señala Marx— un determinado modo de aparecer dicha estructura, el cual constituye el punto de arranque de un tipo de conciencia espontánea de esa estructura, del que ni la conciencia, ni el individuo son responsables. De ahí que el conocimiento científico de una estructura no liquida la conciencia espontánea de la misma: modifica el papel y los efectos de esta última sobre la conducta de los individuos, pero no la suprime.⁶

Así Marx, al suponer que la estructura no se confunde con las relaciones visibles sino que explica su lógica oculta, anuncia la moderna corriente estructuralista. Y enlaza plenamente con ella al plantear la prioridad del estudio de las estructuras sobre el de su génesis y evolución. Antes de abordar este nuevo tema precisaremos, sin desarrollarla, la comparación que hemos esbozado entre las prácticas científicas de Marx y de Lévi-Strauss, recordando las características principales del célebre análisis del sistema de parentesco Murngin, incluido en las *Structures élémentaires de la parenté*.⁷

Los especialistas consideraban «aberrante» este sistema porque no era posible clasificarlo exactamente en la tipología de los sistemas australianos llamados «clásicos». Estos son de tres tipos, según que el número de clases matrimoniales sea de 2, 4 u 8. Se había comprobado que un sistema a mitades prescribe el matrimonio entre los primos cruzados, pero lo prohíbe entre los primos paralelos. Lo mismo sucedía en el sis-

⁶ Lo mismo encontramos en Spinoza: el conocimiento de segundo grado, el conocimiento matemático, no suprime el de primer grado, la experiencia corriente.

⁷ *Structures élémentaires de la parenté*, cap. XIV, p. 216 a 246, véase también el estudio algebraico de A. Well, cap. XIV, p. 278-287.

tema *Kariera* de cuatro secciones. Por lo tanto, al pasar de un sistema de dos a un sistema de cuatro clases matrimoniales no cambiaba en nada el orden de las prescripciones y prohibiciones. Por el contrario, en el sistema Aranda, de ocho subsecciones, estaba prohibido el matrimonio entre todos los primos de primer grado, cruzados o paralelos.

Ahora bien, el sistema Murngin difiere, a la vez, de los sistemas *Kariera* y Aranda. Comporta ocho subsecciones, como el sistema Aranda, y sin embargo, autoriza el matrimonio con la prima cruzada matrilateral, como el sistema *Kariera*. Pero mientras que el sistema *Kariera* autoriza el matrimonio con las dos primas cruzadas, el sistema Murngin lo prohíbe con la prima cruzada patrilateral, introduciendo una dicotomía entre los primos cruzados. Y aún encierra otras peculiaridades: recurre a siete líneas, mientras que el sistema Aranda se contenta con cuatro, y el sistema *Kariera* con dos; la nomenclatura de su sistema de parentesco incluye 71 términos, mientras que la de los Aranda sólo cuenta 41 y la de los *Kariera*, 21.

Era necesario, por lo tanto, explicar la dicotomía de los primos cruzados, el matrimonio preferencial con la prima cruzada matrilateral, y las otras singularidades del sistema. C. Lévi-Strauss ha demostrado que puede encontrarse la explicación si se supone la existencia y la acción —bajo el sistema explícito de cambio restringido entre ocho subsecciones, que es la forma aparente en el sistema Murngin— de un sistema implícito de cuatro secciones, de estructura totalmente diferente, de la que los mismos Murngin no tenían conciencia, y tampoco había sido verdaderamente identificada y teorizada hasta entonces por los etnólogos especialistas de los sistemas de parentesco. A esa estructura Lévi-Strauss la denomina «estructura de cambio generalizado».

Mientras que en un sistema de cambio restringido el matrimonio se conforma siempre a la misma regla, puesto que si un hombre de A se casa con una mujer de B, un hombre de B puede casarse con una mujer de A, en un sistema de cambio generalizado si un hombre de A se casa con una mujer de B, un hombre de B se casará con una mujer de C, y un hombre de C con una mujer de A. Es decir, A habrá tomado una mujer a B, pero a «cambio» cederá una mujer a C. Aquí la reciprocidad se realiza, entre un número cualquiera de participantes, por el juego de relaciones orientadas en una dirección determinada e irreversible: A→B→C→A. Se puede demostrar fácilmente, a continuación, que en un sistema de

cambio generalizado, de cuatro secciones, la prima cruzada matrilateral encuentra siempre en la clase que sigue inmediatamente a la del Ego, donde él puede tomar esposa, mientras que la prima cruzada patrilateral se encuentra siempre en la clase que procede a la suya y que le está prohibida. La estructura de tal sistema proporciona, pues, la fórmula teórica del matrimonio Murgnin y funda la ley de la dicotomía de los dos primos cruzados.

Después es fácil demostrar que cuando se agregan mitades matrilineales a un sistema de cambio generalizado de cuatro secciones, cada sección se desdobra en dos subsecciones y se obtiene así un sistema de ocho subsecciones que reviste las apariencias de un doble sistema de cambio restringido tipo Aranda. En este momento, igualmente, todas las restantes peculiaridades del sistema —el número de líneas, la extensión enorme de la nomenclatura— aparecen como otras tantas consecuencias necesarias al funcionamiento de esa estructura implícita, como aspectos complementarios de su lógica interna.

No es difícil percibir el inmenso alcance de la demostración de Lévi-Strauss. Tratando de explicar un caso singular, aberrante,⁸ inclasificable en los epígrafes de la tipología etnológica tradicional, Lévi-Strauss descubría la existencia⁹ y explicaba la naturaleza de una nueva familia de estructuras mucho más compleja que las conocidas hasta la fecha y, sobre todo, mucho más difíciles de identificar, dado que el ciclo de cambio que determinan no es «tan inmediatamente perceptible». Con ello se hacía necesaria y posible una nueva clasificación de los sistemas de parentesco, en la que quedaba incluida la antigua tipología de los sistemas de cambio restringido, cuya particularidad quedaba ahora manifiesta. En el plano práctico se disponía del instrumento necesario para abordar el estudio de ciertos sistemas complejos de parentesco en China, la India, el Sudeste asiático y Siberia, que parecían extraños a la noción de cambio.

⁸ Esto se parece a las consecuencias de la experiencia de la radiación «del cuerpo negro», pequeño «detalle» (Cf. Bachclard) que trastorna todas las perspectivas de la física del siglo XIX salida de Newton.

⁹ Esto no es del todo exacto. Lévi-Strauss atribuye a Hodson el mérito de haber descubierto la correlación entre la regla de matrimonio con la prima cruzada matrilateral y la existencia de una estructura social específica. Pero Hodson creía que esta estructura debía ser siempre tripartita y patrilineal, mientras que puede comprender no importa qué número de secciones y sólo necesita ser «armónicas». Structures élémentaires, p. 292-293. Hodson, The primitive culture of India, 1922.

No era menor la importancia de las conclusiones y principios metodológicos de Lévi-Strauss en el plano epistemológico. Sea implícito,¹⁰ como ocurre en el caso de los Murgnin, o explícito, como en el de los Katchin, una estructura nunca es directamente visible y legible al nivel empírico. Tiene que ser descubierta mediante un trabajo teórico, productor de hipótesis y de modelos. El análisis estructural de Lévi-Strauss recusa por lo tanto, en su principio mismo, el estructuralismo funcionalista de Radcliffe-Brown¹¹ y, en general, toda la sociología empírica anglosajona, para la cual la estructura forma parte de la realidad empírica.¹²

Para Lévi-Strauss la estructura forma parte de lo real, pero no es realidad empírica. No es posible, pues, confrontar una estructura y el modelo teórico construido para representarla. Pero, a la vez, la estructura no existe solamente en, y para, el espíritu humano, con lo que se recusa igualmente el estructuralismo idealista y formalista que se reclama de Lévi-Strauss.¹³ En su respuesta a Maybury-Lewis —quien le acusaba de descubrir pseudo-estructuras que contradecían los datos etnológicos— Lévi-Strauss formula su posición mucho más explícitamente que en la *Anthropologie structurale*:

«Naturalmente, la última palabra la dirá la experiencia. Sin embargo, la experiencia sugerida y guiada por el razonamiento deductivo no será idéntica a las experiencias simples con las que todo el proceso comenzó. El microscopio electrónico, al permitirnos ver moléculas reales, suministra la prueba concluyente de la estructura molecular de la materia. Esta hazaña no altera el hecho de que en el futuro la molécula seguirá siendo lo mismo de invisible a simple vista. Análogamente, sería vano

¹⁰ Su descubrimiento en este caso se ha hecho aún más difícil puesto que la apariencia del sistema desvía el pensamiento de otra estructura, la del sistema Aranda. Pero: «en el lugar de la simetría verdadera de los sistemas Kariara y Aranda encontramos una pseudosimetría que se reduce en realidad a dos estructuras asimétricas superpuestas». Structures élémentaires, p. 242.

¹¹ Radcliffe-Brown, Structure and Function in primitive societies.

¹² Lévi-Strauss, On manipulated sociological models. Bijdragen, 1960, del 116, p. 52.

¹³ De ahí las críticas multiplicadas de Lévi-Strauss contra el idealismo y el formalismo, convertidos, en la práctica, en los principales adversarios del estructuralismo científico. Véase «La structure et la forme». Cahiers de PISTA y el prefacio de Le Cru et le cuit.

esperar del análisis estructural que modifique la percepción de las relaciones sociales concretas. Sólo logrará explicarlas mejor».¹⁴

Una de las implicaciones del método estructural es la crítica de todo psicologismo y de todo finalismo sociológico. En las *Structures élémentaires*, Lévi-Strauss mostraba que las consideraciones psicológicas de Warner aportaban una respuesta ilusoria al problema de la existencia de siete líneas entre los Murngin.¹⁵ Warner quería explicar este hecho por la necesidad de resolver las tensiones que, de no existir esa multiplicación de líneas, se producirían en el grupo entre Ego y el hermano de la madre, es decir, el padre de la futura esposa, la prima cruzada matrilateral.¹⁶ Como hemos visto, la respuesta a esta cuestión no debía nada a la psicología sino que se encontraba en la lógica misma del sistema de cambio generalizado, del que Werner no sospechaba ni siquiera la posibilidad.

Más fundamental aún es que el análisis de la lógica de una estructura permita poner de manifiesto sus posibilidades y capacidades de evolución. Dicho análisis permite a las investigaciones sobre origen y la génesis de una estructura «guiarse», en cierta manera, por el conocimiento de su propio mecanismo. En el caso de los Murngin, Lévi-Strauss suponía que habían imitado a otros el mecanismo de ocho subsecciones que ellos se esforzaban por hacer coincidir con un sistema matrimonial original.¹⁷ Ponía de manifiesto, a continuación, que semejante sistema era «inestable», lo que determinaba sus posibles formas y modos de evolución. Demostraba que esa inestabilidad era lo propio de todos los sistemas de cambio generalizado, los cuales, por principio, son de régimen «armónico», dado que en ellos las reglas de filiación son las mismas que las reglas de residencia en lo que concierne a la definición del estatuto social del individuo, mientras que los sistemas de cambio restringido son, por

principio, «disarmónicos y estables».¹⁸ En esto, concluía Lévi-Strauss, reside el fundamento de la desigual capacidad de aparición y evolución de esas dos familias de estructuras.¹⁹

Estas capacidades, pues, constituyen propiedades objetivas de las estructuras, no dependen de los individuos, y éstos, por lo general, son inconscientes de dichas propiedades. Si el sistema Murngin, por ejemplo, es producto de una imitación y de una adaptación, resulta, por este hecho, producto de una actividad consciente y finalizada, pero en lo esencial los Murngin son inconscientes de la lógica y de las capacidades de evolución de su nuevo sistema, las que, en todo caso, no dependen de sus intenciones. Situada en semejante perspectiva, la evolución social deja de ser una sucesión de accidentes desprovistos de significado.²⁰

Este análisis, demasiado sucinto, de algunos fragmentos de la obra más antigua de Lévi-Strauss, nos parece suficiente, sin embargo, para legitimar la comparación entre Marx y el estructuralismo moderno. No ha permitido aislar en la práctica de Lévi-Strauss dos principios del análisis estructural: el primero, que una estructura forma parte de lo real, pero no de las relaciones visibles; el segundo, que el estudio del funcionamiento interno de una estructura debe proceder y orientar el estudio de su génesis y evolución. Ya hemos puesto en evidencia que el primer principio se encuentra en Marx. Demostraremos ahora que sin el segundo no puede comprenderse la arquitectura de *El Capital*.

II. Prioridad del estudio de las estructuras sobre el de su génesis y evolución.

Una simple ojeada sobre la construcción de *El Capital* pone de manifiesto esa propiedad. La obra no comienza con la teoría del capital, sino por la exposición de la teoría del valor, es decir, por la definición de un grupo de categorías necesarias al estudio de no importa qué sistema de producción mercantil, independientemente de que ésta repose sobre el

¹⁴ On manipulated sociological models, p. 53.

¹⁵ *Structures élémentaires de la parenté*, p. 235.

¹⁶ Warner: «Morphology and Function of the Australian Murngin type of Kinship». *American Anthropologist*, vol. 32-33, p. 179-182.

¹⁷ Los casos de imitación de toda o parte de una institución social en el orden del parentesco, de los mitos, de las danzas, etc., son frecuentes en Australia. Stanner ha podido observar directamente un caso de imitación de la institución del parentesco entre los Nangioceri. *Structure élémentaires de la parenté*, p. 227.

¹⁸ El sistema Kariera, por ejemplo, es matrilineal y patrilocal.

¹⁹ «Este carácter (del régimen armónico) explica por qué la realización de un sistema de clases es tan raro allí donde el matrimonio está determinado por una ley de cambio generalizado». *Structures élémentaires de la parenté*, p. 272.

²⁰ De ahí la crítica de Lévi-Strauss contra el evolucionismo asociacionista del siglo XIX. *Structures élémentaires de la parenté*, p. 129, 185.

trabajo del campesino libre, del siervo, del esclavo, del trabajador asalariado, etc. Este grupo de categorías se desarrolla a partir de la definición del valor de cambio de la mercancía. A continuación aparece la moneda como mercancía especial, cuya función consiste en expresar y medir el valor de cambio de las restantes mercancías. El dinero es definido como una forma de la moneda. El dinero cesa de funcionar como simple medio de circulación de las mercancías y comienza a funcionar como capital cuando reporta dinero, cuando su uso añade valor a su valor inicial. Cualesquiera que sean sus formas capital comercial, financiero, industrial— la definición general del capital es la de ser valor que se valoriza y reporta plusvalía.

Por lo tanto, al final de la 2ª sección del libro I de *El Capital*, Marx dispone de los instrumentos teóricos necesarios para identificar la estructura específica del sistema económico capitalista, la relación capital-trabajo asalariado, elaborar la teoría del Capital. Para emprender esta construcción teórica necesitaba disponer de la definición rigurosa de la noción de mercancía, puesto que en el seno de la relación capital-trabajo la fuerza de trabajo se presenta como mercancía. Con ello se hace posible el análisis de la estructura interna del sistema capitalista, es decir, el estudio del mecanismo de producción de la plusvalía a través de la relación capital-trabajo. El libro I analiza extensamente las dos formas de la plusvalía: plusvalía absoluta (obtenida mediante la prolongación de la jornada de trabajo sin aumento del salario), y plusvalía relativa (obtenida por la disminución de los gastos de mantenimiento del obrero mediante el incremento de la productividad del trabajo en las ramas que producen los medios de subsistencia de los trabajadores y de sus familias).

Sólo al final del libro I el lector ve a Marx abordar el problema de la génesis de la relación de producción capitalista, a través de la discusión de lo que los economistas clásicos llamaban «el problema de la acumulación primitiva». El modo de proceder de Marx rompe, pues, con todo historicismo. El estudio de la génesis de una estructura no puede efectuarse más que «guiado por un conocimiento previo de esa misma estructura. Estudiar la génesis de la estructura específica del sistema capitalista consiste en determinar las circunstancias históricas particulares de la aparición de individuos dueños de disponer libremente de su persona, pero privados de medios de producción y de dinero y forzados, por ello,

a vender el uso de su fuerza de trabajo a otros individuos poseedores de medios de producción y de dinero, pero obligados a comprar la fuerza de trabajo ajena para poner en funcionamiento los primeros y hacer fructificar el segundo. Marx se limita a esbozar esa génesis, situando rápidamente en perspectiva algunas de las condiciones, formas y etapas de la aparición del capitalismo en Europa, pero sin proporcionarnos una verdadera historia del capitalismo. Entre las etapas citaremos: el licenciamiento de las huestes feudales, la expropiación y expulsión parcial de los cultivadores, el movimiento de las «inclosures», la transformación de los mercaderes en mercaderes-fabricantes, el comercio colonial, el desarrollo del proteccionismo. Todos estos hechos de los siglos XV, XVI y XVII, que aparecen aquí y allí en Portugal, España, Holanda Francia e Inglaterra, en general, a la aparición de un gran número de productores sin medios de producción y a su utilización en una nueva estructura de producción.

«... En el fondo del sistema capitalista hay, pues, la separación radical entre el productor y los medios de producción. Esta separación se reproduce sobre una escala progresiva una vez que el sistema capitalista se ha establecido. Pero como aquella forma la base de éste, el sistema capitalista no podría establecerse sin ella. Para que venga al mundo es necesario, por lo tanto, que parcialmente al menos los medios de producción hayan sido arrebatados sin contemplaciones a los productores directos, y se encuentren ya en manos de los mercaderes productores, siendo empleados por éstos para especular con el trabajo ajeno. El movimiento histórico que produce el divorcio del trabajo de sus condiciones exteriores, he ahí la esencia de la acumulación llamada «primitiva» porque constituye la edad prehistórica del mundo burgués. La estructura económica capitalista ha salido de las entrañas de la estructura económica feudal. La disolución de la una ha desprendido los elementos constituyentes de la otra».²¹

Por lo tanto, analizar la génesis histórica de una estructura equivale a analizar las condiciones de la aparición de sus elementos internos y de la articulación entre ellos. En consecuencia, la historia económica supone, para poder constituirse, que sean identificados dichos elementos y relaciones, supone la teoría económica. En el texto de Marx la génesis

²¹ *Le Capital*, I. T. III, p. 155. En la edición del FCE, T. I. p. 608.

de un sistema se describe, al mismo tiempo, como la disolución de otro, y estos dos efectos dependen de un mismo proceso: el desarrollo de las contradicciones internas del viejo sistema (del que, por lo tanto, es preciso igualmente construir la teoría).

Este modo general de proceder, que va de la identificación de la estructura al estudio de su génesis, acaba aparentemente por chocar con un obstáculo que el propio Marx ha levantado. Porque, ¿cómo conciliar la hipótesis de la aparición de contradicciones internas a un sistema con la tesis de que el funcionamiento de este sistema reproduce necesariamente las condiciones de su funcionamiento? Por ejemplo, el mecanismo del funcionamiento del sistema capitalista reproduce, sin cesar, la relación capital-trabajo, sobre la cual se ha edificado. Los mecanismos de la ganancia y del salario permiten, continuamente, a la clase capitalista, acumular nuevos capitales y reproducirse como clase capitalista, acumular nuevos capitales y reproducirse como clase dominante y, a la inversa, obligan a la clase obrera a poner de nuevo en venta su fuerza de trabajo y a reproducirse como clase dominada.²² Por lo tanto, la relación capital-trabajo se presenta como el elemento invariable de la estructura económica capitalista a través de todas las variaciones de ésta: paso del capitalismo de libre concurrencia al capitalismo de monopolio privado o de Estado, aparición de nuevas fuerzas productivas, modificación de la composición de la clase obrera y de sus formas de organización sindical o política, etc. De donde se desprende que el descubrimiento y la definición de esa invariable constituyen, sin duda, el punto de partida obligado del estudio científico del sistema, de su génesis y de su evolución. La investigación de esta última se presenta como el estudio de las variaciones compatibles con la reproducción del elemento invariable de la estructura del sistema. El paso de la economía política a la historia económica se perfila, una vez más, a este nivel; son posibles estudios sincrónicos y diacrónicos (análisis de los diversos estados de una estructura correspondientes a diversos momentos de su evolución). Pero el análisis diacrónico de las variaciones compatibles con la reproducción de una relación invariable no hace aparecer ninguna incompatibilidad estructural, ninguna condición de cambio estruc-

²² Esto no es invalidado por los fenómenos de movilidad social que permiten a ciertos obreros convertirse en capitalistas, o que nacen de la concurrencia, arruinando a tal capitalista o a tal categoría de empresas.

tural.²³ ¿Pueden existir, acaso, variaciones incompatibles, originadas en el interior del funcionamiento de un sistema, desde el momento que el mismo mantenimiento del sistema probaría que eran compatibles con la reproducción de éste? Antes de analizar en detalle la noción de contradicción en Marx nos detendremos aún en la de «compatibilidad estructural», teniendo en cuenta que esta noción desempeña un doble y decisivo papel que esclarece todo el método y el plan de *El Capital*. Es la que permite a Marx explicar las formas visibles del funcionamiento del sistema capitalista, dejadas de lado al comienzo de su análisis. Le permite, también, dilucidar el nuevo papel y las nuevas formas que toman las formas «antediluvianas» del capital²⁴ —capital comercial y capital financiero— cuando éstas funcionan en el marco del capitalismo moderno. Resumiremos brevemente estos dos puntos para extraer las consecuencias metodológicas.

Como hemos visto, Marx analiza en primer lugar el mecanismo de producción de la plusvalía, demostrando que consiste en la producción de trabajo no retribuido. A continuación pone de manifiesto que el lazo interno y necesario de la plusvalía con el trabajo desaparece desde el momento en que se pone en relación no ya con el salario pagado al obrero sino con el conjunto del capital avanzado por el capitalista, es decir, desaparece en cuanto la plusvalía se presenta como beneficio. Los resultados del libro II le permiten a Marx, en las cuatro primeras secciones del libro III, analizar las condiciones complejas de la realización, por el empresario capitalista, del beneficio máximo. Sin daño para el objetivo que perseguimos, podemos dejar de lado estos problemas relativos a las relaciones valor-precios, precios-beneficios, beneficio medio y super-beneficio, norma de beneficio por ramas al nivel de la economía nacional, etc. Lo esencial es tener presente la conclusión de Marx. De su ganancia —que al límite parece tener poco que ver con

²³ Esta dicronía parece replegarse siempre en lo sincrónico, o al menos manifestar los múltiples modos de existencia de una misma estructura habida cuenta de las variaciones locales de sus condiciones de funcionamiento. Véase Marx: «Una misma base económica —la misma en cuanto a sus condiciones fundamentales— puede mostrar en su modo de manifestarse infinitas variaciones y gradaciones debidas a distintas e innumerables circunstancias empíricas, condiciones naturales, factores étnicos, influencias históricas que actúan desde el exterior, etc., variaciones y gradaciones que sólo pueden comprenderse mediante el análisis de estas circunstancias empíricamente dadas». *El Capital*, T. III, p. 733.

²⁴ *El Capital*, T. III, p. 555.

la explotación real de sus obreros—, el capitalista debe deducir una parte que se convierte en renta urbana del propietario del solar donde está enclavada la fábrica, otra parte que vierte a título de interés al prestamista o al banco, otra que debé como impuesto al Estado. El saldo constituye su beneficio empresarial. Al demostrar que el mecanismo de la producción de plusvalía constituye el origen común de las formas visibles de la ganancia capitalista —aunque ciertas categorías de capitalistas parezcan no tener relación directa alguna con el proceso de la producción— Marx hace posible el estudio de la articulación entre la estructura interna del sistema y su formas visibles, de las cuales había prescindido, por razones de principio, al comienzo de su análisis.

Marx vuelve sobre esas formas visibles, definiendo en cada momento su función real en el sistema y su compatibilidad interna con las estructuras esenciales prioritariamente estudiadas. En lenguaje moderno, el modo de proceder de Marx constituiría una especie de génesis ideal de los diversos elementos de un sistema a partir de las leyes de su composición interna. El propio Marx lo define a propósito de la moneda:

«Todo el mundo sabe, aunque no sepa más que eso, que las mercancías poseen una forma particular de valor que contraste muy ostensiblemente con sus diversas formas naturales: la forma moneda. Se trata ahora de hacer lo que la economía burguesa no ha intentado nunca: se trata de proporcionar la génesis de la forma moneda, es decir, de desarrollar la expresión del valor contenido en la relación de valor de las mercancías, desde su manifestación más simple y menos aparente hasta esa forma moneda que salta a la vista de todo el mundo. Con ello será resuelto al mismo tiempo, y desaparecerá, el enigma de la moneda».²⁵

Pero conviene advertir sobre una interpretación errónea que podría surgir a propósito de lo que hemos llamado la génesis ideal de las categorías económicas. En efecto, si un objeto se convierte en mercancía desde el momento que es producido para el cambio, este cambio puede hacerse por trueque y no implicar la existencia de moneda alguna. Para que el cambio de mercancías haga necesaria la especialización de una de ellas en la función de expresar y medir el valor de cambio de las restantes mercancías, se requieren determinadas condiciones concretas (independientemente de que esa mercancía moneda sea el cacao, las

conchas, el ganado o el oro: su función no cambia por ello). Para que un metal precioso se imponga como forma general de la moneda se requiere otras condiciones precisas. Marx no opera, a la manera hegeliana, «deduciendo» una categoría a partir de otra. Pone al descubierto las funciones de un elemento en el seno de una estructura, o de una estructura en el seno de un sistema, y explica el orden de esas funciones. No es preciso esperar a que se descubra, por fin, dónde y cómo fue inventada la primera moneda, para resolver el «enigma de la moneda». Por consiguiente, el objeto de la teoría económica es descubrir dichas funciones y su orden en tal o cual estructura, y mediante ello definir las categorías de la economía política y articularlas entre sí en una especie de génesis lógica ideal. Pero ésta no es la génesis real y no la reemplaza. Una vez más, la teoría económica suministra su análisis, como hilo conductor, a la historia económica, sin confundirse con ella, todo y desarrollándose gracias a los resultados de esta última. A este nivel, la recusación de todo historicismo, o de toda prioridad del estudio histórico de un sistema sobre su estudio estructural, es total en Marx, y anticipa en más de medio siglo la crisis de la lingüística y de la sociología que indujeron a Saussure y a Lowie a rechazar el enfoque evolucionista del siglo XIX.

«Se puede comprender el capital sin la renta del suelo. El capital es la fuerza económica que lo domina todo. Constituye, necesariamente, tanto el punto de partida como el de llegada, y debe ser explicado antes que la renta del suelo. Una vez estudiados específicamente —capital y renta del suelo— es menester examinar su relación recíproca. Sería imposible y erróneo alinear las categorías económicas en el orden en que fueron históricamente determinantes. Al contrario, su orden viene determinado por las relaciones que existen entre ellas en la moderna sociedad burguesa, y resulta precisamente el inverso del que parece ser su orden natural o parece corresponder a su orden de sucesión en el curso de la evolución histórica. No se trata de la prelación que se establece históricamente entre las relaciones económicas en la sucesión de las diferentes formas de sociedad. Aún menos de su orden de sucederse «en la idea» (Proudhon) (concepción nebulosa del movimiento histórico). Se trata de su jerarquía en el marco de la sociedad burguesa moderna».²⁶

²⁵ Le Capital, I, T. I, p. 63. En la edición del FCE, T. I, p. 15.

²⁶ Contribución a la crítica de la economía política, p. 267.

Esto explica que el funcionamiento de una estructura deba ser compatible con el funcionamiento de otras estructuras, o deba llegar a serlo para que pueda pertenecer a un mismo sistema. Y esclarecer el lugar del análisis del capital comercial y del capital financiero en *El Capital*. La producción mercantil no es, en efecto, la característica exclusiva del capitalismo moderno: las funciones del comercio y, en cierta medida, las del crédito debían existir en sociedades con relaciones de producción tan diferentes como las de los grandes Estados del Oriente antiguo, las sociedades esclavistas griegas y romana, y las sociedades feudales de la Edad Media, en la medida en que en esas sociedades existía un intercambio importante de mercancías. Pero las formas y la importancia de esas relaciones mercantiles se modificaban en cada caso. Marx muestra, por ejemplo, que los réditos usurarios en el comercio del dinero o los inmensos beneficios del comercio internacional de mercancías, característicos de numerosas sociedades precapitalistas, eran incompatibles con el desarrollo del capitalismo industrial, y este último ha impuesto la creación de nuevas formas de crédito y el establecimiento de tipos de interés mucho más bajos.

Con ello se ha modificadofundamente la parte del valor de las mercancías que revierte al capital comercial o financiero. «El desarrollo del sistema de crédito se opera como una reacción contra la usura. Pero esto no debe interpretarse de modo falso... El sistema de crédito no significa ni más ni menos que la **supeditación** del capital a interés a las condiciones y a las necesidades del régimen capitalista de producción».²⁷

Así, la aparición de nuevas estructuras modifica las condiciones de existencia y el papel de las estructuras más antiguas, forzando la transformación de éstas. Al término de nuestro análisis aparece, pues, la noción de límite a la compatibilidad funcional de estructuras diferentes. Volveremos, por lo tanto, al problema de la génesis de nuevas estructuras y al de la noción de contradicción en Marx.

III. Dos nociones de contradicción en «El Capital»

Comenzaremos por inventariar las diversas ocasiones en que Marx habla de contradicción. Tenemos, ante todo, la contradicción entre capita-

²⁷ El Capital, T. III, p. 561.

listas y obreros: Tenemos, a continuación, las «crisis» económicas, a través de las cuales aparecen las contradicciones entre la producción del valor y de la plusvalía y las condiciones de su realización, y, fundamentalmente, la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción. Tenemos, por fin, las contradicciones entre capitalismo y pequeña propiedad campesina o artesanal, entre capitalismo y socialismo, etc. Este simple inventario pone de manifiesto diferencias de naturaleza y de importancia entre esas contradicciones, entre este sistema y otros sistemas. Conviene, por lo tanto, analizarlos teóricamente.

La primera contradicción que se presenta es la que opone capital y trabajo, clase capitalista y clase obrera. La una tiene la propiedad capital, la otra está excluida de dicha propiedad. La ganancia de la una es el trabajo no retribuido de la otra. ¿En qué consisten las características de esta primera contradicción? En primer lugar, es interior a las «relaciones de producción» capitalistas. Se trata, pues, de una «contradicción interna a una estructura». Esta contradicción es específica²⁸ del modo de producción capitalista. Lo caracteriza como tal y lo distingue de los otros modos de producción: esclavista, feudal, etc. Al ser específica, caracteriza el sistema desde el origen, y el propio funcionamiento del sistema la reproduce sin cesar. Por lo tanto, es originaria en el sentido de que está presente desde el nacimiento del sistema y seguirá estándolo hasta su desaparición. Se desarrolla con el desarrollo del sistema, se transforma con la evolución del capitalismo de la libre concurrencia al capitalismo monopolista, y con la evolución de la organización sindical y política de la clase obrera. Es una contradicción antagónica: la función de una clase es explotar a otra y se manifiesta a través de la lucha de clases. Es visible y descifrable, hasta un cierto punto, para el psicólogo y el sociólogo que distinguen individuos y grupos con funciones y estatutos diferentes, para el economista y el historiador, para el filósofo, en fin, que puede tomarla como objeto cuando reflexiona sobre la justicia, la desigualdad, etc.

Este antagonismo fundamental que ocupa, al parecer, el proscenio de la historia, ¿es la contradicción fundamental del modo de producción capitalista? No. La contradicción fundamental para Marx es la que existe entre el desarrollo y la socialización de las fuerzas productivas,

²⁸ El Capital, T. III, p. 811.

por un lado, y la propiedad privada de los medios de producción, por otro.

«La contradicción, expresada en términos muy generales, consiste en que, de una parte, el régimen capitalista de producción tiende al desarrollo absoluto de las fuerzas productivas, prescindiendo del valor y de la plusvalía implícita en él, y prescindiendo también de las condiciones sociales dentro de las que se desenvuelve la producción capitalista, mientras que, por otra parte, tiene como objetivo la conservación del valor-capital existente y su valorización hasta el máximo...»²⁹

¿Cómo se hace visible esta contradicción?: «...se manifiesta **parcialmente** en crisis periódicas»³⁰ Se revela, en ellas, a través de la contradicción entre la producción y el consumo, entre la producción y la circulación de las mercancías. Se manifiesta, más profundamente, en la tendencia decreciente de la cuota de ganancia.

¿Cuáles son las características de esta contradicción? No existe en el interior de una estructura sino **entre dos estructuras**. Por lo tanto, no es directamente una contradicción entre individuos o entre grupos, sino entre la estructura de las fuerzas productoras, su socialización llevada cada vez más lejos, y la estructura de las relaciones de producción, la propiedad privada de las fuerzas productivas.

Paradójicamente esta contradicción —fundamental, puesto que es la llamada a explicar la evolución del capitalismo y la necesidad de su desaparición—, no es originaria. No existe en los comienzos del sistema, sino que aparece al llegar aquél a «una cierta etapa»,³¹ a «una, cierta fase de madurez».³² Y esta etapa es la de la gran industria, es decir, la de un cierto estado de desarrollo de las fuerzas productivas. En una carta a Kugelmann, Marx precisaba: «El habrá visto que yo presento la **gran industria** no sólo como la **madre del antagonismo** sino, también, como la creadora del antagonismo sino, también, como la creadora de las condiciones materiales y espirituales necesarias a la **solución de ese conflicto**».³³

²⁹ El Capital, T. III, p. 247.

³⁰ El Capital, T. III, p. 260.

³¹ El Capital, T. III, p. 241.

³² El Capital, T. III, p. 816.

³³ Carta a Kugelmann del 17 de marzo de 1868.

En el origen, por lo contrario, las relaciones capitalistas de producción no sólo están lejos de contrariar el desarrollo de las fuerzas productivas sino que impulsan su progreso impetuoso, desde la organización de las manufacturas hasta la aparición del maquinismo y de la gran industria. Consumando la separación de la agricultura de la industria doméstica rural, la cual es aniquilada, la industria mecánica «conquista para el capital todo el mercado interior», dando a éste «las proporciones y la constitución que exigen las necesidades de la producción capitalista», transformada en producción «combinada, científica»³⁴ merced a los progresos de la división industrial del trabajo. Antes de aparecer las máquinas la producción manufacturera no había logrado llevar a cabo «esta revolución radical».

En una palabra, lejos de haber contradicción al comienzo entre el capitalismo y el desarrollo de las fuerzas productivas, existe una correspondencia, una compatibilidad funcional, que sirven de fundamento al dinamismo del progreso técnico y de la clase capitalista. Pero esta misma correspondencia estructural entre capitalismo y fuerzas productivas significa una no correspondencia de esas fuerzas productivas con las relaciones de producción feudales. Y esta no correspondencia es la que establece, para Marx, la contradicción objetiva entre relaciones feudales y relaciones capitalistas, clase señorial y clase capitalista. Como hemos visto, para que el capitalista exista es necesario que frente a él haya trabajadores libres de disponer de sí mismos y obligados a vender su fuerza de trabajo, es decir, privados de la propiedad de los medios de producción.³⁵

«En cuanto al trabajador, al productor inmediato, para poder disponer de sí mismo necesitaba, ante todo, dejar de estar sujeto a la gleba, o de estar infeudado a otra persona... El movimiento histórico que convierte a los productores en asalariados se presenta, pues, como su liberación de la servidumbre y de la jerarquía gremial. El advenimiento de los capitalistas empresarios se presenta, en este aspecto, como el resultado de una lucha victoriosa contra el poder señorial, con sus irritantes privilegios, y contra el régimen corporativo, con las trabas

³⁴ Le Capital, I, t. III, p. 190-191. En la edición del FCE, p. 636-647.

³⁵ Le Capital, I, t. I, p. 171-172. En la edición del FCE, T. I, p. 121.

que ponía al libre desarrollo de la producción y a la libre explotación del hombre por el hombre»³⁶

Por lo tanto, la contradicción fundamental del modo de producción capitalista ha nacido del desarrollo de este modo de producción, pero no es el desarrollo de una contradicción presente desde el origen del sistema. Esta contradicción aparece sin que nadie se haya propuesto hacerla aparecer. Es, pues una contradicción **no intencional**. Es un resultado de la acción de todos los agentes del sistema y del desarrollo del propio sistema, pero nunca ha sido el proyecto de conciencia alguna; nadie se lo ha propuesto como objetivo. Lo que quiere decir que Marx pone en evidencia la existencia de aspectos de lo real no referidos a ninguna conciencia y que no se explican por la conciencia. Es el propio modo de producción, la valorización del capital, lo que crea ese resultado «sin proponérselo».³⁷

Pero esta contradicción fundamental, no intencional, no originaria, no es un residuo opaco, involuntario, el lado «práctico-inerte»³⁸ de la acción intersubjetiva. Es no intencional, sin finalidad, pero transparente para la ciencia porque es «significativa». Significa los límites de las posibilidades de las relaciones de producción capitalistas basadas sobre la propiedad privada; de corresponder al desarrollo de las fuerzas productivas que ellas han dado a luz. Estos límites son «inmanentes» a las relaciones de producción capitalistas, son «infranqueables»³⁹ porque la valorización del capital reposa sobre la explotación de la gran masa de productores; son, por lo tanto, límites que expresan las **propiedades objetivas** del modo de producción capitalista (no de los capitalistas en tanto que individuos o en tanto que agentes económicos, ni de los obreros). El modo de producción capitalista, en su conjunto, «no es más que un régimen de producción relativo, cuyos límites no son absolutos, aunque sí lo son para él sobre su propia base».⁴⁰

³⁶ Le Capital, I, t. III, p. 155. En la edición del FCE, T. I, p. 608.

³⁷ El Capital, T. III, p. 256.

³⁸ Sobre este punto se impone la confrontación de Marx y de Sartre de la Crítica de la razón dialéctica.

³⁹ El Capital, T. III, p. 248.

⁴⁰ El Capital, T. III, p. 254.

Estos límites son los de la invariabilidad de las relaciones de producción habida cuenta de las variaciones gigantescas de las fuerzas productivas. Constituyen pues —dichos límites—, propiedades objetivas del sistema propiedades que sientan la necesidad de su evolución y de su desaparición. Actúan sobre el propio sistema, son la causalidad de la estructura respecto a ella misma. «El verdadero límite de la producción capitalista es el mismo capital».⁴¹

Esta casualidad de la estructura actúa en todas partes sin que su eficacia pueda localizarse en parte alguna. Se inserta siempre entre uno y otro acontecimiento, dando a cada uno, todas sus dimensiones, conscientes o no, es decir, el campo de sus efectos, intencionales o no. Entre una causa y sus efectos media siempre, según Marx, el conjunto de las propiedades de la estructura, las cuales dan a la acción sus dimensiones objetivas.

En consecuencia, al desarrollar de manera incesante las fuerzas productivas, el capital «crea precisamente, **sin proponérselo**, las condiciones materiales para una forma más elevada de producción»⁴² y hace necesaria la transformación de las condiciones capitalistas de la gran producción, basadas sobre la propiedad privada, en «condiciones de producción sociales, colectivas».⁴³ Es decir, el desarrollo del capitalismo hace posible y necesaria la aparición de un sistema de economía socialista, de un modo de producción «superior». Pero ¿qué significa aquí «superior», qué criterio funda este juicio de valor?

El criterio consiste en el hecho de que la estructura de las relaciones de producción socialistas **corresponde** funcionalmente a las condiciones del desarrollo rápido de las nuevas y gigantescas fuerzas productivas, cada vez más socializadas, creadas por el capitalismo. Expresa —dicho criterio— las posibilidades, las propiedades objetivas, de una estructura históricamente determinada. Se trata de una correspondencia totalmente independiente de toda idea a priori sobre la felicidad, la libertad «verdadera», la esencia del hombre, etc. Por consiguiente, Marx demuestra la necesidad y la superioridad de un nuevo modo de producción, y con ello funda un juicio de valor, **sin partir de un criterio apriorístico**

⁴¹ El Capital, T. III, p. 248. Subrayado por Marx.

⁴² El Capital, T. III, p. 256.

⁴³ El Capital, T. III, p. 261.

de lo racional.⁴⁴ Y ese juicio de valor no es un juicio sobre «las personas», no demuestra un progreso de la «moralidad», una victoria de «principios éticos» en la sociedad socialista respecto a la sociedad capitalista. Es un juicio sobre las «propiedades» de una estructura, sobre sus condiciones particulares de aparición y de funcionamiento.

La necesidad de la aparición de un nuevo modo de producción no remite ya a una finalidad escondida en los misterios de la esencia del hombre, revelada sólo al filósofo, sea materialista o idealista. En la contradicción, históricamente determinada, entre relaciones de producción capitalista y un determinado nivel de fuerzas productivas, ya no puede leerse el drama filosófico de la rebelión de la «esencia verdadera» del hombre contra la «existencia deshumanizada» impuesta a los trabajadores por la burguesía.

En *El Capital*, mediante el análisis de las contradicciones del sistema capitalista, la ciencia económica se separa radicalmente de toda ideología, y Marx ya no tiene nada que ver con el joven Marx. La ideología consiste, precisamente, en transformar en carácter de la «naturaleza humana» la necesidad «puramente histórica, transitoria», de un modo de producción.⁴⁵ El análisis de Marx recusa, pues, todas las justificaciones «humanistas» que pueden darse de la superioridad del socialismo. Lo que no significa que Marx desechara los problemas reales que puede expresar una ideología humanista, materialista o no. Pero analizar teóricamente estos problemas es determinar las posibilidades nuevas de evolución social específicas de las estructuras socialistas.⁴⁶ Al suprimir las relaciones de explotación y de dominación capitalistas, el sistema socialista crea condiciones nuevas de evolución social, como antes lo había hecho el sistema capitalista al destruir la antigua sociedad feudal y sus formas de esclavitud.

⁴⁴ En una carta a Lafargue del 11 de agosto de 1884, Engels escribía: «Marx protestaría contra el «ideal político, social y económico» que usted le atribuye. Cuando se es «hombre de ciencia» no se tiene ideal se elaboran resultados científicos, y cuando además se es hombre de partido, se combate por aplicarlos. Pero cuando se tiene un ideal no se puede ser hombre de ciencia, porque entonces se tiene un parti pris por anticipado». (Correspondencia Engels-Lafargue, T. I., p. 235. Editions sociales).

⁴⁵ *El Capital*, T. III, p. 241.

⁴⁶ Ver toda la discusión por Marx del programa de Gotha, y su pulverización de las declaraciones humanistas sobre el «derecho legal», la justicia en el trabajo, etc.

Hemos distinguido dos tipos de contradicción en *El Capital* y mostrado que la contradicción fundamental para esclarecer la evolución de un sistema es la contradicción entre sus estructuras, la cual nace de los límites objetivos de las relaciones de producción para mantenerse invariables mientras varían en ciertas proporciones las fuerzas productivas. Necesitamos ahora intentar definir la teoría de la contradicción implícita en Marx que, a nuestro parecer, opone radicalmente la dialéctica de Marx a la de Hegel.

IV. La oposición radical de la dialéctica de Marx y de la dialéctica de Hegel.

Son conocidos los términos del problema, obscurecidos aún por las declaraciones de Marx y Engels. Marx declara, por un lado, que su método dialéctico es «la antítesis» del de Hegel; Engels, que la dialéctica era «inutilizable bajo su forma hegeliana», y que sólo la dialéctica de Marx es «racional». Pero, al mismo tiempo, Marx agrega que basta con poner la dialéctica hegeliana «sobre sus pies» para descubrirle una fisonomía completamente «razonable» y desembarazarla de los «aspectos mistificados» introducidos por el idealismo absoluto hegeliano. El asunto, pues, parece sencillo y tranquilizador. Sin embargo, Louis Althusser ha desgarrado en artículos reciente⁴⁷ ese velo de palabras, obligado a ver el carácter insólito, absurdo, de la hipótesis de una «inversión de Hegel». Es inconcebible que la ideología hegeliana no haya contaminado a la esencia de la dialéctica en Hegel mismo, que la dialéctica hegeliana pueda dejar de ser hegeliana y hacerse marxista por el simple milagro de una «extracción».

Según L. Althusser, la diferencia específica de la dialéctica de Marx consistiría en que la contradicción está en ella, por principio, «sobredeterminada». A nuestro parecer esta respuesta, si bien aporta elementos positivos, válidos a otro nivel, no concierne a lo esencial. Veamos de nuevo el problema.

Marx describe dos tipos de contradicción. Uno —interno a la estructura de las relaciones de producción— aparece antes que el otro, el cual se crea poco a poco entre las dos estructuras del modo de producción capitalista: relaciones de producción y fuerzas productivas.

⁴⁷ «Contradicción y Superdeterminación»; Sobre la dialéctica materialista en *Por Marx*, Edición Revolucionaria, 1966.

La primera contradicción aparece con el sistema y desaparece con él. La segunda surge con el desarrollo del sistema y por efecto del funcionamiento de la primera contradicción, pero es ella la que crea las condiciones materiales de la desaparición del sistema, es ella la contradicción fundamental. La relación entre estas dos contradicciones muestra que la primera, interior a las relaciones de producción, **contiene en sí misma el conjunto de condiciones de su propia solución**. Las condiciones materiales de esta solución no pueden existir más que el exterior de la contradicción que estamos considerando, puesto que las fuerzas productivas constituyen una realidad **completamente distinta** de las relaciones de producción e **irreductible** a éstas; una realidad que posee sus condiciones internas de desarrollo y su temporalidad específica.

Las otras condiciones para la solución de la contradicción de las relaciones de producción se sitúan al nivel de las **superestructuras** políticas, culturales, etc., y estas estructuras son igualmente irreductibles a las relaciones de producción tienen también su propia modalidad de desarrollo. En Marx, por lo tanto, la solución de la contradicción interna a la estructura de las relaciones de producción no se crea por el sólo desarrollo de esta contradicción. La mayor parte de las condiciones de su solución es exterior a ella, irreductible a su contenido.

Por el contrario, la posibilidad de resolver la segunda contradicción —la existente entre las estructuras del sistema económico— nace del desarrollo interno del sistema (y, como veremos, del movimiento de todas las estructuras sociales). La solución de esta segunda contradicción consiste en cambiar la estructura de las relaciones de producción para **ponerla en correspondencia** con la de las fuerzas productivas. Pero este cambio equivale a **eliminar la propiedad privada de los medios de producción y, por consiguiente, a suprimir la base misma de la contradicción interna** de las relaciones de producción capitalistas. Tal eliminación no es posible más que llegando a un cierto momento del desarrollo del modo de producción, de las fuerzas productivas. Las contradicciones de las clases en el seno de las relaciones de producción pueden ponerse «al rojo vivo», pero no habrá necesariamente solución si no hay desarrollo de las fuerzas productivas (al contrario, puede resultar la reproducción cíclica de los conflictos sociales, estancamiento, etc.)

En definitiva, nuestro análisis excluye la hipótesis de que existe en Marx una teoría de «la identidad de los contrarios». De hecho, la hipótesis de

la «identidad» es inventada por Hegel para demostrar que hay una **solución interna a la contradicción interna** de una estructura. La condición de semejante solución es que cada uno de los elementos que se contradicen en el seno de la estructura sea, a la vez, él mismo y su contrario; que la tesis sea ella misma y su contraria, la antítesis, para que la síntesis esté ya incluida en las contradicciones de aquéllas. Pero en Marx tal condición queda radicalmente excluida, puesto que **no son reductibles los unos a los otros**, no son idénticos, ni los elementos que se contradicen en el interior de una estructura, ni las estructuras que se contradicen en el interior de un sistema.

Esto demuestra que la identidad de los contrarios, estructura fundamental de la dialéctica hegeliana, **no es necesaria** más que para administrar las «pruebas» del idealismo absoluto, para **fundar el hegelianismo** como saber absoluto del espíritu absoluto, totalidad que se contradice a sí misma en sí misma, en la exterioridad de la naturaleza y en la interioridad del Logos, permaneciendo idéntica a sí a través de todas sus contradicciones. La identidad de los contrarios es un operador mágico que Hegel debe darse para construir el templo de las ideas⁴⁸ del saber absoluto y revestir de apariencia racional el golpe de mano ideológico que sirve de indemostrable punto de partida al idealismo absoluto. Por lo tanto, el idealismo filosófico hegeliano determina el contenido interno específico de la noción de contradicción en Hegel, y esta estructura, fundada sobre el principio de la identidad de los contrarios, es el polo opuesto de la de Marx y hace a la dialéctica «inutilizable para la ciencia».⁴⁹

⁴⁸ Kierkegaard, en *El Concepto de la angustia* saca partido contra Hegel y contra el racionalismo, y abre el camino al existencialismo.

⁴⁹ Cuando Lenin declara que la dialéctica es «la teoría de la identidad de los contrarios» o «el estudio de la contradicción en la esencia misma de las cosas», pensamos que establece una equivalencia abusiva entre estas dos definiciones.

Análogamente, Mao Tsé Tung confunde constantemente unidad de los contrarios e identidad de los contrarios: «¿Por qué hablamos nosotros de la identidad de los contrarios y de su unidad?... Es que los aspectos contradictorios no pueden existir aisladamente, el uno sin el otro. Si uno de los dos aspectos opuestos, contradictorios, falta, las condiciones de existencia del otro aspecto desaparecen también... Sin propietarios terratenientes no hay arrendatarios; sin arrendatarios no hay propietarios terratenientes. Sin burguesía, no hay proletariado; sin proletariado no hay burguesía... Y así con todos los contrarios. En condiciones determinadas, por una parte se oponen, por otra, están ligados mutuamente, se interpenetran, se impregnan recíprocamente, dependen el uno del otro. Es lo que se llama identidad.» (*Ecrits philosophiques*, Lausanne, 1963, p. 96-97).

Con la hipótesis de la identidad de los contrarios se puede, en efecto, probar todo, a lo que es lo mismo, no demostrar nada.

Por eso es comprensible que Marx, ya desde la «Contribución», declare: «Nada más simple, entonces, para un hegeliano, que poner la producción y el consumo como idénticos...»,⁵⁰ añadiendo: «el resultado al cual llegamos nosotros no es que la producción, la distribución, el intercambio, el consumo, son idénticos, sino que son los elementos de una totalidad, diferenciaciones al interior de una unidad».⁵¹ Y en el Anti-Dühring Engels defiende el método dialéctico de Marx mostrando que no se reduce al «embrollo dialéctico, a la mixtura y a la caricatura de ideas, cuyo resultado final es que todo es uno»,⁵² y donde la negación de la negación «oficia de comadrona merced a cuyos servicios el porvenir surge del seno del pasado»; que no se reduce «al infantil pasatiempo de afirmar alternativamente que una rosa es una rosa y no es una rosa».⁵³

⁵⁰ Contribución a la crítica de la economía política, p. 249.

⁵¹ Contribución, p. 256.

⁵² Anti-Dühring, Cap. XIII. Dialéctica. Negación de la negación.

⁵³ Anti-Dühring, Cap. XIII. Dialéctica. Negación de la negación. En Hegel—Marx y Engels lo sabían muy bien—el método dialéctico no lleva a la confusión de todos los contrarios en su identidad y a la incoherencia del discurso filosófico. Ciertamente, la identidad de los contrarios es, a la vez, el principio y el objeto, y por lo tanto el fundamento imaginario, especulado, de la validez teórica del idealismo absoluto. Pero éste no es el único principio invocado por Hegel, puesto que la identidad de los contrarios funda, a fortiori, el principio de unidad de los contrarios. En la trama del discurso especulativo de Hegel pueden, pues, existir islotes positivos inducidos por una reflexión sobre la unidad de los contrarios. Por ejemplo, en la Fenomenología del Espíritu, bajo la identidad especulativa del amo y del esclavo (el amo es el esclavo de su esclavo, el esclavo el amo de su amo) la relación amo-esclavo está constituida por dos relaciones asimétricas, del amo al esclavo y del esclavo al amo, que no se superponen, no se confunden. Por esta razón, la relación amo-esclavo se encuentra orientada y evoluciona en una dirección determinada, irreversible. Es posible que lo que Marx designaba como el «núcleo» (Kern) positivo de la dialéctica de Hegel sea este grupo de propiedades; unidad de los contrarios, asimetría de las relaciones en el seno de esta unidad, relación orientada en una dirección y animada de un movimiento irreversible. Es posible, también, que puedan relacionarse con este grupo de propiedades algunos análisis hegelianos de significado secundario, pero que parecen conservar cierta validez: por ejemplo, la hipótesis de la transformación de la cantidad en calidad...

Esto esclarece el equívoco de las dos metáforas utilizadas por Marx para designar las relaciones de su método dialéctico con el de Hegel: la metáfora del «núcleo» y la de la «inversión». En efecto, no bastaba invertir la dialéctica de Hegel para darle un aspecto totalmente «razonable», desde el momento que fue

Aquí es donde los análisis de Althusser adquieren su verdadera significación. El postulado de la identidad de los contrarios garantiza a Hegel, en todo instante, una solución interna, imaginaria, a las contradicciones internas que analiza, y lo más frecuentemente esa solución se reduce a una operación mágica, ideológica, en el seno de una dialéctica «simple».

Siendo así, ¿cómo explicarse la impotencia de los comentaristas de Marx para localizar la diferencia radical entre Hegel y Marx? La respuesta es relativamente sencilla. Marx y Engels no han efectuado, nunca, de manera explícita y desarrollada, la distinción teórica de los dos tipos de contradicciones—interno a una estructura y entre dos estructuras—ni la clarificación de su articulación recíproca. En esas condiciones, la contradicción que «saltaba a la vista» era la existente entre capitalistas y obreros, y a la segunda contradicción se la confundía con ésta, o sea, con una contradicción interna a una estructura. Nos encontramos, con ello, aspirados en la órbita de la dialéctica mistificada y mistificadora de Hegel, de la fascinante dialéctica de la dialéctica de los contrarios y de la solución interna, etc. Las fórmulas equívocas de Marx y Engels, lo mismo que los hábitos anticientíficos del marxismo dogmático, no eran como para disipar dicha fascinación. Por ejemplo: «La apropiación capitalista, conforme al modo de producción capitalista, constituye la primera negación de esa propiedad privada que no es más que el corolario del trabajo individual independienete. Pero la producción capitalista engen-

necesario amputarla antes del principio de identidad de los contrarios, que era a la vez, el principio primero del método y el fundamento último del idealismo absoluto. Pero esta fisión del núcleo muestra que no se ha conservado intacto en el seno de la dialéctica de Marx, hecho que la metáfora mencionada disimula.

No obstante, es difícil imaginar que Marx—el único entre todos los pensadores del siglo XIX que revolucionó, a la vez, el saber filosófico y un dominio del saber científico se haya equivocado enteramente sobre sus relaciones con Hegel. Probablemente, lo que Marx aprehendía como su deuda teórica con Hegel era ese fragmento del núcleo, el concepto de unidad de los contrarios y el grupo de propiedades a él ligadas. Pero en este caso es forzoso comprobar—como el mismo Marx lo hacía—que el método dialéctico, en tanto que teoría explícitamente desarrollada de unidad de los contrarios, no existe aún científicamente, es decir, realmente. Y si, como vamos a ver, las diversas variedades de contradicciones deben relacionarse con el concepto de «límites», entonces existirían ya—como la misma existencia de El Capital lo prueba—tantos análisis dialécticos implícitos como hay prácticas científicas que elucidan las contradicciones límites de funcionamiento de dominios de «objetos» explorados por las ciencias. Pero nada asegurar a priori que, una vez explicitados los principios metodológicos de cada una de estas prácticas (o sea, las normas operatorias actuantes a la sombra del gesto científico) tendrán su sitio en una dialéctica única y unificadora.

dra ella misma su propia negación con la fatalidad que preside a las metamorfosis de la naturaleza. Es la negación de la negación».⁵⁴

Lo que en Marx no es más que metáfora, una manera de hablar del movimiento del capitalismo, en Engels se convierte en «ley del desarrollo de la naturaleza, de la historia y del pensamiento, ley extremadamente general y precisamente por ello de extremo alcance y significación».⁵⁵

De hecho, una vez expulsada la mistificación acerca de la identidad de los contrarios, y en tanto que el carácter específico de la contradicción en Marx estaba por analizar, el único concepto general hegeliano que parecía seguir siendo racional era la noción de negación de la negación. Tal como nosotros lo entendemos, el análisis que hay en Marx de la noción fundamental de contradicción entre estructuras podría incorporarse a la más moderna práctica científica.⁵⁶ Esta noción explicitaría ciertas propiedades objetivas de las estructuras, los límites objetivos de sus posibilidades de reproducción, de permanecer invariable en lo esencial habida cuenta de las variaciones de sus condiciones de funciona-

⁵⁴ Le Capital, I, t. III, p. 205. En la edición del FCE, T. I, p. 649.

⁵⁵ Anti-Dühring, Cap. XIII. Cf. en este capítulo el cuadro en quince líneas de la evolución dialéctica de la humanidad desde el comunismo primitivo hasta el comunismo definitivo, pasando por la propiedad privada.

⁵⁶ En el seno de esta práctica las matemáticas y la cibernética exploran de manera privilegiada la noción de «límites». Es una de las razones de su uso, cada vez más generalizado, en las ciencias humanas. Pero la eficacia real de las matemáticas está circunscrita, por principio, al conjunto limitado de problemas que se pueden formalizar ya, y para el tratamiento de los cuales es suficiente la potencia operatoria de las matemáticas.

Para los problemas más complejo del análisis estructural —analizar, por ejemplo, las modalidades de la conexión de las estructuras de un sistema (social u otro) de tal manera que pueda explicarse por qué esas modalidades inducen al interior de una de las estructuras conectadas una función dominante— el concepto científico de estructura parece todavía demasiado tosco. Por otra parte, pensar el concepto de límite es determinar el conjunto de las relaciones permisibles entre las estructuras de un sistema, el conjunto de las variaciones compatibles de esas variaciones incompatibles que provocarían la eliminación de una de las estructuras conectadas y el cambio del sistema. Si el primer punto está ya parcialmente explorado (por ejemplo, el concepto matemático de categoría de conjuntos toma por objeto un conjunto de objetos y el sistema de aplicaciones permisibles sobre esos objetos), el segundo permanece ampliamente desconocido.

En cuanto se aplican las matemáticas a un campo de problemas, respecto a los cuales todavía son débiles, se corre el riesgo de crear saberes ilusorios, fantasmas del conocimiento. Se corre, también, el riesgo de franquear sin saber ni quererlo, y por lo tanto sin intención ideológica, la línea invisible pero real que separa siempre el saber científico de la ideología.

miento internas y externas; más profundamente, explicitaría los límites objetivos en que dichas estructuras pueden reproducir su relación, su conexión con otras estructuras. La aparición de una contradicción sería, de hecho, la aparición de un límite, de un umbral, para las condiciones de invariabilidad de una estructura. Más allá de ese límite se impondría un cambio de estructura. Bajo este ángulo, la noción de contradicción que presentamos podía interesar a la cibernética, puesto que ésta explora las posibilidades límites y las regulaciones internas que permiten a no importa qué sistema —fisiológico, económico u otro— conservarse a través de determinados juegos de variaciones de sus condiciones de funcionamiento, internas y externas. Tal análisis aproxima las ciencias de la naturaleza de las ciencias del hombre. En plan de broma podría decirse que si una glaciación hizo desaparecer el dinosaurio de la superficie del globo, esta especie no pereció del desarrollo espontáneo de sus contradicciones internas sino de la contradicción entre su estructura fisiológica interna y la estructura de sus condiciones exteriores de existencia.

La teoría de la contradicción que exponemos devolvería a la dialéctica su carácter científico y, por las mismas razones, esta dialéctica científica tendría que ser materialista. En efecto, si el método dialéctico no depende ya de la hipótesis de «la identidad de los contrarios», si las contradicciones que nacen del funcionamiento de una estructura expresan sus «límites», si las condiciones de aparición y resolución de dichas contradicciones se encuentran, en parte, al exterior de dicha estructura, si ninguna estructura es reducible a otro, quiere decir que ningún finalismo interno regula la evolución de la naturaleza y de la historia.

Sobre esta base podría entablarse un diálogo nuevo —en torno a la hipótesis de una correspondencia necesaria entre estructuras— entre las ciencias y el marxismo, y entre estructuralismo y marxismo. Para terminar quisiéramos confrontar esa hipótesis con otra de Marx que parece contradecirla o, al menos, reducir su alcance, con una salida ideológica: la tesis relativa al papel determinante que desempeñarían «en última instancia»⁵⁷ las estructuras económicas en la evolución de la vida social.

⁵⁷ Engels. Carta a Joseph Bloch, 21 de Sep. 1890: «Si alguien lo tergiversa diciendo que el factor económico es el único determinante, convertirá aquella tesis en una frase vacua, abstracta, absurda... (Ed. en Lenguas extranjeras. Moscú Tomo II pág. 520. N. de la R.).

Es bien conocida la célebre frase del prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política*:

«Las relaciones de producción corresponden a un determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se eleva la superestructura jurídica y política, y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social... el modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política e intelectual en general... el cambio en la base económica material transforma, más o menos, toda la enorme superestructura».⁵⁸ Por lo general se ha interpretado al revés la causalidad particular que Marx atribuye a lo económico en el juego de conjunto de todas las causalidades recíprocas de la infraestructura y de las superestructuras. Como ya hemos visto, en el seno mismo de la infraestructura Marx distingue las relaciones de producción y las fuerzas productivas, no confundiendo jamás estas dos estructuras. Esta irreducibilidad de las estructuras no puede limitarse a la economía. Para Marx —y de ello hay que partir— cada estructura social posee un contenido y un modo propios de funcionamiento y de evolución. Esta irreducibilidad excluye de inmediato dos tipos de interpretación de la causalidad determinante de la economía.

Por un lado, las estructuras no económicas no pueden «brotar» de las relaciones económicas, y la causalidad de lo económico no puede presentarse como la génesis de la superestructura fuera del seno de la infraestructura. Por otro lado, las estructuras no económicas no son simples «fenómenos» que acompañan a la actividad económica y que no ejercen más que una acción pasiva sobre la vida social, mientras que las relaciones económicas son poseedoras de una causalidad activa, a efectos más o menos «automáticos».⁵⁹ En ambos casos es difícil comprender mediante qué curiosa alquimia la economía se convertiría, por ejemplo, en sistema de parentesco, o por qué misteriosa razón debería ocultarse —torpemente— bajo dicho sistema. Por lo tanto, hay que orientar la investigación en otra vía, y conviene estudiar más de cerca la noción de «correspondencia» entre estructuras.

⁵⁸ *Contribución*, p. 12.

⁵⁹ Engels. Cartas a Starkenberg, 25 de enero de 1894.

Consideremos, por ejemplo, el proceso de producción en nuestra sociedad capitalista. Las relaciones de producción entre capitalistas y obreros, la obligación para éstos de trabajar para aquéllos, parece estar holgadamente independizada de los lazos religiosos, políticos y, ocasionalmente, familiares, que pudieran existir entre ellos. Cada estructura social parece ampliamente «autónoma» y el economista se inclinará a tratar la sestructuras no económicas como «variables exógenas», a buscar una racionalidad económica «en sí». La correspondencia entre estructuras será, entre todo, «externa». En una sociedad arcaica la situación es distinta. El economista marxista distinguirá fácilmente en estas sociedades las fuerzas productivas (caza, pesca, agricultura, etc.), pero no distinguirá relaciones de producción «aisladas». O, todo lo más, las distinguirá en el funcionamiento mismo de las relaciones de parentesco. Estas son las que determinan los derechos del individuo sobre la tierra y los productos, sus obligaciones de trabajar para otro, de recibir o de dar. Determinan, también, la autoridad de unos sobre otros en materia política y religiosa. Es decir, que en ese tipo de sociedad las relaciones de parentesco dominan la vida social. ¿Cómo, en la perspectiva de Marx, comprender a la vez el papel dominante del parentesco y el papel determinante, en última instancia, de la economía?

Sería imposible si economía y parentesco son considerados como infraestructura y superestructura. Pero en una sociedad arcaica las relaciones de parentesco **funcionan** como relaciones de producción al mismo tiempo que como relaciones políticas. Por lo tanto, las relaciones de parentesco son aquí, a la vez —en el vocabulario de Marx— infraestructura y superestructura,⁶⁰ y puede suponerse que la complejidad de las relaciones de parentesco en las sociedades arcaicas está ligada con las múltiples funciones que asumen en dicho tipo de sociedad.⁶¹ Puede suponerse, igual-

⁶⁰ Engels, en el *Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado* (prefacio), al declarar que «el factor determinante en última instancia, en la Historia, es la producción y la reproducción de la vida inmediata» deja suponer que el parentesco juega un papel determinante al lado de la economía, mientras que en realidad es un elemento de la infraestructura económica.

⁶¹ Basándose en esta plurifuncionalidad del sistema de parentesco, Beattie y otros antropólogos han pretendido que el parentesco no tiene un contenido propio, sino que es una constante, la forma simbólica en la cual se expresa el contenido de la vida social, las relaciones económicas, políticas, religiosas, etc., y por lo tanto que el parentesco no es más que lenguaje, medio de expresión. Sin discutir que el parentesco funciona como lenguaje simbólico de la vida social, Schneider objeta que el parentesco tiene también su propio contenido, el cual

mente, que el papel dominante y la estructura compleja de las relaciones de parentesco en las sociedades arcaicas dependen, también, de la estructura general de las fuerzas productivas, de su débil nivel de desarrollo, que impone la cooperación de los individuos, la vida en grupo, para subsistir y reproducirse.⁶²

A través de este ejemplo abstracto la correspondencia economía-parentesco no aparece ya como una relación externa sino como una correspon-

⁶² Véase a este propósito C. Lévi-Strauss: «La situación es completamente diferente en los grupos donde la satisfacción de las necesidades económicas reposa enteramente sobre la sociedad conyugal y la división del trabajo entre los sexos. No solamente el hombre y la mujer no tienen la misma especialización técnica, y dependen el uno del otro para la fabricación de los objetos necesarios a las tareas cotidianas, sino que se consagran a la producción compleja de diferentes tipos de alimentos. Una alimentación completa y, sobre todo, regular, depende pues de esta verdadera «cooperativa de producción» que constituye el matrimonio... «En los niveles más primitivos, particularmente, cuando el rigor del medio geográfico y el estado rudimentario de las técnicas hacen problemáticos tanto la caza y la horticultura como la recogida y la rebusca, la existencia sería casi imposible para un individuo abandonado a sí mismo». En *Structures élémentaires de la parenté*, p. 48.

aparece sustrayendo de su funcionamiento sus aspectos económicos, políticos, religiosos. Aparece, entonces, el conjunto de las relaciones de consanguinidad y de alianza que sirven de medios de expresión de la vida social y son los términos del lenguaje simbólico del sistema de parentesco. Quiere decirse que el parentesco es un contenido particular de la vida social y, al mismo tiempo, sirve de modo de aparición y de expresión de un contenido totalmente diferente.

Pero al intentar reencontrar de esta manera un contenido al parentesco, Schneider difícilmente puede evitar la caída en el biologismo que él condena en Gellner. Es sabido que el conjunto de relaciones biológicas de consanguinidad y alianza no es el parentesco, puesto que un sistema de parentesco es siempre un «grupo» particular de esas relaciones, en el seno del cual se regulan socialmente la descendencia y la alianza. Y porque estas relaciones son seleccionadas y «retenidas» el parentesco real no es un hecho biológico sino social.

El error común a Battie y a Schneider es buscar, fuera de lo económico, lo político, lo religioso, el contenido de ese tipo de parentesco. Este no es ni una forma exterior, ni un contenido residual, sino que funciona directamente, interiormente, como relaciones económicas, políticas, etc., y, por ello mismo funciona como modo de expresión de la vida social, como forma simbólica de esta vida.

Por consiguiente, el problema científico consiste en determinar por qué es así en diversos tipos de sociedad, y en el plano metodológico parece imponerse la conclusión de que las parejas de conceptos forma-fondo, continente-contenido, son inadecuados para dar cuenta del funcionamiento de las estructuras sociales.

Gellner, «Ideal Language and Kinship Structures», *Philosophy of Science*, vol. XXIV, 1957. Needham, «Descent Systems and Ideal Languages», *Ibid.*, vol. XXVII, 1960. Gellner, «The concept of Kinships», vol. XXVII, 1960. Barnes, «Physical and Social Kinships», vol. XXVIII, 1961. Gellner, «Nature and Society in Social Anthropology», vol. XXX, 1963. Schneider, «The nature of Kinship», noviembre-diciembre de 1964.

dencia interna; sin que por ello las relaciones económicas entre parientes se confundan con sus relaciones políticas, sexuales, etc. Tenemos, por consiguiente, que en la medida en que en este tipo de sociedad el sistema de parentesco funciona realmente como relaciones de producción, el papel determinante de la economía no entra en contradicción con el papel dominante del sistema de parentesco, sino que se expresa a través de él.⁶³

En esta perspectiva es posible entrever una eventual aportación de Marx al estudio científico de las estructuras sociales y de sus múltiples evoluciones, profundamente diferente del que le atribuyen o le rehusan sus exégetas habituales. Porque lo que en realidad es irreductible son las funciones, y la evolución de las estructuras, su diferenciación, se explicaría por la transformación, la evolución, de sus funciones. Puede suponerse, por ejemplo, que la aparición de nuevas condiciones de producción en las sociedades arcaicas modifica la demografía, exige nuevas formas de autoridad, lleva consigo nuevas relaciones de producción. Puede suponerse que más allá de un cierto límite las antiguas relaciones de parentesco no pueden asumir esas nuevas funciones. Estas se desarrollan fuera del parentesco y hacen aparecer estructuras sociales distintas —políticas, religiosas— que, a su vez, funcionan como relaciones de producción. Es decir, no son las relaciones de parentesco las que se transforman en relaciones políticas, sino la función política de las antiguas relaciones de parentesco la que se desarrolla sobre la base de problemas nuevos. Las relaciones de parentesco derivan hacia un nuevo papel, adquieren otro estatuto social, y las relaciones políticas y religiosas encargadas de las nuevas funciones (infraestructura y superestructura a la vez) pasan a ocupar el puesto central dejado vacante.

Explicar el papel determinante de la economía consistiría, pues, en explicar al mismo tiempo el papel dominante de estructuras no económicas en tal o cual tipo de sociedad. Sociedades distintas en el espacio y en el tiempo pertenecerían a un mismo «tipo» si su estructura global es comparable, es decir, si la relación entre sus estructuras sociales, determinada

⁶³ A propósito del «rango y la importancia» de las estructuras sociales en hacer una sociedad caracterizada por una producción determinada, Marx escribía en la introducción a la *Contribución a la crítica de la economía política*: «Es como una luz general en la que se bañan todos los colores modificando sus tonalidades particulares. Es como un éter particular que determina el peso específico de todas las formas de existencia que allí toman relieve» (p. 171).

por las funciones y la importancia de cada una de ellas, resulta comparable. En esta perspectiva podrían abordarse de manera nueva las oposiciones acostumbradas: estructura-acontecimiento (antropología-historia, estructura-individuo (sociología-psicología).

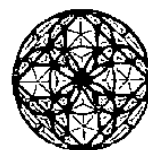
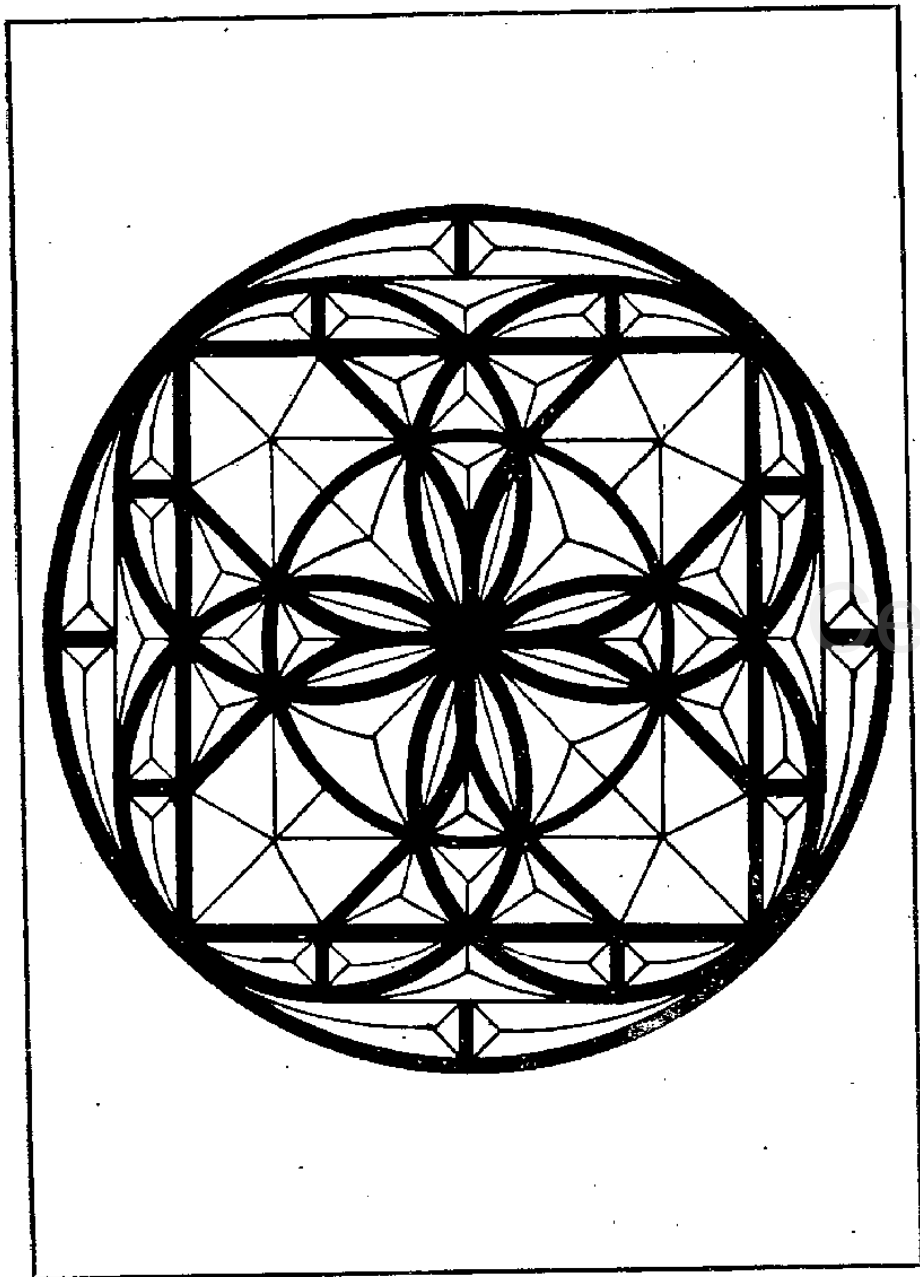
Un acontecimiento —venido del interior o del exterior— actúa siempre sobre toda la estructura al actuar sobre uno de sus elementos. Entre una causa y sus efectos se inserta siempre el conjunto de propiedades, conocidas o desconocidas, de una o de varias estructuras. Esta causalidad de estructuras comunica al acontecimiento todas sus dimensiones, conscientes o no, y explica sus efectos, sean o no intencionales. No hay que abandonar, por lo tanto, el punto de vista estructuralista, salir de la estructura, para dar cuenta del acontecimiento. Cuando los hombres crean, con sus actos, las condiciones de aparición de nuevas estructuras, de hecho abren campos de posibilidades objetivas ampliamente ignoradas por ellos. Las van descubriendo a través de los acontecimientos, y experimentan necesariamente sus límites cuando las condiciones de funcionamiento de las nuevas estructuras varían y éstas, no desempeñando ya el mismo papel, se transforman. Por lo tanto, la racionalidad intencional del comportamiento de los miembros de una sociedad se inscribe siempre en la racionalidad fundamental, no intencional, de la estructura jerarquizada de las relaciones sociales que caracterizan a dicha sociedad. En lugar de partir de los individuos y de la jerarquía de sus preferencias e intenciones para explicar el papel y la relación de las estructuras de una sociedad, sería necesario, por el contrario, explicar ese papel y esa relación en todos sus aspectos conocidos o ignorados por la misma sociedad, e indagar en esa jerarquía de estructuras el fundamento de la jerarquía de «valores», es decir, de las normas sociales del comportamiento prescrito. A través de esta jerarquía de «valores» se esclarecería la jerarquía de necesidades de los individuos, según el papel que desempeñen en la sociedad y el estatuto que en ella ocupen.

Así se haría imposible esgrimir la antropología como un desafío a la historia,⁶⁴ o la historia como un desafío a la antropología, oponer estérilmente psicología y sociología, sociología e historia. La posibilidad de las «ciencias» del hombre reposaría, en definitiva, en la posibilidad de descubrir las leyes del funcionamiento, de la evolución y de la interna

correspondencia recíproca de las estructuras sociales. Y un día estas ciencias del hombre podrían desmentir a Aristóteles, convirtiéndose también en ciencias de «lo individual». La posibilidad de las «ciencias» del hombre descansa, pues, en la generalización del método de análisis estructural, convertido en método capaz de explicar las condiciones de variación y evolución de las estructuras y de sus funciones. Actualmente esta generalización es muy desigual, según que el objeto de estudio sea lo económico, el parentesco, lo político o la religión. Es posible que la obra de Marx, desembarazada de sus equívocos y falsificaciones, pudiera contribuir a acelerarla.

Cuadernos de ruedo ibérico, No. 9, octubre-noviembre de 1966.

⁶⁴ Roland Barthes, «Les Sciences humaines et l'oeuvre de Lévi-Strauss». *Annales*, noviembre-diciembre de 1964 p. 1086.



IMPERIALISMO SURAFRICANO

Z. NKOSI

En estos días, tanto la Prensa Surafricana como la extranjera están llenas de informaciones, acerca de la mejoría observada en el «cuadro» de Africa del Sur desde que Vorster entró en funciones como Primer Ministro. La imagen del jefe de policía, serio y repugnante, asociado con el encarcelamiento por 90 — 180 días sin juicio, y con la tortura de los prisioneros políticos, ha sido sustituida por el de un político de vieja escuela, agradable, jugador de golf, amigo de hacer chistes. Vorster es presentado como el hombre sencillo con quien se puede hablar y que atiende a lo que se le dice, distinto de Verwoerd que sólo se oía a si

mismo, como si su voz fuese la de Dios. Incluso existe la impresión de que ha habido cierta «liberalización» en la aplicación del sistema del apartheid.

Un rápido examen al historial del Gobierno Nacionalista revela que, en realidad, el sistema del apartheid, lejos de haber mejorado sólo se ha deteriorado algo. La primera sesión plenaria del Parlamento de Africa del Sur, bajo el premierato de Vorster, situó toda una remesa de nuevas leyes represivas en el libro de estatutos — una ley, situando la educación bajo el control del gobierno central, lo cual facilitará la introducción de la Educación Nacional

Cristiana; una ley que dificultará aún más a los «casi blancos» el ser clasificados como blancos; leyes aún más estrictas referentes al control de los ingresos que dan al Gobierno poderes totalitarios sobre la industria para asegurar un mayor desarrollo en las áreas fronterizas; una ley que prevé el reclutamiento de los jóvenes negros en campos de trabajo; una ley prohibiendo la publicación de noticias sobre las Fuerzas Defensivas de Africa del Sur; una ley que cierra el paso a determinadas personas a profesión legal; una resolución de política interna, emitida por el Ministro de la Administración Bantú, el Sr. Botha, aclarando bien que los Africanos nunca disfrutarán de los derechos ciudadanos en el 87% de su país («las llamadas áreas para blancos»); y que la presencia de los Bantus en las áreas urbanas blancas se debe a un propósito limitado y de naturaleza casual... hacer trabajos que los blancos no pueden realizar. Finalmente, una ley castigando con la muerte o la detención indefinida sin juicio el «terrorismo o el encubrimiento de los terroristas».

¿No hay signo alguno de liberalización aquí!

¿Qué ha hecho entonces Vorster para ganarse las doradas opiniones de los comentaristas? Ha dado apretones de mano y posado para las cámaras con el Premier de Lesotho,

el jefe Leabua Jonathan y con tres Ministros del Gabinete Malawi; quienes tomaron vino y comieron en los mejores hoteles de Cape Town. Anunció, también, una nueva fórmula para la participación de Africa del Sur en el deporte internacional, lo que ha sido interpretado como una «concesión» aunque pocas personas entienden lo que se pretende con ello, y que no ha influido en lo más mínimo sobre el deporte interno de Africa del Sur, que sigue basándose en el más absoluto apartheid.

Esto pudiera parecer, en sí, de poca importancia, pero no debe pasarse por alto sin una ulterior consideración. Lo que el mundo está presenciando es una reorganización en grande de las relaciones públicas de Africa del Sur con el mundo exterior, como preparación de una calculada agresión política y económica. Después de pasar veinte años a la defensiva dentro de su territorio, Africa del Sur siente ahora una mayor confianza en su habilidad para sobrevivir y está pasando a la ofensiva.

LAS NUEVAS IDEAS DE VORSTER

Poco después de subir al poder, Vorster señaló la perspectiva del cambio que iba a ocurrir, Africa y el mundo entero, declaró, oírán acerca de Africa del Sur, en una

forma nunca vista antes. Desde entonces y en forma constante, los ministros del Gabinete estuvieron «oyendo la misma historia» y en los principales países Occidentales, los costosos propagandistas de las Embajadas Surafricanas y de la Fundación Surafricana han hecho lo mismo en las páginas de sus satinadas revistas. En los días de apertura de la sesión del Parlamento de 1967, la Cámara de la Asamblea aprobó la moción de un miembro privado, acerca de que «esta cámara aprueba la política seguida por el Gobierno en favor de la coexistencia amistosa y de la fructífera cooperación con los países de Africa, poniendo énfasis especial en la habilidad de la República para contribuir al desarrollo económico y técnico y para elevar el nivel de vida de Africa». Durante el debate, el Ministro del Exterior, Dr. Muller, declaró que la actitud hostil de ciertos estados Africanos hacia Africa del Sur desaparecería gradualmente y que, eventualmente, un número cada vez mayor de entre ellos aceptarían la mano amistosa de Africa del Sur. Dirigiéndose a un simposio de estudiantes en Stellenbosch, el 17 de mayo, el propio Vorster declaró que «el desarrollo separado no sólo era una política que aseguraría un lugar bajo el sol a las diferentes naciones, de distintos colores, viviendo juntas en Africa del Sur, sino que

haría posible que la República se situase a la cabeza en Africa. A medida que el resto de Africa se fuese desilusionando cada vez más, y volviese su vista hacia Africa del Sur.» (*Rand Daily Mail*, 18 de mayo, 1967.)

La perspectiva de la expansión Surafricana en Africa ha llenado de entusiasmo tanto al Partido Nacionalista como al Partido Unido. Escribiendo en el «*Die Landstem*» del 5 de abril, el columnista Piet Beuke dijo que, a consecuencia de esta «nueva cordura» de la política del Sr. Vorster con respecto a los Estados Negros y nuestro país, había producido un cambio fundamental en Africa del Sur que estaba ofreciendo magníficas perspectivas para todos. Beuke subrayó, que los nueve países al sur de Zambesi, verdadera «tierra adentro» de Africa del Sur, contaban con una población de 34,133,500 habitantes.

Justamente al Sur de Zambesi se halla el segundo cinturón de países que caen dentro de la parte interior del país. Son los seis países siguientes con sus poblaciones: Congo, 864,000; República del Congo, 14,150,000; Kenya, 7,287,000; Tanzania, 9,404,000; Uganda, 6,538,000; Zanzibar, 299,000. En conjunto tienen una población de 38,542,000 habitantes. Lo cual quiere decir que, en la actualidad, Africa del Sur tie-

ne la oportunidad de ser el líder de un grupo de población de cerca de 72 millones de habitantes, viviendo en una de las zonas más ricas del globo.

La posibilidad de exprimirle a los pueblos de Africa su fuerza de trabajo y sus recursos, les hace la boca agua a los imperialistas Surafricanos. Tampoco es simplemente una cuestión de ventajas económicas. Refiriéndose a la visita de los ministros del gabinete Malawi a Africa del Sur, «Die Volksblad» en un editorial del 7 de marzo de 1967, señalaba que el valor máximo de la visita no era el aspecto económico sino el de la política internacional.

Aquí hay una evidencia tangible de que algunos Estados Negros están preparados a aceptar a Africa del Sur en su papel de poder comercial más fuerte de Africa y de principal abastecedor de productos primordiales, de ayuda tecnológica y de otros conocimientos. La visita constituye un claro mentís a la impresión que los enemigos de Africa del Sur —tratan de crear— que el resto de Africa la rechaza totalmente y pretende aislarla en este continente.

Tanto los factores económicos como los políticos están determinando la tendencia actual de Africa del Sur, de penetrar a Africa.

ANTECEDENTES DEL IMPERIALISMO

La posición económica del país es quizás el factor principal, ya que Africa del Sur se encuentra ahora en la clásica posición imperialista de un país fabricante buscando mercados para sus capitales y mercancías que no son disponibles en casa. Entre 1955 y 1965, el ingreso nacional neto, en factor de costo, aumentó de R3,395 millones a R6,492 millones (Ministro de Finanzas, 3 de febrero, 1967, *Hansard* columna 595). La industria de manufactura es ahora responsable, aproximadamente, del 27% de este total, superando el total combinado de la minería y la agricultura.

La minería sigue siendo de mucha importancia en el sentido de que constituye el más amplio renglón sencillo del intercambio extranjero del país, e incluso, gran parte de la capacidad de fabricación del país, la determinan sus necesidades. Pero la minería es una ventaja que se desgasta.

El señor Harry Oppenheimer declaró que las minas de diamante de Africa del Sur pueden agotarse dentro de veinte años (*Sunday Times*, 10 de abril, 1966) y en su último informe de las cuestiones de la De Beers Corporation, anuncia las medidas a tomar para extender la producción de diamantes sintéticos

(*Rand Daily Mail*, 11 de mayo, 1967).

En la reunión anual de la Bolsa de Johannesburgo, el 18 de mayo de 1967, el presidente, señor V. H. Simmons, declaró que las minas de oro de Africa del Sur, se cerrarán dentro de treinta años, debido al precio fijo del oro. El mismo día, el presidente de la Cámara de Minas, señor R. S. Cooke, se hizo eco del aviso. Ambos señores, Simmons y Cooke, aclararon que el futuro del país descansaba en la industria de manufactura, y que ahora deberían darse los pasos necesarios para que la transición sea lo menos dolorosa posible.

El crecimiento de la industria manufacturera, desde un rendimiento total bruto de 122 millones en 1924-25 a 1,400 millones en 1965 ha sido, por supuesto, el rasgo central del desarrollo económico y social de Africa del Sur en este siglo. Y junto con este aumento en la producción, hubo un aumento en las exportaciones, que llegaron a la cifra tope de 1,186.3 millones en 1966 (en comparación con 1,049.0 millones en 1965). Actualmente, Africa del Sur ocupa el decimotercer lugar en la lista de los países de comercio mundial. Las importaciones en 1966 fueron de 1,645.6 millones, comparadas con 1,753.9 millones en 1965, debiéndose la disminución a una reducción en el

crédito con una consecuente mejoría en la balanza de pagos de Africa del Sur (por supuesto, la brecha fue más que subsanada por las ventas de oro).

CIFRAS COMERCIALES

Al aumentar la producción industrial de Africa del Sur, se hace necesario encontrar nuevos mercados. Un análisis del patrón comercial surafricano indica que la República está en directa competencia con los países desarrollados en la esfera de los artículos manufacturados, y que el grueso de las exportaciones surafricanas a los países desarrollados consiste en materias primas y en productos de las industrias básicas, siendo solamente un 6% artículos manufacturados por otra parte, casi el 75% del comercio surafricano con los países menos desarrollados consiste en productos de la industria de manufactura. Las implicaciones de esto en relación con el comercio con Africa son obvias. La estatua de Cecil Rhodes en los jardines botánicos de Cape Town, apunta hacia el norte y lleva la inscripción: «Allí se encuentra el corazón de su tierra». La estatua ha estado ahí desde hace decenas de años y ha sido debidamente honrada por generaciones de palomas. Pero es sólo ahora que los surafricanos emprendedores comienzan a quitarle la

mugre y a tomar a pecho la lección. Aún más que las clases dominantes de otros países de la era imperialista, la clase dominante surafricana se encuentra incapaz de explotar, plenamente, las potencialidades del mercado interno. Aunque no existan estadísticas precisas, se ha podido estimar de alguna forma, que la participación del ingreso nacional correspondiente al 70% de la población africana aumentó sólo de 20 a 23%. Además, debido a que tantos africanos viven aún en una economía de semisubsistencia en las áreas rurales y de reservas, su participación en el poder de compra total es aún más bajo, entre 17 y 18 por ciento. La participación africana en los ingresos nacionales era en 1936 de 19.6%, según el informe de la Comisión de Legislación Industrial de 1951. En efecto, esto significa que el enorme aumento en el ingreso nacional desde 1936 no ha visto, prácticamente, ninguna modificación en las relaciones económicas entre blancos y negros. Las leyes rigurosas y estrictas del apartheid limitan drásticamente la expansión del mercado interno para los productos de la industria.

La competencia, cada vez más fuerte, por los mercados extranjeros sería intensificada para Africa del Sur si Gran Bretaña entrara en el Mercado Común. En febrero de 1967 la *Standard Bank Review* estimó

que Africa del Sur tendría que buscar nuevos mercados para más del 9% de sus exportaciones totales si Gran Bretaña anula las tarifas preferenciales de mancomunidad, que Africa del Sur sigue disfrutando aunque ya no sea miembro de la mancomunidad.

Gran Bretaña sigue siendo el principal socio comercial de Africa del Sur. En 1966, absorbió R383 millones, o sea, el 23% de las exportaciones surafricanas, y era, de por mucho, el cliente más importante. Africa del Sur importó R484 millones en artículos británicos que, con un 5% de la exportación total, convertía a la República en el cuarto entre los más grandes clientes de Gran Bretaña. Además, Africa del Sur invirtió R331 millones en Gran Bretaña, lo cual constituye el 24% del total de valores extranjeros de la República. Pero el boicoteo de armamentos y la amenaza de sanciones hizo a Africa del Sur consciente de su dependencia de sus socios comerciales tradicionales. El director de Promociones de Exportación del Departamento de Comercio e Industrias, Dr. Z. J. Rabie, declaró en Pretoria el pasado mes de mayo que, durante los últimos años, el Gobierno ha luchado por diversificar los mercados extranjeros. «Hemos comprobado que un por ciento excesivo de exportadores de la República dependieron, en el pasado,

del mercado tradicional de Gran Bretaña». Africa del Sur ha tratado de encontrar nuevos mercados en Europa, en los Estados Unidos, en el Lejano Oriente y en América del Sur, Y, por supuesto, en Africa.

COMERCIO CON AFRICA

Por todas las razones mencionadas, el aumento del comercio con Africa es una «necesidad» para Africa del Sur y, en realidad, las cifras comerciales de nuestra República con Africa han ido aumentando constantemente durante los años recientes. En 1966, las exportaciones surafricanas a los territorios africanos fueron de 193.9 millones de rands, comparadas con 147.1 millones de rands en 1965 y 130 millones en 1964. Las importaciones de Africa fueron de 129 millones de rands en comparación con 108.9 millones de rands en 1965 y 90 millones en 1964.

El grueso de este comercio es con Rhodesia y Zambia y el hecho de que Africa del Sur haya aumentado grandemente su comercio con ambas naciones desde el 11 de noviembre de 1965 es una de las consecuencias irónicas del U.D.I. y de las sanciones. El volumen de su comercio con lo que se llama «Africa Negra» es sólo el 10% del total de su comercio africano.

El Dr. Diederichs, cuando aún era ministro de Asuntos Económicos,

descartó un mercado común surafricano basándose en que la desigualdad del desarrollo económico de los diferentes países lo hacía impracticable.

Lo que Africa del Sur persigue no es la igualdad de las relaciones económicas, sino la dominación.

Una discusión reciente sobre el tópico, en Africa del Sur, agrupó a los países siguientes, como campo natural para la explotación surafricana-Africa Sur-Occidental, Rhodesia, Zambia, Angola, Mozambique, Malawi, Botswana, Lesotho y Swazilandia. Algunas estadísticas compiladas por un economista del Instituto Africano, señor E. Van der Merwe, y publicado en un reciente boletín del Instituto, señalan que el comercio exterior de la región constituía 4,755 millones de rands en 1964.

La participación de Africa del Sur es la mayor en este comercio, 2,804 millones de rands, o sea, casi las dos terceras partes del total.

Sin embargo, el grueso del comercio de la región, no se realiza con sus partes constituyentes, sino con los países tradicionales de la metrópoli y de otros continentes. Los diferentes países de la región comercian entre sí sólo hasta un monto de 1,102 millones de rands, mientras que las exportaciones al resto del mundo alcanzaron un total de 1,697 millones de rands y las importacio-

nes 1,956 millones de rands. Los productos surafricanos, por un valor de 275 millones de rands, fueron a otros miembros de la región y 863 millones de rands, al resto del mundo. Las importaciones surafricanas ascendieron en total a 146 millones de rands y 1,519 millones de rands, respectivamente.

La retirada de Gran Bretaña de los antiguos territorios de la Alta Comisión, la ruptura económica entre Gran Bretaña y Rhodesia, las dificultades de Portugal con sus colonias africanas, todos esos factores le presentan a Africa del Sur lo que el Gobierno Vorster considera como una dorada oportunidad que se debería aprovechar para establecerse allí donde los anteriores poderes imperialistas están siendo forzados a abandonar el terreno. Si fuera posible convencer a los países surafricanos para que debilitasen sus lazos comerciales con Europa y fortalecieran los que tienen entre sí, Africa del Sur, como la unidad económica más poderosa y físicamente situada de un modo ideal en el corazón de este desarrollo regional, ganaría enormemente con ello.

INVERSIONES DE CAPITAL EN AFRICA

Africa del Sur no sólo está interesada en el comercio con los demás países de Africa del Sur. Aún más

importante, desde el punto de vista perspectivo, es la inversión de capitales, lo cual tiene la virtud no solamente de atraer el comercio, sino también de ejercer una fuerte influencia política sobre los países que acepten dichas inversiones. Tony Davenport, economista agregado a la Fundación Surafricana estimó que las inversiones surafricanas en los nueve países ya mencionados es de aproximadamente 650 millones de rands (*Sunday Express*, 16 de abril de 1967). Existen pocas estadísticas, pero es sabido que la inversión de capitales surafricanos en Rhodesia, por ejemplo, ya son mayores que las de Gran Bretaña. Ni tampoco se detienen las inversiones surafricanas en Zambesi. La Corporación Anglo-Norteamericana, el consorcio minero, industrial y financiero más poderoso del continente, controla inversiones que ascienden a más de 600 millones de libras esterlinas, con tentáculos que abarcan no sólo cada país del bloque surafricano, sino a Tanzania, al Congo (Kinshasa), otros territorios africanos del Este y del Oeste, así como a los Estados Unidos, Gran Bretaña, Malasia, Australia y Canadá. Uno de los más recién llegados al escenario de las inversiones surafricanas es el señor Anthon Rupert, jefe de la Rembrandt Tobacco Corporation y ferviente defensor del gobierno nacionalista, que pretende

llegar a fabricar uno de cada cinco cigarrillos fumados en el mundo capitalista. Rembrandt, con valores que ascienden a más de 197 millones de libras esterlinas, actualmente tiene inversiones en Rhodesia, Zambia y Kenya y está negociando establecerse en Tanzania.

Davenport, en otro artículo del *Sunday Express* del 11 de diciembre de 1966, prevé un constante incremento de las inversiones de capitales surafricanos en Africa. «La inversión doméstica bruta en la economía surafricana, desde el comienzo de 1960, ascendió a un total de 8,700 millones de rands. Sin embargo, esta cifra fue superada por el ahorro doméstico bruto de 9,133 millones de rands.

Si la reciente afluencia neta del capital extranjero a Africa del Sur continúa durante los próximos años, dice, y siempre que la balanza de pagos se mantenga en orden, «Africa del Sur se encontraría con reservas extranjeras de intercambio tan grandes y tan crecientes que estaría cada vez más capacitada para situar fondos de capital en otra parte...» El sentido común dictaría que el dinero a largo plazo debería ir a los países hambrientos de capital de Africa del Sur y del Centro».

La fuerza principal detrás de la inversión de capital en Africa del Sur es muy probable que sea el propio Gobierno de Africa del Sur, al

igual que lo es dentro de las fronteras de Africa del Sur. Tanto dentro como fuera de la República, el Gobierno, a causa del tamaño de los fondos a su disposición, debido al incremento de sus poderes totalitarios en la dirección de la economía y porque están dispuestos a actuar allí donde el capital privado hesita, desempeña un papel cada vez más decisivo en el desarrollo de la economía surafricana. El objetivo actual de sus esfuerzos en este aspecto, pudiera ser limitado, pero es muy probable que crezca a medida que pasa el tiempo.

«AYUDA A MALAWI»

La ayuda surafricana a Malawi ilustra la actividad de las fuerzas económicas que están operando un cambio notable en algunas actitudes africanas hacia el Africa del Sur. La República ya ofreció dos millones de rands como préstamo a Malawi para la construcción de un central azucarero. Los asesores de una firma establecida en Africa del Sur están planificando la nueva capital malawi en Zomba, y Malawi se está dirigiendo hacia Africa del Sur para obtener muchos de los 22 millones de rands necesarios a este efecto. El Dr. Banda confía también en que Africa del Sur le ayudará a levantar la suma de 6 millones de rands que necesita para el desarrollo

de las vías férreas y de 120 millones de rands para la explotación de los depósitos de bauxita, lo que transformaría la economía de lo que constituye ahora uno de los países más pobres de Africa.

De paso, merece la pena señalar que desde 1964, cuando Malawi obtuvo su independencia, sus importaciones de Africa del Sur se duplicaron. Desde que se firmó el pacto comercial con Africa del Sur en febrero de 1967, un surafricano, el señor Garth van Rooyen, antiguo administrador de las Vías Aéreas del Sur y del Oeste de Africa, fue nombrado director de las Vías Aéreas de Malawi. La South African Broadcasting Corporation deberá suministrar el personal y ayudar en la formación de malawios para el servicio de radiodifusión. Los malawios pueden ir también a Africa del Sur para ayudar en los programas de radiodifusión S.A.B.C. en dialecto Malawi de Chinyanja. Lo más notable de todo es que en mayo de 1967, un grupo de funcionarios del Gobierno surafricano, encabezado por el Dr. P. S. van Rensburg, subsecretario del Trabajo de Bantú, visitó Malawi para discutir los planes de aumento en el número de malawios trabajando en Africa del Sur. La mayoría de los trabajadores africanos en las minas surafricanas provienen ya del otro lado de las fronteras de la Repúbli-

ca. El total de los llamados «nativos extranjeros» en Africa del Sur se acerca casi al millón, provenientes de Malawi, Zambia, Rhodesia, Lesotho, Swazilandia, Botswana, Tanzania, Mozambique y Angola.

Mientras despide a los «nativos extranjeros» que se establecieron de un modo permanente en Africa del Sur, el Gobierno sudafricano está ansioso de aumentar el número de trabajadores migratorios de los territorios vecinos que estarían listos para realizar el trabajo en las minas y granjas que los africanos de la localidad están cada vez menos dispuestos a efectuar, prefiriendo los trabajos industriales mejor pagados. El informe del *Johannesburg Star* sobre la visita de la misión de Malawi, decía «Buscarán igualmente formas de mejorar la regulación del trabajo de Malawi y eliminar el tráfico ilegal de inmigrantes». (*Star*, mayo 9 de 1967.) El trabajo migratorio será probablemente otro lazo que vincule entre sí las economías de la región de Africa del Sur. Los políticos y economistas de Africa del Sur insisten constantemente en que los salarios ganados por los «trabajadores extranjeros» en Africa del Sur, constituyen una importante fuente de ingresos para su propio país.

El reportaje del *Star* añadía que el acuerdo laboral con los malawí «permitirá a los portavoces de Afri-

ca del Sur destacar que las condiciones en el apartheid no pueden ser tan onerosas como lo pretenden algunos críticos, si los africanos de regiones independientes están deseosos de venir, voluntariamente, aquí en busca de trabajo».

PENETRACION SURAFRICANA

La penetración surafricana en otros territorios africanos ya se está realizando en forma similar o está prevista en el futuro próximo. Por ejemplo, el Gobierno de Lesotho ha nombrado como «asesores» a tres surafricanos —al profesor Denis Cowen como consejero político, al profesor O. Horwood, de Natal, como consejero económico, y a Anton Rupert como consejero para el desarrollo industrial. El primer ministro de Lesotho, el jefe Leabua Jonathan, decepcionado con el volumen de la asistencia británica, se dirige ahora a Africa del Sur en busca de ayuda para el desarrollo de proyectos tales como el de Osbow Dan, y modificó la política de Lesotho para facilitar el desarrollo económico y atraer las inversiones extranjeras. En su reciente visita de «buena voluntad» a Malawi, el jefe Jonathan sugirió que los Estados de los blancos y negros en Africa del Sur debieran formar una comunidad económica dentro del contexto de sus diferencias políticas... El

jefe Jonathan condenó a los «veleidosos Pan-Africanistas» de la O.A.U. por sus ataques a los Estados negros de Africa del Sur que practican y defienden la coexistencia pacífica con Africa del Sur (*Rand Daily Mail*, mayo 16, 1967).

En agradecimiento por los favores ya hechos y futuros, Jonathan ha ido ya lejos por el camino de la colaboración con Africa del Sur. Ha detenido algo y en algunos casos se opuso a la africanización en el servicio civil; aplastó la oposición por la fuerza y amordazó al rey; propuso una visita a Africa Sur-Occidental para proveerse de parque con que respaldar el caso de Africa del Sur ante las Naciones Unidas; se lanzó contra los refugiados surafricanos, entregando a algunos entre el exilio más al norte o a la repatriación a Africa del Sur; organizó algunas batidas en la frontera de Lesotho con Africa del Sur y arrestó a centenares de sus propios compatriotas acusándolos de traficar con el ganado de la República, gesto que ha sido aplaudido por el diputado-ministro de la Policía surafricana, señor S. L. Muller, como una gran contribución «para mejorar las relaciones entre el pueblo de los dos países» (*Star*, mayo 10 de 1967). Más siniestro es el hecho que la presión surafricana, sea ejercida abiertamente, a un nivel político superior, o detrás del telón, median-

te la infiltración secreta de la policía, el engaño y la intimidación, ayudó a poner en vigencia los elementos más conservadores en los tres antiguos protectorados británicos. Lesotho, Botswana y Swazilandia tienen todos ahora gobiernos derechistas, orientados hacia Africa del Sur, mientras que las fuerzas de la oposición nacionalista africana, más fuertemente opuesta a la colaboración con el apartheid de Africa del Sur y buscando nexos más fuertes con la O.U.A., fueron aisladas y aplastadas, aunque sea temporalmente. El golpe más amargo para el movimiento de liberación ha sido el aplastamiento y la persecución de los refugiados en Botswana, hasta ahora el único camino de escape de Africa del Sur hacia el Norte.

Ciertamente, no es necesario insistir aquí en el papel vital que Africa del Sur ha desempeñado apoyando a Rhodesia desde el U.D.I.; ni la parte desempeñada por los reclutas mercenarios surafricanos al derrotar las fuerzas del Africa independiente en el Congo. Tampoco ha faltado la evidencia de que existe una red de agentes de una rama especial de la policía surafricana, actuando en cada país africano independiente. Cada día que pasa resulta más claro que la base del imperialismo y de la supremacía blanca en Africa es la República de Vorster, que ya no solamente está protegiéndose contra

la galerna de la hostilidad mundial dentro de su territorio, sino en actitud agresiva para futuras conquistas en Africa.

VORSTER PROPUGNA LA INDEPENDENCIA

Africa ha recorrido un largo trecho desde los días en que Verwoerd exigió la incorporación de los protectorados. La propia experiencia de la República con el Transkei permitió que el gobierno nacionalista se diera cuenta de que existen elementos del ala derecha en la mayoría de los movimientos nacionales en Africa que, con destreza, pueden ser llevados, o comprados, a cooperar con los supremacistas blancos de Africa. En una entrevista para la revista *U. S. News and World Report*, Vorster declaró que era absolutamente insustancial hablar de «alianza del hombre blanco» entre Rhodesia, los territorios portugueses y Africa del Sur. Ni que existiera algún arreglo o alianza de defensa mutua. Africa del Sur quería buenas relaciones con todos los Estados de Africa del Sur, declaró, tanto blancos como negros.

Estos desarrollos no nos atemorizan en lo absoluto —el establecimiento de gobiernos africanos en estos estados. En lo que nos concierne, es un desarrollo natural... Deseamos trabajar con ellos como estados inde-

pendientes negros, en su beneficio y en el nuestro propio... Queremos evitar los peligros del neocolonialismo en cualquier forma de asistencia que se acuerde... En muchos aspectos tenemos, con relación a gran parte del Africa situada al sur del Sahara, una responsabilidad de ayudar en el desarrollo —comparable a la responsabilidad que los Estados Unidos han contraído, en escala mucho mayor, con respecto a las áreas subdesarrolladas del mundo en general. Aunque no le hagamos publicidad, ya hemos estado haciendo mucho en este aspecto». (*U. S. News and World Report*, 14 de noviembre de 1966).

Este orden de ideas se repite incesantemente:

Mr. Blaar Cotzee, diputado ministro de la Administración bantú:

Con esta innata propensión de los bantú a realizar trabajos reiterativos y con el conocimiento, la comprensión y la apreciación de los industriales de la cultura surafricana bantú, me atrevo a decir que ningún país en el mundo puede injertar el desarrollo industrial occidental en las áreas en desarrollo comprendidas dentro de nuestras fronteras y en Africa en general, tan bien como nosotros. (*Rand Daily Mail*, 14 de diciembre, 1966).

El Dr. G. S. J. Kuschke, director administrativo de la South African

Industrial Development Corporation, dirigiéndose a la Cámara de Comercio e Industria Surafricano-Germana, señala:

«Sin la voluntad surafricana de colaborar, no sería posible establecer fundamento alguno para el desarrollo económico en algunos países de Africa del Sur. Nuestra voluntad de colaborar de lleno debe apreciarse por lo que ya estamos realizando en favor del desarrollo de los estados Bantú, dentro de nuestras fronteras.» (*Star*, 4 de mayo, 1967).

El Dr. H. J. van Eck, presidente de la Industrial Development Corporation:

«Los vínculos comerciales, financieros y técnicos relacionan muchos de los países de Africa del Sur. La iniciativa y la estructura de esta amplia combinación se deben a Africa del Sur, y es así gracias al progreso técnico y a la voluntad de la República de poner a disposición de sus vecinos sus conocimientos especializados, para el mutuo beneficio de todos.» (*Star*, 20 de mayo, 1967). Tres de los esquemas de desarrollo hidráulico e hidroeléctrico mencionados por el Dr. van Eck, fueron:

1. Las centrales de energía hidroeléctrica sobre el río Kunene, en la frontera entre Africa Suroccidental y Angola. (El primer acuerdo referente a esto fue

anunciado por ambos países el 15 de mayo, algunos días antes de hablar el Dr. van Eck).

2. El desarrollo de Kariba hasta su potencial total y otros esquemas, en el Zambesi, entre Rhodesia y Zambia.
3. Un proyecto sobre el Zambesi en Cabora-Bassa, Mozambique, con un potencial de 2,000 megawatts. «El propio programa de desarrollo de la electricidad de la República llegó a una etapa en que, incluso un proyecto de la envergadura del de Cabora-Bassa, que costará aproximadamente 260 millones de rand es, financiera y técnicamente, posible.

El señor N. Cambitzis, presidente de la Rhodesia Industrial Development Corporation, propugnó un acercamiento interindustrial, hacia una integración económica más estrecha entre Rhodesia y Africa del Sur.

Previó a Rhodesia como principal abastecedora de materias primas a Africa del Sur, la cual, a su vez, suministraría «productos manufacturados más sofisticados a Rhodesia» (*Star*, 3 de mayo, 1967).

El Dr. S. Meiring, presidente del Consejo de Investigaciones Cientí-

*ficas e Industriales, propugnó el establecimiento de un consejo científico para promover el contacto personal y el intercambio de informaciones científicas en Africa del Sur. En la apertura de la primera conferencia científica rhodesiana en Bulawayo, dijo: «Africa del Sur tiene una posición especial en virtud de su posición geográfica. Esto constituía virtualmente una obligación moral de situar su participación a un nivel correspondiente al status de la ciencia surafricana». (*Star*, mayo 17, 1967).*

*El señor Colin Jacobson, presidente de la Junior Chamber South Africa dijo que su cámara estaba a punto de embarcarse en un esfuerzo a toda escala, para hacer contacto y establecer relaciones amistosas con los países independientes negros de Africa y ayudarles en su desarrollo económico... Su claustro estaba tomando la iniciativa estableciendo Cámaras Junior en cuatro estados vecinos. «Creo que la Cámara de este país, a través de sus 1,200 miembros, puede desempeñar un papel notable influenciando los acontecimientos en Africa... Creo que las cosas están tomando un nuevo rumbo en Africa, que la mayoría de las puertas están abiertas a la brisa de la genuina amistad y de la ayuda física y económica». (*Star*, 16 de mayo, 1967).*

Incluso algunos surafricanos de mentalidad liberal fueron infectados por este imperialismo de «nuevo rumbo» y el líder del Partido Progresivo, Dr. Jan Steyler, propugnó la formación de un Cuerpo de Paz Surafricano para realizar una cruzada en la vecina Africa Negra. Hablando en una reunión en Durbán, el doctor Steyler dijo: «Africa del Sur por el momento era sólo un enano pero tendría que llegar a ser un coloso» (*Rand Daily Mail*, mayo 6, 1967). Ya algunos estudiantes voluntarios son enviados para realizar proyectos de trabajos en Lesotho y Botswana.

LOS AMIGOS DE AFRICA DEL SUR

«El nuevo rumbo» proclamado por el primer ministro británico Mac Millan en Cape Town, en 1966, llevó a Africa del Sur a un estado de aislamiento casi total en los años siguientes. Ahora el aire ha cambiado, y un huracán contrarrevolucionario está arrasando no sólo el Continente Africano, sino el mundo entero. Africa del Sur está descubriendo que puede ganar amigos e influenciar pueblos, no sólo blancos, sino negros también.

El doctor Robert Gardiner, secretario ejecutivo de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para Africa, al regresar a su sede en Addis Abeba, de una visita a la Re-

pública en marzo último, pidió «una agonizante revalorización» de cómo el Africa Negra debiera contemplar el problema de Africa del Sur. A menos que el resto de Africa contemple los problemas de Suráfrica con algún conocimiento y comprensión, los resultados serían confusos, dijo. Aunque no condenara el apartheid, tenía sus reservas respecto a la descripción de Lesotho, Botswana y Swazilandia como «rehenes de Africa del Sur» y señaló que Banda pudiera tener sus razones para tratar con Africa del Sur, «lo cual los demás Estados africanos debieran tratar de analizar».

La declaración del Dr. Gardner, según se informa, «causó estragos» en el secretariado de la O.U.A. (*Star*, marzo 27, 1967).

Como es de comprender, los negociantes de ultramar con extensos intereses en Africa del Sur y en los territorios vecinos, están llenos de entusiasmo por estos nuevos desarrollos. Lord Fraser of Lansdale, por Ej: propietario de la mayor cadena de Tiendas de Lesotho y de otros importantes negocios en Surafrica, dijo recientemente, en Johannesburg que «la política de buena vecindad de Africa del Sur hacia los estados Negros puede requerir mucho tiempo en madurar, pero era importante para el futuro de Africa del Sur y quizás para toda la Africa. El reconocimiento de los líderes y la con-

versación con ellos era un signo muy halagüeño. (*Star* marzo 15 1967). Del mismo modo, el Presidente de la South African Foundation, Mayor General Sir Francis de Guinand, que también tiene extensos intereses en África del Sur, en un discurso ofrecido en la Universidad de Natal, en abril último, dijo: «Doy la bienvenida a esta nueva política de mirar hacia el exterior, de este Gobierno. Los recientes contactos son de lo más alentadores y pudieran conducir a mejores cosas.» (*Sunday Times*, abril 2, 1967)

El portento más notable de todos ha sido quizás la reacción de los EE.UU. Mientras el embajador de los EE.UU. ante las Naciones Unidas, Sr. Arthur Goldberg, en una exposición pública, dirigiéndose al bloque Afro-Asiático denunciaba en marzo último, la política de apartheid de África del Sur, como «una de las mayores ofensas contra los derechos humanos aún existentes en el mundo» (*Star*, marzo 22) el Secretario Asistente de los EE.UU. Sr. Joseph Palmer, se acercaba en abril a lo que era, probablemente, la verdadera actitud de los Estados Unidos, cuando dijo que los Estados Unidos estaban siguiendo con mucha atención el aparente esfuerzo de África del Sur de proyectar una nueva imagen al mundo. En el sentido de que los actos de África del

Sur «pueden probar ser conducentes a mejores relaciones internacionales y humanas», dijo, «ciertamente que nosotros los recibimos con los brazos abiertos — seguro que les damos la bienvenida».

(*Sunday Express*, abril 9, 1967)

Lo que estos caballeros dicen es en realidad, que cuanto más se llegue a persuadir a África de aceptar a África del Sur, tanto menos dificultades tendrán ellos mismos en seguir comerciando con los estados del apartheid. Tanto Gran Bretaña como los Estados Unidos fueron forzados por la presión de la opinión mundial, a imponer un boicoteo a los armamentos en contra de África del Sur, y siguen, aún, bajo la presión en cuanto a extender el boicoteo a todo comercio, deporte, cultura y a cualquier forma de contacto. Sin embargo, si se puede constatar que los estados africanos están traficando con África del Sur, entonces sería imposible al mundo señalar con el índice acusador hacia las potencias imperialistas, que podrán seguir extrayendo su 15 a 27% de ganancias anuales, sin más remordimientos de conciencia.

Jonathan, Banda y sus amigos, no solamente son «realistas», como pretenden ser. Con sus hechos están violando el boicoteo internacional y empedrando el camino del colapso de las sanciones que son como una

forma de originar algún cambio en África del Sur.

RETO A AFRICA

Muchos líderes de los estados africanos independientes fueron sinceros en su condenación de Jonathan y Banda. El Presidente Kaunda advertía a los que comerciaban con Sur África de que estaban en peligro de ser «tragados por los Boers». El Presidente Nyerere se sinceró también. El comentario de la prensa en numerosas capitales africanas fue aún más agudo. La radio de Guinea declaró que el Jefe Jonathan y el Dr. Banda formaban el «primer núcleo de traidores africanos propugnando la «entente», la coexistencia y la cooperación con los racistas de África del Sur y con el colonialista Portugal. Una emisión radial de Brazzaville los llamó perros falderos del imperialismo, reuniéndose para formar una nueva conspiración contra el África progresista.

Pero ha habido un profundo silencio por parte de algunos líderes Africanos y, con toda claridad, el peso de la influencia de Surafrica ya se siente en un continente rasgado por las disensiones y los conflictos, mientras la lucha por la liberación nacional y la independencia llega a su climax. Con África del Sur capaz ya de fabricar una bomba atómica, el siguiente comen-

tario en el periódico de Kampala, «The People», señala, con toda precisión, la amenaza que representa para África la «línea Vorster».

Sin duda que llegará pronto la hora en que las tropas de paracaidistas Surafricanos restaurarán los gobiernos tambaleantes, al igual que los franceses restauraron al Presidente M'Ba de Gabon.

El periódico añade que los estados Africanos no pueden tener razón de esperar que la maquinaria del apartheid sea desmantelada en el proceso de atraer amigos y de influenciar a los pueblos de África.

Mientras el Dr. Hastings Banda firma contratos comerciales con África del Sur y el Sr. Vorster se da apretones de manos con el Jefe Jonathan, Mandela permanece en Robben Island.

Siendo él mismo un realista, señala *The People*, Vorster podría aumentar el número de africanos experimentados en la economía Surafricana, y tratar de persuadir a los Estados Negros de que pueden beneficiarse del contacto con la República. «De esta forma, podría esperar obtener que los gobernantes Africanos garanticen el sistema del apartheid, retirando la oposición activa».

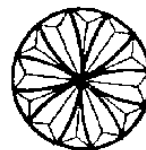
«Ofreciendo bastantes inversiones de capitales, asistencia técnica y pactos

comerciales, el Gobierno Surafricano estará en situación de afectar la política Africana de un modo tan efectivo como los Franceses en Africa Occidental Francesa». (Cita de «Star», mayo 27, 1967)

Es un pensamiento aterrador—Africa bajo la sombra del «Kruithoring». Africa está confrontando su Munich.

El movimiento de liberación Surafricano, los pueblos de Africa libre y, por supuesto, el mundo entero, deben hacer frente a esta nueva amenaza y dar una respuesta adecuada antes de que Africa del Sur tenga tiempo de completar su pretendida conquista.

The African Communist No. 30 de 1967.



BEN BARKA POR LA REVOLUCION

ARMANDO ENTRALGO

En este segundo aniversario de la Primera Conferencia de Solidaridad de los pueblos de Africa, Asia y América Latina, y como tributo a uno de sus máximos inspiradores y organizadores, hemos seleccionado de sus numerosos escritos y discursos aquellas ideas que siguen pesando en el destino del tercer mundo porque ayudan al esclarecimiento de situaciones complejas y enfatizan principios fundamentales de la táctica y la estrategia revolucionarias.

I) LAS FORMAS DE LUCHA EN AFRICA. ALIANZA OBRERO-CAMPESINA. LA VIOLENCIA. ERRORES DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO: REFLUJOS. SOLUCIONES.

«...El hecho fundamental en la explotación colonial de la tierra por extranjeros es la expropiación, que aumenta el desempleo y el subempleo en el campo y en consecuencia determina el éxodo hacia las ciudades. Esos campesinos echados de sus tierras, que forman el lumpen proletariado de las ciudades son los primeros en lanzarse a la lucha nacional, pero la fuente de su descontento, de su fuerza revolucionaria, se encuentra en el campo. Por esta razón cuando se gana a los campesinos para la lucha nacional es cuando se cierra el circuito y la fuerza acumulada en los dos polos revolucionarios se vuelve irresistible...» (Ben

Barka). La mayor parte de Africa era un continente de campesinos que vivían de la agricultura de subsistencia a la llegada del colonialismo europeo en su fase imperialista, en la segunda mitad del siglo XIX. Era este el rasgo dominante de una verdad compleja, ha dicho un conocido escritor inglés. De haber proseguido su desarrollo normal sin la intervención del elemento extraño, estas economías de subsistencia hubieran derivado en estructuras más modernas. Llegado ese elemento extraño, el europeo, la agricultura de subsistencia «fue desmantelada y arruinada» y, naturalmente, el campesino africano con ella. En algunos lugares, sobre todo al sur del río Zambese —Cono Sur— la tierra africana fue expropiada en grandes cantidades y entregadas a colonos europeos.

Al africano sin tierra se le reclutó para trabajar la «propiedad» recién adquirida del colono europeo o para meterse en el vientre de Africa en busca de minerales. Así nacieron las formas del trabajo forzado y el fenómeno del trabajador migratorio. Y el no menos impresionante del crecimiento de las ciudades africanas, en especial entre las dos guerras mundiales.

En 1931, Dakar (Senegal) tenía 54 mil habitantes. Treinta años después, 383 mil. Las cifras en los mismos años son 10,200 y 180 mil para

Abidjan; 19,400 y 120 mil para Bamako; 60,700 y 325,900 para Accra; 30,200 y 389,500 para Leopoldville; 29,800 y 250,800 para Nairobi; 20,100 y 192,800 para Salisbury, etc. Si bien los poderes coloniales ya hemos dicho que necesitaban trabajo asalariado en sus centros urbanos, por otra parte sentían temor por el ritmo de crecimiento. Ese lumpenproletariado iba a convertir las ciudades africanas de la década del 50 en hervidero de huelgas, motines manifestaciones. Baste recordar los casos de Abidjan, Lagos, Accra, Pretoria, Salisbury, etc.

Como explica Ben Barka, «la fuente del descontento» del lumpenproletariado «se encuentra en el campo». El trabajador migratorio entre las ciudades y su pedazo de tierra es en sí mismo la síntesis de la alianza obrero-campesina, la expresión del problema angustioso de la despoblación de Africa; la resultante de la falta de industrias, de su mala ubicación, de su desvinculación de la producción agrícola y de la escasez de productos alimenticios.

De estas poblaciones «flotantes» de los emergentes núcleos urbanos del Africa colonial surgieron los militantes de los primeros partidos políticos nacionalistas — a través de las llamadas «asociaciones voluntarias» — los que fueron encabezados por elementos pequeños-burgueses, en su medida y medio también explotados

por el colonialismo. Las masas de seguidores reflejan «las actitudes de hombres y mujeres que en su mayor parte no estaban totalmente en un mundo ni en el otro, ni en el viejo mundo de la vida rural ni en el nuevo mundo de la competencia urbana» Estas actitudes se irían convirtiendo con el tiempo en actitudes clasistas, en un proceso lento pero firme.

El segundo problema que pone en evidencia esta fase — expresa en una oportunidad Ben Barka — «es el de la violencia como instrumento político». Según él «la lucha revolucionaria contra un sistema socioeconómico es entonces una combinación de medios de acción políticos y militares, constante vaivén entre la legalidad y la ilegalidad».

Aquí su pensamiento se entrelaza con el de Frantz Fanon: «Después de años de irrealismo, después de haberse revolucionado entre los fantasmas mas increíbles, el colonizado, empuñando la ametralladora, se enfrenta por fin a las únicas fuerzas que negaban su ser: las del colonialismo. Y el joven colonizado... descubre lo real y lo transforma en el movimiento de su praxis, en el ejercicio de la violencia, en su proyecto de liberación» (Fanon).

El continente africano de hoy, dividido en Africa independiente, Africa neocolonial, Africa colonial (incluye Africa bajo dominio de mino-

rias racistas,) tiene que plantearse y de hecho se plantea estos problemas de la insatisfacción de las masas, de la causa de esa insatisfacción y del recuerdo o el arma o el DEBER de la violencia dentro de la lucha por cambiar el rostro y la columna vertebral de las cosas.

Ben Barka insistía en traer estos problemas al ámbito del Africa neocolonial, como buen hijo del Marruecos hollado hoy por más intereses extranjeros que los que existían al momento de la proclamación de independencia.

El neocolonialismo, sobre el cual volveremos a insistir en otra parte, ha llegado por la complicidad y la complacencia de «políticos nacionalistas que no insisten jamás en la necesidad de la prueba de fuerza, porque su objetivo no es precisamente la transformación radical del sistema». (En relación a las soluciones que brotan de la lucha violenta, «las élites son ambiguas», ha señalado asimismo Fanon).

A la desmoralización en el seno de los partidos nacionalistas que obtuvieron por vía de negociaciones la independencia de la metrópolis, se refiere precisamente Ben Barka cuando observa el panorama de gobiernos descoloridos, cuando no simples marionetas, que predominan numéricamente en el seno de la Organización de la Unidad Africana. Su crítica a ciertos elementos de la

Unión Nacional de Fuerzas Populares de Marruecos —autocrítica al mismo tiempo— hecha hace ya algunos años, cobra actualidad en ese contexto:

«Me parece que en el pasado hemos cometido especialmente tres errores fundamentales, los cuales serían completamente mortales si se repitieran en las condiciones actuales:

1. El primer error consiste en la apreciación que hicimos de los compromisos que estábamos obligados a contraer con el adversario;
2. El segundo consistió en las luchas que libramos a puertas cerradas sin la participación popular;
3. El tercer error, en la falta de claridad en nuestras posiciones ideológicas: nosotros no decíamos con precisión quienes éramos».

Los vacilantes partidos nacionalistas que luego de alcanzar el poder político en ciertos países africanos no supieron cumplir las promesas hechas al pueblo antes de la independencia, y aquellos otros que pasaron a una oposición legal o clandestina y hoy se ven acosados por déspotas civiles o caudillos militares y por sus propias fallas; debieran asimilar las críticas certeras del dirigente ma-

roquí, quien pensaba que «nuestro deber es hablar abierta y francamente a nuestras masas a fin de evitarles las desilusiones resultantes de una falsa prosperidad. Es importante promover y desarrollar en ellas la conciencia de vigilancia que las mantenga siempre atentas a las maniobras del imperialismo, sin cerrar los ojos ante nuestras propias flaquezas y errores».

Ben Barka decía que ni el optimismo revolucionario ni la confianza total en el resultado final de la lucha anti-imperialista debían impedir el análisis de ciertos «peligrosos reflujos en el movimiento revolucionario en ciertos frentes». La causa de esos retrocesos estaba, para él, en el abismo que existe «entre las aspiraciones y potencialidades revolucionarias de nuestras masas populares, de un lado, y las condiciones subjetivas de acción que les ofrecen las organizaciones actuales con sus consignas y programas, a menudo incapaces de poner a las masas a la altura de sus tareas históricas».

En más de un país africano que ha conseguido sin lucha violenta la independencia política, «las condiciones subjetivas de acción» de las organizaciones progresistas anti-neocolonialistas no han favorecido el desencadenamiento de un movimiento popular fuerte y coherente en sus tácticas de lucha. Por ejemplo, la cadena de golpes militares de los

últimos dos años es mejor explicada si a la causal conocida y aceptada de las debilidades inherentes a la burguesía burocrática que heredó el poder de los colonialistas, añadimos la menos aceptada y sin embargo decisiva de las contradicciones internas y las corrientes compromisarias dentro de los partidos de procedencia y programa populares.

II) DESPUES DE LA INDEPENDENCIA: NEOCOLONIALISMO O SOCIALISMO; SOCIALISMO Y CAPITALISMO DE ESTADO: PLANIFICACION.

El pensamiento político de Mehdi Ben Barka dedica atención especial a ese momento a la vez grandioso y pleno de incertidumbres que es el día de la independencia de los nuevos estados ex-coloniales. Importante como es esa proclamación, un gran primer paso, Ben Barka nos recuerda sin embargo que «los tiempos en que alcanzar la independencia era algo progresista ha pasado. Sólo tiene un sentido progresista el contenido político y económico de dicha independencia». Y si señalamos que entre agosto y noviembre de 1960 todos los estados que hoy componen la Organización Común Afro-Malgache, se independizaron de Francia, y que a los siete años de esa cadena de celebraciones los miembros de la OCAM —como antes los de la UAM— no han dejado

de ser simples apéndices de la economía del Mercado Común Europeo, tendremos que convenir con Ben Barka en que la ausencia del adjetivo «económica» junto al sustantivo «independencia» reduce este último a proporciones insignificantes.

Esta cuestión fundamental en el período posterior a la independencia está íntimamente relacionada con la naturaleza del poder en los nuevos estados y con la forma en que el movimiento nacional liberador, o simplemente nacionalista, llegó a él. Dice Ben Barka:

«Se trata pues de determinar si los detentores del poder son la expresión de una voluntad nacional o los representantes de intereses colonialistas... La cuestión fundamental en nuestro movimiento de liberación es la del poder político: hay que velar porque la independencia se traduzca inmediatamente en el traspaso efectivo y total del poder a los representantes auténticos de la revolución nacional en los países interesados, aunque esto ocasione el reinicio de la lucha armada».

Un ejemplo: en 1960, el fideicomiso francés del Camerun se convirtió en la República del Camerun. El movimiento de liberación que había preparado al pueblo para la lucha armada tan temprano como 1955 y precipitado la lucha misma en 1958, sufrió el contra-ataque despiadado

del colonialismo francés y sus títeres locales. Muertos sus máximos dirigentes —Ruben Um Nyobe y Felix Roland-Moumie— las guerrillas camerunesas de la Unión de los Pueblos del Camerun (UPC) fueron por otra parte víctimas de numerosas traiciones, entre ellas la del ex-jefe del «maqui» en la zona del Sanaga-Maritime, Mayi Matip. Los vicepresidentes de la organización, Ernest Ouandie y Kingue Abel, trataron de contrarrestar el avance de la reacción en vísperas de enero de 1960. Así en el aeropuerto de Douala y en los alrededores de Yaounde, los invitados extranjeros del señor Ahmadou Ahidjo, a quien Francia había situado en la presidencia de la república, tuvieron la oportunidad de presenciar las acciones desesperadas de los patriotas cameruneses, que disparaban sus armas en señal de repudio al simulacro de independencia.

Por el momento, el gobierno del Camerun es firme baluarte de los planes neocolonialistas, y el UPC, tras empeñarse en una autodepuración que tuvo por escenario el exilio, busca ahora el reencuentro con la nueva realidad, a fin de sacar del impasse a la revolución camerunesa. Otros muchos ejemplos podrían citarse: en Níger, en Malawi, en Kenia, etc.

«El deber primordial de una revolución nacional consiste ante todo

en apoderarse de la maquinaria del estado colonial para ponerla al servicio del pueblo», dice Ben Barka. «En Africa, toda política que no pase por la destrucción radical de las estructuras feudales y colonial-capitalistas no puede menos que hacerle el juego al neocolonialismo, a pesar de sus pretensiones de industrialización y planificación, ya que todos esos proyectos no son más que castillos en el aire».

Si en ciertas ocasiones palabras como «planificación» sirven tanto a un capitalismo de estado como a genuinos socialistas esas ocasiones son transitorias. Y si planificación queda como utensilio del capitalismo de estado, «esto es aceptado únicamente cuando las fuerzas populares se ven en la imposibilidad o han dejado pasar la ocasión de imponer su voluntad».

En el Seminario de Socialistas Arabes recientemente celebrado en la capital de Argelia, algunas tendencias quisieron abrirse paso con el propósito de aumentar el grado de mixtificación del pensamiento revolucionario en el mundo árabe —gran responsable, quizás en igual medida que el imperialismo-sionismo, de la derrota sufrida en junio de 1967— y hacer ver que la edificación socialista marchaba triunfalmente en países como Irak. Si esta maniobra llega a consolidarse, hubiera existido la obligación de aceptar igualmente

el tragicómico fenómeno llamado «socialismo destouriano» del señor Habib Bourguiba, Presidente de Túnez, y quien sabe si hasta la pujante micro-burguesía financiera de Kuwait hubiera querido hacer su debut entre los socialistas árabes.

Afortunadamente, se coincidió en que sólo en Argelia, Siria y la República Árabe Unida, los tiempos de la angustiada y necesaria acumulación no pasan bajo la dudosa batuta del capitalismo de estado sino bajo la dirección de partidos progresistas de masas, como el Frente de Liberación Nacional, el Partido Baas y la Unión Socialista Árabe, que paso a paso van ampliando la base social de las estructuras estatales, en gran parte heredadas del colonialismo. En Argelia, específicamente, el desarrollo es favorecido por una larga y sangrienta guerra que templó tanto al pueblo como a los dirigentes.

Ben Barka, a propósito, señalaba que «un programa de desarrollo nacional no es la suma de los intereses de todos los grupos sociales, ni menos aun de uno solo», y acto seguido subrayaba:

«El papel de un partido revolucionario en la hora actual no es ponerse un título, sino demostrar en qué se diferencia de todos los seudosocialistas que llenan hoy el continente africano con sus algaradas. Resulta absolutamente necesario luchar con-

tra las desviaciones y mixtificaciones con respecto al socialismo que, como etiqueta falaz, puede lo mismo encubrir a un régimen semifascista, que a un estado feudal o a un engendro del imperialismo».

¿Y por qué los seudosocialistas llenan hoy el continente africano con sus algaradas? ¿Cómo pueden hablar hoy en Africa de socialismo «un régimen semifascista» —Camerun— Níger— o «un estado feudal» o «un engendro del imperialismo» —Senegal, Kenia y hasta algunas dictaduras de policías y soldados?

Como ha estudiado el africanista indio Jitendra Mohan, en la mayor parte de los nuevos estados de Africa, la clase dominante es un producto total y peculiar de la situación colonial. Consiste en un pequeño número de africanos: antiguos burocratas de segundo nivel en las administraciones coloniales; los privilegiados de las profesiones liberales —médicos, maestros, farmacéuticos, dentistas—, comerciantes (comercio intermediario) y campesinos pequeños y medios (cultivos comerciales). No se trata de una burguesía nacional propiamente dicha, ya que el tipo de explotación colonial previno en lo posible la acumulación de capital en manos africanas, pero debido a las oportunidades únicas de educación y de actuación política brindadas por los colonialistas, esta clase dominante tuvo la ventaja de

tener una «conciencia de clase» superior a la de las masas campesinas y obreras del sistema de trabajo migratorio predominante en África.

La misma ambigüedad de sus posiciones intermedias tenía que reflejarse en sus actitudes políticas, antes y después de la independencia.

Aunque fue la actual clase dominante africana vocero del nacionalismo independentista, ese nacionalismo no era más que su deseo y determinación de liquidar el poder colonial que en cierta forma la oprimía en su segundo nivel, y ejercer sobre su propio pueblo la hegemonía política, económica y social. Jamás vio este grupo en la obtención de la independencia una primera fase de la total liberación del país. Esa independencia fue ni más ni menos que el punto de partida para su completo desarrollo como clase dominante. No quiso pues destruir el sistema colonial, sino sencillamente sustituir a la élite colonial extranjera por una élite africana. De ahí sus constantes demandas por la africanización de la administración.

Sin embargo, en un continente de campesinos y agricultura maltratados por el colonialismo, la modernización de esa agricultura y de esos campesinos es fundamental a cualquier tipo de desarrollo. La clase en el poder en los nuevos estados, *sin otro poder económico que el que pueda adquirir a través del estado,*

ya que el resto sigue en manos extranjeras, tiene ineluctablemente que tratar de convencer a las masas del papel dirigente del Estado en el desarrollo económico. Y como va además a pedirles grandes sacrificios, debe al mismo tiempo inculcarles un sentido de «unidad nacional».

Es entonces que hace su aparición el término «socialismo africano», que pone énfasis en «la igualdad, el bienestar del pueblo, la preeminencia de lo social, tradicional y comunal sobre el interés individual». Todo esto acompañado del vocabulario integracionista del «África sin clases».

En África, el subdesarrollo hace especialmente atractivo el término planificación, tanto para la clase dominante —que habla de «socialismo africano»— como para las masas desposeídas y ansiosas de entrar en los beneficios de la vida moderna. La planificación se convierte así, como ha señalado un economista, en un sustituto del cambio radical de las estructuras o, en dos palabras, de la Revolución Africana.

Ben Barka señala que «hay un período más o menos largo que se extiende entre la obtención de la liberación política y el punto de partida desde el cual se pueden echar las bases de una verdadera acción revolucionaria. A menos que se destruya la maquinaria estatal colonial, como ocurrió en Viet Nam, este

período de pausa es generalmente bastante largo». (Caso típico: la democracia nacional ghanesa, derrocada por un cuartelazo en febrero de 1966).

Ya dentro del apogeo neocolonialista en ciertos estados, sigue diciendo Ben Barka, «en tanto que la práctica real de las masas no ha puesto en evidencia la alianza necesaria e indisoluble entre el régimen y el imperialismo, en tanto que el primero puede tener una apariencia de independencia, en tanto que las clases dirigentes puedan presentar características democráticas y nacionales, la crítica al régimen en conjunto será necesariamente verbal y demagógica».

«La alianza de una feudalidad poderosa y reaccionaria (como en Nigeria del Norte y parte del oeste), una burguesía servil y cobarde (Nigeria del Este y parte del oeste) y un mandarinato administrativo ineficiente y corrupto», «conjunción de las fuerzas del mal» para Ben Barka, «puede perpetuar la dependencia económica y el desarrollo» y hasta constituir «una regresión, incluso con respecto a ciertas formas colonialistas».

III) CAMBIOS OPERADOS EN LA EXPLOTACION IMPERIALISTA DEL AFRICA. LAS VICISITUDES DEL DESARROLLO.

Indagando en el pasado, ¿cómo se lograron estas independencias africa-

nas después de la segunda Guerra Mundial? Si exceptuamos los contados ejemplos de 1952 en Egipto, 1957 en Ghana (con ciertas reservas, por el tiempo transcurrido entre la campaña de Acción Positiva de 1950 y la aceptación plena del gobierno Nkrumah por la administración colonial británica en marzo de 1957), en Guinea, 1954-62 en Argelia —lucha larga, garantía mejor—, y las revoluciones abortadas a bayonetazos y golpes de astucia de los europeos en Camerun, Niger, Malawi, Kenya, Nigeria y Congo-Leopoldville, «hay que plantearse si la mayor parte de estas liberaciones han sido obtenidas mediante la victoria sobre el colonizador o en colaboración con él». Ben Barka opina que «sin duda se necesita del acuerdo de dos hasta para terminar una guerra sin misericordia, pero hay una gran diferencia entre un acuerdo para terminar una querrela y una *ayuda que inspira y dirige*». Es vital que tengamos en cuenta, a la hora de considerar y juzgar a los estados africanos y medio-orientales de hoy «que lo que no era más que una tendencia del imperialismo entre las dos guerras mundiales (creación del reino independiente de Irak en 1932, por ejemplo), se ha convertido en una política concebida con claridad y aplicada con perseverancia, de donde surge el conocido término «descolonización.»

La explicación económica de Ben Bārka se basa en los cambios operados en la explotación imperialista de África después de la Segunda Guerra Mundial:

«Esta nueva orientación del sistema colonial tradicional no es más que la expresión de un cambio profundo en las estructuras del capitalismo occidental. No es por azar que en la política de los países europeos con respecto a sus colonias haya aparecido un «liberalismo» creciente a medida que el capitalismo europeo se ha ido modernizando y americanizando. Desde finales de la Segunda Guerra Mundial, Europa Occidental, por el Plan Marshall y por una interpenetración cada vez mayor con la economía norteamericana, se ha alejado de las estructuras del siglo XIX para adoptarse al capitalismo norteamericano: era pues inevitable que adoptara igualmente el modo de relaciones de los Estados Unidos con el nuevo mundo, o dicho en otras palabras, que tuviera también su América Latina».

De la combinación de la «nueva línea» o neocolonialismo con las angustias del subdesarrollo que el viejo colonialismo había dejado y que expresan por los términos «socialismo africano» y «planificación», surgen las tristes realidades de esas asociaciones regionales «para el desarrollo regional», ahora insistentemente auspiciadas por el imperialismo norte-

americano como antes por la vieja Europa, como las uniones aduaneras de las antiguas África Occidental Francesa y África Ecuatorial Francesa, como el proyecto de la Cuenca del Río Senegal, como el Consejo de la Entente, como la Unión de África Oriental (KENUTAN), como la Organización Común Africana y Malgache; si bien la materialización del modo de hacer neocolonial de factura europea es sin duda el Tratado de Asociación de 18 países Africanos a la Comunidad Económica Europea o Convención de Yaoundé, la que debe expirar en 1969 y ser renovada — renovación que cuenta ya con la aprobación de 10 de los 18 países africanos miembros.

La justificación detrás de cada acuerdo o concesión al neocolonialismo es el desarrollo, «verdad profunda, oculta hasta ahora, pero esencial» según Ben Bārka. Sus ideas a este respecto pudieran sintetizarse de la siguiente forma:

1. La única manera de evitar la desmovilización de las masas africanas después de adquirida la independencia («otorgada y ficticia») es convenciéndolas de que esta independencia se mide por el uso que de ella se haga en función del crecimiento y el desarrollo.

2. Debe rechazarse la expresión aritmética del desarrollo en nuestro mundo: «Hay un aspecto humano,

social y cultural que es absolutamente necesario circunscribir para llegar a un análisis adecuado».

3. A partir del punto 2, «la vía más sana es la que prepara al mismo tiempo a los hombres y a las cosas para un desarrollo independiente y, por consiguiente, más seguro y más trascendental».

IV) NEUTRALISMO. NO ALINEAMIENTO

El tipo de no alineamiento afroasiático que nació en Bandung en 1955 tuvo sus pruebas de fuego en 1956 (Suez), 1960 (Congo), 1962 (Crisis del Caribe) y 1964 (Viet Nam). En el verano de 1967 se enfrenta a la crisis del Medio Oriente, cuando ya sus gestores de estatura internacional han disminuido en número: muerto Jawaharlal Nehru, derrocados por golpes militares Sukarno y Kwame Nkrumah. El presidente de la República Arábiga, Gamal Abdel Nasser, que atraviesa el período más difícil de su vida de dirigente, ha cosechado pocos frutos de los viejos lazos de los no-alineados en estos momentos. Dentro del mundo árabe, Siria y Argelia han respaldado a la RAU, mientras que otras fuerzas dentro de la Liga Árabe se mueven para concertar una «paz regional» que pondría en peligro la colaboración entre el gobierno de la RAU y los revolucionarios palestinos y de la

Península Arábiga. Así, la Conferencia cumbre de Jartum de septiembre de este año ha sido un claro ejemplo de la irrealidad de un no alineamiento árabe que no sólo no pudo detener a los agresores israelíes, sino que ahora vacila en emprender la guerra popular, preconizada por Siria, Argelia y los palestinos, para expulsar al ejército de ocupación sionista.

«El neutralismo —ha dicho Ben Bārka— ha sido un punto de referencia desde que Dulles lo techó de inmoralidad, o sea, en el momento en que no tenía otro valor que el de la opción sobre el futuro. La lucha antimperialista era aún restringida geográficamente y timorata en el terreno económico y, por lo tanto, los pocos países que rehusaban pura y simplemente alinearse al bloque occidental preparaban el camino de la liberación de otros pueblos».

Pero los años han transcurrido, la agresividad imperialista ha aumentado y el movimiento de liberación nacional tricontinental ha recorrido varias fases del proceso de maduración ideológica en tiempo record. Por eso Ben Bārka concluye diciendo que «a partir del momento en que la lucha antimperialista toma toda su amplitud, en que el occidente aprende sus lecciones en torno al neocolonialismo y se muestra dispuesto a aceptar una neutralidad

superficial, la simple profesión de fe neutralista no puede bastar: sólo importa tomar posiciones concretas en cuanto a casos precisos».

V) LA UNIDAD

La tesis de Ben Barka sobre la necesidad de poner el no alineamiento de Bandung a tono con los tiempos que corren, tiene directa relación con otro problema que aturde a algunos elementos progresistas del Africa y Medio Oriente: el problema de la unidad, tal y como se plantea en la Liga Arabe —panarabismo— y en la Organización de la Unidad Africana —panafricanismo. Los acontecimientos en el Medio Oriente durante y después de la guerra de junio, y en Africa al sur del Sahara después de la cadena de golpes militares y de la llamada Declaración Unilateral de Independencia de los racistas rhodesianos, el 11 de noviembre de 1965, han puesto en tela de juicio las concepciones de los fundadores de las naciones independientes del mundo árabe y africano. Ninguna reunión de la Liga o de la OUA se salva del mal de la desproporción entre lo dicho y lo hecho, entre derecha e izquierda, entre la teoría y la práctica. La unidad, para Ben Barka, debe contemplarse entre dos realidades: una unificación ya realizada, que es la del imperialismo (es decir, la de la explotación y la esclavitud),

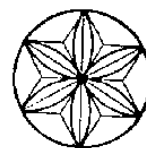
y la división, hija también del imperialismo, que desgarrar al continente según los apetitos y conflictos de los monopolios capitalistas.

La unidad —añade el desaparecido dirigente marroquí— debe ganarse poco a poco en el curso de luchas difíciles y no ser considerada la suma de resultados ya obtenidos.

Aunque él acepta que la liquidación del sistema colonial y la armonización gradual de la política económica son metas de trabajo mancomunado, posibles si son emprendidas con seriedad, por otra parte señala que «el imperialismo ha comprendido perfectamente que tomando por sorpresa a las masas africanas y a sus dirigentes, escogiendo el camino inverso, aceptando la idea formal de una unidad continental o regional, podría muy bien consolidar lo dado, o sea, la preponderancia imperialista. Esta política es actualmente tan peligrosa que el primer deber de los movimientos revolucionarios es luchar contra este falso concepto que consolida a los regímenes reaccionarios y los absuelve de su política neocolonialista».

Frente al reformismo que ayuda a perpetuar al sistema capitalista de explotación, Ben Barka plantea: «Sólo una política antimperialista global, tanto en el interior como en el exterior, nos permitirá estar a la altura de nuestras tareas».

Noviembre de 1967.



PROGRAMA PARA LA REVOLUCION

ROSA LUXEMBURGO

El discurso de Rosa Luxemburgo sobre el programa del partido fue pronunciado en el congreso de fundación del Partido Comunista Alemán que se constituyó formalmente con el primer acto de una conferencia nacional inaugurada el 30 de diciembre de 1918 por la Liga Espartaquista. Dos semanas después, el 15 de enero de 1919, Rosa Luxemburgo fue vilmente asesinada por oficiales del ejército contrarrevolucionario, que actuaban en colusión con los socialdemócratas del ala derecha, para decapitar el movimiento revolucionario que amenaza con derribar al régimen capitalista alemán. En aquel infausto día fue asesinado también Karl Liebknecht, compañero de Rosa Luxemburgo en la dirección de la Liga Espartaquista, que comprendía el ala revolucionaria de la socialdemocracia alemana.

¡Comaradas! Nuestra tarea consiste hoy en discutir y adoptar un programa. Al emprender esta tarea no estamos impulsados solamente por la consideración de que ayer fundamos un nuevo partido y que un nuevo partido tiene que formular un programa. Grandes movimientos históricos han sido las causas deter-

minantes de las deliberaciones de hoy.

Ha llegado el momento en que todo el programa socialista del proletariado tiene que ser establecido sobre un nuevo fundamento. Estamos frente a una posición similar a la que afrontaron Marx y Engels cuando escribieron el *Manifiesto*

Comunista hace ya setenta años. Como todos vosotros sabéis, el *Manifiesto Comunista* se refiere al socialismo, a la realización de los propósitos del socialismo como tarea inmediata de la revolución proletaria. Esta fue la idea representada por Marx y Engels en la revolución de 1848; fue también por tanto la idea sobre la que concibieron la base para la acción proletaria en el campo internacional. Al igual que todos los espíritus destacados del movimiento de la clase obrera, tanto Marx como Engels creían entonces que la introducción inmediata del socialismo era una cosa factible. Solamente era necesario producir una revolución política, apoderarse del poder político del estado, y ya el socialismo dejaría inmediatamente de ser una imagen del pensamiento para convertirse en una imagen de carne y hueso.

Posteriormente, como todos vosotros sabéis, Marx y Engels emprendieron una completa revisión de este criterio. En el Prefacio escrito por ellos dos para la reimpresión del *Manifiesto Comunista*, en el año 1872, encontramos el siguiente pasaje: «No se pone énfasis especial en las medidas revolucionarias propuestas al final de la segunda sección. En muchos sentidos, ese pasaje sería expresado hoy de un modo diferente. En vista de los gigantescos saltos que ha dado la industria mo-

derna durante los últimos veinticinco años y del consiguiente progreso y desarrollo en la organización de la clase obrera, en vista de la experiencia práctica que se ha ganado, primero en la revolución de febrero y luego, todavía más, en la Comuna de París, donde por primera vez el proletariado mantuvo el poder político durante dos meses completos, este programa se ha hecho anticuado en algunos detalles. Hay algo que la Comuna probó de un modo especial, y es que la clase obrera no puede simplemente apoderarse de la maquinaria estatal previamente confeccionada y utilizarla para sus propios propósitos».

¿En qué términos está redactado realmente el pasaje así considerado como una cosa anticuada? Dice lo siguiente:

«El proletariado usará su supremacía política: para arrebatar gradualmente todo el capital a la burguesía; para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del estado, es decir, del proletariado organizado como clase gobernante; y para incrementar la totalidad de las fuerzas productivas tan rápidamente como sea posible.

»Desde luego, al principio esto no se puede realizar si no es por medio de incursiones despóticas sobre los derechos de propiedad y sobre las condiciones de la producción bur-

guesa; por medidas, en consecuencia, que parecen económicamente insuficientes e insostenibles, pero que, en el curso del movimiento, se sobrepasan a sí mismas, necesitan incursiones ulteriores sobre el antiguo orden social, y son imprescindibles para revolucionar por completo el modo de producción.

»Las medidas serán diferentes, por supuesto, en los distintos países.

»No obstante, en los países más avanzados, las siguientes serán casi generalmente aplicables:

»1. Abolición de la propiedad sobre la tierra y aplicación de todas las rentas del suelo a propósitos públicos.

»2. Un fuerte impuesto sobre la renta, progresivo o graduado.

»3. Abolición del derecho de herencia.

»4. Confiscación de la propiedad de todos los emigrantes y rebeldes.

»5. Centralización del crédito en manos del estado, por medio de un banco nacional con capital estatal y un monopolio exclusivo.

»6. Centralización de los medios de comunicación y transporte en manos del estado.

»7. Aplicación de las fábricas e instrumentos de producción de propiedad estatal: la conversión de las

tierras baldías en tierras cultivables, y el mejoramiento del suelo en general, de acuerdo con un plan concertado.

»8. Obligación igual sobre el trabajo. Establecimiento de ejércitos industriales, especialmente para la agricultura.

»9. Coordinación de la agricultura con las industrias fabriles: abolición gradual de la distinción entre la ciudad y el campo, mediante una distribución más uniforme de la población por todas las áreas rurales.

»10. Educación libre para todos los niños en escuelas públicas. Abolición del trabajo de los niños en las fábricas en su forma actual. Combinación de la educación con la producción industrial, etc., etc.»

Con algunas variaciones insignificantes, éstas, como bien sabéis, son las tareas que se nos enfrentan hoy. Estas son las medidas que tendremos que tomar para realizar el socialismo. Desde el día en que fue formulado el programa ya expuesto hasta la hora presente han transcurrido setenta años de desarrollo capitalista; y el proceso de la evolución histórica nos ha remontado al punto de vista que Marx y Engels habían abandonado en 1872 por considerarlo erróneo. En aquel entonces había excelentes razones para creer que sus apreciaciones anteriores ha-

bían sido desacertadas. Pero la evolución ulterior del capital ha dado por resultado esta situación en que se ha hecho una verdad lo que era un error en 1872. Y entre aquel punto del desarrollo, el que comenzó en 1848, y nuestra situación y nuestra tarea inmediata, se ha producido toda una evolución, no solamente del capitalismo, sino también del movimiento laboral socialista. Sobre todo, han sobrevenido los acontecimientos ya mencionados, que han hecho de Alemania la tierra directriz del proletariado moderno.

Esta evolución de la clase obrera ha adoptado una forma peculiar. Después de las desilusiones de 1848, cuando Marx y Engels habían abandonado la idea de que el proletariado pudiese realizar inmediatamente el socialismo, surgieron en todos los países partidos socialistas, inspirados en propósitos muy diferentes. El objetivo inmediato de estos partidos era, explícitamente, el trabajo circunstancial, la pequeña lucha diaria en los campos políticos e industrial. Así, gradualmente, se formarían los ejércitos proletarios, y estos ejércitos estarían listos para llevar a cabo el socialismo cuando hubiese madurado el desarrollo capitalista. El programa socialista se estableció por tanto sobre un fundamento completamente distinto, y en Alemania el cambio adoptó una forma particularmente

típica. Hasta el colapso del 4 de agosto de 1914, la socialdemocracia alemana mantuvo una postura acorde con el programa de Erfurt, y mediante este programa, se pusieron en primer plano los llamados objetivos mínimos inmediatos, en tanto que el socialismo no era más que una lejana estrella de orientación.

Pero mucho más importante que lo que se escribe en un programa, es la forma en que ese programa se interpreta en la acción. Desde este punto de vista hay que atribuirle mucha importancia a uno de los documentos históricos del movimiento laboral alemán, el prólogo redactado por Engels para la reimpresión que se hizo en 1895 de *La lucha de clases en Francia*, escrita por Marx. No es solamente el fundamento histórico lo que me sirve de base para plantear nuevamente esta cuestión. Se trata de un asunto de extremada actualidad. Nuestro deber insoslayable consiste ahora en restablecer nuestro programa sobre las bases echadas por Marx y Engels en 1848. En vista de los cambios que han tenido lugar desde entonces en el proceso histórico del desarrollo, estamos en la obligación de emprender una revisión deliberada de los criterios que guiaron a la socialdemocracia alemana hasta el colapso del 4 de agosto. En esa revisión está basada nuestra tarea oficial de hoy.

EL PUNTO DE VISTA DE ENGELS

¿Cómo contempló Engels la cuestión en aquel célebre prefacio para *La lucha de clases en Francia*, que escribió en 1895, doce años después de la muerte de Marx? Ante todo, echando una mirada retrospectiva hacia el año 1848, puso de manifiesto que la creencia de que la revolución socialista era inminente se había hecho obsoleta. Continuaba de este modo:

«La historia ha mostrado que todos estamos equivocados al mantener tal creencia. Ha mostrado que el estado de la evolución económica en el continente estaba entonces muy lejos de tener la madurez suficiente para abolir la producción capitalista. Esto ha sido probado por la revolución económica que desde 1848 ha tenido lugar en todo el continente. La industria en gran escala se ha establecido en Francia, Austria-Hungría, Polonia, y últimamente en Rusia. Alemania se ha situado en primera fila como país manufacturero. Todos estos cambios han tenido lugar sobre una base capitalista, una base que en el año 1848 tenía que sufrir todavía una enorme ampliación».

Después de resumir los cambios que se habían producido en el período intermedio, Engels pasó a considerar las tareas inmediatas del Partido Socialdemócrata Alemán. «Como

había predicho Marx —escribió—, la guerra de 1870-71 y la caída de la Comuna trasladaron de Francia a Alemania el centro de gravedad del movimiento laboral europeo. Era muy natural que tuvieran que transcurrir muchos años antes de que Francia pudiera recobrar de la sangría del mes de mayo de 1871. En Alemania, por otra parte, la industria manufacturera estaba desarrollándose a pasos agigantados, en la atmósfera de invernadero creada por la afluencia de los billones franceses. Más rápido y consistente fue todavía el crecimiento de la socialdemocracia. Gracias al acuerdo en virtud del cual los obreros alemanes ha podido aprovecharse del sufragio universal [masculino] introducido en 1866, el asombroso crecimiento del partido ha sido demostrado ante todo el mundo por el testimonio de figuras cuya significación nadie puede negar».

A continuación venía la famosa enumeración que mostraba el aumento de los votos del partido de una elección a otra, hasta que las cifras se elevaron a millones. De este progreso sacó Engels la siguiente conclusión: «El éxito del empleo del voto parlamentario trajo consigo la aceptación por el proletariado de una táctica completamente distinta, y este nuevo método ha tenido un rápido desarrollo. Se ha comprendido que las instituciones polí-

ticas en que está incorporado el dominio de la burguesía ofrecen un punto de apoyo para que el proletariado pueda trabajar para echar abajo estas mismas instituciones políticas. Los socialdemócratas han participado en las diversas elecciones para las diversas Dietas, los ayuntamientos y las cortes industriales. Dondequiera que el proletariado ha podido asegurar una voz eficaz, le ha disputado a la burguesía la ocupación de estas fortalezas electorales. Por consiguiente, la burguesía y el gobierno se han alarmado mucho más por las actividades constitucionales de los obreros que por las inconstitucionales, temiendo a los resultados de las elecciones mucho más que lo que temen a los resultados de la rebelión».

Engels agrega una crítica detallada de la ilusión de que en las condiciones capitalistas modernas el proletariado puede tener la esperanza de hacer algo por la revolución combatiendo en la calle. Sin embargo, al ver que hoy estamos en medio de una revolución, una revolución caracterizada por la pelea en la calle y todo lo que esto trae aparejado, me parece que ha llegado la hora de liberarnos de los principios que han guiado a la política oficial de la socialdemocracia alemana hasta este momento, de los principios que son en parte culpables de lo que ocurrió el 4 de agosto de 1914.

No quiere decir que, a causa de estas expresiones. Engels tiene alguna responsabilidad personal en lo que respecta a todo el curso de la evolución socialista en Alemania. Meramente llamo vuestra atención hacia una de las clásicas piezas de evidencia de las opiniones prevalentes en la socialdemocracia alemana —opiniones que han resultado fatales para el movimiento. En este Prefacio demostró Engels, como experto que era en la ciencia militar, que era una pura ilusión creer que los obreros podían, en el estado existente de la técnica militar y de la industria, y en vista de las características de las grandes ciudades de hoy, tener éxito en una revolución llevada a cabo por la lucha en la calle. De este razonamiento se sacaron dos importantes conclusiones. En primer lugar, la lucha parlamentaria estaba en contraposición a la acción revolucionaria directa por el proletariado, y precisamente la lucha parlamentaria estaba indicada como la única manera práctica de llevar adelante la lucha de clases. El parlamentarismo, y solamente el parlamentarismo, fue la consecuencia lógica de esta crítica.

ACTITUD ANTE LOS MILITARES

En segundo lugar, toda la maquinaria militar, la organización más poderosa del estado de clases, era

considerada, a priori, como algo absolutamente inaccesible a las influencias socialistas. Cuando Engels declara en su Prefacio que, a causa del desarrollo moderno de los gigantes ejércitos, es una verdadera locura suponer que los proletarios puedan en cualquier momento hacer retroceder a soldados armados con ametralladoras y equipados con todos los demás artefactos de la técnica más moderna, la aseveración se basa evidentemente en la hipótesis de que todo el que se hace un soldado, se convierte por lo tanto, de una vez y para siempre, en uno de los puntales de la clase dominante. Sería absolutamente incomprensible, a la luz de la experiencia contemporánea, que un dirigente tan notable como Engels pudiese haber cometido semejante disparate, si no conociéramos las circunstancias en que fue redactado este histórico documento. En honor a nuestros dos grandes maestros, y especialmente en honor a Engels, que murió doce años después que Marx, y fue siempre un leal defensor de las teorías y la reputación de su gran colaborador, tengo que recordaros el hecho bien conocido de que el Prefacio de que hablamos, fue escrito por Engels bajo la fuerte presión ejercida por el grupo parlamentario. En aquella fecha, durante la primera parte de la década del noventa, después que había sido anulada en Alemania la

ley antisocialista, había un fuerte movimiento hacia la izquierda. El movimiento de los que deseaban evitar que el partido se enfrascase por completo en la lucha parlamentaria. Bebel y sus compañeros deseaban argumentos convincentes, respaldados por la gran autoridad de Engels; deseaban una declaración que les ayudase a mantener una mano fuerte sobre los elementos revolucionarios.

Era característico de las condiciones del partido en aquel entonces que los parlamentarios socialistas dijeran la última palabra tanto en la teoría como en la práctica. Aseguraron a Engels, que vivía en el extranjero y, naturalmente, aceptaba la seguridad en su valor literal, que era absolutamente esencial salvaguardar al movimiento laboral alemán contra un lapso en el anarquismo, y de este modo lo obligaron a escribir en el tono que ellos querían que lo hiciera. A partir de entonces, las tácticas expuestas por Engels en 1895 guiaron a los socialdemócratas alemanes en todo lo que hicieron y en todo lo que dejaron de hacer, hasta el momento del final, que no podía ser otro, el 4 de agosto de 1914. El Prefacio fue la proclamación formal de la táctica del parlamentarismo exclusivo. Engels murió ese mismo año, y no tuvo, por tanto, oportunidad de estudiar las consecuencias prácticas de su teoría. Los que co-

nocen las obras de Marx y Engels, los que están familiarizados con el espíritu genuinamente revolucionario que inspiraba a todas sus enseñanzas y a todos sus escritos, tendrán la absoluta seguridad de que Engels habría sido uno de los primeros en protestar contra la corrupción del parlamentarismo, contra el despilfarro de las energías del movimiento laboral, que fue característica de Alemania durante las décadas anteriores a la guerra.

El 4 de agosto no vino como un trueno que se produce en un cielo despejado; lo que sucedió el 4 de agosto no fue un hecho casual en el curso de los acontecimientos, sino el resultado lógico de lo que habían estado haciendo día tras día y durante muchos años los socialistas alemanes. Estoy convencida de que Marx y Engels, si hubieran vivido en nuestro tiempo, habrían protestado con la mayor energía, y habrían utilizado todas las fuerzas que hubieran podido acopiar para evitar que el partido cayera en el abismo. Pero después de la muerte de Engels en 1895, el partido cayó, en el campo teórico, en manos de Kautsky. El resultado de este cambio fue que, en cada congreso anual, las enérgicas protestas del ala izquierda contra una política puramente parlamentarista, sus urgentes advertencias contra la esterilidad y el peligro de semejante política, fueron estigma-

tizadas como anarquismo, socialismo anarquizante, o por lo menos antimarxismo. Lo que oficialmente se hacía pasar por marxismo, se convirtió en un manto que encubría todos los tipos posibles de oportunismo, la constante evasión de la lucha de clases revolucionaria y todos los paños calientes que se puedan concebir. De este modo, la socialdemocracia alemana y el movimiento laboral, al igual que el movimiento sindical, se vieron condenados a languidecer dentro del marco de la sociedad capitalista. Se acabaron todos los esfuerzos serios de los socialistas y sindicalistas alemanes por derribar las instituciones capitalistas o desquiciar el funcionamiento de la maquinaria capitalista.

Pero hemos llegado al momento en que podemos decir, camaradas, que estamos con Marx nuevamente, que una vez más estamos avanzando guiados por su bandera. Si hoy declaramos que la tarea inmediata del proletariado es hacer del socialismo una realidad viviente y destruir las raíces y las ramas del capitalismo, al decir esto retomamos nuestra posición sobre el terreno ocupado por Marx y Engels en 1848, adoptamos una postura de la cual ellos, en principio, nunca se movieron. Por fin se ha hecho evidente lo que es el verdadero marxismo, y lo que ha sido el sustituto del marxismo.

(Aplausos.) Me refiero al sustituto del marxismo que, por tanto tiempo, ha sido el marxismo oficial de la socialdemocracia. Ya veis a qué conduce el marxismo de esta especie; el marxismo de los que son paniaguados de Ebert, David y todos los de su calaña. Estos son los representantes oficiales de la doctrina que durante decenios ha sido proclamada a bombo y platillos como marxismo intachable. Pero en realidad, el marxismo no podía conducir en esta dirección, no podía llevar a los marxistas a empeñarse en actividades contrarrevolucionarias en causa común con individuos como Scheidemann. El auténtico marxismo vuelve sus armas también contra los que tratan de falsificarlo. Socavando como un topo las bases de la sociedad capitalista, ha trabajado tan bien que la mayor parte del proletariado alemán marcha hoy bajo nuestra bandera, la insignia abrumadora de la revolución. Aun en el campo enemigo, incluso donde la contrarrevolución todavía parece dominar, tenemos partidarios y futuros compañeros de armas.

SETENTA AÑOS DESPUES DE 1848

Permitidme que repita, pues, que el curso de la evolución histórica nos ha remontado al punto en que estaban Marx y Engels en 1848, cuando enarbolaron por primera vez

la bandera del socialismo internacional. Mantenemos la misma posición en que estaban ellos, pero con la ventaja de que entre ellos y nosotros median setenta años de desarrollo capitalista; los que revisaban los errores e ilusiones de 1848 tenían la impresión de que había que recorrer todavía un interminable camino antes de que se pudiera tener la esperanza de realizar el socialismo. Huelga que os diga que ningún pensador serio se ha inclinado jamás a fijar una fecha definida para el colapso del capitalismo; pero después de los fracasos de 1848, la fecha de ese colapso parecía estar situada en un futuro lejano. Tal creencia, además, aparece en cada línea del prólogo que Engels escribió en 1895. Ahora estamos en una situación en que podemos hacer un recuento, y podemos ver que el tiempo ha sido realmente breve en comparación con el que ha transcurrido durante la secuencia de las luchas de clases a lo largo de la historia. El progreso del capitalismo en gran escala nos ha llevado tan lejos que hoy podemos emprender seriamente la tarea de destruir al capitalismo de una vez y para siempre. Lo que es más, no solamente estamos hoy en una situación que nos permite realizar esa tarea, no solamente su realización es un deber del proletariado, sino que nuestra solución ofrece el único medio

de evitar la destrucción de la sociedad humana. (Ovación.)

¿Qué es lo que ha dejado la guerra burguesa aparte de un montón de escombros? Esencialmente, por supuesto, todos los medios de producción y la mayor parte de los instrumentos del poder, prácticamente todos los instrumentos decisivos del poder, están todavía en manos de las clases dominantes. En cuanto a esto no albergamos ilusión alguna. Pero lo que nuestros gobernantes serán capaces de lograr, en sus frenéticos esfuerzos por restablecer su sistema de explotación, derramando sangre y segando vidas, no será otra cosa que el caos. La situación ha llegado a un punto en que hoy la humanidad está frente a una alternativa: perecer en medio del caos, o encontrar la salvación en el socialismo. Como resultado de la gran guerra es imposible que las clases capitalistas encuentren salida alguna para sus dificultades aunque se mantengan como clases gobernantes. Ahora comprendemos la verdad absoluta que hay en la declaración formulada por primera vez por Marx y Engels como base científica del socialismo en la gran carta fundamental de nuestro movimiento, el *Manifiesto Comunista*. El socialismo, dijeron ellos, se convertirá en una necesidad histórica. El socialismo es inevitable, no meramente porque los proletarios ya no están

dispuestos a vivir en las condiciones impuestas por la clase capitalista, sino también porque, si el proletariado deja de cumplir con sus deberes como clase, si deja de realizar el socialismo, todos estaremos condenados al destino común de perecer juntos. (Prolongados aplausos.)

Aquí tenéis el fundamento general del programa que hoy estamos adoptando, y cuyo resumen habéis visto todos en el folleto *Was will der Spartakusbund*.¹ Nuestro programa se opone deliberadamente al principio fundamental del programa de Erfurt; se opone deliberadamente a que las llamadas demandas mínimas e inmediatas formuladas para la lucha política y económica sean separadas de la meta socialista, considerada como el programa máximo. Está en deliberada oposición al programa de Erfurt en que liquidemos los resultados de setenta años de evolución, en que liquedemos, sobre todo, los resultados primordiales de la guerra diciendo que no sabemos nada de programas mínimos y máximos; lo único que conocemos es el socialismo, y es el socialismo el mínimo que vamos a asegurar.

No propongo que se discutan los detalles de nuestro programa. Ello sería demasiado prolijo, y vosotros

¹ ¿Qué quiere la Liga espartaquista? (N. de R.)

os formaréis vuestra propia opinión en cuestiones de detalle. La tarea que me atañe es esbozar a grandes rasgos los aspectos en que nuestro programa se distingue de lo que hasta ahora ha sido el programa oficial de la socialdemocracia alemana. Considero, sin embargo, que es de suma importancia que en nuestra apreciación de las circunstancias concretas del momento lleguemos a una comprensión de las tácticas que tenemos que adoptar, de las medidas prácticas que hay que tomar, en vista del curso de la revolución hasta la hora actual, y en vista del rumbo probable del desarrollo ulterior. Tenemos que juzgar la situación política desde el punto de vista que acabo de caracterizar, desde el punto de vista de los que procuramos la inmediata realización del socialismo, de los que estamos decididos a subordinar todo lo demás a ese propósito.

PRIMER ACTO DE LA REVOLUCION

Nuestro congreso, el congreso de lo que puedo llamar orgullosamente el único partido socialista revolucionario del proletariado alemán, coincide casualmente, por el momento en que se produce, con una crisis en el desarrollo de la revolución alemana. «Coincide casualmente», digo yo, pero en verdad la coincidencia

no es cuestión de casualidad. Podemos aseverar que después de los acontecimientos de estos últimos días se ha bajado la cortina para el primer acto de la revolución alemana. Estamos ahora en la apertura del segundo acto, y es deber de todos nosotros emprender el autoexamen y la autocritica. Nos guiaremos con más sensatez en el futuro, y ganaremos ímpetu adicional para seguir avanzando si estudiamos todo lo que hemos hecho y todo lo que hemos dejado de hacer. Escrutemos, pues, cuidadosamente los acontecimientos del primer acto de la revolución. El movimiento comenzó el 9 de noviembre. La revolución del 9 de noviembre se caracterizó por la insuficiencia y la debilidad. Esto no tiene por qué sorprendernos. La revolución siguió cuatro años de guerra, cuatro años durante los cuales, adocctrinado por la socialdemocracia y los sindicatos, el proletariado alemán se había comportado con intolerable ignominia y había repudiado sus obligaciones socialistas en un grado sin paralelo en ningún otro país. Los marxistas, cuyo principio orientador es un reconocimiento de la evolución histórica, apenas podíamos esperar que en Alemania, que había conocido el terrible espectáculo del 4 de agosto, y que durante más de cuatro años había madurado la cosecha sembrada en aquella fecha, se produjera repenti-

namente, el 9 de noviembre de 1918, una revolución gloriosa, inspirada con conciencia de clase definida, y encaminada hacia un objetivo claramente concebido. Lo que ocurrió el 9 de noviembre fue, en una medida muy exigua, la victoria de un nuevo principio; fue poco más que un colapso del actual sistema del imperialismo.

LOS BOLCHEVIQUES RUSOS

Había llegado el momento para el colapso del imperialismo, un coloso con pies de arcilla, que se desmoronaba desde adentro. La secuela de este colapso fue un movimiento más o menos caótico, un movimiento prácticamente desprovisto de plan razonado. La única fuente de unión, el único principio persistente y salvador era la consigna «Formad consejos de obreros y soldados». Tal fue el lema de la revolución mediante el cual, pese a la insuficiencia y debilidad de las fases iniciales, reclamó ella inmediatamente su derecho a ser enumerada entre las revoluciones proletarias socialistas. A los que participaron en la revolución del 9 de noviembre, y que no obstante lanzan lluvias de calumnias sobre los bolcheviques rusos, nunca debemos cesar de replicarles con la pregunta «¿Dónde aprendisteis el alfabeto de vuestra revolución?» ¿No fue acaso de los rusos de quienes

aprendisteis a pedir soviets de obreros y soldados?

Esos pigmeos que, como jefes de lo que falsamente llaman un gobierno socialista, hacen que una de sus tareas principales consista en unirse a los imperialistas de Gran Bretaña en un ataque criminal sobre los bolcheviques, estaban entonces ocupando sus escaños como diputados en los soviets de obreros y soldados, admitiendo formalmente con ello que la revolución rusa creó las primeras consignas para la revolución mundial. Un estudio de la situación actual nos permite predecir con seguridad que en cualquier país, después de Alemania, puede estallar la revolución proletaria; el primer paso será la formación de consejos de obreros y soldados.

En ellos hay que encontrar el vínculo que une internacionalmente a nuestro movimiento. Este es el lema que distingue por completo a nuestra revolución de todas las revoluciones anteriores, revoluciones burguesas. El 9 de noviembre, el primer grito de nuestra revolución, tan instintivo como el grito de un niño recién nacido, fue para pedir consejos de obreros y soldados. Este es nuestro llamado a la unificación; y solamente por medio de los consejos podemos tener la esperanza de realizar el socialismo. Pero es característico de los aspectos contradicto-

rios de nuestra revolución, característico de las contradicciones que acompañan a todas las revoluciones, el hecho de que en el momento preciso en que se lanzaba ese grito excitante e instintivo, la revolución era tan inadecuada, tan débil, estaba tan desprovista de iniciativas, tan carente de claridad en cuanto sus propios objetivos, que el 10 de noviembre nuestros revolucionarios se dejaron arrancar de las manos los instrumentos de poder de que se habían apoderado el día anterior. De esto aprendemos, por una parte, que nuestra revolución está sujeta a la prepotente ley del determinismo histórico, una ley que garantiza que, pese a todas las dificultades y complicaciones, a pesar de nuestros propios errores, seguiremos avanzando paso a paso hacia nuestra meta. Por otra parte, si comparamos este espléndido grito de batalla con la exigüedad de los resultados prácticamente obtenidos, tenemos que reconocer que estos pasos no fueron más que los primeros pinitos vacilantes de la revolución, que tiene muchas tareas arduas por realizar y un camino muy largo por recorrer, antes de que pueda convertirse en realidad la promesa de las primeras consignas.

Las semanas que han transcurrido desde el 9 de noviembre hasta el día de hoy, han sido semanas cuajadas de ilusiones multiformes. La

principal ilusión de los obreros y soldados que hicieron la revolución fue su creencia en la posibilidad de la unidad de lo que se hace pasar por socialismo. Nada hay que pueda ser más característico de la debilidad interna de la revolución del 9 de noviembre que el hecho de que precisamente en el inicio la dirección pasó en gran parte a manos de personas que unas horas antes de que estallase la revolución consideraban que su principal obligación consistía en lanzar advertencias contra la revolución —tratar de hacer imposible la revolución— en manos de individuos como Ebert, Scheidemann y Hassc. Una de las ideas directrices de la revolución del 9 de noviembre fue la de unir a las diversas tendencias socialistas. La unión se debía efectuar por aclamación. Esta fue una ilusión que habría de costar mucha sangre, y los acontecimientos de estos últimos días nos han traído un amargo despertar de nuestros sueños, pero la decepción ha sido universal, pues ha afectado a los grupos de Ebert y Scheidemann y ha afectado a la burguesía no menos que a nosotros.

Otra ilusión fue la de afectar a la burguesía durante este acto de apertura de la revolución. Ellos creyeron que por medio de la combinación Ebert-Haase, por medio del llamado gobierno socialista, podrían realmente refrenar a las masas pro-

letarias y estrangular al movimiento socialista. Otra ilusión más, fue la que tuvieron los miembros del gobierno Ebert-Scheidemann cuando creyeron que con la ayuda de los soldados que habían regresado del frente serían capaces de reprimir a los obreros, y ahogar todas las manifestaciones de la lucha de clases socialista. Tales fueron las múltiples ilusiones que explican los acontecimientos recientes. Ya todas ellas se han disipado. Se ha demostrado hasta la saciedad que la unión entre Haase y Ebert-Scheidemann sirve, meramente, como una hoja de parra para cubrir púdicamente una política contrarrevolucionaria. En cuanto a nosotros, como ocurre siempre en las revoluciones, ya estamos curados de nuestras propias decepciones.

Hay un procedimiento revolucionario definido por medio del cual la mente popular puede ser liberada de la ilusión, pero, desgraciadamente la curación implica que el pueblo tiene que ser sangrado. En la Alemania revolucionaria, los acontecimientos han seguido el curso característico de todas las revoluciones. El derramamiento de sangre que se produjo el 6 de diciembre en la calle Chaussee, y la masacre del 24 de diciembre, expusieron la verdad ante los ojos de las masas populares. Mediante estos hechos llegaron las masas a comprender que lo que se hace

pasar por un gobierno socialista representa a la contrarrevolución. Llegaron a comprender que todo aquél que sigue tolerando semejante estado de cosas está trabajando contra el proletariado y contra el socialismo.

Desvanecida igualmente está la ilusión acariciada por los señores Ebert, Scheidemann y compañía, en el sentido de que con los soldados llegados del frente serán capaces de mantener a los obreros sometidos para siempre. ¿Cuál ha sido el efecto de las experiencias del 6 y el 24 de diciembre? Ha habido últimamente una obvia y profunda desilusión dentro de la soldadesca. Los soldados empiezan a contemplar con una mirada crítica a los que los han utilizado como carne de cañón contra el proletariado socialista. En esto vemos una vez más el funcionamiento de la ley de que la revolución socialista sigue un desarrollo objetivo determinado, una ley según la cual los batallones del movimiento laboral aprenden paulatinamente, por amarga experiencia, a reconocer el verdadero camino de la revolución. Nuevos contingentes de soldados han sido traídos a Berlín, nuevos destacamentos de carne de cañón, fuerzas adicionales para la represión de los proletariados socialistas—con el resultado de que, de una barraca a otra se produce una

demanda de folletos y hojas sueltas del Grupo Espartaquista.

Esto marca el final del primer acto. Las esperanzas de Ebert y Scheidemann en cuanto a que serían capaces de dominar al proletariado con la ayuda de los elementos reaccionarios que hay en la soldadesca, ya se han frustrado en gran medida. Lo que tienen que esperar dentro de un futuro muy próximo es un creciente desarrollo de tendencias revolucionarias definidas en el interior de las barracas. De este modo aumentará el ejército del proletariado combatiente, y, por consiguiente, decrecerán las fuerzas de los contrarrevolucionarios. Como consecuencia de estos cambios vendrá el desvanecimiento de otra ilusión, la ilusión que anima a la burguesía, a la clase dominante. Si lééis los periódicos de estos últimos días, los periódicos publicados después de los incidentes del 24 de diciembre, no podéis dejar de ver evidentes manifestaciones de desilusión acompañada de indignación, ambas debidas al hecho de que han resultado ineficaces los panaguados de la burguesía, los que se sientan en las sillas de los poderosos.

CARACTERIZACION DE EBERT Y SCHEIDEMANN

Se había esperado que Ebert y Scheidemann demostrasen que eran hombres fuertes, magníficos domadores

de leones. ¿Pero qué es lo que han logrado? Han reprimido un par de perturbaciones insignificantes, y como consecuencia de ello, la hidra de la revolución ha levantado su cabeza con más decisión que nunca. De esta manera la desilusión es mutua, más que mutua, universal. Los obreros han perdido completamente la ilusión que los había llevado a creer que la unión entre Haase y Ebert-Scheidemann equivaldría a un gobierno socialista. Ebert y Scheidemann han perdido la ilusión que los había llevado a imaginar que con la ayuda de los proletarios con uniforme militar podrían someter permanentemente a los proletarios vestidos de civil. Los miembros de la clase media han perdido la ilusión de que, valiéndose de Ebert, Scheidemann y Haase, pueden embaucar a toda la revolución socialista de Alemania en lo que respecta a los objetivos de ésta. Todas estas cosas tienen una fuerza meramente negativa, y de ellas no quedan más que los despojos de las ilusiones destrozadas. Pero es, indudablemente, una gran ventaja para el proletariado que aparte de estos despojos no queda nada desde la primera fase de la revolución, porque no hay nada tan destructivo como la ilusión, en tanto que no hay nada que pueda ser más ventajoso para la revolución que la verdad desnuda.

Puede resultar oportuno que yo recuerde las palabras de un escritor clásico, un hombre que no fue un revolucionario proletario, sino un espíritu revolucionario educado en la clase media. Me refiero a Lessing, y cito un pasaje que siempre ha despertado en mí la más profunda simpatía: «No sé si es un deber sacrificar la felicidad y la vida en aras de la verdad... Pero sé que nuestro deber, si deseamos enseñar la verdad, es enseñarla enteramente o no enseñarla; enseñarla clara y escuetamente, sin enigmas ni reservas, inspirándonos en la plena confianza en sus poderes... Mientras más crudo sea un error, más breve y más directo es el camino que conduce a la verdad. Pero un error sumamente refinado tiene probabilidad de mantenernos permanentemente apartados de la verdad, y tanto más apartados podrá mantenernos mientras más difícil nos resulte comprender que se trata de un error... El que piense transmitir a la humanidad una verdad enmascarada y arbolada, puede ser un alcahuete de la verdad, pero no ha sido jamás un amante de la verdad». Camaradas, los señores Haase, Dittman, etc. han deseado traernos la revolución, introducir el socialismo, cubierto con una máscara, embarrado de arbol, y de este modo se han manifestado como los alcahuetes de la contrarrevolución.

Ya esos encubrimientos han sido descartados, y lo que ofrecían se ha revelado en los brutales y porfiados lineamientos de los señores Ebert y Scheidemann. Hoy el más obtuso de nosotros no puede equivocarse. Lo que ellos ofrecen es la contrarrevolución en toda su repulsiva desnudez.

Ya pasó el primer acto. ¿Cuáles son las posibilidades subsiguientes? No tratemos, por supuesto, de emitir profecías. No podemos hacer más que deducir las consecuencias lógicas de lo que ya ha sucedido, y de este modo sacar conclusiones en cuanto a las probabilidades del futuro, a fin de que podamos adaptar nuestras tácticas a esas probabilidades. ¿A dónde parece conducir el camino? Hay algunas indicaciones que resultan de las últimas declaraciones del gobierno Ebert-Scheidemann, declaraciones libres de ambigüedad. ¿Qué es probable que haga ahora este mal llamado gobierno socialista, cuando ya, como he mostrado, todas las ilusiones se han disipado? Día tras día el gobierno va perdiendo cada vez más el apoyo de las amplias masas del proletariado. Aparte de la pequeña burguesía, no cuenta con más respaldo que el de unos escasos residuos de obreros, y en cuanto a estos últimos, es sumamente dudoso que sigan por mucho tiempo cooperando con Ebert y Scheidemann.

Además, día por día el gobierno va perdiendo el apoyo del ejército, porque los soldados han emprendido el camino del autoexamen y autocritica. Los efectos de este proceso pueden parecer lentos a primera vista, pero pueden conducir a la adquisición de una mentalidad completamente socialista. Por lo que concierne a la burguesía, también en este campo han perdido prestigio Ebert y Scheidemann, porque no han demostrado ser suficientemente fuertes. ¿Qué es lo que pueden hacer? Dentro de poco pondrán fin a su comedia de política socialista. Cuando leáis el nuevo programa de estos señores, veréis que están nadando contra la corriente hacia la segunda fase, que es la de la contrarrevolución declarada, o mejor dicho, la del restablecimiento de las condiciones que existían antes de la revolución.

EL «NUEVO» GOBIERNO

¿Cuál es el programa del nuevo gobierno? Propone la elección de un presidente, que ha de tener una posición intermedia entre la del rey de Inglaterra y la del presidente de los Estados Unidos. Sería, por decirlo así, el Rey Ebert. En segundo lugar proponen el restablecimiento del consejo federal. Hoy podéis leer las demandas formuladas independientemente por los gobiernos de

Alemania Meridional, demandas que enfatizan el carácter federal del reino alemán. El restablecimiento del buen consejo federal antiguo, acompañado, naturalmente, de su apéndice, el Reichstag alemán, es una cuestión de semanas solamente. Camaradas, Ebert y Scheidemann van por este camino hacia el simple restablecimiento de las condiciones que prevalecían antes del 9 de noviembre. Pero por ese camino se han metido en una pendiente vertical, y corren el riesgo de encontrarse dentro de poco con las costillas rotas en el fondo del abismo. Porque ya el 9 de noviembre se había hecho anticuado el restablecimiento de las condiciones que habían existido antes de esa fecha, y hoy Alemania está muy lejos de semejante posibilidad. Con el fin de obtener el apoyo de la única clase cuyos intereses representa realmente el gobierno, con el fin de obtener el apoyo de la burguesía —un apoyo que en realidad ha sido el resultado de los acontecimientos recientes— Ebert y Scheidemann se verán obligados a mantener una política cada vez más contrarrevolucionaria. Las demandas de los estados de Alemania Meridional, publicadas hoy por los periódicos de Berlín, expresan con toda franqueza el deseo de «aumentar la seguridad» para el reino alemán. En buen romance, esto quiere decir que desean un estado de sitio

contra los elementos anarquistas, perturbadores y bolcheviques», es decir, contra los socialistas. Por la presión de las circunstancias, Ebert y Scheidemann se verán obligados a recurrir a la dictadura, con la declaración de un estado de sitio o sin ella. Así pues, como resultado del curso anterior de los acontecimientos, por la mera lógica de los hechos y mediante la actuación de las fuerzas que controlan Ebert y Scheidemann, sobrevendrá durante el segundo acto de la revolución una oposición de tendencias mucho más pronunciada y una lucha de clases muy acentuada. Esta intensificación del conflicto surgirá, no solamente porque las influencias políticas que ya he mencionado, disipando todas las ilusiones, conducirán a una batalla cuerpo a cuerpo entre la revolución y la contrarrevolución, sino también porque las llamas de un nuevo fuego están ascendiendo desde las profundidades, las llamas de la lucha económica.

NECESIDAD DE LA REVOLUCION SOCIALISTA

Hasta el 24 de diciembre, una característica del primer período de la revolución consistió en el hecho de que ésta fue exclusivamente política. Esa fue la causa del carácter infantil, la insuficiencia, la pusilanimidad y la carencia de objetivos

de la revolución. Tal fue la primera etapa de una transformación revolucionaria cuyo objetivo principal radica en el campo económico, cuyo principal propósito es asegurar un cambio fundamental en las condiciones económicas. Sus pasos fueron inciertos como los de un niño que camina a tientas sin saber a dónde va; porque en esa etapa, repito, la revolución tenía una estampa puramente política. Pero en las últimas dos o tres semanas han estallado varias huelgas, casi espontáneamente. Ahora, considero muy esencial para esta revolución el hecho de que las huelgas se extiendan cada vez más, hasta que constituyan por fin el foco de la revolución. Así tendremos una revolución económica, y por ende una revolución socialista. La batalla por el socialismo tiene que ser librada por las masas, solamente por las masas, peleando hombro a hombro contra el capitalismo. Tiene que ser librada por todos los trabajadores, por todos los proletarios contra sus patronos. Solamente así se puede hacer una revolución socialista.

Las personas irreflexivas veían el curso de los acontecimientos de un modo distinto. Se imaginaban que sólo sería necesario derribar al antiguo gobierno, establecer en su lugar un gobierno socialista, y luego inaugurar el socialismo por decreto. ¿Otra ilusión? El socialismo no será

ni puede ser inaugurado por decretos; no puede ser establecido por ningún gobierno, por muy socialista que sea. El socialismo tiene que ser creado por las masas, tiene que ser realizado por todos los proletarios. Dondequiera que estén forjadas las cadenas del capitalismo, hay que romper las cadenas. Ese es el único socialismo, y ése es el único modo de crear el socialismo.

¿Cuál es la forma externa de la lucha por el socialismo? La huelga, y por eso la fase económica de los acontecimientos se ha situado en primer lugar en el segundo acto de la revolución. Esto es algo de lo cual podemos enorgullecernos, algo que nadie nos discutirá el honor de haberlo propiciado. Los que pertenecemos al Grupo Espartaco, los miembros del Partido Comunista Alemán, somos en toda Alemania los únicos que están al lado de los obreros huelguistas y combatientes. Vosotros habéis leído y presenciado en reiteradas ocasiones la actitud de los socialistas independientes ante la huelga. No hubo diferencia alguna entre la actitud de *Vorwaters* y la de *Freiheit*. Ambos periódicos entonaron el mismo canto: Sed diligentes, el socialismo significa trabajo duro. ¡Tal fue su exclamación mientras el capitalismo controlaba todavía la situación! El socialismo no se puede establecer de esa manera, sino mediante la perseverancia en la lu-

cha contra el capitalismo. Pero vemos que los alegatos de los capitalistas están defendidos, no sólo por los más desafortunados oportunistas, sino también por los socialistas independientes y por su órgano, *Freiheit*; vemos que el Partido Comunista permanece solo en el apoyo a los obreros contra las extorsiones del capital. Esto basta para demostrar que hoy todos son enemigos persistentes y despiadados de la huelga, exceptuando solamente a los que se han situado junto a nosotros, sobre la plataforma del comunismo revolucionario.

La conclusión que hay que sacar es, no solamente que durante el segundo acto de la revolución aumentará día por día el auge de las huelgas, sino también que las huelgas se convertirán en el rasgo esencial y en los factores decisivos de la revolución, situando en lugar secundario las cuestiones puramente políticas. La consecuencia inevitable de esto será que se intensificará enormemente la lucha en el campo económico. Así la revolución asumirá aspectos que no serán por cierto muy agradables para la burguesía. A los miembros de la clase capitalista les gustan mucho las mistificaciones en el campo político, donde todavía son posibles las mascaradas, donde criaturas como Ebert y Scheidemann pueden dárseles de socialistas; pero se ho-

rrorizan cuando sus ganancias son directamente afectadas.

Los capitalistas, por lo tanto, presentarán al gobierno Ebert-Scheidemann la siguiente alternativa: o ponéis fin a las huelgas, detenéis este movimiento huelguístico que amenaza con destruirnos; o prescindimos de vuestros servicios. Creo que realmente ya el gobierno se ha perjudicado en todos los aspectos con sus medidas políticas. Ebert y Scheidemann están muy acongojados al ver que ya la burguesía no tiene confianza en ellos. Ebert, tened presente que los capitalistas lo pensarán dos veces antes de que decidan cubrir de armiño a un tipo cualquiera. Si las cosas llegan tan lejos que sea necesario un monarca, ellos dirán: «No es suficiente que un rey tenga las manos manchadas de sangre; es necesario también que tenga sangre azul en sus venas». Si esto llegara a suceder, dirían: «Si hemos de tener un rey, no tendremos un advenedizo que no sepa como comportarse con modales principescos».

Es imposible hablar eficazmente sobre cuestiones de detalle. Pero no estamos enfrascados en cuestiones de detalle, en la cuestión de qué es precisamente lo que ha de suceder, o cuándo ha de suceder. Basta con que sepamos que, después del primer acto de la revolución, después de la fase en que la lucha política ha

sido el factor principal, vendrá una fase caracterizada principalmente por una intensificación de la lucha económica, y que tarde o temprano el gobierno de Ebert y Scheidemann ocupará su lugar entre las cosas que fueron y ya no son.

No es fácil ni mucho menos predecir qué le sucederá a la Asamblea Nacional durante el segundo acto de la revolución. Tal vez, si es que la asamblea llega a existir, puede resultar una nueva escuela para la educación de la clase obrera. Pero parece igualmente probable que la asamblea no llegue a existir jamás. Permitidme que os diga, entre paréntesis, para ayudaros a comprender los fundamentos en que me basaba ayer para defender nuestra posición, que solamente objetábamos la limitación de nuestras tácticas a una sola alternativa. No repetiré toda aquella discusión, pero os diré algunas palabras para evitar que alguno de vosotros llegue a pensar erróneamente que estoy sirviendo a dios y al diablo. Nuestra posición de hoy es exactamente la misma que fue ayer. No proponemos basar nuestras tácticas con relación a la Asamblea Nacional en lo que es una posibilidad pero no una certidumbre. Rehusamos arriesgarlo todo a la creencia de que la Asamblea Nacional nunca ha de existir. *Deseamos estar preparados para todas las posibilidades, incluyendo la posibilidad de*

utilizar a la Asamblea Nacional para propósitos revolucionarios si es que la asamblea llega a existir en algún momento. Que llegue o no a existir es una cuestión que nos es indiferente, porque suceda lo que suceda, el éxito de la revolución está asegurado.

¿Qué fragmentos quedarán entonces del gobierno Ebert-Scheidemann o de cualquier otro gobierno presuntamente socialdemócrata que pueda estar en el poder cuando triunfe la revolución? He dicho que las masas de los obreros ya están separadas de ellos, y que ya no se puede contar con los soldados como carne de cañón contrarrevolucionaria. ¿Qué diablos podrán hacer esos míseros pigmeos? ¿Qué esperanza es la que tienen para salvar las situación? Todavía tendrán una última probabilidad. Aquéllos de vosotros que hayan leído los periódicos de hoy, habrán visto dónde están las últimas reservas, habrán comprendido quién es el que la contrarrevolución alemana pretende que se enfrente a nosotros si empeora lo que ya está muy mal. Todos habréis leído cómo las tropas alemanas ya están marchando en Riga, hombro a hombro, con los ingleses y contra los bolcheviques rusos.

Camaradas, tengo en mi poder documentos que de un modo interesante arrojan luz sobre lo que está

sucediendo actualmente en Riga. Todo viene del cuartel general del octavo ejército, que está colaborando con Herr August Winning, el socialdemócrata y dirigente sindical alemán. Siempre se nos ha dicho que los desdichados Ebert y Scheidemann son víctimas de los aliados. Pero en las últimas semanas, precisamente desde el comienzo de la revolución, la política de *Vorwaerts* ha consistido en sugerir que la supresión de la revolución rusa es el más ardiente deseo de los aliados. Aquí tenemos evidencia documental de cómo todo esto fue arreglado en detrimento del proletariado ruso y de la revolución alemana. En un telegrama fechado el 26 de diciembre, el teniente coronel Buekner, jefe de estado mayor del octavo ejército, transmite información concerniente a las negociaciones que condujeron a este acuerdo en Riga. El telegrama dice lo siguiente:

«El 23 de diciembre hubo una conversación entre el plenipotenciario alemán Winning y el plenipotenciario inglés Monsanquet, exconsul general en Riga. La entrevista tuvo lugar a bordo del «Princesa Margarita», y el jefe máximo de las tropas alemanas fue invitado a estar presente. Yo fui nombrado para representar a la jefatura del ejército. El propósito de la conversación era asistir en la realización de las con-

diciones de armisticio. La conversación tomó el siguiente curso:

«Del lado inglés: Los barcos británicos que están en Riga supervisarán la realización de las condiciones de armisticio. En estas condiciones se basan las siguientes demandas:

«(1) Los alemanes deben mantener en esta región una fuerza suficiente para refrenar a los bolcheviques y evitar que extiendan el área ya ocupada...

«(2) Un informe de esta disposición de las tropas que combaten a los bolcheviques, incluyendo a los soldados alemanes y letones, será enviado al jefe de estado mayor británico, de modo que la información pueda llegar al oficial superior naval. Todas las disposiciones futuras de las tropas que llevan a cabo la guerra contra los bolcheviques tienen que ser igualmente comunicadas por mediación del mismo oficial.

«(3) Una fuerza de combate suficiente tiene que ser armada en los siguientes puntos para evitar que sean atrapadas por los bolcheviques, y para evitar que los bolcheviques rebasen la línea que conecta a los lugares nombrados: Walk, Wolmar, Wenden, Friedrichstadt, Pensk, Mitau.

«(4) El ferrocarril de Riga a Libau tiene que ser salvaguardado contra el ataque bolchevique, y todos los

abastecimientos y comunicaciones británicos que pasen a lo largo de esta línea recibirán tratamiento preferencial».

A continuación aparecen numerosas demandas adicionales.

Veamos ahora la respuesta de Herr Winning, plenipotenciario alemán y dirigente sindical:

«Aunque no es usual que se exprese un deseo de obligar a un gobierno a retener la ocupación de un estado extranjero, en este caso es nuestro propio deseo hacerlo, puesto que se trata de evitar que se derrame sangre alemana». (¡Los barcos del Báltico!). «Además, considero un deber moral asistir al país que hemos liberado de su anterior estado de dependencia. Nuestros esfuerzos, sin embargo, corren el riesgo de verse frustrados, en primer lugar, por las condiciones de las tropas, ya que nuestros soldados en esta región son en su mayoría hombres de edad avanzada y relativamente incapacitados para el servicio, y también porque el armisticio aumenta el deseo de regresar a casa y debilita la voluntad de pelear; en segundo lugar, por la actitud de los gobiernos bálticos que consideran a los alemanes como opresores. Pero nos esforzaremos por proveer tropas voluntarias, consistentes en hombres con espíritu de pelea, cosa que por cierto ya hemos hecho en parte.»

LA COLABORACION CON EL IMPERIALISMO

Aquí vemos el trabajo de la contrarrevolución. Habréis leído no hace mucho sobre la formación de la División de hierro, creada expresamente para combatir a los bolcheviques en las provincias bálticas. En esa fecha había cierta duda en cuanto a la actitud del gobierno Ebert—Schedemann. Ahora comprendéis que la iniciativa para la creación de dicha fuerza provino realmente del gobierno.

Digamos unas palabras más con respecto a Winning. No es por casualidad que un dirigente sindical haya prestado semejantes servicios políticos. Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que los dirigentes sindicales alemanes y los socialdemócratas alemanes son los bribones más infames que el mundo haya conocido jamás. (Aplausos estruendosos.) ¿Sabéis dónde deberían estar por derecho propio estos individuos, Winning, Ebert y Scheidemann? Según el código penal alemán, que según ellos nos dicen está todavía en vigor, y que sigue siendo la base de nuestro sistema legal, ¿deberían estar en la cárcel! Porque según el código penal alemán, es un delito sancionable con prisión enrolar soldados alemanes para servir en el extranjero. Hoy tenemos al frente del gobierno «socialista» de Alema-

nia, hombres que además de ser judas del movimiento socialista y traidores a la revolución proletaria, son carne de presidio, no aptos para codearse con la sociedad decente.

Para resumir el hilo de mi discurso, está claro que todas estas maquinaciones, la formación de Divisiones de hierro y, sobre todo, el ya mencionado acuerdo con los imperialistas británicos, tienen que ser considerados como las últimas reservas, a las que tendrán que apelar en caso de necesidad para estrangular al movimiento socialista alemán. Además, la cuestión cardinal, la cuestión de las perspectivas de paz, está íntimamente asociada con el asunto. ¿A qué pueden conducir tales negociaciones si no a un nuevo estallido de la guerra? Mientras estos canallas están escenificando una comedia en Alemania, tratando de hacernos creer que están esforzándose denodadamente por propiciar condiciones para la paz, y declarando que nosotros los espartaquistas somos los perturbadores de la paz cuyos hechos están creando dificultades a los aliados y retardando la concertación de la paz, son ellos los que están encendiendo nuevamente la chispa de la guerra, una guerra en Oriente a la cual no tardará en seguir una guerra en suelo alemán.

LAS CONSECUENCIAS DE LA «PAZ»

Una vez más estamos ante una situación cuya secuela no puede dejar de ser una contienda feroz. Tal situación nos obliga a defender no solamente el socialismo, no solamente la revolución, sino también los intereses de la paz mundial. En ella encontramos una justificación para las tácticas que los integrantes del Grupo Espartaco hemos seguido consecuentemente en toda oportunidad a lo largo de los cuatro años de guerra. La paz significa una revolución mundial del proletariado. No hay más que un camino por el cual se puede establecer y salvaguardar la paz: ¡la victoria del proletariado socialista!

¿Qué consideraciones tácticas generales hay que deducir de esto? ¿Cuál es la mejor manera de afrontar la situación ante la cual es probable que estemos en el futuro inmediato? Vuestra primera conclusión será indudablemente la esperanza de que la caída del gobierno Ebert-Scheidemann es inminente, y que su lugar será ocupado por un gobierno proletario declaradamente socialista. Por mi parte, os pediría que fijéis vuestra atención no en el ápice, sino en la base. No debemos caer otra vez en la ilusión de la primera fase de la revolución, la del 9 de noviembre; no debemos pensar que cuando deseamos producir

una revolución socialista bastará con derribar al gobierno capitalista y establecer otro en su lugar. No hay más que un camino para lograr la victoria de la revolución proletaria. Tenemos que empezar por socavar al gobierno Ebert-Scheidemann destruyendo sus fundamentos mediante una lucha de masas revolucionarias por parte del proletariado. Además, permitidme que os recuerde algunas de las deficiencias de la revolución alemana, deficiencias que no han sido superadas con el fin del primer acto de la revolución. Estamos muy lejos de haber llegado a un punto en que el derrocamiento del gobierno pueda asegurar la victoria del socialismo. Me he esforzado por demostraros que la revolución del 9 de noviembre fue, ante todo, una revolución política, en tanto que la revolución que ha de cumplir nuestros objetivos tiene que ser, por añadidura, y principalmente, una revolución económica. Pero además, el movimiento revolucionario se limitó a las ciudades, y aún hasta la hora presente los distritos rurales no han sido prácticamente tocados. El socialismo resultaría ilusorio si no introdujese cambios en nuestro actual sistema agrícola. Desde el amplio punto de vista de la economía política socialista, la industria manufacturera no puede ser reformada a menos que sea vivificada por una transformación socialista de la agri-

cultura. La idea directriz de la transformación económica que realizará el socialismo es la abolición del contraste y la división entre la ciudad y el campo. Esta separación, este conflicto, esta contradicción, es un fenómeno puramente capitalista, y tiene que desaparecer tan pronto como hagamos valer en la práctica nuestro punto de vista socialista.

Si la reconstrucción socialista se ha de emprender con toda seriedad, tenemos que fijar nuestra atención tanto en el campo como en los centros industriales, y por lo que respecta al primero todavía no hemos dado siquiera los primeros pasos. Esto es esencial, no solamente porque no podemos crear el socialismo sin socializar la agricultura, sino también porque, aunque podamos creer que hemos liquidado las últimas reservas de la contrarrevolución contra nosotros y nuestros esfuerzos, todavía le queda una importante reserva que no hemos tenido en cuenta. Me refiero al campesinado. Precisamente porque los campesinos no han sido tocados aún por el socialismo, constituyen una reserva adicional para la burguesía contrarrevolucionaria. Lo primero que harán nuestros enemigos cuando las llamas de las huelgas socialistas empiecen a quemarles los fondillos, será movilizar a los campesinos, que son partidarios fanáticos de la propiedad privada. No hay más que un

modo de abrirse paso contra este amenazante poder contrarrevolucionario. Tenemos que llevar la lucha de clases a los distritos rurales; tenemos que movilizar al proletariado sin tierra y a los campesinos más pobres contra los campesinos más ricos.

De esta consideración podemos deducir lo que tenemos que hacer para asegurar el éxito de la revolución. En primer lugar y por encima de todo, tenemos que extender en todas las direcciones los consejos de obreros. Del 9 de noviembre captamos solamente débiles comienzos, y ni siquiera éstos los hemos captado a plenitud. Durante la primera fase de la revolución perdimos realmente grandes fuerzas que adquirimos precisamente en el inicio. Bien sabéis que la contrarrevolución se ha empeñado en la destrucción metódica del sistema de consejos de obreros y soldados. En Hesse, estos consejos han sido definitivamente abolidos por el gobierno contrarrevolucionario, y en otras partes se les ha quitado poder. Luego, no solamente tenemos que desarrollar el sistema de consejos de obreros y soldados, sino que tenemos que inducir a los obreros agrícolas y a los campesinos más pobres a adoptar este sistema. Tenemos que tomar el poder, y éste es el aspecto que asume la toma del poder; ¿qué puede lograr, en toda Alemania, cada consejo de

obreros y soldados? Ahí radica el origen del poder. Tenemos que socavar al estado burgués, y tenemos que hacerlo poniendo fin en todas partes a la escisión en los poderes públicos, a la escisión entre los poderes legislativo y ejecutivo. Estos poderes deben ser unificados en manos de los consejos de obreros y soldados.

«Camaradas, aquí tenemos un inmenso campo por laborar. Tenemos que construir desde abajo hasta arriba, hasta que los consejos de obreros y soldados adquieran tanta fuerza que el derrocamiento del gobierno de Ebert y Scheidmann, u otro similar, sea meramente el acto final del drama. No podremos efectuar de un solo golpe la conquista del poder. Será una acción progresiva, porque progresivamente ocuparemos todas las posiciones del estado capitalista, defendiendo hasta con las uñas y los dientes cada una de las posiciones que hayamos tomado. Además, en mi opinión y en la de los compañeros más íntimamente ligados a mí en el partido, la lucha económica debe ser igualmente realizada por los consejos de obreros. La fijación de las cuestiones económicas y la continua ampliación del alcance de esta fijación, debe estar en manos de los consejos obreros. Los consejos deben tener todo el poder en el estado. A estos objetivos debemos dirigir nuestras actividades en el

futuro inmediato, y es evidente que, si seguimos esta línea, no puede dejar de producirse una intensificación inmediata y enorme de la lucha. Porque paso a paso, si combatimos hombro a hombro, en cada provincia, en cada ciudad, en cada aldea, en cada comuna, todos los poderes del estado irán pasando poco a poco de la burguesía a los consejos de obreros y soldados.

Pero antes de que se puedan dar estos pasos, los miembros de nuestro partidos y los proletarios en general deben ser adoctrinados y disciplinados. Aun donde ya existen consejos de obreros y soldados, estos consejos distan mucho todavía de comprender los propósitos por los cuales existen. Debemos hacer que las masas se den cuenta de que el consejo de obreros y soldados tiene que ser el rasgo primordial de la maquinaria del estado, que tiene que concentrar todo el poder en sí mismo, y tiene que utilizar todo ese poder para propósito grande y único de crear la revolución socialista. Los obreros que ya están organizados para formar consejos de obreros y soldados están muy lejos todavía de haber adoptado tal actitud, y solamente algunas minorías proletarias aisladas están claras hasta ahora, en cuanto a las tareas que les conciernen. Pero no hay razón para quejarse de esto, porque es un estado de cosas normal. Las masas tienen

que aprender a hacer uso del poder, haciendo uso del poder. No hay otro modo. Afortunadamente, hemos adelantado desde los días en que se propuso «educar» a las masas en el sentido socialista. Tal parece que los marxistas de la escuela de Kautsky viven todavía en aquellos días del pasado. Educar a las masas proletarias en el sentido socialista significaba darles conferencias y hacer circular entre ellas hojas sueltas y folletos. Pero no son éstos los medios por los cuales serán adoctrinados los proletarios. Los obreros, en la actualidad, tienen que aprender en la escuela de la acción.

La biblia de nosotros dice: en el principio estaba la acción. Para nosotros la acción significa que los consejos de obreros y soldados tienen que cumplir su misión y tienen que aprender cómo hacerse las únicas autoridades públicas en todo el reino. Solamente así podemos preparar el terreno de un modo tan eficaz que todo esté preparado para la revolución que habrá de coronar nuestra obra. Muy deliberadamente, y con un claro sentido de la significación de nuestras palabras, algunos de nosotros os dijimos ayer, y yo particularmente os dije «¡No os figuréis que os esperan días de comodidad en el futuro!» Algunos de los camaradas han pensado erróneamente que yo doy por sentado que podemos boicotear a la Asamblea

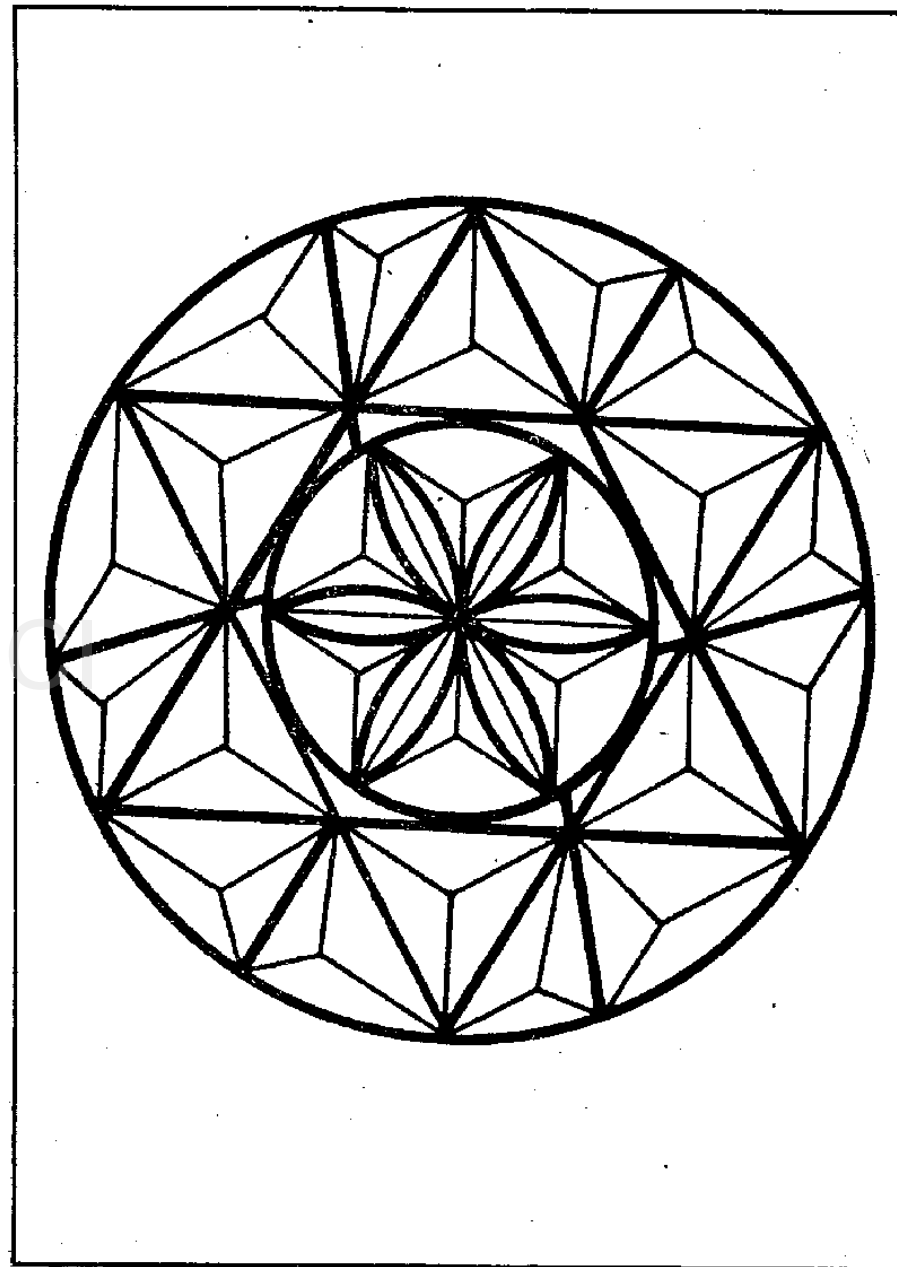
Nacional y luego cruzarnos de brazos sencillamente. Es imposible, en el tiempo que nos queda, discutir esta cuestión con lujo de detalles, pero permitidme que os diga que nunca se me ha ocurrido nada por el estilo. Quise decir que la historia no va a hacer de nuestra revolución una cuestión tan fácil como las revoluciones burguesas. En esas revoluciones fue suficiente derrocar al poder oficial en el centro y sustituirlo por la autoridad de diez o doce personas. Pero nosotros tenemos que trabajar desde abajo. En ello se manifiesta el carácter de masas de nuestra revolución, una revolución que procura la transformación de toda la estructura de la sociedad. Es por tanto característico de la revolución proletaria moderna el hecho de que tenemos que realizar la conquista del poder político, no desde arriba, sino desde abajo.

El 9 de noviembre fue un intento, un intento débil, tímido, casi inconsciente y caótico, de derribar a la autoridad pública existente y poner fin al dominio de la propiedad. Lo que ahora nos importa es que debemos concentrar deliberadamente todas las fuerzas del proletariado para un ataque sobre los mismos fundamentos de la sociedad capitalista. Así, en la raíz, donde el patrono individual se enfrenta a sus esclavos asalariados; en la raíz, donde todos los órganos ejecutivos del dominio

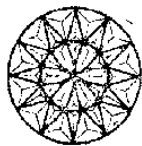
de la propiedad se enfrentan a los que son objeto de ese dominio, se enfrentan a las masas; ahí, paso a paso, tenemos que arrancarles a los que dominan, los medios del poder, tenemós que tomarlos en nuestras propias manos. Trabajando con tales métodos, puede parecer que el proceso será un poco más tedioso de lo que habíamos pensado en nuestro primer entusiasmo. Creo que conviene que estemos perfectamente claros en cuanto a las dificultades y complicaciones que hay en el camino de la revolución. Pues espero que, en mi propio caso, al igual que el vuestro, la descripción de las grandes dificultades que tenemos que afrontar, de las tareas cada vez mayores que tenemos que emprender,

no habrán de abatir el celo ni paralizar la energía. Lejos de ello, mientras mayor sea la tarea, mayor será el fervor con que uniréis vuestras fuerzas.

Tampoco debemos olvidar que la revolución es capaz de hacer su trabajo con extraordinaria rapidez. No intentaré predecir cuán largo será el tiempo que necesitamos. ¿Quién entre nosotros se preocupa por el tiempo, como no sea para pensar que debemos aprovechar el que corresponde a nuestras vidas. Basta que conozcamos claramente el trabajo que tenemos que hacer, y hasta donde me lo ha permitido mi capacidad, me he esforzado por esbozar, a grandes rasgos, el trabajo que tenemos ante nosotros.



Documentos



Continuamos recordando el centenario del inicio de las luchas de nuestro pueblo por su liberación. José Martí escribe o habla del heroísmo del jefe y del soldado para llamar mejor a los jóvenes a la nueva guerra, dispone detalles de la conspiración, advierte que la guerra ha de ser «despertar con la primera batalla, y no dormir hasta haber ganado la última» y le da continuidad revolucionaria a nuestra historia enlazando la idea de patria con el anticolonialismo. Con razón Fidel lo llamó autor intelectual del asalto al «Moncada» y Ernesto Guevara se encomendó a su recuerdo al comenzar su histórico mensaje.

EL TENIENTE CRESPO

SOBRE RECUERDOS DEL GENERAL FRANCISCO CARRILLO

Cuando se oyen las cosas de la guerra grande, se cierran los ojos, como cuando reluce mucho el sol, y al volverlos a abrir están llenos de lágrimas. Y si el que cuenta las cosas de la guerra es Francisco Carrillo, no se puede oír de pie, no se puede: la barba tiembla de la vergüenza de no estar donde se debía; se ven sabanas, lomas, cabalgatas de triunfo, agonizantes inmortales, fuertes encendidos; la vida cuelga de la garganta, con el ansia de la pelea; se sale el cuerpo de la silla, como si fuera silla de montar, como si nos tendiéramos sobre el cuello del caballo, picando espuela, besándole la crin, hablándole al oído, para alcanzar al general bueno, que se echa a morir por salvar a los demás para correrle al lado al general de barba de oro, que va, de sombrero de yarey, tejido por sus manos, y de polainas negras, para que lo vean bien los españoles, bebiéndole los secretos al camino, rasando, como el viento, la sabana. —Porque Francisco Carrillo cuenta así, como si volviese a ver lo que cuenta, —como si le estuviera calculando al enemigo los alientos, para ganarle el combate por un hilo, —como si estuviese hasta la cintura en la batalla. ¿A Carrillo,

¿quién lo ha visto sentado? Mira, y es un ojeo. Pinta un puesto, y sale un plano. Oírle, es un curso de armas. Sus cuentos son un manual de la revolución. A veces, cuando el enemigo le pica las ancas a Palomo, se oye el chis chas de las vainas, se oye el soplo de los caballos: los hombres van sin resuello. O vuelve grupas, y le brillan los ojos, como si los tuviera tendidos por delante, con la bandera amarilla hecha pedazos. O acordándose del compañero infeliz, se le aguan los ojos azules. O de pronto, como si pasara una visión, se le ve en la cara el paño de la muerte. ¡Eso es contar, y aquéello fue pelear! Cuanto hay aquí que conmueva y resplandezca, es de Francisco Carrillo, es de él; cuanto hay aquí impotente, es mío.

Oír a Carrillo, de veras, es como ir de la mano por la revolución; —alzarse en Las Villas y correrse en busca de elementos, —entrar en el Camagüey, y ver a Ignacio Agramonte, —meterse hambriento por los farallones orientales, y volver adonde el Mayor, a aprender la táctica sentados en la glorieta de Jimaguayú, —a curtir el cuero de jutía, que andaba escaso, y era el único vestido, —a mandar el ejército a los soldados, fríos de hambre. Es apearse de la montería con los novillos cogidos, en la habilidad del corral falso, a puño y a pecho; y almorzar de la res cuando había fiesta, o tallo de corajo y mangos verdes, que era el almuerzo de costumbre, con miel de la colmena del país, que no es como la de España, porque la de España clava, y deja el alma con la picadura, y la del país, la abeja cubana, no tiene ponzoña. Es sentarse, después de un día de marcha, a descansar haciendo cartuchos: —un cuarto de hoja de Diccionario, repartido como pan bendito: de bala, un pedazo de clavo o de balaustre, «con más picos que el demonio», la goma, la del jagüey, que no se despega sino con la vida: —«enrólese la bala, y está hecho el cartucho». Es oír a Agramonte, cuando el capitán Hernández le fue a decir que le quitara la compañía de chinos, que no los podía mandar, y salió Hernández con los ojos aguados, y como mejor de lo que entró, diciendo que a ver a aquel hombre no volvía él, porque «si vuelvo a ir allá, me hago hasta padre de los chinos esos».

Es oír a Máximo Gómez, cuando un adulator le viene a celebrar los triunfos que gana con las fuerzas que organizó Ignacio Agramonte, y Gómez le contesta, de un revés magnífico: «Amigo, aquí lo que ha pasado es lo siguiente: me he encontrado un violín con muy buenas cuerdas, y muy bien templado, y yo no he hecho más que pasarle la ballestina».

Pero hay un hombre que no se cae de los labios de Carrillo, ni de los de la gloria, porque hasta allí pueden ir las hazañas, pero más lejos de allí, no. ¡Da gusto ser hombre, y cubano, cuando con la mano al sombrero, como para saludar, se le oye a Carrillo los cuentos de su teniente Crespo, de Jesús Crespo, «el último en la huida y el primero en atacar». Y apenas sabe Crespo leer y escribir, pero sabe cien veces más, y es grande en literatura, porque no es de los que escriben poemas, sino de los que los hacen. Carrillo le enseñó las primeras letras que supo; porque aquellos hombres, el capitán y el cabo, el general y el asistente, se enseñaban a leer unos a otros, sentados en un tronco, con el dedo en el libro y el machete al lado. Del padre no pudo aprender mucha lectura, porque era campesino como él, y porque se lo mataron los españoles de un hachazo: —«¡Veo a mi padre! ¡Veo a mi padre!», dicen que decía, en medio del fuego, chamuscado de la pólvora, con la cabeza por sobre todos los demás, con el machete chorreando. Y era bueno como una paloma, y tan sufrido que parecía un cobardón, y cuanto tenía era de sus compañeros; a Carrillo, con los dientes, arródlado en tierra, le sacó un día una estaca del pie. Pero cuando tocan a combatir, llama a sus dos hermanos, se cierran a pelear los tres, de cada mandoble rueda una rebanada por el aire; y un día que acude ciego a la carnicería, a galope de presa, con el machete en alto, y al llegar ve el tendal de hombres muertos a sus pies —del ímpetu inútil, rodó por tierra desmayado. Siempre volvía del ataque, con la hoja sin puño, o no más que la empuñadura, o con un balazo en la hoja, o con el machete hecho una cuchara. Un día vino muy satisfecho, con un sable de Toledo, que se halló, de esos que se doblan hasta la mano sin quebrarse; y «estaba loco por probar el pájaro». Pero el toledano le falló en el ataque de Santa Cruz, y le pareció mal «porque hace padecer mucho al infeliz», por lo que se decidió a buscar «una cosa suya, porque la de otros no le daba resultado». Al amanecer colgaba de una rama un palo de manaí, que era la invención de Crespo, que lo quería orear al sol, para que se le pusiera invencible. Y andaba así, por aquellas llanuras ardientes, grandazo, ido de lado, huesudo y socarrón, con la macana a la muñeca, derribando árboles. Un día, oye, en el estruendo de la fusilería, que adentro del cuartel, en un ataque al pueblo, se quedó un cubano. ¿Quién es el que se queja, con ayes muy hondos, como si estuviese herido? Tomeguín es, el negrito de once años; se pierde en la

humareda; retumba adentro el tiroteo, y sale Crespo, rodeado de humo, con Tomeguín, como un fardo, colgando del brazo.

El día grande, que en piedras se ha de escribir, fue el de la toma del fuerte de Tetuán. A Carrillo le dolía que el fuerte aquel, que se alzaba orgulloso en el limpio, camino del Príncipe, tuviera de defensores a los bomberos remedianos. Que el de afuera oprima, bueno, porque es de afuera; pero ¡que un hermano se ponga al servicio del que acuchilla a su hermano! De breña en breña se van descolgando, sigilosos, los noventa hombres de Carrillo, agachándose, saltando, alargándose los fusiles, hasta que acaba el seborucal, donde se ve ya el fuerte. Era pelea de lujo, y Carrillo iba con Crespo al lado, deslizándose por las piedras, con el oído puesto al aire. De dos en fondo se lanzan, a carrera tendida, sobre el fuerte. Una cerca, la saltan. Por entre tiros llegan al fuerte que ha cerrado las puertas. De las aspilleras, al alto de un hombre, disparan los de adentro, tiro bajo. Pegados a la pared, entre las balas, aguardan el disparo. Por el tajo de la aspillera, boca a boca el fusil, meten el tiro de respuesta.

Encuclillado pasa el jefe de una aspillera a otra. Blasfeman los de adentro. Vocean los de afuera. ¡Salgan! ¡Vengan! Vuelan tiros e injurias. ¿Por dónde se podrá entrar? Macurijes, el mulato de la cabeza milagrosa, toma vuelo; corre sobre el fuerte; de un salto, cabeza baja, se tira sobre la puerta; vuelve, con la cabeza entre los hombros: «¡Me he matado! ¡Me he matado!» ¡La puerta se había movido! Unos hombro a hombro, bregan por desencajarla. Allá, al pie de uno de los torreones de la esquina, Crespo, de pie en un poyo, escala la torre, con ayuda de Carrillo. Ase el borde abierto, y por la boca les dispara adentro a los remedianos el fusil; todos los rifles le apuntan, y él se echa entre ellos, «solo contra toda España». A filo de machete se abre paso; taja la masa viva; con el puño aturde a uno, y con la hoja corta a otro; y cercado de sus enemigos, con una mano al cerrojo y otra al arma, abre la puerta. De la arremetida, no quedó un bombero. El humo llenaba la casa. Entra Carrillo en un cuarto, ve en la mesa de comer un huevo revuelto con arroz, y de un manazo se lo lleva a la boca. Perdonaron, perdonaron mucho entonces: «lo que les dio un resultado magnífico».

Si había que cazar al español atrevido, con Crespo tenía Carrillo bastante, como cuando mandó a un correo a Caibarién, y volvió el correo del susto de los españoles, con la lengua negra. Con Crespo y sus hermanos, y algún valiente más, salió Carrillo a ver cuántos eran, que eran más de lo que

tan pocos jinetes podían vencer; pero no lo querían oír aquellos locos, que corrían loma abajo a dar sobre el campamento, sin más recurso que volver colas, por la loma seca, con la caballería contraria a la espalda. Los vocean. Los tirotean. Van anca con cuello. No hay monte, y es la muerte. Agramonte se dispuso a morir en Jimaguayú por salvar a sus compañeros fugitivos, y ver luego de salvarse él. Carrillo, en la fuga desesperada, se acuerda de Agramonte, y como él, ordena a sus amigos rebeldes que se metan por el primer monte cercano; él, él solo, con un revólver y su caballo Palomo, tendrá a raya a los españoles, mientras sus compañeros huyen.

Gritos salvajes festejan su apuro. Los caballos lo cercan, desdeñando a los que escapan. A tiros y a miradas, los retiene Carrillo, que va a escape, disparando para atrás, con el enemigo por la izquierda para que el revés del machete sea seguro. No se respira. Los sables chiscean. Ya ve Carrillo la cabeza del potro español; ya la va a echar atrás de un machetazo. Palomo, de una ancada, les aventaja, los deja lejos, ya no se oyen los sables. Carrillo vuelve la cabeza: está el español como a cinco cordeles: tuerce Carrillo grupas, en lo alto de la loma, y de pie en los estribos, les echa encima una magnífica desvergüenza. Pero volverá el jefe por donde vino con los cabellos erizados; volverá el jefe, solo, a donde deben estar sus muertos; los habrán seguido, los habrán alcanzado. Palomo, que sabe como gente, anda sin pararse, largo y de oreja en punta, porque no da con rastro español. Y cuando Carrillo se juntó con los suyos, y se le abrazaron al caballo todos, y a las manos, y a las piernas, Crespo estaba contra un tronco, donde no lo veían, llorando.

Pero como el valor sublime no basta, por desdicha, a vencer en las guerras, sino que ha de dirigirlo y de concertarse con él, una política sincera y hábil, que le abra el camino en vez de entorpecérsele, y lo vaya limpiando de las enfermedades que le salen con el uso, sucedió aquel oprobio innecesario, en que por envidia de los uno y desmayo de los otros, se rindió la guerra floreciente a un sitiador sin esperanza: y los héroes clavaron sus espadas en el fango. Cubrían Las Villas los españoles victoriosos. Cada árbol llevaba cinta de hule. Carrillo invicto, les disputaba las últimas defensas. Iban de ancas, corridos, los que habían atacado de frente tantas veces. Crespo, en una fuga, llevaba la pierna derecha lisiada y se clavó la izquierda; al bajar del caballo, Carrillo se lo llevó, poco menos que en brazos, al guardián casto y astuto de las mujeres de los oficiales, y de lo más sagrado de la fuerza, al pulcro y caballeroso sargento mulato Pablo

Martínez, que llamaban «el viejo Pablo» por su moderación y sensatez, y era persona de tanta limpieza y respeto, que donde estaba él no había quien dijera una desvergüenza en una legua a la redonda. —Allí, en las barbas de los españoles, Pablo le halló un asilo al teniente Crespo, —el mulato Pablo. Con sus manos le armó la cama de hojas; con su boca le rociaba las heridas; en el hueco de sus palmas le traía agua que beber; hasta que un día, gigantazo como era, por poco le ven el cuerpo grande, los españoles, al bajar al arroyo. ¡Y le quitarían a su teniente, al amigo del general, a Jesús Crespo el bueno! Pisando por el aire, la mano a la oreja y el dedo al gatillo, llega al escondite. Agacha el cuerpo, con las manos en las rodillas, y dice: «Monte, teniente». Con el rifle en una mano y el fío de ropa en la otra, monta Crespo en el mulato Pablo. . . El arroyo cae a lo lejos. Las hojas, dormidas, no se mueven. El sol, como suspenso, vela su luz. «¡Teniente!», dice Pablo, mirándolo de abajo, «tenga cuidado con la retaguardia, que yo me ocuparé del frente!» Y en el silencio de la selva, avanzaban sagaces, los dos gigantes. Al llegar al seguro, se limpió Pablo el sudor y se arrimó a un tronco: «Desmóntese, teniente!» Cuando Crespo, con una luz inefable en los ojos, se lo contaba a Carrillo, como una sencillez, «te puedo decir —le dijo— que iba más seguro montado en el viejo Pablo que en mi caballo Adela». —Es justo que hayan aún palmas en Cuba, porque cuando la tiniebla se acaba, y seamos dignos de poner la mano en ellas, al mulato Pablo, ¡de la palma más alta le hemos de tejer una corona!

¿Y cómo vive ahora, dónde vive ahora el teniente Crespo? ¿Dónde, a más de nuestros corazones? Hace unos meses venía de Cuba un amigo de él y de Francisco Carrillo, que le fue a pedir el recado que quisiese para el General. Pensó el pobre enfermo; miró a su alrededor, en las paredes desnudas; miró, en vano, en las gavetas vacías; mandó descolgar una cartuchera y la llenó de huesos: «Ahí te mando, Carrillo, lo único que te puedo mandar, la cartuchera que le quité al oficial de las Nuevas de Jobosí, y los huesos que me han sacado». ¡Le mandaba su gloria y su existencia! Carrillo al contarle, una vez, al fin, palideció. El teniente Crespo vive en Cuba, enfermo de un mal terrible, en una casita muy pobre, cayéndose a pedazos.¹

Martí, Obras Completas. Tomo IV, pág. 365-370. Editorial Nacional de Cuba. La Habana, 1963.

¹ Sin fecha en el original. (N. de R.)

EN LA GUERRA.

Es Ramos, de las Cruces. New York le ha sido cruel, y se vuelve a Tampa. Viene de decir: «¡Presénte!» Allá tiene su mujer, que padeció mucho del frío, y sus dos hijitos. «Pero, señor, habrá quien los cuide. Yo empecé, señor, y tengo que acabar». Y no habla de sus hambres; no habla de los padecimientos que lleva en la cara marcial; no habla de la herida que le destrozó la mano.

—¿Y esa mano, Ramos?

Ramos baja los ojos hermosos: por la frente alta, y enjuta hacia las cejas, le cuelga el cabello rebelde. Carga bigote y pera militar.

—Pues esto de la mano fue en el Guayacón. Fue una entrega que nos hicieron. Nosotros éramos doce, y teníamos hecho un chapeo dentro de la yerba de Guinea. Uno de nosotros salió al limpio, y vió a la fuerza española pegándonos candela. Trescientos veintiocho eran la fuerza de ellos, señor, y nosotros éramos doce nada más.

—¿Y cómo escaparon vivos, Ramos?

—Pues salimos, y les descargamos de retirada. Nosotros teníamos que buscar una ceja de monte que había a la izquierda. Ellos se abrieron a correr; eran de caballo ellos, para cogernos el frente de la ceja. Nosotros no nos habíamos dispersado, y descargamos todos juntos. Ellos se detuvieron un momento, y por ahí nos les corrimos a la ceja.

—¿Pero lo de la mano, Ramos?

—¡Ah! Pues fue en la descarga, cuando le entró la bala en el costado a un muchacho que yo apreciaba mucho, y yo le vi el desmayo de la muerte, y le dije: «Cáete aquí, hermano: cáete en mi hombro». Y cuando alcé el brazo para abarcarlo bien, me entró la bala, señor, me entró de frente; vea que me entró por la palma de la mano.

—¿Y se salvaron? ¿Cómo?

—Pues nos salvamos. El cubano es como las codornices cuando llega la hora. Y pelea muy templado también. El muerto no se quedó allí, no señor. Entre un compañero y yo nos lo llevamos; por la cabeza yo y él por los pies. Se acabó de morir allá en el monte. Eso sí que defendíamos nosotros: ¡nuestros muertos!

Y con la derecha se cubría Ramos, y con los ojos miraba largamente su mano destrozada.

Patria, 26 de marzo de 1892.

Martí, Obras Completas. Tomo IV, pág. 375-376. Editorial Nacional de Cuba: La Habana, 1963.

FRAGMENTO DEL DISCURSO CONMEMORACION DEL 10 DE OCTUBRE DE 1868. MASONIC TEMPLE. NEW YORK 1888.

... Hoy mismo, evocando recuerdos, me hablaba nuestro presidente de lo que en Cuba presencié un ilustre irlandés. Era la noche. Era la victoria. Teas de júbilo ciñeron de pronto la hoya donde vigilaba el campamento de Calixto García Iñiguez. Ya se acercan los triunfadores, los que han quitado al contrario tres cornetas, diecinueve fusiles, ochenta vidas. En la procesión venía, levantado de codos sobre su camilla, un niño glorioso. Traía la pierna atravesada. Era horrenda la boca de la herida. Parecía enmarañada y negruzca un bosque de sangre. El dolor le iba y venía al niño herido, a Pedro Vázquez, en olas de muerte por el rostro. Todos lo rodeaban con ternura.

No bajaba la cabeza. No abría el puño cerrado. Los labios, apretados, para que no se le saliese la queja. Al irlandés le pareció el niño sublime. ¡Nosotros somos, y nadie nos podrá arrebatarnos la honra de ser, nosotros somos como el niño del campamento!. Heridos, en la agonía del destierro, tan cerca del hueso que no nos parece que cuelga más que de un hilo la vida, ni nos quejamos, ni bajamos la cabeza, ni abrimos el puño, ni lo volvemos sobre nuestros hermanos que yerran, ¡ni se lo sacaremos de debajo de la barba al enemigo hasta que deje nuestra tierra libre! Nosotros somos el freno del despotismo futuro, y el único contrario eficaz y verdadero del despotismo presente. Lo que a otros se concede, nosotros somos los que lo conseguimos. Nosotros somos espuelas, látigo, realidad, vigía, consuelo. Nosotros unimos lo que otros dividen. Nosotros no morimos. ¡Nosotros somos las reservas de la patria!

Martí, Obras Completas. Tomo IV, pág. 231-232. Editorial Nacional de Cuba: La Habana, 1963.

CUBANOS:

Vehe en mí el placer de lo que esta noche oigo y veo, el desagrado propio de enseñar la persona inútil, que más que del frío extranjero, y del miedo de morir antes de haber cumplido con todo su deber, padece del desorden y descomposición que, con ayuda de nuestros mismos hermanos extraviados, fomenta el déspota hábil para tener mejor sometida a la patria. Lo que veo y oigo no me convida a la elegía, sino al himno. Pero éste es en mí el júbilo de la resurrección, y no el gusto infecundo de la tribuna vocinglera. Con compunción, y no con arrogancia, se debe venir a hablar aquí: que hay algo

de vergüenza en la oratoria, en estos tiempos de sobra de palabras y de falta de hechos. Cimientos a la vez que trincheras deben ser las palabras ahora, no torneo literario, mientras nuestro país se desmigaja y se pudre, y los caracteres se vician, y se pospone a la seguridad personal la de la patria.

Tribunal somos nosotros aquí, más que tribuna: tribunal que no ha de olvidar que cumple al juez dar el ejemplo de la virtud cuya falta censura en los demás, y que los que fungen de jueces habrán en su día de ser juzgados.

El que tacha a los demás de no fundar, ha de fundar. Entre nosotros, que vivimos libres en el extranjero, el 10 de Octubre no puede ser, como no es hoy, una fiesta amarga de conmemoración, donde vengamos con el rubor en la mejilla y la ceniza en la frente: sino un recuento, y una promesa.

Los que vienen aquí, pelean. Los que hablan, como que hablan la verdad, pelean. Ellos todos han sido elocuentes. Yo sólo no lo podré ser, porque mi palabra no basta a expresar el trastorno, no menos que divino, que en mi alma enamorada de la patria dolora, no de la gloria egoísta, han causado las voces de mis compañeros en fe y determinación: la voz del adolescente, vibrante como el clarín, que renueva el juramento de los héroes; la voz de los soldados cívicos que en la hora del combate pusieron a la espada el genio de hoja, y de puño la ley; la voz del desterrado inquebrantable, que prefiere la penuria del deber oscuro a los aplausos vanos de la patria incompleta y a los falsos honores; la voz sacerdotal del hombre meritorio que en la hora de explosión vio salir a los héroes de la tierra, y salió con ellos, resplandecientes como soles, señalándolos, a sus hijos, con el reguero de su sangre, el camino de la tierra prometida. ¡Es morir, es morir, el dolor de no haber compartido aquella existencia sublime! Porque, aunque la prudencia nos guíe y acompañe, y tengamos decidido, porque así nos lo manda la virtud patriótica, que nos guíe y acompañe siempre, la verdad es que ya el brazo está cansado de la pluma, y la virtud está cansada de la lengua; que cuando salimos a buscar el aire puro, como remedio de la libertad, nos sorprendemos ensayando nuestros músculos para la arremetida de la batalla.

Sí: aquellos tiempos fueron maravillosos. Hay tiempos de maravilla, en que, para restablecer el equilibrio interrumpido por la violación de los derechos esenciales a la paz de los pueblos, aparece la guerra, que es un ahorro de tiempo y de desdicha, y consume los obstáculos al bienestar del hombre en una conflagración purificadora y necesaria. Delante de nuestras mujeres se puede hablar de guerra!: no así delante de muchos hombres, que de todo se sobrecogen y espantan, y quieren ir en coche a la libertad, sin ver que

los problemas de composición de un pueblo que aprendió a leer, sentado sobre el lomo de un siervo, a la sombra del cadalso, no se han de resolver con el consejo del último diario inglés, ni con la tesis recién llegada de los alemanes, ni con el agasajo interesado de un mesnadero de la política de Madrid que sale por las minorías novicias y vanidosas a caza de lanzas, ni con las visiones apetecibles del humo gustoso en que en la dicha de la librería ve el joven próspero desvanecerse su fragante tabaco. A la mujer, para que se resigne, y al hombre, para que piense, se debe hablar de guerra.

La desigualdad tremenda con que estaba constituida la sociedad cubana, necesitó de una convulsión para poner en condiciones de vida común los elementos deformes y contradictorios que la componían. Tanta era la desigualdad, que el primer sacudimiento no bastó para echar a tierra el edificio abominable, y levantar la casa nueva con las ruinas. El observador juicioso estudia el conflicto; se reconoce deudor a la patria de la existencia a que en ella nació; y cuando, por la ineficacia patente y continua de los recursos cuyo ensayo no quiso ni debió turbar, ve comprobada la necesidad de pagar, en cambio de la vida decorosa y el trabajo libre, el tributo de sangre; cuando con el tributo de sangre de una generación, se salvara la patria del exterminio lento; cuando con las virtudes evocadas por la grandeza de la rebelión pueden apagarse, y acaso borrarse, los odios y diferencias que amenazan, tal vez para siglos, al país; cuando el sacrificio es indispensable y útil, marcha sereno al sacrificio, como los héroes del 10 de Octubre, a la luz del incendio de la casa paterna, con sus hijos de la mano.

¡Oh, sí!, aquellos tiempos eran maravillosos. Ahora les tiran piedras los pedantes, y los enanos vestidos de papel se suben sobre los cadáveres de los héroes, para excomulgar a los que están continuando su obra. ¡De un revés de las sombras irritadas se vendrán abajo, si se les quieren oponer, los que tienen por única hueste las huestes de las sombras: los que han intentado dispersarles, en la hora del descanso, las fuerzas de que necesitaban para triunfar, cuando se levanten, como ya se están levantando, sobre la debilidad de los enemigos y el desconcierto de los propios! Aquellos tiempos eran de veras maravillosos. Con ramas de árbol paraban, y echaban atrás, el fúsil enemigo; aplicaban a la naturaleza salvaje el ingenio virgen; creaban en la poesía de la libertad la civilización; se confundían en la muerte, porque nada menos que la muerte era necesaria para que se confundiesen, el amo y el siervo; el hombre lanudo del Congo y el Benin defendía con su pecho a los hombres del color de sus tiranos, a los que habían sido

sus tiranos, y moría a sus pies, enviándoles una mirada de lealtad y de amor; entró la patria, por la acumulación de la guerra, en aquel estado de invención y aislamiento en que los pueblos descubren en sí y ejercitan la originalidad necesaria para juntar en condiciones reales los elementos vivos que crean la nación; el orden de la familia, los inventos de la industria, y las mismas gracias del arte, crecían, espontáneos, con toda la fuerza de la verdad natural, en la punta del machete; pero «¿somos nosotros?» se decían aquellos hombres, como si se desconocieran, y andaban como por un mundo superior, felicitándose de hallarse tan grandes, con el poder de la tempestad en la mano y la limpieza del cielo en la conciencia. ¿Y consentiremos en que tanta grandeza venga a ser inútil, y estériles la unión milagrosa y precipitación de tiempos, cumplidas en la guerra, y renovados, con caracteres más dañinos que nunca, los celos y desdenes que preparan suerte tan sombría, si no se curan a tiempo, a la patria que puede levantarse, hábil y pura a la vez, con la potencia unificadora del amor, que es la ley de la política como la de la naturaleza, sobre las ruinas, porque no son más que ruinas, que mantiene como con restos de energía la política temible en que la flojedad meticulosa y soberbia, compete en vano con el empuje combinado de la codicia y el odio?

¡En pie está el templo, con las palmas por columnas y el cielo de estrellas por techumbre; y los sacerdotes gigantes que vagan, creciendo al andar, nos mandan que no lo consintamos! Lo que nos ordenan aquellos brazos alzados; lo que nos suplican aquellos ojos vigilantes, lo que se nos impone como legado ineludible, de aquellos campos en donde a todas horas, por la virtud de los que cayeron en ellos, esplende, como aclarando el camino a los que han de venir, una luz de astros, es que no perpetuemos los odios, ni pongamos más de los que hay, ni convirtamos al neutral en enemigo, ni dejemos ir de la mano a un amigo posible, ni ofendamos más a quienes hemos ofendido ya bastante, ni esperemos para intentar la salvación a que no haya ya fuerzas con que salvarse; sino que nos empeñemos en juntar, para la catástrofe inevitable, los elementos refrenados o desunidos por los que no tienen manera de evitar la catástrofe; que creemos cátedras de despreocupar, en vez de olimpos de entresuelo y de sillas de odio; que enseñemos al ignorante infeliz, en vez de llevarlo detrás de nuestras pasiones y envidias, a modo de rebaño; que completemos la obra de la revolución con el espíritu heroico y evangélico con que la iniciaron nuestros padres, con todos, para el bien de todos; que desechemos, como funesta e indigna de hombres, la libertad ficticia y alevosa

que pudiera venirnos, por arreglos o ventas, del comerciante extranjero, que con sus manos se conquistó la libertad, y no podría tratar como a iguales, ni como dignos de ella, a los que no supiesen conquistarla. ¿Cuándo se ha levantado una nación con limosneros de derechos? ¡Aquí estamos para cumplir lo que nos mandan, de entre los árboles que nos esperan con nuevos frutos, los ojos que no se cierran, las voces que no se oyen, los brazos alzados!

No es esta noche propicia, cuando la mano se nos está yendo sola a la cintura, para disertar como en academia política sobre las razones, dobladas y notorias, de no quitar ya de la cintura la mano: ni hay que refutar, porque de sí misma anda escondida, la idea pretenciosa que en la isia se propala, la cual manda tener por crimen o necedad toda opinión de cubano sobre asuntos de Cuba que no alcance la fortuna de ajustarse, como el zapato del zapatero al pie del señor, a la política que, con aplauso y satisfacción profunda de sí misma, se ha puesto ¡delante de los que llevan la frente coronada de heridas! la corona. Todo lo de la patria es propiedad común, y objeto libre e inalienable de la acción y el pensamiento de todo el que haya nacido en Cuba. La patria es dicha de todos, y dolor de todos, y cielo para todos, y no feudo ni capellanía de nadie; y las cosas públicas en que un grupo o partido de cubanos ponga las manos con el mismo derecho indiscutible con que nosotros las ponemos, no son suyas sólo, y de privilegiada propiedad, por virtud sutil y contraria a la naturaleza, sino tan nuestras como suyas; por lo que, cuando las manos no están bien puestas, hay derecho pleno para quitarles de sobre la patria las manos. No hay que refutar ya, arrogancias semejantes. Ya se están cayendo las estatuas de polvo: ya se van apagando de sí propias las escorias brillantes que quedaron, vestidas como de oro por la luz del gran incendio, después de la guerra: ya no hay espacio en las mejillas de los pedigüeños para las bofetadas: ya están cumplidas nuestras profecías, y vencidos por su impotencia y por sus yerros los que osaban tachar de usurpación la tarea nuestra de preparar el país de acuerdo con sus antecedentes y sus elementos, para la acción desesperada que según ellos mismos habría de seguir inevitablemente a la catástrofe de su política. De ningún modo es necesario responder con ira desde aquí, —porque si son cubanos que yerran, jamás hemos de olvidar que son cubanos,— a los que nos censuran el amor tenaz a nuestras glorias, que aun cuando no pasara de amor de contemplación no sería censurable, sino vital, y fecundo, por más que sea preferible acompañarlo de una parte activa

en la reedificación de la hermosura cuyo desastre se lamenta: de ningún modo es necesario disculparnos de aquella lealtad del corazón que nos manda ostentar, por sobre nuestras cabezas, el culto de los que murieron por nosotros. ¡Desventurado el hijo de Cuba que no lo ostenta; porque en propagar después del sacrificio el culto de los que supieron inmolarse, hay más honra que en haber ostentado en el sombrero, durante la inmola-ción, la cinta de hule de los sacrificadores!

No es ésta ocasión de preguntarnos si estará bien guardado el espíritu de la revolución por los que pelearon contra ella, o vivieron ante ella indiferentes, o disimularon con una calma constante ante el español sus simpatías infecundas, o la trastornaron, en vez de servirla, con sus ambiciones. El arrepentimiento es un modo de entrar en la virtud; aunque no se concibe que los que llevaban ya barba en aquella hora difícil, pudieran con honor dejar de ejercer el patriotismo que les abunda luego en la hora fácil, ni es de uso que los arrepentidos tengan en la casa de la virtud más derecho que los que fueron siempre virtuosos. Ni cabe en el concepto alto del deber patriótico venir a esta tribuna, tan alta que no pueden llegar a ella celos aldeanos ni competencias infantiles, a hacer oficio de matador de moros muertos, y de lanceadores de nuestra propia carne. Ni al convencido, que cayó en su convicción, se le ha de desdeñar aunque milite en campo opuesto, ni halar de la barba que le encaneció en el servicio de sus ideas: porque hay un campo en que los hombres se dan las manos, que es el de la honradez, donde se respeta, y aun se ama por su virtud, a los adversarios constantes y veraces.

Honra y respeto merece el cubano que crea sinceramente que de España nos puede venir un remedio durable y esencial, —porque hay uno, o dos, cubanos que lo creen: honra y respeto al que, en la certidumbre de que un pueblo no ha de disponerse a los horrores de la guerra por el convite romántico de un héroe frustrado, dirija su política ¡si hay algún previsior ignorado que la dirija! de modo que las fuerzas que garantizarían la paz, más amable que la muerte, caso de que cupiera la paz sana y libre, diesen de sí en la hora de la última necesidad la guerra cordial y breve a que la miseria, y el recuerdo de lo que pudo, y la ira de haber confiado en vano, han de llevar forzosamente, por el mismo exceso y extremo de la sumisión, a un pueblo hambriento y desesperanzado que conoce la enredadera silvestre que calma la sed, y el pedernal de los ríos con que se enciende el fuego, y la miel generosa de la abeja, que aplaca el hambre y dispone a pelear, y

los farallones inexpugnables de la serranía, donde puede hacer cejar al sitiador numeroso un riflero bien arrodillado. Al que se engañe de buena fe, y al que se prepare, sin traición a la política de paz insegura, para atender con el menor desconcierto posible a las consecuencias naturales, en un pueblo empobrecido e infeliz, del fracaso de una tentativa de paz tan inútil como sincera, —honra y respeto. Pero al que finja, blanqueando el corazón, aquella creencia en el remedio imposible que afloja las fuerzas indispensables para el remedio final; al que prefiere su bien inseguro, impuro, al servicio franco de la patria, o contribuye con su silencio y su favor, o con la hábil atenuación de sus censuras ostentosas, a prolongar, sin que el remordimiento le muerda, este descanso, ya temible, que el gobernante aprovecha, astuto, para quebrar los últimos huesos al pueblo envenenado, y beberle, con anuencia de los letrados, la última sangre: al que oculta a sabiendas la verdad, y promete lo que no cree, con labios prostituidos, y pretende demorar la obra sana de la indignación, como si la cólera de un pueblo fuera un dócil criado de mano, hasta que crezca su persona aspirante, o duerman las arcas a buen recaudo, a esos enemigos de la república, a esos aliados convictos del gobierno opresor, ¡ni honra ni respeto!

Pero ¿a qué insistir sobre el engaño, loable en algunos, y criminal en los más; sobre la tibieza, que es culpa de carácter en unos, y en otros de juicio; sobre el interés personal, que ha de ser siempre, por fortuna, entre los cubanos el pecado de los menos, de aquellos que por sus propios errores, o por equivocación de fe, o por consejo extemporáneo de una pacífica nobleza, están hoy ante el país sin crédito ni valimiento, ni más influjo que el que les ha de dar, por algún tiempo aún, la certidumbre, patente entre sus parciales, de que la confesión de derrota que implicaría su abandono de la política nominal, precipitaría las soluciones de la política real, —el desconsuelo, temible en los pueblos pobres, — la guerra, a que no están personalmente preparados? Por eso viven y nada más que por eso. ¡Hablen con honradez, y digan si viven por más! Al mal que han hecho es a lo que hay que atender, para remediarlo, y no a los que por error excusable o por dilatada cobardía lo hicieron.

Los tiempos se han cumplido, y cuanto les predijimos, acontece. El miedo no ha resuelto una situación que sólo podía resolver el valor. El amo insolente ha empleado en fortificarse los años que el siervo tímido empleaba en desonrar sus huestes y en destruir sus fortalezas. Una jefatura de policía es nuestra patria, con un sargento atrevido a la cabeza. Lo único que ha

logrado el partido autonomista de veras, porque es lo único que con tesón procuró, ha sido el trastorno de los elementos que a haber estado unidos, como debieran, pudiesen precipitarlos, como fin natural de su política, a la guerra a que sólo tienen derecho a resistirse mientras presenten prueba plena de su capacidad para evitarla. Ya están frente a frente el amo preparado, y el siervo sin preparación. Jamás podré olvidar cierta conversación que tuve en mi último destierro a España con uno de los prohombres en quienes más esperanzas fueron puestas por largo tiempo los caudillos autonomistas; jamás podré olvidar que luego de haber analizado los factores de nuestra población, y los hábitos y agentes políticos de España, y la urgencia de nuestra necesidad de remedio, y lo que tarda el pueblo español en mudar de hábitos, y de haber deducido, en vista de todo, los sucesos y estado a que habíamos de venir, y hemos venido, «Oh, sí!» me dijo: «Usted tiene razón.

Es triste, pero es cierto. Podremos aplazar el resultado; pero el resultado tiene que venir. Allí no cabemos los dos juntos. O ustedes o nosotros». Y éste es el problema después de diez años: o ellos, o nosotros. Esto me lo decía el prohombre español tendido en su cama, como símbolo de su nación, en pleno mediodía.

Y no es que se nos ocurra negar que en una situación de paz, aunque aparente, haya debido existir un partido de paz, que debió ser aparente también, para ser real y fecundo, y estar en correspondencia con la situación que lo creaba. Ni es que caigamos en el extremo de pedir que el partido autonomista, basado en la suficiencia de la paz, tenga una mano puesta en el parlamento de Madrid, y otra en el parlamento silencioso, por más que anden a cada paso aceptando la posibilidad de que el país, en fuerza de la desesperación, haya de parar en la guerra. Si adelantasen con ánimo igual y determinado, y atención vigilante a la variedad de elementos y delicadeza de los problemas vivos del país, tratando al adversario como auxiliar en lo que lo es naturalmente, y como hermano o como amigo al menos al liberto que ha padecido tanto de nosotros, y en nosotros está, y ni por su voluntad ni por la nuestra puede arrancarse de nosotros; si no se valiesen para la revolución de su error natural, de las fuerzas mismas de la revolución, —que no es más, en la ciencia política verdadera, que una forma de la evolución, indispensable a veces, por la semejanza u oposición de los factores que se desenvuelven en común, para que el desenvolvimiento se consuma; si la guerra que como recurso inevitable, y por razones confusas de patriotismo, interés y hábito de autoridad, podría suceder, con los más amenazados

y los más impacientes del partido, a la confesión, ya poco lejana, de su derrota, fuese aquella guerra de raíz, entera y generosa, que Cuba, criada en odios y desigualdades, necesita; y si sintiésemos palpitar, bajo los actos necesarios y loables de prudencia, aquel espíritu redentor que llevó a la contienda épica a nuestros mártires, e hizo de ellos a la vez héroes y apóstoles, —con paciencia, y hasta con júbilo, porque al hombre honrado no le asusta morir esperando en la oscuridad en el servicio de la patria, veríamos adelantar a los que más ilusorios o menos decididos, tardasen en venir a nuestras vías, sin echarles en cara el venir lentamente porque venían fundando.

¿Qué culpa no será la de los que, para cuando haya llegado la hora de la guerra, en vez de haber conducido su política en previsión de un resultado que son incapaces de evitar y ellos mismos reconocen como posible, tengan al país revuelto y enconado, sin que los de allá, por aquel alejamiento vecino al odio que se les predica para con los de acá, se hayan puesto al habla; sin la simpatía, precursora del acuerdo, con los peninsulares liberales, que ya son muchos más de los que eran, y en esta como en otras partes pudieran ver la independencia con buenos ojos; sin el interés fraternal de nuestros libertos que, a no ser tan nobles como son, y hombres de tanto fuego y libertad como nosotros, pudieran seguir con más agradecimiento, en su afán legítimo de mejora, al español aleccionado que se la ofrece a los coterráneos incapaces que los desdeñan, por más que todavía palpitan a miles bajo su pecho oscuro los corazones generosos que sostuvieron en sus horas de agonía la guerra pasada, y están hoy, como siempre, con el pie en el estribo, prontos a partir de nuevo a la conquista de la libertad plena de la patria! No es que no debió existir el partido de la paz, sino que no existe como debe, ni para lo que debe. Es que jamás ha cumplido con su misión, por el error de su nacimiento híbrido, por falta de grandeza en las miras. Es que no abarca, en la lucha del país contra sus opresores, todos los elementos del país. Es que no ha podido allegarse las fuerzas indispensables para el triunfo, ni para el goce pacífico de él, ni para la vida sana de la patria, aun dentro de la libertad incompleta, o desdeña el trato veraz con todos aquellos que se hubieran puesto del lado de la libertad, contra España, se hubiese citado guerra común por la libertad como debió citar, a los que por culpa de España padecen como nosotros de falta de libertad, y la hubieran defendido, y la defenderán tal vez en el suelo en que nacen sus hijos y en que viven —al andaluz descontento, al isleño oprimido,

al gallego liberal, al catalán independiente— ¡somos hombres, además de cubanos, y peleamos por el decoro y la felicidad de los hombres! Es que el partido autonomista, por su debilidad, su estrechez y su imprevisión, ha hecho mayores los peligros de la patria.

Y está la patria así, buscando con los ojos el estandarte de las sombras, piñando, sin fe en los que la han aconsejado mal, sin divisar de lejos la luz que le puede ir de nosotros; y a sus puertas el sable del sargento atrevido, que necesita, a fin de salvar su fama, que la guerra surja sin orden de preparación, para vencerla fácilmente, antes que estalle la guerra definitiva e invencible de la dignidad y la miseria. ¡Y para eso estamos aquí; para evitar con nuestra vigilancia, y con la confianza que a nuestra patria inspiramos, el estallido de la guerra desordenada, aunque siempre santa; para preparar, con todos, para el bien de todos, la guerra definitiva e invencible; para que si estalla la guerra, por la vehemencia del dolor cubano o la habilidad del español que la provoca, no nos la ahoguen al nacer, ni se adueñen de ella los aventureros de espada o de tribuna que espían esas ocasiones de revuelta para salir, sin más riesgos que el de la vida, a la conquista del renombre y del botín; ni se convierta por nuestra incapacidad y desidia en una revolución de clases, para la preponderancia de un cenáculo de amigos, o la liga, henchida de guerras futuras, de los políticos débiles y autoritarios con los déspotas que la salen a la libertad, aquella revolución de amor y de fuego que de su primer abrazo con el hombre echó por tierra, rotas para siempre, las barreras inicuas y las prisiones de los esclavos!

Lo que hacemos, el silencio lo sabe. Pero eso es lo que debemos hacer todos juntos, los de mañana y los de ayer, los convencidos de siempre y los que se vayan convenciendo; los que preparan y los que rematan, los trabajadores del libro y los trabajadores del tabaco: ¡juntos, pues, de una vez, para hoy y para el porvenir, todos los trabajadores! El tiempo falta. El deber es mucho. El peligro es grande. Es hábil el provocador. Son tenaces, y vigilan y dividen, los ambiciosos. ¡Pues vigilemos nosotros, y anunciemos a la patria agonizante la buena nueva, que ya tarda mucho, de que sus hijos que viven libres en el extranjero han juntado las manos en unión poderosa, y han decidido salvarla!

Un himno siento en mi alma, tan bello que sólo pudiera ser el de la muerte, si no fuese el que me anuncia, con hermosura inefable y deleitosa, que ya vuelven los tiempos de sacrificio grato, y de dolor fecundo, en que, al pie de las palmas que renacen, para dar sombra a los héroes, batallen, luzcan,

asombren, expiren, los que creen, por la verdad del cielo descendida sobre sus cabezas, que en el ser continuo que puebla en formas varias el universo, y en la serie de existencia y de edades, asciende antes a la cúspide de la luz, donde el alma plena se embriaga de dicha, el que da su vida en beneficio de los hombres. Muramos los unos, y prepárense los que no tengan el derecho de morir, a poner el arma al brazo de los soldados nuevos de nuestra libertad. De pie, como en el borde de una tumba, renovemos el juramento de los héroes.

10 de octubre de 1887:

Martí, Obras Completas. Tomo IV, pág. 215-16. Editorial Nacional de Cuba. La Habana, 1963.

AL GENERAL MAXIMO GOMEZ

New York, 4 de enero de 1894

Sr. Mayor General Máximo Gómez.

Mi muy querido General:

No sé que mi vida haya tenido momentos más gratos que éstos en que vivo, desde que recibí su carta, llena toda ella de su natural grandeza; que amo como si fuese mía, y en la que tengo entera fe, de modo que no habría noviazgo ni delicia que me hubiera puesto el corazón tan henchido y luminoso como esta carta de usted; en que se me revela como yo lo pinto y le proclamo; y en que me envía la autoridad de conciencia necesaria para dar con firmeza nuestros últimos pasos. Y sin embargo, esa carta querida tengo que contestarla al vuelo, y en la escalera casi de la casa de Jiménez porque la recibí ayer 3 por la tarde, de manos de Peña en los instantes mismos en que me empezaban a llegar las noticias por cable, del trastorno grave que los españoles han logrado fomentar en el Cayo ¿en qué momentos? en el momento de hacerse la nueva colecta, que intenté y logré tan pronto como recibí sus órdenes circulares, y de sorprender a aquella gran masa de la emigración en huelga general o en la pobreza que viene después de ella, cuando surja en Cuba la guerra a que esa emigración había principalmente de ayudar. Ahí va ese tajo. La forma es la insistencia de un fabricante de llevar españoles al Cayo, la resistencia, tal vez violenta, de los cubanos de la fábrica, la enemistad declarada de los americanos, los eternos enemigos

que se alían al gobierno español y van en masa a La Habana a traer unos cuantos cientos de obreros españoles a la Ciudad que le han hecho al Norte los cubanos, que nació en la Independencia de Cuba, y en la que no hallan trabajo, por falta de consumo, sus actuales residentes. Ni un minuto me han dejado libre: pasé la noche despachando los correos del día, con las instrucciones generales que se desprenden de su carta de usted, y las concretas a los Jefes más inmediatos, a fin de que elijan su comisionado, y obre éste de acuerdo con los pocos y seguros míos. Punto por punto piensa usted en todo como hubiera pensado yo: una cosa es crear opinión, y otra mover a hombres concretos. Por acá irá todo como usted me indica, cada cual a lo suyo, y en seguida, y callados, y todos a la vez. Y yo, por autoridad, la del servicio y el cariño, pero el servicio pegado a esos corazones de oro y hierro, a corazones que se atufan y fundan como el de usted, que aman y crean, y a los que me aprieto yo como a cosa de mi propia carne, y en los que veo mis únicos hermanos. Voy contestándole, pues, a pesar de la prisa, y del miedo de que me se vaya el vapor.

La carta pasada no bien la recibí, se la contesté con mi acción inmediata. Distribuí al día siguiente las circulares todas, demandando inmediata respuesta. Caí sobre el Cayo, a la faz de La Habana para mostrarnos enteros, después de lo de Ranchuelo; y con la cubierta de ese objeto, y del eco de esa visita en Cuba, preparar la colecta nueva, pobre por estarlo mucho aquella gente, pero útil por lo que dá, y por el espíritu que levanta adentro y afuera: y todo del modo que, a la par que se hace lo debido en este plazo angustioso que nos damos, no sea hecho sin embargo de manera que pueda por el escándalo o la prisa, denunciarse nuestra determinación cercana y verdadera. Y ahora, con esta más completa certidumbre ¿qué no haré?

Envío a Cuba aviso cauteloso y uniforme: alisto a los jefes, todos a una a que den su aviso, levanto en un último esfuerzo aunque con las dificultades del silencio —y aun confusión— necesario para nuestro éxito, cuantos recursos podamos: confirmo ya a fecha más cercana, los preparativos de expedición calculados de modo que nada se haga de ellos, para que no haya que ver, hasta los últimos instantes, y en éstos, se efectúen con rapidez y sencillez imprevistas. ¿No es esto lo que hay que hacer? Y abrazarlo a usted como lo abrazo desde aquí, con lágrimas en los ojos. Ahora soy hombre, ahora tiene sentido y luz la vida.

De prisa, le iré diciendo lo más saliente. En Cuba la situación arrecia, y sólo con exquisita habilidad podremos ir quitando al Gobierno motivo para caer

allá sobre nuestra gente antes de que podamos ir en su ayuda. Ese es el problema, y usted me llena de regocijo al entenderlo; y obrar con él con cuanta celeridad y prudencia se requiere. Afuera, no creo que nos falte uno de nuestros compañeros, siempre leales, y obligados ahora. En Cuba, Santiago, continúa preso Guillermon, soltaron a Quintín, hay presos no de mucha monta en Guantánamo. Esquer¹ está en el campo aún. Aquí está Enrique Loinaz, que es como hijo de usted: él viene a confirmar la disposición, que tengo por sincera, del Camagüey, para guerra que lleve lo que podemos llevar; y lo tenga a usted a la cabeza. En tiempo, andan equivocados ahora, los avivo. Santiago se tenía fijado la fecha que le fijaremos ahora; pero no —por mi parte— hasta no estar muy cerca de ella. Con Collazo,² cuyo afecto he logrado, no sé qué hacer, hasta que usted no me diga; y esto es embarazoso: yo tengo confianza en él. Mucho debo vigilar lo de Matanzas; hay allí un novicio, aunque de canas y respeto, demasiado aguileño y curioso. Es joya grande, y el único que prepara en masa la opinión, el excelente Juan Gualberto Gómez. De su carta a Sanguily, sobre lo que de intento callé, es innecesario decirle que llegó por acá al corazón de todos, y Julio³ me dice que Manuel⁴ está de días atrás doblado sobre la respuesta. ¡A esta hora, eso! Callo mi indignación para que no pueda parecer celo literario. Pero usted no me juzga así; el único libre, mientras no tengamos patria libre, Antillas amigas y libres, nuestra América libre, está en nuestros campos de batalla. ¿Formas dice usted, y diferencias de formas? Ya verá cuán pocas. En la guerra, guerra, puesto que es dable poner en ella, sin estorbo y en línea general, las salvaguardias todas de la República. Yo entiendo la guerra así; despertar con la primera batalla, y no dormir hasta haber ganado la última. Usted me va a querer. Y mi ternura y mi orgullo, yo, menos elocuente que usted, no puedo ponerlos en palabras.

El correo se me va. Como usted lo quisiera y suponiendo cuanto usted por allá hace, y convergiendo al plazo fijo, dirigiré todos mis pasos. Por todas las vías posibles le iré dando noticias. Aguilar⁵ digo por cable que tenga a la

¹ Debe referirse al después general Higinio Esquerro, quien en la época de esta carta, tomó parte activa en la conspiración.

² Enrique Collazo.

³ El general Julio Sanguily.

⁴ El coronel Manuel Sanguily, hermano del anterior.

⁵ J. Rafael Aguilar.

orden de usted todos sus fondos. Yo aquí los aumentaré, los economizaré, y estaré ya cada día aguardando con ansia el placer que me ha de dar la compañía de ese hombre verdadero que me anuncia, y que desde el primer instante encontrará en mis ojos la luz de la antigua guerra. Venga, a estos brazos hermanos Francisco Borrero. Y usted, y los suyos, siéntanse muy amados por su

José Martí

Martí, Obras Completas. Tomo III, pág. 17-20. Editorial Nacional de Cuba. La Habana, 1963.

A. MANUEL MERCADO

Campamentos de Dos Ríos,
18 de mayo de 1895.

Sr. Manuel Mercado

Mi hermano queridísimo: Ya puedo escribir, ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quiero, y a esa casa que es mía y mi orgullo y obligación; ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser, y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos —como ése de usted y mío—, más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los Imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia —les habían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien, inmediato y de ellos.

Viví en el monstruo; y le conozco las entrañas: —y mi honda es la de David. Ahora mismo, pues días hace, al pie de la victoria con que los cubanos saludaron nuestra salida libre de las sierras en que andúvimos los seis hombres de la expedición catorce días, el corresponsal del Herald, que me sacó de

la hamaca en mi rancho, me habla de la actividad anexionista, menos temible por la poca realidad de los aspirantes, de la especie curial, sin cintura ni creación, que por disfraz cómodo de su complacencia o sumisión a España, le pide sin fe la autonomía de Cuba, contenta sólo de que haya un amo, yanqui o español, que les mantenga, o les cree, en premio de oficios de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante —la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país—, la masa inteligente y creadora de blancos y de negros.

Y de más me habla el corresponsal del Herald, Eugenio Bryson: —de un sindicato yanqui— que no será —con garantía de las aduanas, hartó empuñadas con los rapaces bancos españoles, para que quede asidero a los del Norte; —incapacitado afortunadamente, por su entrapada y compleja constitución política, para emprender o apoyar la idea como obra de gobierno. Y de más me habló Bryson, —aunque la certeza de la conversación que me refería, sólo la puede comprender quien conozca de cerca el brío con que hemos levantado la Revolución—, el desorden, desgano y mala paga del ejército novicio español, —y la incapacidad de España para allegar en Cuba o fuera los recursos contra la guerra, que en la vez anterior sólo sacó de Cuba. —Bryson me contó su conversación con Martínez Campos, al fin de la cual le dio a entender éste que sin duda, llegada la hora, España preferiría entenderse con los Estados Unidos a rendir la Isla a los cubanos.— y aun me habló Bryson más: de un conocido nuestro y de lo que en el Norte se le cuida, como candidato de los Estados Unidos, para cuando el actual Presidente desaparezca, a la Presidencia de México.

Por acá yo hago mi deber. La guerra de Cuba, realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos y españoles anexionistas, a que sólo daría relativo poder su alianza con el gobierno de España, ha venido a su hora en América, para evitar, aun contra el empleo franco de todas esas fuerzas, la anexión de Cuba a los Estados Unidos, que jamás la aceptarán de un país en guerra, ni pueden contraer, puesto que la guerra no aceptará la anexión, el compromiso odioso y absurdo de abatir por su cuenta y con sus armas una guerra de independencia americana.

Y México, ¿no hallará modo sagaz, efectivo e inmediato, de auxiliar, a tiempo, a quien lo defiende? Sí lo hallará —o yo se lo hallaré—. Esto es muerte o vida, y no cabe errar. El modo discreto es lo único que se ha de ver. Ya yo lo habría hallado y propuesto. Pero he de tener más autoridad en mí, o de saber quién la tiene, antes de obrar o aconsejar. Acabo de llegar. Puede aún

fardar dos meses, si ha de ser real y estable, la constitución de nuestro gobierno, útil y sencillo. Nuestra alma es una, y la sé, y la voluntad del país; pero éstas cosas son siempre obra de relación, momento y acomodados. Con la representación que tengo, no quiero hacer nada que parezca extensión caprichosa de ella. Llegué, con el General Máximo Gómez y cuatro más, en un bote en que llevé el remo de proa bajo el temporal, a una pedrera desconocida de nuestras playas; cargué, catorce días, a pie por espinas y alturas, mi morral y mi rifle —alzamos gente a nuestro paso—; siento en la benevolencia de las almas la raíz de este cariño mío a la pena del hombre y a la justicia de remediarla; los campos son nuestros sin disputa, a tal punto, que en un mes sólo he podido oír un fuego; y a las puertas de las ciudades, o ganamos una victoria, o pasamos revista, ante entusiasmo parecido al fuego religioso, a tres mil armas; seguimos camino, al centro de la Isla, a deponer yo, ante la revolución que he hecho alzar, la autoridad que la emigración me dió, y se acató dentro, y debe renovar conforme a su estado nuevo, una asamblea de delegados del pueblo cubano visible, de los revolucionarios en armas. La revolución desea plena libertad en el ejército, sin las trabas que antes le opuso una Cámara sin sanción real, o la suspicacia de una juventud celosa de su republicanismo, o los celos, y temores de excesiva prominencia futura, de un caudillo puntilloso o previsor; pero quiere la revolución a la vez sucinta y respetable representación republicana, la misma alma de humanidad y decoro, llena del anhelo de la dignidad individual, en la representación de la república, que la que empuja y mantiene en la guerra a los revolucionarios. Por mí, entiendo que no se puede guiar a un pueblo contra el alma que lo mueve, o sin ella, y sé cómo se encienden los corazones, y cómo se aprovecha para el revuelo incesante y la acometida el estado fogoso y satisfecho de los corazones. Pero en cuanto a formas, caben muchas ideas, y las cosas de hombres, hombres son quienes las hacen. Me conoce. En mí, sólo defenderé lo que tengo yo por garantía o servicio de la Revolución. Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad. Y en cuanto tengamos forma, obraremos, cúplame esto a mí, o a otros.

Y ahora, puesto delante lo de interés público, le hablaré de mí, ya que sólo la emoción de este deber pudo alzar de la muerte apetecida al hombre que, ahora que Nájera no vive donde se le vea, mejor lo conoce y acaricia como un tesoro en su corazón la amistad con que usted lo enorgullece.

Ya sé sus regañíos, callados, después de mi viaje. ¡Y tanto que le dimos, de

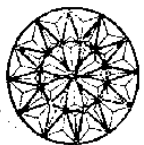
toda nuestra alma, y callado él! ¡Qué engaño es éste y qué alma tan encañecida la suya, que el tributo y la honra de nuestro afecto no ha podido hacerle escribir una carta más sobre el papel de carta y de periódico que llena al día!

Hay afectos de tan delicada honestidad...¹

Martí, Obras Completas, Tomo IV, pág. 167-170. Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963.

¹ Es de suponer que esta carta la suspendió Martí para continuarla luego, pero no llegó a terminarla después.

CRITICA DE LIBROS



Capitalismo y subdesarrollo

SEBASTIAN ELIZONDO

André G. Frank es uno de los más importantes analistas contemporáneos del subdesarrollo. Economista y sociólogo de extracción norteamericana, Frank se ha dedicado desde hace varios años a los problemas de América Latina, vinculándose íntimamente a los mismos a través de prolongadas estancias en Brasil, Chile y México, donde trabajó como profesor de las respectivas universidades nacionales.

Dotado de una formación académica burguesa de primera línea, Frank la ha puesto al servicio de la crítica del sistema económico y social de América Latina. Hasta aquí una gran similitud con la mayoría de los intelectuales de izquierda. Lo singular en Frank es que descubre el mal, no en determinados rasgos económicos o culturales retrasados con respecto al marco capitalista, sino en el marco mismo. Su libro¹ está dedicado a demostrar que la causa del «subdesarrollo» ha sido la integración de América Latina al sistema capitalista mundial, empezando con la conquista.

¹ *Capitalism and underdevelopment in Latin America*, Monthly Review Press, Nueva York, 1967. 318 pp.

Los cuatro ensayos que lo componen fueron escritos durante cinco años de activa y formativa lucha ideológica. Consisten en gran medida en una polémica con los que profesan reformas o revoluciones burguesas como solución a los problemas del subdesarrollo en América Latina, y ven la historia del continente desde estos puntos de vista. Frank se plantea la tarea de demostrar que América Latina se integra plenamente al sistema capitalista desde el siglo XVI, que el subdesarrollo es la única forma capitalista posible para el continente y que por lo tanto resulta falacioso propugnar algún tipo de desarrollo sin romper antes con el sistema. La burguesía nacional, así llamada, es, y ha sido desde hace largo tiempo, socia del imperialismo en la explotación de América Latina. Estas tesis las desarrolla a través de un acucioso análisis historicoeconómico del desarrollo del continente y en particular de Chile y de Brasil. Un ensayo complementario sobre la situación de los indígenas en América Latina revela el carácter que tienen de refugiados dentro de su propio continente, refugiados que sin embargo no logran escapar del sistema que los oprime.

El mérito científico de Frank reside en la seriedad con que ataca a los problemas en su raíz, en lugar de librarse a las usuales exposiciones empiristas de la miseria del continente, o las igualmente fútiles protestas contra supuestos atrasos precapitalistas, todo lo cual, no obstante la buena voluntad de muchos intelectuales de izquierda, funciona como apología del sistema, como crítica desde adentro.

Lo nuevo en el libro en el aspecto teórico tiene como punto de partida el concepto de la unidad mundial del sistema de explotación capitalista. En esto como en muchas cosas. Frank reconoce una deuda con Paul Baran, autor de la *Economía Política del Crecimiento*. Lo original en Frank, es que reivindica y une dos conceptos fundamentales que no han tenido toda la atención y desarrollo que merecen: la explotación del campo por la ciudad y de la colonia por la metrópoli. En Frank, las dos contradicciones aparecen unidas. Parafraseando, podemos decir que la ruralización de un área es su colonización, la colonización es ruralización. La ciudad explota al campo como si fuera colonia, la metrópoli subordina a su colonia, como a un área rural.

Es más que metafórica la unidad entre las dos contradicciones. Las dos son eslabones de una sola cadena de explotación mundial. Dentro de la colonia (entiéndase colonia económica), la ciudad explota al campo, expropia de ella casi todos sus excedentes económicos. La capital nacional, a su vez,

funciona como una metrópoli nacional expropiando de las ciudades regionales, pero es explotada por la metrópoli imperialista, que cede en su turno a la potencia imperialista más fuerte. Esta recibe, directa o indirectamente, tributo de todos los componentes del sistema. En cada uno de estos eslabones de explotación, Frank llama satélite a la parte dominada y metrópoli a la dominante. Dentro de la estructura global, las ciudades coloniales son a la vez dominantes y dominadas, metrópoli y, a su vez, satélite. Los mecanismos de la explotación son en esencia los mismos en todos los niveles: el comercio y las diversas formas de extracción de capitales.

Lo importante en Frank es su demostración de la falsedad de las esperanzas en el capitalismo nacional, que aspiraría a divorciarse del sistema capitalista mundial y a desarrollarse dentro de su propio territorio. A través de su análisis del Brasil, especialmente, Frank demuestra que los intentos de independencia capitalista estimulan el crecimiento económico, pero inevitablemente dan lugar a una nueva satelización a manos de la potencia mundial.

No es nuevo el planteamiento de que la burguesía nacional no puede desarrollar a América Latina, pero sí es totalmente nuevo el que se desarrollen conceptos adecuados a la demostración y que se les acompañe de una investigación seria.

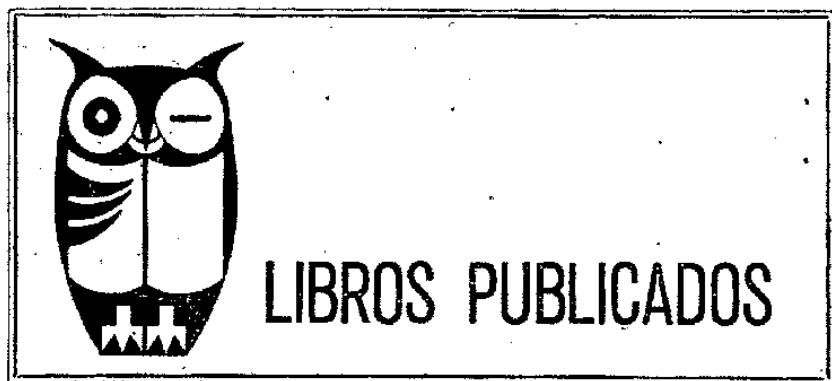
No es completo el análisis de Frank, ni pretende serlo: «Puesto que la atención principal se dedica en estos ensayos a la estructura colonial, éstos no pueden, ni eso se pretende, servir como instrumento adecuado para examinar la lucha de clases como un todo y para elaborar la estrategia y táctica popular necesaria para su desarrollo, para la destrucción del sistema capitalista, y por tanto para el desarrollo de los países subdesarrollados». No obstante, es en relación a esta gran meta que hay que situar el trabajo de Frank y a ella hace aportes de consideración.

Queda claro que en la base de la jerarquía de satélites y metrópolis están los trabajadores del campo, los más explotados. Se hace evidente también que la burguesía, al menos a nivel de la capital nacional, está definitivamente satelizada por su metrópoli imperialista, con la cual tendrá solamente diferencias de carácter transitorio e interno. Pero ¿cuál es el papel de los explotados urbanos, de las capas medias de la capital y de las provincias y aun de la metrópoli? Para contestar a estas preguntas será necesario explorar conjuntamente otra dimensión de análisis, la de la clásica oposición marxista entre propietarios y trabajadores.

¿Qué nos pueden decir los conceptos de Frank sobre los problemas más candentes de la actualidad latinoamericana: la lucha armada y en general las formas de organización y de lucha adecuadas a la estructura social actual? ¿Cuál es la relación entre lo político y lo militar? Extrapolando el análisis de Frank, algo se puede decir. La guerra de guerrillas en su práctica latinoamericana no ha desechado ni destruido el dictado de Clausewitz.

Lo militar no predomina sobre lo político excepto tácticamente. El terreno de la lucha no lo determinan las características militares del campo —su aislamiento de las fuerzas represivas basadas en la ciudad—, sino su carácter de zona más explotada y más combativa, activamente opuesta a la ciudad.

Los aportes de Frank abren la vía a un análisis científico del potencial revolucionario del campo, no solamente en general, sino con referencia a situaciones y formas de lucha específica. Dentro de esto, queda claro una cosa: no es el campo el que determina, sino el campesinado.



CONGRESO CULTURAL DE LA HABANA ENERO — 4-11 1968

Ofrecemos relación de libros publicados con motivo del Congreso Cultural de La Habana.

ARTE Y LITERATURA — Col. Cocuyo:

En Blanco y Negro:	Ambrosio Fornet.
El Bebedor de Vino de Palma:	Amos Tutuola.
Ensayo de otro Mundo:	Roberto Fdez. Retamar.

Col. Letras Cubanas:

Muestrario del Mundo o Libro de las Maravillas de Boloña:	Eliseo Diego.
El Siglo de las Luces:	Alejo Carpentier.

EDICIONES — CASA DE LAS AMERICAS:

Lima la Horrible:	Sebastián Salazar Bondy.
Bolivia, Crecimiento de la Idea Nacional:	René Zabaleta Mercado.

EDICIONES — Unión — Col. Contemporáneos:

El Gran Zoo:	Nicolás Guillén.
--------------	------------------

EDICIONES — I.C.A.I.C.

Filosofía del Arte:	Antonio Banfi.
---------------------	----------------

CIENCIAS SOCIALES — Col. Ensayos:

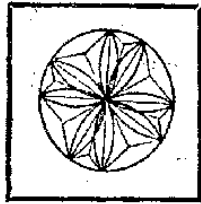
Africa Negra Vol. II:	Jean Suret-Canale.
Otra Vez Corea:	Wilfred Burchett.
Argelia: Nación y Sociedad:	Mustafá Lacheraf.
El Nacimiento de un Mundo:	Waldo Frank
Now:	Malcolm X.
Piel Negra, Máscara Blanca:	Frantz Fanon.
El Saqueo del Tercer Mundo:	Pierre Jalee.
Tousaint Louverture:	Aimé Césaire.

Col. Guairas:

El Libro de los 12:	Carlos Franqui.
---------------------	-----------------

Col. Estudios:

El Viet Nam Socialista, una Economía de Transición:	Le Chau.
---	----------



Los autores

Angel Hernández y Jorge Gómez, miembros del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana.

Paul Baran, destacado economista norteamericano, autor de *Economía Política del crecimiento* y coautor junto a Paul Sweezy de *Monopoly Capital*.

Paul Sweezy, codirector de *Monthly Review*, autor de *Teoría del desarrollo capitalista*.

Maurice Godelier, agregado de la Universidad de París, autor de *Racionalidad e irracionalidad en Economía*.

Z. Nkosi, patriota surafricano.

Armando Enríquez, jefe del Departamento de África y Medio Oriente en la Agencia Prensa Latina; ha viajado por África, donde conoció a El Medhi Ben Barka.

Rosa Luxemburgo (1870-1919), revolucionaria polaca, luchó toda su vida por la revolución y contra los oportunistas, fundadora de la Liga de Espartaco, germen del Partido Comunista de Alemania, asesinada por la reacción.

Sebastián Elizondo, investigador de los problemas económicos y sociales del subdesarrollo.

UNIDAD PRODUCTORA 09, JOSÉ MARTÍ, DEL INSTITUTO DEL LIBRO, LA HABANA, CUBA.

INDICE GENERAL AÑO/67 FEBRERO-DICIEMBRE

AUTOR	TÍTULO	No.
<i>Alavi, Hamza:</i>	Los campesinos y la revolución	4
<i>Althusser, Louis:</i>	Materialismo dialéctico e histórico	5
" "	Dos cartas sobre el conocimiento del arte	10
<i>Anders, Günthers:</i>	Nürenberg y Viet Nam	4
<i>Arriola, Aura Marina:</i>	Lineamientos de clase social en un pueblo ladino rural de Guatemala	7
<i>Barka, Ben:</i>	Problemas actuales de la revolución nacional en África y Asia	4
<i>Baran, Paul:</i>	Economía de dos mundos	11
<i>Barnett, Donald:</i>	Una estrategia para revolucionarios norteamericanos	8
<i>Buchanan, Thomas:</i>	Johnson-Nixon	8
<i>Burchett, Wilfred:</i>	La escalada como estrategia	8
<i>Cabral, Amílcar:</i>	Breve análisis de la estructura social de la Guinea Portuguesa.	2-3
" "	Fundamentos y objetivos de la liberación nacional en relación con la estructura social	2-3
<i>Carmichael, Stokely:</i>	El poder negro	4
<i>Castro Ruz, Fidel:</i>	La historia me absolverá (fragmentos)	6
" "	Los aniversarios del 26 de julio. (fragmentos)	6
<i>Cienfuegos, Camilo:</i>	Proclama a las Fuerzas revolucionarias de la zona norte de Las Villas	6
<i>Collazo, Ariel:</i>	El Uruguay no es una excepción	6
<i>Colletti, Lucio:</i>	El marxismo como sociología	7
<i>Couret, Bernard:</i>	Viet Nam: campo de ensayo de la guerra anti-guerrilla	4
<i>Chaliand, Gerard:</i>	Independencia nacional y revolución	2-3
<i>Child, Jorge:</i>	Subdesarrollo y ganancias monopolistas	2-3
<i>Daspré, André:</i>	Dos cartas sobre el conocimiento del arte	10
<i>Dollé, Jean Paul:</i>	Del izquierdismo al humanismo socialista	5
<i>Dorticós, Osvaldo:</i>	Discurso en la clausura del seminario sobre el Congreso cultural de La Habana	11

AUTOR	TÍTULO	No.
<i>Edmond, Michel Pierre:</i>	La antropología estructuralista y la historia	2-3
<i>Entralgo, Armando:</i>	Ben Barka por la revolución	11
<i>Godelier, Maurice:</i>	Sistema, estructura y contradicción en El Capital de Marx	11
<i>Goldberg, Jacques:</i>	Antropología e ideología	5
<i>Gómez, Jorge:</i>	El problema "teoría económica-período de transición"	11
<i>González, Francisco:</i>	Camilo, revolucionario	6
<i>Gorz, André:</i>	Sartre y Marx	5
<i>Guevara, Ernesto:</i>	Una revolución que comienza	6
" "	Pino del Agua II	6
" "	Notas para el estudio de la ideología de la revolución cubana	9
" "	Guerra de guerrillas: un método	9
" "	Cuba y América Latina	9
" "	El socialismo y el hombre en Cuba	9
" "	Cuba 1959	9
" "	Fragmentos	9
" "	El cuadro, columna vertebral de la revolución	9
" "	Discurso en el II aniversario de la integración de las organizaciones juveniles	9
" "	Che sobre el papel de la mujer	9
" "	Martí	9
" "	Maceo	9
" "	Guiteras	9
" "	Fránk País	9
" "	Camilo	9
" "	Un año de lucha armada	9
" "	Discurso en la Asamblea general de la ONU	9
" "	Posición de Cuba en la Conferencia de comercio y desarrollo	9
" "	Discurso en el Seminario afroasiático	9
" "	Mensaje a la Tricontinental	9

AUTOR	TÍTULO	No.
" "	Cartas	9
" "	El Patojo	9
<i>Hart, Armando:</i>	La intransigencia del movimiento liberador cubano	8
<i>Hernández, Angel:</i>	El problema "teoría económica-período de transición"	11
<i>Frank, André G.:</i>	El desarrollo del subdesarrollo	7
<i>Fuentes, Homero:</i>	Propiedad estatal y transición al comunismo	5
<i>Le Duan:</i>	La economía y la defensa en la República Democrática de Viet Nam	4
<i>Lenin, V. I.:</i>	La revolución de Octubre	10
<i>Lewis, Oscar:</i>	La cultura de la pobreza	7
<i>Lowy, Michael:</i>	Conciencia de clase y partido revolucionario	4
<i>Luporini, Cesare:</i>	La metodología del marxismo en el pensamiento de Gramsci	2-3
<i>Luxemburgo, Rosa:</i>	Programa para la revolución	11
<i>Magdoff, Harry:</i>	Aspectos económicos del imperialismo norteamericano	8
<i>Lucio, Magri:</i>	El valor y el límite de las experiencias frentistas	5
<i>Maldonado Denis, Manuel:</i>	El futuro del movimiento independentista puertorriqueño	6
<i>Martin, Wilfred:</i>	¿Dónde está la izquierda americana?	2-3
<i>Maschino, Maurice:</i>	Frantz Fanon: el itinerario de la generosidad	2-3
<i>Mbogo, Djuma:</i>	El drama de Ruanda	2-3
<i>Murray, Roger:</i>	El militarismo en Africa	5
<i>McNamara, Robert:</i>	El bombardeo de Viet Nam	8
<i>Novoa, Encida:</i>	El reformismo, teoría de la contrarrevolución	6
<i>Nkosi, Z.:</i>	Imperialismo surafricano	11
<i>Ojarskuj, Runa:</i>	Bolivia, análisis de una situación	6
<i>Ojeda, Fabricio:</i>	La revolución verdadera, la violencia y el fatalismo geopolítico	1
<i>Ouseenko, Antonov:</i>	Las horas decisivas	10
<i>País, Frank:</i>	Carta a Fidel Castro	6
<i>Poulantzas, Nicos:</i>	Preliminares al estudio de la hegemonía del Estado. I	7
" "	Preliminares al estudio de la hegemonía del Estado II	8
<i>Pumaruma, Américo:</i>	Peru: revolución, insurrección, guerrillas	1
<i>Russell, Bertrand:</i>	Mensaje a los pueblos del Tercer mundo	4

AUTOR	TÍTULO	No.
Sarrie, Jean Paul:	El pensamiento político de Patricio Lumumba	2-3
Selser, Gregorio:	Sociología y espionaje	7
Strada, V.:	Brest-Litovsk, el debate sobre la guerra, la paz y la revolución	10
Stratton, R. A.:	Confesiones para el proceso	14
Sweezy, Paul:	Economía de dos mundos	11
Tpolinsky, Boris:	La estrategia norteamericana en Viet Nam	14
Torres Restrepo, Camilo:	La violencia y los cambios sociales	11
Urđaneta, Ignacio:	Polémica en la revolución	7
Valle, Julio del:	Contra la tendencia conservadora en el partido	1
Ware, George:	Poder negro y revolución	8
Weffort, Francisco:	Estado y masas en el Brasil	5
CRITICA DE LIBROS		
Elizondo, Sebastián:	Capitalismo y subdesarrollo	11
Rachid:	Notas sobre ¿Revolución en la Revolución?	4
DOCUMENTOS		
	Los cinco puntos del Frente Nacional de Liberación de Viet Nam del Sur	4
	Los cuatro puntos de la República Democrática de Viet Nam	4
	Declaraciones del Comité Central del Partido Comunista de Cuba	6
	Manifiesto del Ejército de Liberación Nacional al pueblo boliviano	6
	Carta de Carlos Marighela al ejecutivo del Partido Comunista Brasileño solicitando su renuncia	7
	Decisión del Comité Central del Partido Comunista de China sobre la gran revolución cultural proletaria	7
	Populorum progressio. (Sobre el desarrollo de los pueblos)	8
	Orientación general del planeamiento de la seguridad nacional	10
	Martí. Selección sobre la Revolución cubana	11
OTROS		
	Notas sobre Africa	2-3
	Entrevista a dos guerrilleros	6
	Cronología de la Revolución de Octubre	10

pensamiento crítico

J 556, Vedado, Habana

Director

Fernando Martínez

Consejo de Dirección

Aurelio Alonso

José Bell Lara

Jesús Díaz

Thalia Fung

Diseño y emplane

Balaguer

40 centavos

suscripción anual \$4.80

Pensamiento Crítico responde a la necesidad de información que sobre el desarrollo del pensamiento político y social del tiempo presente tiene hoy la Cuba revolucionaria. De aquí que los artículos publicados no corresponden necesariamente a la opinión de la revista, que se reserva el derecho de expresarla por medio de notas aclaratorias o artículos cuando lo estime necesario.



CeDiInCl

FE DE ERRATAS

El artículo "El problema "teoría económica-período de transición" contiene cierto número de erratas y alteraciones. De ellas, relacionamos a continuación las que afectan el contenido original del artículo o dificultan su comprensión.

Pedimos excusas por estos errores, de los cuales somos enteramente responsables.

La Redacción.

<u>Pág.</u>	<u>Línea</u>	
23	18	dice: sin un cambio debe decir: ni un cambio
26	15	dice: transcurre en el social debe decir: transcurre en lo social
26	32	dice: el conocimiento a éste debe decir: el conocimiento, toda vez que sin ser un verdadero conocimiento, sustituye a éste
27	10	aparece punto y seguido donde debe aparecer punto y aparte
28	1	dice: de una mercancía sospechosa debe decir: de mercancía una sospechosa
28	10	aparece punto y seguido donde debe aparecer punto y aparte
30	8	dice: otra exista debe decir: otra parte existe
30	34	dice: circuito vicioso debe decir: círculo vicioso
31 Nota	5	debe decir: La teoría puede también marchar tan a la zaga de las transformaciones prácticas que no le quede otro remedio que "aceptar" las nuevas realidades. Así, es difícil dudar que en muchos países socialistas funciona realmente la ley del valor, la producción es mercantil y la competencia y los estímulos materiales son los más efectivos resortes de la producción.

<u>Pág.</u>	<u>Línea</u>	
33	1	dice: las cuales se obtienen otros no producidos en debe decir: los cuales se obtienen otros no producidos o producidos en
33	32	debe aparecer entre comillas "necesidades materiales" y no el resto del párrafo, que termina en la página 34.
36	7 y 8	debe decir: toda "distribución del producto social" que, al menos en forma primaria, se haga partiendo de la "cantidad
36	31	dice: Esto es, la propiedad social es la propiedad total debe decir: Esto es, la propiedad social es la propiedad del total
36	37	después de (no propietario) debe aparecer una nota que dice: No pretendemos que con esto hemos liquidado la complejidad de esta categoría ni nada parecido. Estamos simplemente reduciendo el estudio a lo que nos interesa que es la tenencia, la posibilidad de disponer, consumir, disfrutar, explotar los bienes poseídos que excluye a otros, por lo que es una relación social.
38	Nota 10	debe decir: Esta dominación es, por supuesto, necesaria durante una buena parte del período de transición donde la supervivencia de clases antagónicas —y aún de sectores con distintos intereses— hace imprescindible un aparato que, representando los intereses de las masas históricamente desposeídas, establezca nuevas relaciones en todos los órdenes sociales; reprima las manifestaciones que tiendan a restaurar el orden anterior y conjugue con ello la realización de los planes más inmediatos de desarrollo económico. Su fin es, sin embargo, desaparecer como aparato represivo lo antes posible. Por ello, desde muy al principio, hay que crear las condiciones económico-político-ideológicas que permitan su sustitución gradual. Mientras, la dictadura revolucionaria es ejercida en todos los niveles de la formación económico-social y sobre todos los miembros de la sociedad.